

Gustavo Lins Ribeiro

EL CAPITAL DE LA ESPERANZA

La experiencia de los trabajadores
en la construcción de Brasilia

Presentación de **Hernán M. Palermo**



 CLÁSICOS
RECUPERADOS
CLACSO

 CLACSO

El capital de la esperanza

Lins Ribeiro, Gustavo

El capital de la esperanza : la experiencia de los trabajadores en la construcción de Brasilia / Gustavo Lins Ribeiro.
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2021.
Libro digital, PDF - (Clásicos recuperados)

Archivo Digital: descarga

Traducción de: Liliانا Sánchez Nardelli.

ISBN 978-987-813-044-6

1. Historia. 2. Sociología. I. Sánchez Nardelli, Liliانا, trad.
II. Título.

CDD 306.0981

Diseño de colección: Ana Uranga

Diseño de tapa e interior: Paula D'Amico

Edición: Marcela Alemandi

El capital de la esperanza

La experiencia de los trabajadores
en la construcción de Brasilia

Gustavo Lins Ribeiro



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

El capital de la esperanza: La experiencia de los trabajadores en la construcción de Brasilia (Buenos Aires: CLACSO, noviembre de 2021).

ISBN 978-987-813-044-6

Primera edición en portugués: *O capital da esperança. A experiência dos trabalhadores na construção de Brasília* (Brasília: UnB).

Primera edición en español: *El capital de la esperanza : la experiencia de los trabajadores en la construcción de Brasilia* (Buenos Aires: Antropofagia, 2008).



CC BY-NC-ND 4.0

Foto de la tapa: Mário Fontenelle.

Traducción al español Lilita Sánchez Nardelli.

La traducción del texto fue posible gracias a recursos aportados por el CNPq - *Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico do Brasil*.

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Prólogo	11
Gustavo Lins Ribeiro	
Presentación	21
Hernán M. Palermo	
Prefacio (de la primera edición de 2006).....	27
Introducción	33
Capítulo 1. Los trabajadores.....	79
Capítulo 2. El campamento	137
Capítulo 3. El trabajo	161
Capítulo 4. Los conflictos	217
Conclusión	271
Bibliografía	277
Sobre el autor.....	283

André Malraux llamó a Brasilia “La capital de la esperanza”.

Dedico este libro:

A la memoria de Eric Wolf, quien lo leyó en su versión original y me
estimuló a comparar la construcción de Brasilia con obras como el canal
de Suez y el de Panamá.

A la memoria de Leopoldo Bartolomé, quien me abrió las puertas de la
Argentina.

Prólogo*

Gustavo Lins Ribeiro

Escribir un título como el de este prólogo significa que el tiempo ha pasado, y mucho. Pero también significa una gran satisfacción por saber que mi primer trabajo profundo de investigación sigue despertando la curiosidad de lectores de diferentes generaciones y formaciones. Fue escrito inicialmente en 1980, cuando yo tenía 27 años, como una tesis de maestría del Programa de Posgrado en Antropología Social de la Universidad de Brasilia. Su primera publicación solo ocurrió en 2006, en Argentina, gracias al interés de Santiago Álvarez, director de la Editorial Antropofagia. También es un enorme gusto ver el texto reeditado por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, en una colección que tiene el sugerente nombre de Clásicos Recuperados. La publicación actual se debe al entusiasmo de Hernán Palermo, quien hoy se destaca en un gran liderazgo de la antropología del trabajo latinoamericana. De hecho, la trayectoria de este libro me hizo establecer o profundizar, en distintos momentos, mis relaciones con varios y queridos colegas argentinos y de otros países de América Latina.

Mencioné la edad que tenía cuando escribí *El Capital de la Esperanza*, no porque haya sido una época privilegiada de mi persona sino porque este trabajo refleja aspectos coyunturales que van más allá de mi momento personal. No quiero despremiar mi propia

* Una versión preliminar de este escrito fue publicado en la *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo*, número 10, año 2021.

subjetividad, pues es imposible hacerlo en cualquier trabajo que se escriba. De hecho, hay muchas cosas que me gustan en este libro y que se relacionan con mi experiencia personal. Primero, a pesar de querer a todas las ciudades en que he vivido (Recife, Río de Janeiro, Brasilia, Nueva York, Buenos Aires, Washington y Ciudad de México) me identifico como brasiliense. Además, en *El capital de la esperanza* se siente la fuerza de una pluma joven, decidida fuertemente a revelar el protagonismo de los trabajadores y el poder de estructuración de las relaciones de clases desiguales en un momento crucial de la historia de la construcción de la nación brasileña. Cuando me lancé a realizar este proyecto, la niebla opaca del nacionalismo y la luz ofusadora de la celebración prevalecían en los registros sobre la construcción de Brasilia, algo que, en retrospectiva, se puede entender. A final no era nada fácil cambiar la capital de Río de Janeiro para el medio de la “nada”, como se decía, y construir una nueva ciudad. Pero la tarea era justamente ir más allá de la oscuridad y del brillo.

Influenciado por la noción marxista de “ideología dominante” —es decir el ocultamiento por los poderosos, para fines de ejercicio de su hegemonía, de la agencia de los subalternos— estaba (y estoy) seguro de que la historia tenía que ser reescrita. Aquí fue donde la antropología me ayudó y mucho: había que oír directamente a los que habían hecho la ciudad modernista con su sudor, al pueblo, a los trabajadores. La suerte fue que cuando empecé la investigación estábamos en 1978, cuando muchos de los que habían llegado como “pioneros” estaban vivos. Hoy, semejante esfuerzo de rescate de los testimonios de los obreros sería prácticamente imposible. Considero que este registro de otra versión de la historia de Brasilia, de hacer que los trabajadores hablaran en mi texto, es la fuerza que subyace al libro.

Hay que colocar otro elemento sobre la mesa: el interés de la antropología brasileña por los procesos de expansión hacia el interior del país; esto es, los procesos de integración de diferentes áreas del *cerrado* (el bioma del centro-oeste del país) y de la Amazonia con sistemas de producción y de mercado capitalistas. Las nociones de

frente de expansión y frente pionero, importadas de la geografía, fueron y siguen siendo cruciales para comprender el avance del capital sobre el territorio brasileño. Se trataba entonces de una cuestión central que estaba presente de diferentes formas en los trabajos de antropólogos como Darcy Ribeiro, Roberto Cardoso de Oliveira y Otávio Guilherme Velho. Para mí, entonces, Brasilia era un capítulo fundamental en la Marcha para el Oeste, como Getúlio Vargas bautizó el proyecto geopolítico de integración nacional durante su dictadura de 1937 a 1945. Brasilia también facilitó y estimuló el ataque a la Amazonia, como se lee en *El capital de la esperanza*. Ubicar la construcción de la ciudad en este movimiento histórico estructurante, que hasta hoy sigue destruyendo diversos pueblos originarios y ecosistemas brasileños, fue otra ventana que me permitió escapar del nacionalismo y de una visión patrioterica. Lo que estaba en juego era una compleja relación entre procesos de construcción de la nación vehiculados por élites políticas y estatales y los intereses expansivos y acumulativos del capital. Por otro lado, ya se había publicado, en 1976, un libro que me inspiró, *O Vapor do Diabo*, de José Sérgio Leite Lopes, una de las más bellas, completas y poderosas etnografías de la experiencia obrera, un precioso clásico de la antropología del trabajo publicado en 2011, en Argentina (ver Leite Lopes, 2011)

Recepciones y cambios en el campo de la teoría antropológica

La centralidad del marxismo es más que clara en el libro. Además de hacerse presente en la comprensión del traslado de la capital como parte de un movimiento de expansión capitalista, se hace presente en su título, en el protagonismo obrero, en los análisis de la explotación de su fuerza de trabajo y de los conflictos involucrados en el proceso de construcción. También está en la conclusión que, tentativamente, apuntaba para la existencia de una forma de producción vinculada a la expansión de sistemas económicos. La fuerza del foco en los trabajadores como sujetos etnográficos y de las consideraciones

históricas y sociológicas marxistas fue bien capturada por Susana Narotzky (2017: 6) quien generosamente afirmó que el libro

plantea un análisis absolutamente vigente de economía política en el mejor sentido de este concepto. Es una magistral aproximación a las complejidades materiales, simbólicas, políticas y económicas, públicas y privadas, que intervinieron en las vidas de los miles de trabajadores que se desplazaron para la construcción de la nueva capital.

De hecho, la recepción de *El capital de la esperanza* —que circuló en forma de fotocopias por casi 26 años hasta su aparición en 2006, en Argentina y en 2008, en Brasil— se ha caracterizado por una apreciación positiva de la imbricación entre antropología, historia y economía política (Mesomo, 2010: 359). Otra característica es la propia importancia de la construcción de Brasilia, en especial con relación a su arquitectura y urbanismo, lo que llevó a que el trabajo fuera bastante leído por arquitectos y urbanistas, como prueba el hecho de que su edición brasileña se dio en una colección de arquitectura y no de antropología.

La imbricación mencionada también fue altamente productiva para el desarrollo de mis intereses subsecuentes. Primero, el trabajo se ubicaba en el campo del estudio de las formas de expansión del capitalismo. Hace ya algún tiempo que bromeo diciendo que empecé a estudiar globalización cuando se llamaba estudio de la expansión del capitalismo. Es decir, yo me insertaba en el campo de estudio de los contactos, fricciones —noción de Roberto Cardoso de Oliveira de principio de los años 1960, primordial para el estudio de sistemas interétnicos en Brasil (ver, por ejemplo, Cardoso de Oliveira, 1963) —, intercambios y conflictos entre el capitalismo y otras economías y sus formas de producción. Asimismo, mi formación antropológica me alertó para la importancia de la comparación como método, algo que me llevó inmediatamente a plantear la necesidad de comparar la construcción de Brasilia con otras obras de la construcción civil. Por ello, decidí que mi tesis de doctorado tendría que ser un estudio sobre la construcción de una gran presa, lo que me hizo investigar la

construcción de la represa argentino-paraguaya de Yaciretá, sobre el río Paraná. Este movimiento me permitió, en 1985 y 1987, delimitar una forma de producción asociada a la expansión de sistemas económicos que denominé de proyectos en gran escala, PGEs (Lins Ribeiro, 1985, 1987).

Todo esto me ubicó inmediatamente en el creciente campo de la antropología del desarrollo, en las décadas de 1980 y 1990, un momento interesante y también contradictorio de la antropología contemporánea. Por un lado, había antropólogos que trabajaban para agencias desarrollistas globales, algunos, como el añorado Shelton Davis, desde una perspectiva antropológica crítica, y otros sin cuestionar la fuerza destructiva inherente al propio capitalismo, especialmente frente a su penetración y destrucción de territorios de pueblos originarios y campesinos. La historia de este momento, con sus contradicciones, derrotas y victorias, aún está por hacerse. De todas las maneras, en el mundo académico la crítica más fuerte y consecuente de la ideología/utopía del desarrollo fue hecha por antropólogos y pasó a ser denominada con el rótulo general de post-desarrollo. Se trataba de una coyuntura favorable (1988-1992), que contó con el vigor del movimiento ambientalista mundial y la sensibilidad de agencias multilaterales, como la Organización de las Naciones Unidas, que se expresó, por ejemplo, en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, en Río de Janeiro, en 1992. De estos movimientos surge el concepto de desarrollo sustentable, un intento de reforma de los resultados más deletéreos de las iniciativas desarrollistas (Lins Ribeiro, 1991).

En las últimas décadas, el campo antropológico creció y se diferenció, y ciclos de “giros” (frecuentemente definidos por las antropologías hegemónicas) fueron influenciando o cambiando los focos de atención de los antropólogos y las definiciones que hacemos sobre como clasificar nuestros trabajos. En el presente, el campo en que me insertaba en los años 1980-2000, se subdividió en diversas (inter)secciones que, con intereses particulares y muchas veces convergentes, incluyen la antropología del trabajo, del desarrollo, de la

globalización, de la infraestructura y de los megaproyectos (es decir, lo que a partir de 1985, he llamado de PGEs).

En septiembre de 2019, en una conferencia de apertura de un simposio en la Universidad de Estocolmo dedicado a debatir la antropología de la infraestructura y de los megaproyectos, busqué, entre otras cosas, entender que significaba cambiar las investigaciones de los PGEs del campo de los estudios de desarrollo al campo del estudio de la infraestructura. Reproduzco partes relevantes de mi crítica para ilustrar algunas de las ventanas que *El capital de la esperanza* abrió en mi trayectoria:

El campo de los debates sobre el desarrollo colocó a los antropólogos en luchas ideológicas y utópicas que son identificables por los ciudadanos y están ampliamente incorporadas por organizaciones gubernamentales, no gubernamentales y por movimientos sociales. Si (...) la antropología del desarrollo debe entenderse en relación con el fin de la coyuntura de la Guerra Fría y con una hegemonía temporal del discurso ambiental, la antropología de la infraestructura debe pensarse en relación con la hegemonía del orden neoliberal y el campo discursivo más amplio del calentamiento global y el Antropoceno. Por tanto, estoy de acuerdo con Dominic Boyer, quien argumenta que el giro infraestructural significa “que nos estamos rearmando conceptualmente para la lucha contra el Antropoceno y la modernidad que lo creó” (citado por Appel, Anand y Gupta, 2018: 6). Sin embargo, no estoy seguro de si este es el mejor giro a tomar, si es que nos preocupa el impacto político de nuestro trabajo. Primero, mucho de lo que ahora aparece como nuevas concepciones estuvo presente antes en la crítica del post-desarrollo y en las luchas ambientales hace más de treinta años (incluido el calentamiento global y Gaia). En segundo lugar, el campo discursivo más amplio en el que se ubica el Antropoceno está conformado por agencias y agentes que no son tan identificables como los del campo del desarrollo. El IPCC (Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático) no es exactamente un gran conocido de las multitudes. También se puede decir que la mayoría de la gente desconoce qué es el Antropoceno. En cambio, después de más de setenta años de propaganda, acción y reacción con

el apoyo y participación de agencias globales, nacionales y locales, el “desarrollo” es un ideopanorama altamente diseminado.

En la década de 1990, pensábamos los megaproyectos como parte del gran campo de poder del desarrollo, por lo que significaban como grandes inversiones de capital y por sus impactos sociales, culturales y ambientales. Las discusiones sobre proyectos en gran escala tenían como objetivo predecir la dinámica interna y externa de estos proyectos de infraestructura. Tenían objetivos políticos y prácticos claros. Por ello, fueron útiles para quienes criticaban los impactos socioambientales de los proyectos a nivel regional y local, y fueron instrumentales para las luchas de las poblaciones locales en defensa de sus territorios y formas de vida. La inserción de los antropólogos en el campo político del “desarrollo” que estaba en auge en ese momento, llevó a muchos de nosotros a interactuar con agencias de gobernanza globales, nacionales y locales, con actores y movimientos sociales locales.

¿Qué ganamos y perdemos al pasar del “desarrollo” a la “infraestructura”? En ciertos sectores del campo discursivo del Antropoceno, veo una tendencia a pensar que difícilmente se puede distinguir los sujetos de campos políticos complejos y que ya no es posible establecer sujetos (contra-hegemónicos) colectivos poderosos. Igualmente, la amplitud y la naturaleza omnicomprensiva del “concepto infraestructura” puede incluirlo todo y diluir la responsabilidad de la ejecución o del fracaso de los proyectos ante fuerzas impredecibles e incognoscibles. Tales visiones obliteran el mapeo del campo de poder actuante en el presente y dificultan el establecimiento de alianzas políticas efectivas entre académicos y ciudadanos. La posibilidad de que la categoría “Antropoceno” induzca una “especie de parálisis política” ha sido señalada anteriormente por Joseph Masco (citado por Hetherington, 2019: 3). El mapeo de las redes y procesos es lo que hace posible la intervención política y genera retroalimentaciones positivas entre la investigación y los movimientos sociales locales y supralocales. Apartarse de este tipo de hallazgos es un camino hacia la despolitización de la investigación de la práctica y del conocimiento antropológicos.

Finalmente, quiero mencionar que estudiar la construcción de Brasilia (y ahí vivir), así como comprender su lugar central como proyecto de una elite política nacional-desarrollista en la mitad del siglo XX, también me permitió un cierto alejamiento de las posiciones heurísticas que hipertrofian de forma totalizante la capacidad de estructuración del colonialismo en América Latina. Inserto esta veta interpretativa en una perspectiva que denominé de post-imperialista (Lins Ribeiro, 2003, 2018). Propuse, entonces, que para tener una visión completa de las fuerzas estructurantes en nuestro continente (y posiblemente en otros) habría que pensar las fuerzas causales diferenciadas en diversos contextos de la colonialidad del poder pero también habría que considerar lo que denominé de indigeneidad del poder (las diferentes respuestas de los pueblos originarios a las invasiones europeas), de nacionalidad del poder (las diferentes posiciones e intereses de segmentos formados por doscientos años de procesos de construcción del Estado nacional) y de globalidad del poder (las diferentes inserciones en el sistema mundial).

Como se nota, *El capital de la esperanza* me llevó a varias otras cuestiones y posibilidades interpretativas. Espero que pase lo mismo con el lector de esta oportuna reedición que me llena de orgullo.

Referencias

Anand, Nikhil, Akhil Gupta y Hannah Appel. (2018). Introduction: Temporality, Politics and the Promise of Infrastructure. In Nikhil Anand, Akhil Gupta y Hannah Appel (comps.), *The Promise of Infrastructure*. Durham: Duke University Press, pp. 1-38.

Cardoso de Oliveira, Roberto. (1963). Aculturación y "Fricción" Interétnica. *América Latina* 6 (3): 33-46.

Hetherington, Kregg. (2019). Introduction. Keywords of the Anthropocene. En Kregg Hetherington (comp.), *Infrastructure, Environment, and Life in the Anthropocene*. Durham: Duke University Press.

Leite Lopes, José Sérgio. (2011). *El Vapor del Diablo. El trabajo de los obreros del azúcar*. Buenos Aires: Antropofagia.

Lins Ribeiro, Gustavo. (2018). *Otras Globalizaciones*. Ciudad de México: Gedisa/UAM-Iztapalapa y Lerma.

----- (2003). *Postimperialismo. Cultura y Política en el Mundo Contemporáneo*. Barcelona/Buenos Aires: Gedisa.

----- (1991). Ambientalismo e Desenvolvimento Sustentável. Nova Utopia /Ideologia do Desenvolvimento. *Revista de Antropologia* 34: 59-101.

----- (1987). ¿Cuanto más grande mejor? Proyectos de Gran Escala, una forma de producción vinculada a la expansión de Sistemas Económicos. *Desarrollo Económico* 105: 3-27.

----- (1985). Proyectos de Gran Escala: Hacia un Marco Conceptual para el Análisis de una Forma de Producción Temporal. En Leopoldo Bartolomé (comp.), *Relocalizados: Antropología Social de las Poblaciones Desplazadas*. Buenos Aires: IDES, pp. 23-47.

Mesomo, Juliana. (2010). Resenha de O Capital da Esperança: a Experiência dos Trabalhadores na Construção de Brasília. *Cadernos de Campo* 19: 359-363.

Narotzky, Susana. (2017). Reseña de El capital de la esperanza. La experiencia de los trabajadores en la construcción de Brasília. *Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo* 2: 1-6.

Presentación

Hernán M. Palermo*

La obra de Gustavo Lins Ribeiro que presentamos en esta nueva edición de CLACSO constituye su tesis de maestría, dirigida en 1980 por Lygia Sigaud dentro del Programa de Postgrado en Antropología de la Universidad de Brasilia. Pasaron cuarenta y un años y mantiene una vigencia insoslayable para las antropologías latinoamericanas. Su lectura nos permite tensionar de manera crítica viejas y nuevas categorías, nociones rígidas que muchas veces se convierten en “profecías autocumplidas” en nuestras investigaciones. En este sentido, nos brinda potentes herramientas para interrogar los procesos actuales de globalización neoliberal desplegados de forma desigual en todo el mundo.

El capital de la esperanza es un punto de partida en la trayectoria de Lins Ribeiro, pero no cualquier punto de partida ni tampoco una casualidad. Es una obra imprescindible para las antropologías del sur porque se inscribe en la línea de pensamiento crítico de América Latina. Fortalece, como desafío analítico, metodológico, intelectual y político, una epistemología desde y con el sur que cuestiona la pervivencia de relaciones coloniales en la producción de conocimiento.

* Doctor en Ciencias Antropológicas. Investigador del Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL-CONICET-Argentina). Director de la Revista Latinoamericana de Antropología del Trabajo perteneciente al CEIL de Argentina y al CIESAS de México. Director de la Maestría en Estudios Latinoamericanos del Trabajo de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA. hernanpalermo@gmail.com

Con esta investigación, instala una piedra fundacional en su trayectoria como antropólogo latinoamericano. *El capital de la esperanza* representa un antecedente para sus investigaciones posteriores sobre la construcción de la represa hidroeléctrica Yacyretá (argentino-paraguaya) o, en términos más actuales, los procesos de globalización en el capitalismo contemporáneo (Lins Ribeiro, 2018) e incluso sus preocupaciones por dar respuestas a los procesos de descotidianización a partir de la crisis de la pandemia del COVID-19 (Lins Ribeiro, 2020). Como en *El capital de la esperanza*, la mirada antropológica le permite aproximarse, distanciarse y volver a acercarse para construir distintos ángulos de abordaje que le permiten desnaturalizar los procesos sociales. Podemos entrever en este ejercicio la interpelación que hiciera Ángel Palerm (1980) al desconfiar de las simplificaciones analíticas, entendiendo que todo proceso histórico y social transita caminos sinuosos y complejos, y solo la creatividad intelectual nos acercará a interpretaciones convincentes.

La obra que presentamos reivindica el pensamiento crítico desde el marxismo y ofrece un marco de análisis vigente para pensar las relaciones de poder y la acumulación por desposesión consumada por los megaproyectos del presente. No encontramos rodeos para definir los procesos de explotación y alienación por los que transitaron quienes construyeron Brasilia: trabajadores migrantes —“nordestinos” — que vendieron su fuerza de trabajo para edificar una ciudad capital en la que nunca vivirían. O tal vez sí, en caso de resistir los procesos violentos de desalojo una vez terminada la construcción. Indudablemente, es una investigación en el contexto de los años setenta, momento histórico privilegiado que habilitó varios de los grandes debates al interior del marxismo. Podemos enmarcarlo en una línea de discusiones y aportes que unos años antes había abierto *El vapor del diablo*, el libro de José Sergio Leite Lopes (2011 [1976]), o los escritos de Victoria Novelo (1980). También analizaron las relaciones de poder sin perder de vista a los “sujetos de carne y hueso”; es decir, sin reducirlos a una entelequia anónima como parte de una teoría abstracta.

Por otra parte, advertimos la influencia de Eric Wolf (1993 y 2001) cuando Lins Ribeiro concluye que la construcción de Brasilia es una forma de producción vinculada a la expansión del capitalismo. Asimismo, es posible vislumbrar el énfasis por entender la economía política en clave histórica a fin de alcanzar una comprensión de las estructuras que circunscriben la vida de los sujetos, antes que de la historia como narración de hechos consecutivos. O, dicho en términos de Wolf, comprender las relaciones de poder que organizan y especifican la dirección de los flujos de las energías, entramando el contexto nacional y global.

El autor plantea la importancia de debatir el desplazamiento político e ideológico que se produce a partir de la construcción del gran mito de Brasilia como síntesis de integración de los conceptos de desarrollo, modernización y nacionalismo. Brasilia fue la “meta-síntesis” de un desarrollismo conducido por un “héroe”, el presidente Juscelino Kubitschek (JK). Para desentrañar los claroscuros de este gran mito nacional y los procesos de producción de hegemonía que se fetichizan en la noción de “meta-síntesis”, Lins Ribeiro busca hacer visible la otra historia de la construcción de Brasilia. Aquella que se relaciona con las experiencias de clase de los trabajadores, operarios y profesionales que levantaron la ciudad durante día y noche, en turnos rotativos, en un tiempo récord para la historia del urbanismo moderno. Para ello, usó una diversidad de fuentes: diarios y revistas de la época, imágenes, mapas y, especialmente, entrevistas a trabajadores que participaron en el proyecto.

Gustavo Lins Riberio conjuga y tensiona la teoría con el trabajo de campo para desentrañar los significados que atribuyen los trabajadores a dicho proceso. Ello le permitirá reconstruir una memoria donde caben las penurias, los enojos, las broncas, las injusticias laborales, las solidaridades, las amistades, la familia, las lealtades, los sabores de las comidas, la música, la organización, el sindicato y los conflictos, en un todo desordenado pero legible a luz de la teoría. En definitiva, la experiencia de clase se puede leer en *El capital de la esperanza* de modo transversal, así como también las contradicciones del

capitalismo, las políticas urbanistas, las condiciones de trabajo y demás campos problemáticos que han abordado las ciencias sociales.

Las y los invitamos a leer —por primera vez o una vez más— esta obra magistral que nos permite comprender y complejizar la dinámica de la expansión capitalista y, en particular, develar la precariedad, desigualdad e inestabilidad que azota, desde hace tiempo, a nuestra América Latina.

Bibliografía

Lins Ribeiro, G. (1991) *Empresas transnacionais. Um grande prometo por dentro*. Brasil, Marco Zero e Anpocs

Lins Ribeiro L. (2018). *Otras Globalizaciones*. Ciudad de México: Gedisa/UAM-Iztapalapa y Lerma.

Lins Ribeiro, G. (2021). “Descotidianizar” el mundo. La pandemia como evento crítico, sus revelaciones y (re)interpretaciones. *Desacatos. Revista De Ciencias Sociales*, (65), 106–123. <https://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/article/view/2277>

Leite Lopes, José Sergio. (2011) *El vapor del diablo. El trabajo de los obreros del azúcar*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia. [Primera edición en portugués, *O Vapor Do Diabo. O trabalho dos operarios do açúcar*, 1976]

Novelo, V. (1980). La vida obrera, un nuevo campo para la etnografía. *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, 1(1), 22-25.

Palerm, Á. (1980). *Antropología y Marxismo*. México: CIS-INAH-Editorial Nueva Imagen

Ribeiro, G. L. (2018). *Otras globalizaciones*. México: Gedisa/Universidad Autónoma Metropolitana.

Wolf, Eric. (1993). *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica. [Primera edición en inglés, *The regents of the University of California*, Berkeley, 1982];

Wolf, Eric (2001). *Figurar el Poder. Ideologías de dominación y crisis*. México: Ediciones de la Casa Chata, CIESAS. [Primera edición en inglés, *Envisioning power: ideologies of dominance and crisis*, 1998]

Prefacio (de la primera edición de 2006)

Dobles memorias

El capital de la esperanza fue originalmente escrito hace más de un cuarto de siglo y se mantuvo inédito hasta ahora. Inédito, pero no por eso dejó de ser leído como disertación de maestría, orientada por Lygia Sigaud y presentada al Programa de Post-Grado en Antropología de la Universidad de Brasilia en 1980. De hecho, ha sido densamente usado por quien se interesa por una mirada diferente de aquella que caracteriza la matriz discursiva sobre Brasilia. Tal interés quizás se deba a su carácter de estudio de la construcción de la Capital Federal brasilera, que se aleja del punto de vista de los poderosos, de los políticos, de los arquitectos, ingenieros y administradores, y se basa en la experiencia cotidiana de millares de trabajadores inmigrantes, anónimos, que construyeron la ciudad a tiempo para ser inaugurada el 21 de abril de 1960. Este estudio se trata, en verdad, de un cruce entre antropología e historia, una historia vista por la óptica de las camadas populares como actores principales. Es un trabajo antropológico en la medida en que se preocupa por absorber la perspectiva de los que estuvieron efectivamente involucrados en la acción, a pesar de

que sus versiones puedan parecer inverosímiles para los otros. Y un estudio de historia, porque reconstruye la cotidianeidad de unas decenas de millares de personas, cuyo trabajo definió una realidad hoy vivida por millones. Creo que es esa combinación entre una postura antropológica y una perspectiva histórica lo que hace que *El capital de la esperanza* conserve su vitalidad hasta hoy. Esa feliz combinación se expresa sobre todo en la riqueza del habla de los trabajadores, que lleva al lector a situarse en medio de los 60.000 inmigrantes que se dirigieron al Planalto Central brasileiro para, entre 1956 y 1960, construir la nueva Capital Federal.

Más allá de un registro de la memoria de los trabajadores, *El capital de la esperanza* también es un índice del momento en que fue escrito, del contexto más amplio que caracterizaba la antropología y la vida académica brasileiras, así como de mi propia inserción en ellos. Veo dobles memorias en este libro, que encarna parte del pasado de Brasilia y del mío propio. En la década de 1970, buena parte de los antropólogos brasileiros se dedicó a estudiar las clases populares, campesinos, trabajadores rurales, operarios, el sector informal, etc. A diferencia de otros países sudamericanos, que en esa época atravesaban dictaduras militares, en Brasil el marxismo no fue totalmente prohibido en las universidades. A pesar del riesgo, ser marxista era para muchos una opción teórica y metodológica, pero también política, una demostración de oposición al régimen autoritario. Yo mismo, joven, barbudo y pelilargo estudiante de postgrado en Antropología, en 1977, fui preso y procesado por la tristemente famosa Ley de Seguridad Nacional.

Más allá del propio Karl Marx, Antonio Gramsci y Louis Althusser eran fuentes de inspiración frecuentes. Antropólogos brasileiros como Lygia Sigaud, José Sérgio Leite Lopes, Eunice Durham y muchos otros, hicieron estudios memorables con una orientación marxista, en mayor o menor grado heterodoxa. Puede decirse que la antropología brasileira hizo “estudios subalternos”, tan celebrados posteriormente por la riqueza de los trabajos de científicos sociales indios, *avant la lettre*. No se decía que era preciso “dejar hablar a los

subalternos”, pero era común, en los trabajos de antropología, encontrar la transcripción de los relatos, discursos, de los sujetos etnográficos. En verdad, se trataba de atravesar la ideología dominante para revelar las contradicciones de clase que estructuraban la realidad social, política y económica, encontrando los verdaderos sujetos de la historia. El marxismo proveía una certeza que, en tiempos pos-pos-modernos, apunta a una cierta nostalgia al mismo tiempo que a un distanciamiento crítico de los meta-relatos salvíficos del siglo XIX. Mientras tanto, y creo que este libro es un tributo a esto, la capacidad heurística del marxismo produjo, y continúa produciendo, muchos proyectos de conocimiento que ciertamente revelaron más de lo que distorsionaron. *El capital de la esperanza* se inserta plenamente en esta coyuntura intelectual.

El presente volumen es una versión modificada de la disertación de maestría escrita en un período en el cual obtener el título representaba una tarea mucho mayor que en la actualidad. Es un esfuerzo por revelar las ideologías dominantes sobre la transferencia de la capital a Brasilia, una epopeya que se prestaba, como pocas, a la construcción de ideologías nacionalistas. En las páginas que siguen, los trabajadores presentan sus versiones. A partir de ellas, percibí que era posible ir más allá de un estudio sobre ideologías, noté que estaba ante un sistema, hecho que me llevó durante una década a estudiar una forma de producción que denominé “proyectos de gran escala”. Al terminar *El capital de la esperanza* pensé, como se ve en la conclusión de este libro, que en el futuro compararía la construcción de Brasilia con la de la hidroeléctrica de Tucuruí, en la Amazonia brasilera. No podía imaginar que, en realidad, escribiría una tesis de doctorado sobre otro gran proyecto, Yacyretá, la hidroeléctrica argentino-paraguaya. Esta experiencia, a mediados de los años ochenta, me convirtió en el único antropólogo brasilero que hizo su investigación de doctorado en la Argentina, algo que me brindó también muchos colegas y amigos con quienes continúo teniendo excelentes relaciones. Tal vez deba a ello el hecho de que *O Capital da Esperança* se publique primero en español a través de la Editorial Antropofagia,

que se consolida cada vez más como difusora de la antropología en la Argentina. Me siento feliz de que así sea, ya que habla de un interés antropológico mayor por el trabajo, un interés que va más allá de su propia validez como relato de la historia de Brasilia.

Agradezco entonces a los colegas de Antropofagia, en especial a Santiago Álvarez, por acercar este libro al público de lengua española. Durante la preparación del mismo, resolví incluir fotografías de la época, algunas de ellas tomadas por Mário Fontenelle, fotógrafo de la Presidencia de la República, a cuya verdadera visión etnográfica se debe la existencia de muchas de las mejores fotos de la construcción de Brasilia. Las fotos forman parte del acervo del Archivo Público del Distrito Federal, en el cual trabajan personas como Flávia Cohen, cuyo entusiasmo por la historia de la ciudad se percibe inmediatamente y facilita mucho el trabajo del investigador. Agradezco al Archivo Público del Distrito Federal el permiso para utilizar este material. El mapa del D. F. y los croquis que ilustran el libro fueron amablemente preparados por Levi Batista de Carvalho, pionero de la construcción de la ciudad, que también se entusiasmó con el libro. Por iniciativa propia, Levi Batista de Carvalho se transformó en investigador y consiguió croquis de otras áreas, como uno en donde se localizaba la NOVACAP, y que están reproducidos más adelante. Durante el período en el que me dediqué a esta publicación, continué como profesor del Departamento de Antropología de la Universidad de Brasilia y como Investigador del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq) de Brasil.

André Malraux, el célebre escritor francés, en su visita a las obras de la ciudad llamó a Brasilia “La capital de la esperanza”. Felices las lenguas, que por un mero cambio de artículo permiten a un autor alterar todo el significado de una designación.

Brasilia, abril de 2006.



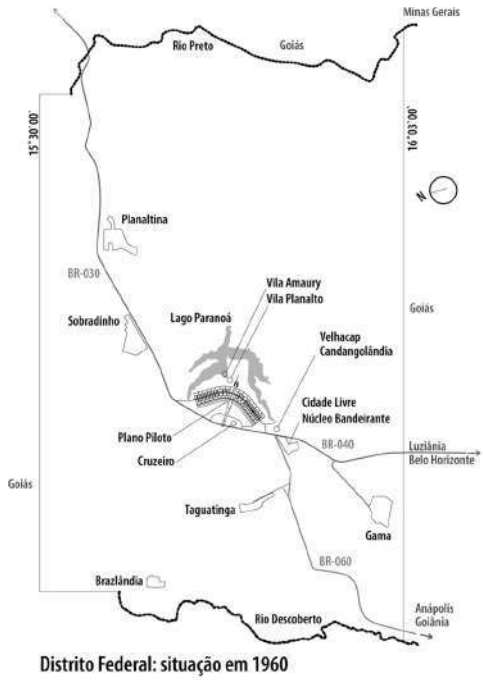
Vista aérea del Plan Piloto (1957/58?)



Plaza de los Tres Poderes y Explanada de los Ministerios, 1957.



Explanada de los Ministerios y Congreso Nacional, septiembre de 1959.



Introducción

En este trabajo, estudio la construcción de Brasilia entendida como la concreción de un gran proyecto de construcción civil. La reflexión sobre la historia de esta obra llevó a ver un conjunto de especificidades que se articulaban y apuntaban a la existencia de una forma de producción cuya recurrencia es posible identificar en otros lugares y momentos. A partir de un caso paradigmático, busco configurar una totalidad compleja, dominada básicamente por la tarea de llevar a cabo un trabajo de volumen excepcional. Una distinción inicial básica para diferenciar la construcción de Brasilia de otras grandes obras realizadas en el medio urbano (como el subterráneo, por ejemplo), es el hecho de que sea un trabajo realizado en áreas relativamente aisladas. Es común que un gran proyecto sea ejecutado obedeciendo más a decisiones políticas que económicas. En el caso de Brasilia, una de sus funciones era interiorizar una porción de la población brasileña a través de su mudanza a un área del territorio nacional, en vista de su integración con el resto del país. Esta pretensión produjo reflejos ideológicos. En realidad, es común también que un gran proyecto sea visto como algo que salvará a una determinada región. No obstante, lo que generalmente ocurre es que ese relativo aislamiento del territorio de la construcción se constituye en una marca fundamental

que determina varias otras. Un trabajo de este tipo es normalmente organizado por una empresa estatal que pasa a ser representante del Estado en el área, de tal forma que el territorio de la construcción adquiere aspectos de enclave, tales las particularidades de la cotidianeidad de los individuos que allí residen, sometidos a los intereses de las compañías constructoras y no, en términos generales, a las leyes de la nación.

Un gran proyecto implica una articulación de varias obras parciales, cuyo resultado es el producto final operando como un todo. Como se da en áreas relativamente aisladas, los primeros trabajos son generalmente dedicados a crear las condiciones para la llegada de los millares de trabajadores que se dirigen al lugar. Siendo muy grande el volumen de la obra que será realizada, surge casi repentinamente una gran oferta laboral y, claro, salarial. Acuden, así, millares de trabajadores para desempeñar un trabajo temporario. El marco de esta transitoriedad es la fecha de inauguración de la obra. Los trabajadores se someten entonces a una selección que prácticamente explicita el tipo de operario que se requiere y que irá a vivir en alojamientos colectivos de grandes campamentos: hombres jóvenes, sanos y sin familia. Este es el marco que define el perfil de los trabajadores presentes en el gran proyecto, cuya necesidad de trabajo lleva a la instauración de un ritmo de producción que se concreta a través de una explotación inédita de la fuerza de trabajo.

Lo más visible en la construcción de un gran proyecto es la situación extraordinaria que en él se vive. En un territorio cuya cotidianeidad es dominada por la actividad productiva llevada al extremo, están trabajando a un ritmo intenso millares de hombres sin familia y sin mujeres. Prácticamente no existen opciones de ocio y los operarios se tornan clientes de una floreciente zona de prostitución. Tener que reunir una gran población de trabajadores para realizar una obra estructura una situación donde podemos ver cómo estos son tratados en una determinada sociedad. Hay que resolver problemas fundamentales para el funcionamiento de la producción, como la alimentación y las viviendas para los trabajadores. Es justamente aquí que surgen los aspectos más opresivos de la situación de gran

proyecto, a tal punto que los conflictos más serios que se presentan son por mejores condiciones de vida.

No es la cuestión salarial el foco de tensión en el territorio de la construcción. En términos generales, se puede afirmar que los trabajadores en un gran proyecto reciben salarios relativamente mayores que los que recibían en sus empleos anteriores, por someterse a formas de explotación necesarias al ritmo intenso de los trabajos. Estas formas de explotación implican el pago de una cantidad de horas adicionales al salario individual. Es una obra donde se gana más, pero se trabaja mucho más también.

La inauguración del gran proyecto es el momento en que ocurre, repentina o gradualmente, la desmovilización de la forma de producción anterior. Así, otra característica central del gran proyecto es su temporalidad. Mientras dura, se produce una situación social que involucra a millares de personas durante algunos años. Tal situación no puede compararse mecánicamente con emprendimientos realizados en áreas que cuentan con un desarrollo económico y social más amplio y diferenciado.

Hay que destacar que el sector de la construcción civil es la rama industrial más propicia para apartar de un lugar a millares de trabajadores y concentrarlos en un punto determinado. Esto se debe básicamente a dos razones relacionadas entre sí: el bajo nivel de calificación necesario en general para la mayor parte de las actividades, y el gran número de operarios que se requiere para obras de gran porte. En cierto modo, podemos pensar que en la construcción de un gran proyecto como Brasilia se verifican, en una escala ampliada, las formas de producción del sector de la construcción civil (tal vez llevadas al paroxismo), escala que se combina con las especificidades del hecho de estar construyendo una obra fuertemente marcada por razones y decisiones políticas, una obra de la dimensión de una nueva Capital Federal en el interior del país.

Para armar el cuadro relativo a la comprensión de la construcción de Brasilia intentando percibir la perspectiva de los agentes que estaban directamente al servicio de la producción, elegí la experiencia de

los operarios de la construcción civil en la edificación de esta ciudad. Esta opción se debió al hecho de que sean los trabajadores el mayor contingente poblacional involucrado en el proceso. La elección de este camino de investigación llevó a ver que, en términos generales, lo que se sabía de la historia de Brasilia era sólo el relato oficial dominante. Sucede que en la historia oficial, que expresa con toda evidencia su contenido ideológico, el proletariado nunca aparece como fuerza presente o, cuando lo hace, aparece desempeñando un papel subordinado a las iniciativas y las interpelaciones de los sectores dominantes. La historia de la construcción de la Capital Federal confirma la regla. Así, buscando también revelar las construcciones ideológicas existentes sobre el tema, se ha vuelto mi intención recuperar las grandes líneas de la experiencia de los trabajadores en la construcción de Brasilia. Para ello delimité el período desde 1957 a abril de 1960, cuando se inauguró la ciudad.

La investigación de la historia de los operarios de la construcción civil en Brasilia

A mediados de 1977, en el inicio de mi estudio de la historia de la construcción de Brasilia, pasó a quedar clara, después de la lectura de la literatura entonces existente y de acceso más inmediato sobre el tema, la gran manipulación ideológica en torno a la construcción de la ciudad, así como también en torno de aquellos que formaran el mayor contingente poblacional inmediatamente involucrado en tal proceso: los operarios. Al tiempo que los relatos llegaban mezclados de ideas nacionalistas, haciendo que la construcción de Brasilia tomara aires del gran proyecto de la nacionalidad, el papel desempeñado por los obreros de la construcción civil entraba, cuanto mucho, en un contrapunto de cara a las iniciativas de las elites, sobre todo de los miembros que tenían el poder en el Estado. Juscelino Kubitschek, en su libro *Por qué construí Brasilia*, proporciona varios fragmentos que ilustran esta afirmación. Citaré sólo el siguiente:

Llegaban operarios de todas las regiones del país en búsqueda de trabajo. Eran los candangos, que venían del Nordeste, del interior de Goiás y de los municipios de las fronteras de Minas y de Mato Grosso, *a fin de dar una mano* en la obra de preparación del terreno en la meseta (Kubitschek, 1968: 68, el resaltado es mío).

La construcción de Brasilia surgió en determinado momento histórico (1956-57) y para concretarla era necesario un gran número de trabajadores. Sin embargo, ¿dónde estaba la historia de estos trabajadores? La historia de su vida cotidiana, de sus condiciones concretas de transcurso de la vida, de las luchas de una población que estaba entonces eminentemente formada por los trabajadores de la construcción civil. La historia de trabajadores que, en buena medida impulsados por los sueños nacionalistas que recubrían toda la motivación ideológica de la construcción de la ciudad, se identificaban con los diversos discursos de los políticos de ese momento que, desde el Presidente de la República hasta los asesores de la compañía gubernamental encargada de las obras (NOVACAP), caminaban “democráticamente” por las calles polvorientas o enlodadas del amontonamiento de casillas que era la llamada Ciudad Libre (hoy Núcleo Bandeirante). La historia de trabajadores que vivían en habitaciones con precarias condiciones de alimentación y vivienda, enfrentando a una policía reclutada en la calle y compuesta por ex compañeros de trabajo por el solo motivo de ser físicamente más fuertes. La respuesta a nuestras preocupaciones era sencilla: esta historia no estaba en ningún lugar.

En efecto, la mayor parte de la literatura existente hasta la década de 1970 sobre la ciudad estaba conformada por testimonios desde perspectivas cargadas de una visión idealizada del proceso. Tal vez los ejemplos más típicos de este tipo de registro puedan ser considerados, como el libro *Por qué construí Brasilia*, de Juscelino Kubitschek y el *Diario de Brasilia*, una colección de varios volúmenes organizada y editada en 1960 por el Servicio de Documentación de la Presidencia de la República del Brasil. Estos formarían el eje principal que se seguía de otros, como *Brasilia: diálogo con el futuro*, de Antônio

Carlos Osório; *La mudanza de la Capital*, de Adirson Vasconcelos; *La historia de Brasilia*, de Ernesto Silva; *Taguatinga: pioneros y precursores*, de Alberto Bahouth Junior, para dar solo estos ejemplos. De los libros, digamos, no académicos, podemos contar con uno que colocó la historia de la ciudad en una perspectiva crítica: *Brasilia y su ideología*, de Geraldo Joffily. Paralelamente, la escasa literatura académica existente sobre Brasilia al momento de mi investigación era aún insuficiente de cara a la extensión del objeto. Hasta donde pude constatar, la mayoría de las publicaciones de urbanismo abordaba Brasilia como una ruptura para el desarrollo de la arquitectura. Por otro lado, sólo en la disertación de la maestría de Nair Bicalho, *Operarios y política* (1978), y en la tesis del doctorado de David Epstein, *Brasilia: plan y realidad* (1973), encontré la perspectiva de la clase trabajadora. Pero no eran trabajos totalmente dedicados a la época de la construcción de la ciudad. Había incluso una tesis de maestría de la socióloga Maria Teresinha Ribeiro, *Naturaleza de clase de los sindicatos en Brasil - Un estudio de caso* (1977), que se destinó básicamente a intentar probar la naturaleza burguesa del sindicato de la construcción civil en Brasilia. También estaba un estudio hecho por el antropólogo Orlando Pilatti como disertación de maestría, titulado *Representación urbana: el caso de Brasilia* (1976). En él, el autor se atiene principalmente a la cuestión de la “representación espacial”. Por último, podemos recordar el análisis formal de José Pastore en su libro *Brasilia - La ciudad y el hombre* (1969). En fin, quedaba mucho por hacer en términos de registro y análisis de la historia de la ciudad, sobre todo desde la perspectiva de los trabajadores.

¿Por dónde comenzar, entonces? A mediados de 1977 realicé una rápida búsqueda en el Núcleo Bandeirante (ex Ciudad Libre), donde estaba la mayor aglomeración de población en la época de la construcción. Entrevisté a habitantes que residían allí desde ese entonces. Esta ciudad siempre fue destinada marcadamente al comercio. Así, encontrar informantes competentes para proporcionar relatos desde la perspectiva de la experiencia de los trabajadores, aunque posible, resultó una tarea bastante ardua. En esta búsqueda, además

de comerciantes, entrevisté también a un juez de trabajo. Fue una primera aproximación, en la cual pude formar un cuadro inicial que sirvió de guía para otros lugares donde era mayor la probabilidad de encontrar trabajadores que hubieran participado en la construcción de la ciudad antes de su inauguración. Más allá de esto, a partir de aquella búsqueda inicial pasé a contar con una serie de informaciones que apuntaban hacia varias especificidades relativas al período de la construcción y que serían objeto de posteriores investigaciones. El próximo paso se dio en los últimos meses de 1979, cuando entrevisté a trabajadores que en su mayoría residían en antiguos campamentos que hasta ese entonces existían (como la Villa Planalto y la Candangolandia, véase mapa al final del Prefacio). Fui varias veces, durante aproximadamente seis meses, a algunos campamentos, generalmente realizaba entrevistas informales que fueron de gran utilidad al grabar los testimonios de los trabajadores. Estas entrevistas fueron registradas sólo cuando supuse ya poseer un marco que permitiese controlar las idiosincrasias de los entrevistados o los problemas como la idealización del pasado. Esta precaución, más allá de deberse al hecho de estar trabajando con las expresiones de los operarios como fuente, era doblemente necesaria en tanto lo que buscaba era la reconstrucción de una experiencia que, si bien fue extremadamente importante para los individuos, había ocurrido hacía cerca de veinte años.

El tema de las posibles distorsiones individuales en los relatos siempre se colocó como un punto al cual le dediqué la mayor atención. De esta forma, entre la primera investigación de campo y la última, realicé investigaciones en la literatura existente sobre la historia de la ciudad y en diarios. Hice una lectura más abarcativa del material encontrado, recurriendo inclusive a la lectura de periódicos de arquitectura y urbanismo. En el mes de agosto de 1979, leí en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro diarios de la época, incluyendo una colección del diario *La Tribuna*, editado en el Núcleo Bandeirante durante el período de la construcción. Este periódico fue una fuente primordial, ya que en él encontré informaciones relativas a

la cotidianidad del territorio de la construcción. Como el eje del trabajo pasaba por la experiencia de los trabajadores, leí también aquel mes en la Biblioteca Nacional los periódicos *La Voz Obrera*, y *Nuevos Rumbos*, del Partido Comunista Brasileiro, en busca de registros sobre la situación de los trabajadores en la construcción de la capital federal. Sin embargo, los trabajadores que estaban al servicio de la construcción de Brasilia raramente eran el objeto de estos periódicos. Solamente con la proximidad de la inauguración, Brasilia y sus trabajadores aparecen en sus páginas con mayor frecuencia. El próximo paso, en términos de fuentes escritas a las que recurrí, fue en febrero de 1980 cuando, en la sede del Sindicato de los Trabajadores en la Industria de la Construcción y del Mobiliario de Brasilia, busqué las actas de las asambleas de los primeros años de actuación de la entidad. En marzo de 1980 pasé una semana en la ciudad goiana de Anápolis, la de mayor porte más próxima a Brasilia, para estudiar los diarios de la ciudad en el museo local, sabiendo de su importancia para la construcción de la capital federal. Registré entonces principalmente las noticias publicadas en *El Anápolis*. La última fuente escrita que utilicé fue tal vez la más rica de todas y, lamentablemente, la que se encontraba más destruida (estudiar nuestra historia dejó ver de inmediato la precariedad de nuestras bibliotecas y museos, principalmente en lo que respecta a la conservación de los documentos). Se trata de una gran colección de recortes de diarios del país entero con noticias sobre la construcción de Brasilia antes de la inauguración, que fue organizada por la División de Divulgación, sector de Documentación de la Compañía Urbanizadora de la Nueva Capital (NOVACAP). Estudié la colección durante el mes de abril de 1980 en el archivo del Instituto Histórico y Geográfico del Distrito Federal que, por falta de recursos, ya había perdido varios volúmenes de la colección comidos por polillas. Esta colección aparecerá en este trabajo bajo el título de COMPILACIÓN NOVACAP. En ese conjunto de recortes de diarios se destacan, en términos de denuncias, las noticias publicadas en *La Tribuna de la Prensa*, diario de la oposición udenista al gobierno de Kubitschek. A pesar de que expresaran, en general, efectivamente a los

grupos de interés que representaban, estas fuentes escritas ayudaron a formar un cuadro más preciso que permitió ubicar mejor las formulaciones de los trabajadores que entrevisté, calmando mis preocupaciones por distorsiones como la idealización del pasado.

Fue posible incluso adjuntar al material de la investigación una fuente fundamental para entender y confirmar varias especificidades relativas a la construcción de la ciudad: el Censo Experimental de 1959, realizado en Brasilia por el Instituto Brasileiro de Geografía y Estadística. Este Censo lleva el nombre de “experimental” porque fue hecho como prueba para la realización del Censo Nacional de 1960. Es así como algunos ítems que por primera vez serían investigados en un censo brasileiro aparecen en relación al cuadro poblacional del territorio de la construcción de Brasilia en 1959. Tal vez pocas regiones podían contar con un cuadro censal de la calidad de éste. Hay que incluir también como fuentes las películas y fotografías de la época, en la medida en que esa información fue de gran utilidad para componer un panorama más detallado.

Como menciono anteriormente, el período sobre el cual concentré mi atención comprende entre 1957 y el 21 de abril de 1960¹. La elección no es casual. Los primeros trabajos para la construcción de la ciudad se iniciaron en los primeros meses de 1957. El año 1956 fue dedicado casi exclusivamente a operaciones para construir un esquema en el plano político y jurídico que posibilitase la edificación y la transferencia de la capital federal. En aquel año se produjo, por ejemplo, la promulgación de la ley que creaba la NOVACAP-Compañía Urbanizadora de la Nueva Capital de Brasil y le concedía poderes para disponer la construcción sin consultas previas al Congreso Nacional; se crearon articulaciones para que los políticos de la región Centro-Oeste asumieran el proyecto de la construcción independientemente de la filiación partidaria; se realizó la estructuración del

¹ Eventualmente algún acontecimiento, como el desenlace de la cuestión de la transitoriedad del Núcleo Bandeirante, puede extenderse más allá de este período. Sin embargo, sus determinaciones se encuentran vinculadas a la época anterior a la inauguración y son, por lo tanto, parte relevante para su entendimiento.

concurso público para la elección del Plan Piloto de Brasilia, etc. Para tener una idea, fue sólo en octubre de 1956 que el presidente de la República estuvo por primera vez en el área donde se iban a desarrollar las obras. Comenzaré, por lo tanto, con los primeros grandes movimientos efectuados en vistas de propiciar las condiciones iniciales concretas para trabajar en el lugar.

Ya el término del período, abril de 1960, engendra otros razonamientos. Privilegiar un determinado período histórico es también preguntarse por qué no ir más allá de él. Ciertamente, no fue sólo el hecho de que hubiera una definición del período ya marcada por el día de la inauguración lo que llevó a tomar ese período como el centro del análisis. Más que a ello, la opción se debió a la constatación de que la fecha de inauguración, al definir un plazo para el término de las obras, pasa a tener implicaciones concretas en la marcha de los trabajos y, por consiguiente, acaba confundiéndose en diversos aspectos con las especificidades de la producción del gran proyecto. El día de la inauguración es un rito de pasaje al cual subyace, a nivel económico, el pasaje del gran proyecto desde la esfera de la producción hacia la esfera del consumo. De aquí deriva una consecuencia fundamental para la comprensión de este estudio: la inauguración, o el hecho de dar por terminados los trabajos (ya que el producto final está listo para operar y pasa a necesitar de trabajos de mantenimiento u obras complementarias), implica un cambio en la forma anterior de producción, característica del gran proyecto. Es un momento importante, dado que de la misma forma en que en los inicios del trabajo se necesitaban *repentinamente* millares de trabajadores, al finalizar, igualmente de manera repentina, millares de trabajadores son liberados.

Para la construcción de Brasilia hay que situar y eventualmente relativizar un poco estas afirmaciones, ya que se trata de la construcción de una ciudad. De hecho, el 21 de abril de 1960 la ciudad estaba lista para operar con algunas deficiencias, pero su trazado urbano y las grandes construcciones características de su función de sede del Poder de la República estaban básicamente listos. Más allá de eso, luego de la inauguración sobrevino un elevado desempleo en el ya Distrito

Federal. Mientras tanto, a pesar de esta significativa crisis, aún restaba realizar millares de construcciones que se fueron haciendo en el transcurrir de la existencia de la ciudad (incluso hoy en la parte norte existen proyecciones de cuadradas vacías). De cualquier modo, ciertamente la ciudad después de su inauguración no asistió más al desempeño del ritmo de trabajo que la hizo notable: el ritmo Brasilia.

El presente estudio es también una contribución para pensar la construcción de Brasilia más allá de la *mitología* que la recubrió. Debe quedar claro que cuando realicé la investigación, desde una perspectiva relativamente nueva, se impuso la necesidad básica de precisar el conocimiento al nivel del sentido común, perforándolo. En ese contexto, cabe destacar una contradicción que permaneció como una de las más englobantes para la comprensión de la realidad del Distrito Federal: la ausencia de los operarios en el espacio urbano referente al Plan Piloto. Dicho de otro modo, la cuestión del porqué aquellos que construyeron la ciudad no tuvieron derecho a permanecer en ella. Esta contradicción es generalmente entendida como el hecho de que los trabajadores, *grosso modo*, habitan las ciudades satélites, mientras el Plan Piloto permaneció intacto y la exclusividad de la pequeña burguesía, ligada a la administración gubernamental federal. Una expectativa forjada por el plan original de la ciudad, según la cual los operarios compartirían el mismo espacio urbano que los funcionarios federales, originó, incluso en la literatura académica, un extrañamiento en cuanto a la ausencia en el Plan Piloto de aquellos que lo construyeron (ver, por ejemplo, Oliveira, 1976: 87-88).

Incluso la respuesta más inmediata, que podría buscarse en el hecho de que, en el capitalismo, el que produce no es aquel que se apropia del producto del trabajo, precisa ser reforzada. En cierto modo, suponer que la construcción de Brasilia ocurriría, o debería haber ocurrido, en moldes diferentes es dejarse sobrepasar por la pretensión urbanística que supuestamente tendría que orientar la construcción y el uso de la ciudad, ya que suponía una convivencia democrática entre las clases sociales en un mismo espacio urbano. No obstante, responder únicamente que este hecho, rotulable como

contradicción entre el Plan Piloto y las Ciudades Satélites, obedece a la lógica del capitalismo es un paso, pero un paso marcadamente abstracto en el sentido de que serviría para entender la cuestión de la vivienda de los trabajadores de la construcción civil en Brasilia tanto como, digamos, en muchos otros lugares. Postular la comprensión del problema de Brasilia en estos términos no permitiría entender la especificidad de su concreción local. Para ello, la historia de los trabajadores de la construcción civil en el Distrito Federal, sobre todo en el período anterior a su inauguración, apunta a la ampliación del problema, al mismo tiempo que demuestra su desarrollo, en la medida en que nos deja ver los diversos puntos de ruptura que determinaron básicamente que el Distrito Federal tenga el actual tipo de ocupación social del espacio (ver Ribeiro, 1980). Montar un cuadro de la historia del trabajador de la construcción civil en Brasilia hizo surgir una faceta tan importante como desconocida de la historia contemporánea del Brasil que, ciertamente, permitirá repensar una serie de personajes y hechos.

Veamos rápidamente los principales aspectos de la coyuntura nacional de la época y en seguida dediquémonos a colocar dos especificidades importantes ligadas a la construcción de la ciudad: la ideología de gran proyecto y la ambigüedad jurídica.

Principales aspectos de la coyuntura

Desde el Brasil colonial hasta el presente, la interiorización del país ha sido efectuada obedeciendo a las especificidades de diversas coyunturas históricas, pero teniendo como guía un hilo conductor: la lógica de penetración del capitalismo en el sentido de transformar tierras improductivas en valores económicos utilizables en términos de mercado. Desde el Bandeirantismo a la Transamazónica, nos enfrentamos con un movimiento que aún no se agotó. La transferencia de la Capital Federal del país al interior está en el meollo de este gran

movimiento. La idea, de las más antiguas, toma forma con mayor fuerza en el siglo XIX, a tal punto que pasa a figurar en la primera Constitución republicana (1891) como parte de las atribuciones del Congreso Nacional (ver Jo ly, 1977). Paralelamente a tentativas, en mayor o menor grado organizadas, de diversos gobiernos en el sentido de promover el traslado del eje económico del país hacia el interior, permaneció la norma constitucional de transferir la Capital al Centro-Oeste. De esta forma, varias comisiones y grupos de trabajo se formaron y se sucedieron en pos de lograr tal objetivo. Durante la dictadura de Getulio Vargas, más de una iniciativa fue forjada en el sentido de interiorizar el país. La Marcha hacia el Oeste dejó claro que el objetivo prioritario para la interiorización era el Centro-Oeste. Brasilia, en cierto modo, pretende cerrar este ciclo en la medida en que, incluso, se postulaba que su construcción sería el “trampolín” hacia la Amazonia. En resumen, la construcción de Brasilia se inserta en uno de los procesos fundamentales para la comprensión de la historia brasileña: la interiorización económica del país. La construcción de la Capital Federal, más que ser un antiguo proyecto manifiesto en varias coyunturas, encarnaba sobremanera los grandes movimientos por los que pasó y aún pasa Brasil. Además, se mostraba como el inicio de dos etapas: la integración del Centro-Oeste a la economía nacional y el inicio de la penetración de la Amazonia a gran escala.

La construcción de la nueva capital se iba a desarrollar en un contexto bastante dinámico, tanto política como económicamente. El suicidio de Getulio Vargas en agosto de 1954, si bien impidió un golpe de Estado, instaló en el poder el gobierno transitorio de Café Filho, que mal pudo esconder sus conexiones con la Unión Democrática Nacional (UDN) y con intereses extranjeros. Es, en efecto, con la cuestión de la sucesión presidencial para el período 1956-61 que los conflictos entre las diversas fuerzas político-económicas emergen intensamente. Ganada la elección por JK y Jango, sobreviene en noviembre de 1955 un intento de golpe identificado con fuerzas políticas y militares ligadas a intereses extranjeros, en un momento en

que el nacionalismo era una importante cuestión ideológica. Gracias a la intervención del General Lott, la legalidad, con el consecuente derecho de toma de posesión de los electos, es mantenida (ver, por ejemplo, Skidmore, 1975, especialmente las páginas 188 a 198, y Benevides, 1976: 23-24). Skidmore llega a afirmar que “pocos presidentes brasileros asumieron bajo condiciones políticas tan poco auspiciosas como Juscelino Kubitschek” (1975: 203). Remarquemos el hecho de que la asunción del nuevo gobierno fue asociada a la movilización de las “fuerzas nacionalistas, anti-golpistas y anti-imperialistas”. Para la izquierda, el nacionalismo era una forma de lucha contra el imperialismo.

La polémica entre “nacionalistas” y “entreguistas” era tal que en el Congreso Nacional se formó un Frente Parlamentario Nacionalista apoyado por las llamadas “fuerzas populares” (sindicatos, Unión Nacional de Estudiantes, por ejemplo), que fiscalizaba cuestiones como la penetración del capital extranjero, la autorización del territorio de Fernando de Noronha para transformarse en base de teledirigidos norteamericanos, las exportaciones de minerales (en especial los atómicos), la defensa de PETROBRAS, entre otras. La importancia de la cuestión también se reflejaba en el número de artículos escritos en los diarios, así como en revistas de intelectuales. Por ejemplo, la *Revista Brasiliense* en los números 12, 14, 23 y 24, de julio-agosto de 1957, noviembre-diciembre de 1957, mayo-junio de 1959, julio-agosto de 1959, respectivamente, en los cuales había contribuciones sobre el tema de autores como Fernando Henrique Cardoso, Otávio Ianni y Caio Prado.

Desde el punto de vista económico, fue un período de grandes transformaciones. La implementación del Programa de Metas de Kubitschek, en el cual Brasilia era llamada la Meta Síntesis, promovió un crecimiento de la economía nacional bastante significativo:

El período Kubitschek se hizo conocido por sus resultados económicos (...). La base para el progreso fue una extraordinaria expansión de la producción industrial. Entre 1955 y 1961 la producción industrial

creció 80 % (en precios constantes), con sus porcentajes más altos registrados por las industrias de acero (100 %), industrias mecánicas (125 %), industrias eléctricas y de comunicaciones (380 %) e industrias de equipamiento de transportes (600 %). De 1957 a 1961 la tasa de crecimiento real fue del 7 % anual y aproximadamente 4 % *per capita* (Skidmore, 1975: 204).

Según Leôncio Rodrigues, fue justamente en esta época que la nación “casi abruptamente (...) tomó conciencia de la necesidad de industrializarse a cualquier costo (...). La industrialización pasa a ser percibida no sólo como un proceso económico, sino como un modo de vida, como el camino a través del cual la nación lograría su independencia económica, marcaría su soberanía. El desarrollo se afirma como ideología nacional”. (Rodrigues, 1966: 178). En resumen, este es considerado como un período de desarrollo, durante el cual se produjo un gran crecimiento económico, fundamentado en buena parte en la internacionalización de sectores básicos de la economía. Es un período propicio para la llamada ideología nacional/desarrollista².

La ideología del gran proyecto

Es en un universo dividido entre “nacionalistas” y “entreguistas”, “legalistas” y “golpistas”, en que toma dimensión más concreta el antiguo proyecto de interiorización de la capital del país, ahora parte de un proyecto desarrollista bajo el rótulo de Meta Síntesis. Cabría preguntar: ¿por qué síntesis? Porque, de hecho, pocas realizaciones podrían estar tan recubiertas de la densidad ideológica desarrollista como la construcción de Brasilia. Ver la construcción de la ciudad como un gran proyecto lleva a la necesidad de entenderlo en el

² La literatura a este respecto es razonablemente extensa. Remito al lector, como ejemplo, al libro ya mencionado de Maria Victória de M. Benevides (1976) y a los libros *Ideología del desarrollo*. Brasil JK-JQ (1977), de Miriam Limoeiro Cardoso; y *ISEB: Fábrica de ideologías* (1977), de Caio Navarro de Toledo.

contexto de una decisión de orden político-económico del Estado, en una determinada coyuntura. La gran obra es fruto de una decisión de Estado que acaba por implicar una articulación ideológica legitimadora de la necesidad de su construcción. Todo gran proyecto tiene su historia en términos ideológicos. Sin embargo, las diferentes versiones relativas a cada caso poseen al menos un punto en común: una ideología de redención regional o nacional, conforme al proyecto. Así, pasa a ser como si el tiempo para una región o para una nación fuese definido como *antes* o *después* del gran proyecto, cuya presencia, de hecho, implica una serie de transformaciones. Hay que destacar que la decisión tomada por el Estado no es necesariamente guiada por la tentativa de implementar un proyecto económico “rentable” a corto plazo.

La primera pregunta hecha puede también venir acompañada de una indagación correlativa: si la construcción de Brasilia se inserta en el ámbito de un movimiento que viene ocurriendo históricamente en el país, que es la penetración hacia el interior en busca de tierras para ser incorporadas a un gran mercado nacional (sustrato, además, de toda la propaganda gubernamental que rezan los principios de interiorización e integración), ¿por qué, del lado opuesto de este tipo de emprendimiento, no fueron realizados otros grandes proyectos de agroindustria o de colonización del Centro-Oeste (como fue el caso de la bastante malograda Marcha hacia el Oeste de Getulio Vargas, llevada a cabo más o menos dos décadas antes)?³

Destaquemos que, en un primer momento, la explicación de Kubitschek pretende hacer creer que la ciudad fue construida gracias a una interpelación hecha por un hombre del pueblo durante su campaña para la Presidencia de la República en la ciudad goiana de Jataí:

³ Juscelino Kubitschek, comentando y concordando con el trabajo sobre Brasilia realizado por el embajador J. O. de Meira Pena, dijo que: “Los objetivos de la construcción de la nueva capital son unidad, eficiencia administrativa, descentralización, aproximación de las fronteras continentales, desarrollo económico y social del interior y exploración de las vastas, inhabitadas y fértiles áreas de Goiás y Mato Grosso, donde madura el futuro de la nacionalidad” (1975: 17).

Todo se inició en la ciudad de Jataí, en Goiás, el 4 de abril de 1955, durante mi campaña como candidato a la Presidencia de la República (...). En el discurso que allí pronuncié, refiriéndome a la agitación política que inquietaba a Brasil y contra la cual sólo había un remedio eficaz -el respeto integral a las leyes-, declaré que si era electo, cumpliría rigurosamente con la Constitución. Sin embargo, era mi costumbre... establecer un diálogo con los asistentes una vez concluido el discurso de presentación de mi candidatura (...). Fue en ese momento que una voz fuerte se impuso para interpelarme: “Usted dice que, si es electo, cumplirá rigurosamente con la Constitución. Deseo saber, entonces, si pretende poner en práctica el dispositivo de la Carta Magna que determina, en sus *Disposiciones Transitorias*, la mudanza de la Capital Federal a la Meseta Central (...)”. La pregunta era embarazosa. Ya poseía mi Programa de Metas y en ninguna parte existía referencia a aquel problema. Respondí, no obstante, como me parecía adecuado hacerlo en la ocasión: “Acabo de prometer que cumpliré íntegramente la Constitución y no veo razón por la cual ese dispositivo sea ignorado. Si soy elegido, construiré la nueva capital y haré la mudanza de la sede de Gobierno”. (Kubitschek, 1975: 7-8).

De esta forma, la necesidad de construcción de la ciudad surge del *pueblo* en su afán de ver los principios constitucionales -todos- respetados, incluso aquel transitorio que determinaba la transferencia de la Capital Federal al interior. Brasilia, entonces, en el cuadro del desarrollismo de JK es incorporada a su Programa de Metas. Uno de los caminos para entender por qué la construcción es denominada como Meta Síntesis es recordar, siempre en el cuadro del impulso desarrollista del período, que la ciudad inmediatamente pasaría a ser considerada como el *trampolín para la Amazonia*, situándose de hecho en el centro de un proyecto vial que, bautizado “cruz vial”, situaba la base de la cruz en la “virgen” Porto Seguro de los años 1500 y en la “virgen” Meseta Central de los años 1950, conectando por el interior el norte y nordeste con el centro-sur (véase Belém-Brasilia, Brasilia-Fortaleza, Brasilia-Acre, Brasilia-Belo Horizonte-Río de Janeiro, Brasilia-San Pablo-Porto Alegre). Más tarde, Kubitschek diría: “La

construcción de la capital y los frecuentes viajes que yo emprendía sobrevolando todo nuestro territorio hacían ampliar el plan que tenía en mente de promover una auténtica integración nacional. Brasilia sería la base -el punto de irradiación de esa política” (Kubitschek, 1975: 73). Aquí está uno de los principales elementos siempre puesto en acción por el Estado al explicar la construcción de Brasilia: su funcionalidad para la interiorización e integración nacional. Una decisión política y económica de tal dimensión no tarda en tornarse uno de los blancos de la oposición udenista, parcialmente cooptada por JK al transformar la transferencia en un proyecto regional (de los estados interiores o periféricos), pasible de ser asumido por todos los partidos. De todas las maneras, era necesario que el Estado la legitimara recurriendo a una elaboración ideológica.

Como ya mencioné, los *Diarios de Brasilia* relativos a la construcción de la ciudad, como también el libro de Kubitschek, *Por qué construí Brasilia*, constituyen un precioso material de análisis en tanto son una especie de matriz cuyas evaluaciones, juicios de valor, encajamiento y ordenamiento de hechos históricos, así como sus artificios legitimadores, se repiten parcial o casi totalmente en la literatura de acceso más inmediato que relata la construcción de la ciudad o hace su apología. En gran medida, expresan cómo el poder encaraba, elaboraba y legitimaba todo un sistema de explicaciones respecto de la necesidad y viabilidad de la construcción de la capital. El libro de JK es el discurso del *padre fundador*, verdadero héroe mítico. Y los *Diarios de Brasilia* fueron encomendados a un órgano del gobierno directamente ligado al Ejecutivo (Servicio de Documentación de la Presidencia de la República). Así, la selección de lo que era relevante para formar parte del *Diario* es un índice de la orientación que presidió e informó su confección. Los problemas cotidianos enfrentados por los trabajadores, por ejemplo, o hechos trascendentes para el territorio de la construcción (como un sangriento conflicto que involucró a la policía y a operarios en febrero de 1959, ver capítulo 4) no están, evidentemente, registrados en este llamado *Diario*. Esta obra, ciertamente, puede ser considerada un diario, pero

un diario del poder. De cualquier manera, privilegiaré la utilización de estos datos, no por considerar que la Presidencia de la República expresara por sí sola el cuadro ideológico relativo a la construcción de la Capital Federal, sino principalmente por encontrar, como ya referí, recurrencia del contenido y forma de esos elementos en otros trabajos, inclusive en algunos de perspectiva más crítica. El diario de izquierda *Nuevos Rumbos*, por ejemplo, publicó:

Brasilia es una ciudad torbellino. Día y noche se trabaja. Es imposible aplacar un sentimiento de orgullo al contemplar esta obra grandiosa. Allí está lo mejor que produjo la arquitectura brasilera: desde el Plan Piloto de Lúcio Costa, hasta los proyectos salidos del cerebro prodigioso de Oscar Niemeyer. Y todo esto hecho realidad por el *candango*, sinónimo de brasilero. Sí, porque los hombres que están creando Brasilia de la nada no son otros que los simples campesinos brasileiros, sobre todo del Nordeste. Muchos nunca habían agarrado una pala, cuanto mucho un soldador eléctrico para estructura metálica. Es impresionante su capacidad de adaptación a la técnica moderna de la construcción civil. Por encima de cualquier consideración, la construcción de Brasilia es un testimonio irrefutable de la inteligencia y de la capacidad realizadora del trabajador puesto al servicio de una arquitectura de vanguardia (*Nuevos Rumbos*, Río de Janeiro, n. 54, del 11 al 17.3.60).

Todo el esfuerzo hecho en el discurso del Estado y en su propaganda de la época, tomado aquí en sus reflejos presentes también en la obra de uno de los *autores* de Brasilia, desemboca en la legitimación de la construcción de la ciudad como un objetivo de la nacionalidad brasilera, indistintamente. Objetivo que el Estado, sensible a las ansias de los brasileiros, iba a implementar inmediatamente. En ese sentido, se destacan dos intenciones: 1) neutralizar la actuación de la oposición política en tanto esta, abogando contra la construcción, estaría en contra de un proyecto nacional y sería antibrasilera; 2) aumentar la *dedicación* de los trabajadores, a través del aumento de la intensidad de trabajo (lo que queda más claro cuanto más inmediata es la fecha

de inauguración), algo que sería resultante del reconocimiento de estar participando de un gran proyecto de redención nacional.

Para dar sustancia a ese cuadro, el material más útil fue la historia oficial del país, una vez que la propia historia de la idea de transferencia de la capital hacia el interior era fácil de ser remitida, por lo menos, al siglo XVIII, con los Inconfidentes y su intención de mudar la capital a la ciudad de Barbacena, en el estado de Minas Gerais. Veamos cómo se dio esto.

De la Primera Misa de Brasil a Brasilia vía Bandeirantismo y la Marcha hacia el Oeste

Como el gran sustrato de este movimiento es la frontera en expansión en dirección al interior del país, es frecuente la recurrencia a analogías con momentos históricos que implicaban interiorización e integración, o sus corolarios tales como modernización y civilización. Los portugueses como elemento colonizador, “civilizador” desde su llegada al país, pasan a gozar de una posición privilegiada que puede ser percibida en contextos diversos, en diferentes discursos y también en actos concretos. JK insistió en que el presidente de Portugal, Craveiro Lopes, fuese el primer jefe de Estado en visitar la construcción de Brasilia el 2 de junio de 1957. El primer embajador en presentar credenciales en Brasilia fue también intencionalmente el embajador portugués, el 30 de junio de 1958, inmediatamente después de la inauguración del Palacio de la Alborada. El significado de este “privilegio” sugiere que, habiendo sido los portugueses los primeros en llegar a Brasil, deberían ser también los “primeros” en llegar oficialmente a Brasilia (ver al respecto en el *Diario de Brasilia*, 1956/1957, página 97, el discurso de despedida oficial hecho por JK para Craveiro Lopes en Recife el 26 de mayo de 1957; ver también en el *Diario de Brasilia*, 1958, página 72 y siguientes, la entrega de credenciales del embajador portugués y los consecuentes discursos).

En esta perspectiva, existe un acontecimiento que indica nítidamente el intento de recomposición de un hecho del pasado, la Primera Misa de Brasil, trasponiendo su valor simbólico dentro de la mitología de la historia brasileña a una Primera Misa de Brasilia, realizada el 3 de mayo de 1957. Se intenta reconstituir el pasado, esta vez dramatizado en rito de nacionalidad, combinando la propia organización real de la ceremonia con los efectos simbólicos y evocaciones imaginarias que se pretendía producir. Subrayemos que esta misa no era realmente la primera realizada en el territorio de la construcción, ya que antes hubo por lo menos otras dos misas celebradas en mayo o junio de 1956 (*Diario de Brasilia*, 1956/1957, pp. 31 y 32) por el Obispo Don Abel Ribeiro y el 24 de marzo de 1957, en el Santuario Don Bosco. Esta última aparece en el *Diario de Brasilia* bajo el eufemismo de primera misa *vespertina* de Brasilia (ídem, p. 74). Reproduzco a continuación un fragmento en que Juscelino describe la Primera Misa:

Habiendo establecido las bases materiales y humanas de la ciudad (Núcleo Bandeirante), juzgué que había llegado el momento de proporcionar a los pioneros un poco de consuelo espiritual, promoviendo la realización de la primera misa en el lugar donde se erigiría la nueva capital. Elegí la fecha del 3 de mayo por parecerme la más expresiva, ya que recordaba la misa encomendada por Pedro Álvares Cabral. Las dos ceremonias se igualaban en simbolismo. La primera señalaba el descubrimiento de la Nueva Tierra; y la segunda, cuatrocientos años más tarde, recordaría la toma de posesión efectiva de la totalidad del territorio nacional (1975: 76-77).

Y continúa:

Después de la ceremonia, tuvo lugar el homenaje que los indios carajás (transportados de la Isla del Bananal por la Fuerza Aérea Brasileña) deseaban ofrecerme. Fue un espectáculo emocionante y digno de registro. Los habitantes de la selva me ofrecieron lanzas, *bodurnas*, *tacapes* y flechas. El cacique me hizo una salutación llamándome “Gran Jefe” y, mientras los asistentes aplaudían, los demás indios gri-

taban. Mirando alrededor, me deslumbré con el contraste ofrecido por aquella concentración humana. De un lado, los carajás vestidos con plumas, y de otro, las elegantes personas de la sociedad carioca exhibiendo las últimas creaciones de los costureros de París. Brasilia ya nacía como un factor de aglutinación de los desniveles nacionales. Los dos polos de la vida se encontraban allí dando origen a la nueva etapa en la evolución del país. Y, envolviendo a todos, proyección democrática de nivelación, se enmarañaba la polvareda roja, una característica del mundo nuevo que estaba en gestación (ídem: 78).

Claro que, cuando la democrática polvareda descendió, los elegantes cariocas ya se encontraban en Río de Janeiro y los carajás de vuelta a la isla fluvial del Bananal. La presencia de estos “dos polos de la vida” en la ceremonia apunta al significado que se deseaba dar al acontecimiento: construir la ilusión de que las diferencias sociales y culturales serían neutralizadas, homogeneizadas, a través de una categoría común e indistinta -la nacionalidad brasilera que se expresaba en una obra común a todos. No obstante, la presencia de los carajás parece estar revestida de otro significado fundamental. Ellos son los elementos más tangibles de identificación entre la ceremonia realizada por los portugueses en 1500 y por la “nacionalidad brasilera” en 1957. Están allí para recordar a los indios que habrían asistido a la Primera Misa de Brasil. Tenemos, entonces, un elemento humano concreto vinculado al simbolismo de la penetración y establecimiento del cristianismo (que aquí puede ser sustituido por cualquiera de los siguientes términos: civilización, modernidad, desarrollo) en las tierras “vírgenes”, tanto de Brasil del 1500, como de la Meseta Central en los últimos años cincuenta.



La Primera Misa de Brasilia. Foto de Mário Fontenelle.

Veamos otra narrativa permanentemente utilizada y vinculada a la idea de interiorización e integración. Tal vez más importante que los portugueses (vistos como elemento colonizador) -hecho sugerido por la mayor recurrencia numérica de analogías construidas con esos elementos- sea la utilización del Bandeirantismo. Sirve incluso también como parámetro de comparación inmediata para la formación de las categorías de *pioneros* o *candangos*, categorías indistintas que podían designar desde el presidente de la República hasta el operario de una firma cualquiera. Llega a ser monótona la repetición de alusiones y analogías hechas entre el proceso histórico de las Banderas según -siempre- el relato histórico oficial y el período del gobierno de JK, principalmente, claro, en lo que se refiere a Brasilia. Me limitaré a las dos siguientes citas extraídas de discursos de Kubitschek:

Perdonadme la inmodestia, pero no hay que ocultar la realidad: el papel que mi gobierno está representando con la continuación del viaje de la nacionalidad hacia Brasilia, lo que se está realizando, lo que tengo la honra de impulsar para que sea ejecutado en estas horas es continuar lo hecho por vuestras (se dirigía a estudiantes de San

Pablo) banderas retomando el camino heroicamente recorrido por vuestros exploradores, es extender Brasil, con el poder de la técnica del mundo de hoy, hasta donde lo condujo vuestro Anhanguera (...) Me pongo de pie para anunciar con vosotros que recomenzó la Era de las Banderas (*Diario de Brasilia*, 1956/1957: 200).

Lo que nosotros ahora estamos haciendo es fundar la nación que los bandeirantes conquistaron. El esfuerzo que Brasilia representa es exactamente el de integrar, en la comunión brasilera, a brasileros con territorios que hoy nada influyen en el progreso y la riqueza de este país (...). Y lo que les quiero decir es que la mentalidad que ellos (los Bandeirantes) dejaron, felizmente no desapareció de Brasil, y aquellos que quisieran recorrer millares de kilómetros para conocer lo que el Gobierno está realizando en pleno corazón de Brasil, encontrarán allí el mismo espíritu y la misma decisión de aquellos que, hace más de tres siglos, comenzaron a desafiar el misterio insondable de este inmenso continente (*Diario de Brasilia*, 1959: 23).

Kubitschek (1975: 73) también deja entrever que hubo cierta intencionalidad en la elaboración de esas analogías cuando hizo afirmaciones del tipo “releí la historia de los Bandeirantes”, “anoté el itinerario de esos exploradores”, “examiné el argumento de Fernão Dias”, etc. En efecto, los Bandeirantes como elementos relacionados con la expansión de las fronteras del país hacia el interior se vuelven un punto central en la articulación del discurso propagandista del Estado relativo a la explicación y legitimación de la construcción de la Capital Federal. Su eficacia, real o imaginaria, ya había sido comprobada en movimientos que una vez más tenían como objetivo trasladar porciones considerables de población hacia el interior. Es un hecho que la eficacia del Bandeirantismo como una forma de movimiento histórico utilizable en la formulación de un proyecto ideológico de interiorización ya se había expresado anteriormente en el proyecto varguista de la *Marcha hacia el Oeste*. Neide Esterci (1971), en su trabajo sobre el tema, *El mito de la democracia en el país de las Banderas*, apuntaba lo siguiente con respecto a la utilización de las Banderas para la articulación de un discurso legitimador, tanto del orden político varguista, como de la necesidad de interiorización:

La Bandera es un operador semántico adecuado porque ya es parte de la memoria social del brasileiro como fenómeno un tanto mitológico. Lo que el autor (se refiere a Cassiano Ricardo y su libro *Marcha hacia el Oeste-La influencia de la Bandera en la formación social y política de Brasil*) precisa hacer en ese sentido es solamente reforzar ese carácter de fábula, de grandioso, reconstruyendo el modelo ideal que convence, no por el razonamiento crítico, sino a través del llamamiento al carácter de excepcionalidad, a imágenes y a un símbolo ya interiorizado. En este sentido la narrativa asocia el bandeirante al “héroe” ...Bandera es un operador adecuado también en otro sentido: remite a la movilidad espacial (p. 46).

Es importante explicitar la semejanza del discurso de Juscelino Kubitschek con el varguista. Paso la palabra una vez más a Esterici: “Vargas recorrió, entonces, varios estados de Brasil, siempre estimulando las migraciones hacia el Oeste y hacia la Amazonia: ‘de este modo, el programa del ‘Rumbo hacia el Oeste’ es la renovación de la campaña de los constructores de la nacionalidad, de los bandeirantes y de los sertanistas, con la integración de los modernos procesos de cultura’ [discurso pronunciado por Vargas en Goiânia el 8 de agosto de 1940]” (ídem, p. 26). La Marcha hacia el Oeste es realmente la última munición del arsenal de la reutilización de la historia de los grandes movimientos de interiorización e integración en el montaje del discurso del Estado sobre la construcción de Brasilia. Sin embargo, este vastísimo arsenal aún proporcionaba varias armas estratégicas: héroes de la nacionalidad y los contextos en que actuaron, sobre todo cuando estaban explícitamente vinculados de alguna forma al antiguo proyecto de mudanza de la capital. Citaremos sólo los más frecuentes. Entran en escena entonces, repetidamente, los Inconfidentes Mineiros (el movimiento por la independencia del Brasil en el siglo XVIII), entre otras razones por el proyecto de mudanza de la capital a Barbacena; José Bonifácio, el Patriarca de la Independencia, cuando por ejemplo sugiere a los constituyentes del Imperio el traslado de la capital con el nombre de Petrópolis o Brasilia; los Constituyentes de 1891 que establecen la mudanza de la capital como principio constitucional.

El urbanista Lúcio Costa parece haber percibido bien la articulación de los elementos referentes a la interiorización/integración con los *mitos* de la nacionalidad. Haciendo una lectura de lo que se requería, comienza la exposición de su proyecto de Plan Piloto, ganador de un concurso nacional, con un epígrafe donde recuerda que José Bonifácio sugirió en 1823 la mudanza de la capital con el nombre de Brasilia, refiriéndose inmediatamente a continuación a la *toma de posesión* de un territorio, gesto que inspiraría la forma básica adoptada por el Plan Piloto: “dos ejes cruzándose en ángulo recto, o sea, la propia señal de la cruz” (*Diario de Brasilia*, 1956-1957: 213-214). Epstein también llama la atención hacia algunas implicaciones ideológicas de la construcción de la ciudad, como el ajuste del Plan Piloto de Lúcio Costa a este universo: “Las actitudes oficiales en Brasilia pueden haber sido influenciadas por la función ideológica de la nueva capital como un símbolo de la nacionalidad brasilera y del progreso socioeconómico” (1973: 16-17). Y continúa, en otra parte: “El deseo real de comandar, ‘tomar posesión’, como dice Costa, inspiró el simbolismo del plan (...). En todos sus escritos Costa parecía preocupado con las funciones especiales de Brasilia como capital y símbolo. Brasilia puede ser analizada en términos de esas suposiciones y de los imperativos políticos y culturales subyacentes a su construcción” (1973: 51). En síntesis, las narrativas vinculadas a la transferencia y edificación de la capital deben ser entendidas como resultantes de una fusión, una condensación, de elementos resultantes tanto de la coyuntura nacional/desarrollista que se atravesaba, como de la rearticulación explícita de momentos, procesos y personajes de la historia brasilera que posibilitaban armar un cuadro legitimador. El estado se convirtió en un amplio divulgador de esas formulaciones, y el presidente de la República, en su mayor vocero. Conferencias, exposiciones, seminarios, caravanas de integración nacional, son algunas de las promociones oficiales que tenían como *leitmotiv* la “nueva era” que instauraría Brasilia, la realización de la “nacionalidad brasilera”. Entre los *pioneros* es común encontrar demostraciones de la persistencia de estos discursos. Me dijo un albañil:

Brasilia probó la capacidad de nuestro pueblo, la capacidad de nuestro pueblo de realizar una obra, una obra...incluso en el plazo en que fue realizada, con una técnica nuestra, con nuestra tecnología sin importar la tecnología de afuera, una obra monumental, construida con gente pasando hambre.

Un comerciante, al comentar el ritmo de trabajo que él presencié durante la construcción, respondió:

Todo el mundo tenía mucho entusiasmo. Les parecía realmente que estaban participando en una cosa grande y de hecho así era. Digamos, instalar la capital del país aquí, en esa meseta central donde no existía nada anteriormente, era una cosa arriesgada.

Ambigüedad jurídica

Brasilia fue construida con un enorme capital que el Estado decidió invertir en determinado punto política y económicamente estratégico del territorio nacional. En realidad, para efectuar los trabajos de un gran proyecto es común que se establezca una gran compañía estatal que gerencia toda la obra y toma los servicios de diversas compañías particulares que participarán de la construcción. Estas obras, que generalmente son destinadas, al menos hipotéticamente, a promover el desarrollo del país o de una región, se realizan en puntos relativamente aislados del territorio nacional, incluso porque una de sus funciones, como sabemos, es estimular con su presencia la integración de un área a sistemas regionales y nacionales más amplios. Un órgano federal, entonces, recorta el terreno y pasa a realizar los trabajos concretos para la instalación de los requisitos necesarios para el desempeño de la obra. Dado su volumen, la compañía gubernamental, al ser creada, ya nace con cierto gigantismo. Posee una estructura administrativa y jerárquica de tal porte, que la disposición de su composición y organización se torna evidentemente

una cuestión de Estado y necesariamente política, teniendo en cuenta incluso el capital que manejará y la relación con otros órganos gubernamentales que sus administradores, en puestos jerárquicos elevados, tendrán cotidianamente.

No obstante, la configuración del territorio de la obra, decidida por planificadores, se topa con otros recortes concretos existentes en la realidad de aquella región que recibirá el gran proyecto. Un órgano federal, generalmente con una estructura de poder resultante de combinaciones políticas próximas a los llamados “altos escalafones” del Ejecutivo, se confronta *repentinamente* con municipios y autoridades municipales bastante distanciados de esos escalafones y en general positivamente impresionados con la presencia del proyecto que irá a *redimirlos* de su histórico *atraso* (visión de fácil difusión frente a la eficacia de las ideologías típicamente redentoras de los grandes proyectos). Es común, entonces, la subordinación de los intereses locales, dado que no es difícil imaginar una tendencia de parte de la población local a desear el gran proyecto que trae consigo calles, casas, *movimiento*, en fin, *desarrollo*. Y, sobre todo, una gran oferta de salarios que normalmente son mayores que los que se pagan en la región. Problemas como la expropiación de tierras, la ruptura de la estructura agraria, de formas campesinas e indígenas de producción, son llevados por los tractores o por las aguas de la obra.

De la confrontación entre el recorte *arbitrario* del territorio de la construcción con la realidad del área, mediatizada por el poder de la gran compañía estatal, surge lo que designamos *ambigüedad jurídica*, que disemina sus consecuencias en diversos niveles. Trataremos ahora de delimitar lo que entendemos por *ambigüedad jurídica* y cuáles son sus implicaciones, enfatizando su funcionalidad como una forma extraeconómica más, típica de la lógica interna de un gran proyecto, que acaba por redundar en una mayor explotación de la fuerza de trabajo.

En Brasilia, la entidad creada fue la Compañía Urbanizadora de la Nueva Capital-NOVACAP. La aprobación de la Ley N 2874, el 19 de septiembre de 1956, que la constituyó, fue fruto de articulaciones

políticas para poder contar con una empresa vinculada al Poder Ejecutivo con la mayor autonomía posible. El responsable por la rápida salida de esta ley en el Congreso Nacional fue un diputado de la oposición, de la UDN de Goiás (estado bastante interesado en la transferencia de la capital). Por otro lado, es bueno notar, como señala Maria Victoria Benevides (1976, ver, por ejemplo, capítulo V) en su trabajo sobre el gobierno de Kubitschek, la existencia de una tendencia concentradora de poder en el Ejecutivo a través de la creación de varias empresas y grupos de trabajo relativamente autónomos del Poder Legislativo. Según Benevides hay que acentuar “el papel del Ejecutivo, que asume gradualmente todas las funciones referentes a la política económica, en detrimento del Legislativo principalmente, el cual prácticamente no participa del proceso de decisión” (Benevides, 1976: 208).

No obstante, se aseguró estratégicamente la participación en la empresa de la oposición udenista. Veamos lo que dice la ley:

Artículo 12 - La administración y fiscalización de la Compañía serán ejercidas por un Consejo de Administración, una Dirección y un Consejo Fiscal con un mandato de 5 años y el ejercicio de los respectivos cargos se hará por designación del Presidente de la República, con observancia de los párrafos siguientes:

(...)

6 - Un tercio de los miembros del Consejo de Administración, de la Dirección y del Consejo Fiscal será elegido en lista triple de nombres indicados por la Dirección Nacional del mayor partido político que integre la corriente de oposición en el Congreso Nacional (*Diario de Brasilia*, 1956/1957: 171).

A pesar de que estaba asegurada la influencia directa de la Presidencia de la República y la mayoría absoluta de votos en la composición de los órganos con mayor poder de decisión administrativa, la oposición udenista actuó varias veces. La frustrada iniciativa udenista de instaurar una Comisión Parlamentaria Indagatoria, siempre

bloqueada por la eficaz pero eventualmente vacilante alianza PSD/PTB, preocupaba al Gobierno, y aparece en el libro de Kubitschek en el capítulo denominado “Tentativa para paralizar las obras”. Sobre eso escribió el ex presidente:

(...) Brasilia, con menos de dos años de edad, ya se había transformado en objeto de una batalla a ser trabada entre la aplastante mayoría gubernamental y una pequeña, pero aguerrida, oposición. Al contrario de lo que se podría prever dada la desigualdad de las fuerzas en conflicto, las perspectivas no eran animadoras. Ello se debía a que, de cara a las sucesivas desaveniencias entre el PSD y el PTB -los dos partidos de sostén del gobierno en las dos casas del Congreso-, era de temer que las divergencias ocasionales surgidas en la apreciación de cuestiones aisladas pudiesen transformarse con el tiempo en actitudes de franca hostilidad, agrietando de arriba a abajo la alianza que me llevara a la Presidencia de la República (1975: 201).

De hecho, durante todo el período del gobierno de JK, el tema Brasilia fue constante, llegando al punto de que un diputado federal del propio partido del presidente de la República (PSD) realizara, por motivos personales, un discurso en sesión extraordinaria nocturna de la Cámara de Diputados (3 de noviembre de 1959), con varias denuncias por irregularidades cometidas en la construcción. Las acusaciones, hechas en una sesión bastante agitada, como se desprende de los registros, posteriormente fueron respondidas formalmente por el propio presidente de NOVACAP, Israel Pinheiro (cf. *Diario de Brasilia*, 1959: 226 y siguientes).

En la ley que creó la NOVACAP, fue igualmente importante establecer la autonomía financiera para liberar a la compañía de las trabas que ciertamente aparecerían en el desarrollo de la obra por iniciativa de la oposición. Así, uno de los artículos de la ley que autorizó al gobierno a constituir la NOVACAP le asegura, en dominio vital, un amplio margen de libertad:

Artículo 21 - En los contratos de obras y servicios, o en la adquisición de materiales a personas físicas o jurídicas de derecho privado, la Compañía deberá:

- a) determinar una licitación pública para los contratos de valor superior a Cr\$ 1.000.000,00 (un millón de cruzeiros) hasta Cr\$ 10.000.000,00 (diez millones de cruzeiros), siendo facultado el Consejo de Administración, por propuesta de la Dirección, de dispensar de la exigencia en decisión fundamentada que constará en actas;
- b) determinar licitación pública para los contratos de más de Cr\$ 10.000.000,00 (diez millones de cruzeiros), quedando permitido al Consejo de Administración la dispensa de la formalidad, con las reservas del parágrafo anterior, dándose conocimiento de esa decisión dentro de los 5 (cinco) días al Presidente de la República, que podrá ordenar realizar la licitación (op. cit., p. 173).

Era tal la flexibilidad de este documento, que Kubitschek llegó a afirmar: “Como se ve, el trabajo (elaboración de la ley) de Santiago Dantas era perfecto. La Dirección de NOVACAP, a ser designada por mí, disponía de poderes amplios asistiéndole el derecho de disponer todo para la construcción de la nueva capital sin nueva consulta al Congreso” (1975: 41). Más adelante Kubitschek escribe: “La ley 2874, que autorizara la transferencia de la capital, me daba libertad para actuar como entendiera quedando excluida de su texto sólo la fecha que se daría a la mudanza, sobre lo que el Congreso deliberaría oportunamente” (op. cit., p. 44).

Con esta ley, estaba lista para pasar a operar la Compañía gubernamental que decidiría los caminos de la implantación de aquel gran proyecto, la “obra del siglo”, la nueva capital federal. La Unión, a través de una poderosa empresa pública federal, intervenía firmemente en municipios relativamente aislados. Esta intervención se hizo con tal intensidad que el poder de Estado pasa a ser ejercido en la práctica por la estructura de la compañía federal administradora de la obra, que no encuentra apoyo concreto suficiente, o competencia posible, en los aparatos de Estado existentes en el área. Recordemos que el actual Distrito Federal es un resultado del desmembramiento de

parte de los municipios goianos de Luziânia, Planaltina y Formosa (cf. CODEPLAN, 1976: 25) todos entonces bastante aislados inclusive de la capital del estado, Goiânia.

En la construcción de Brasilia, el poder de la compañía gubernamental adquiere grados superlativos por estar construyéndose una obra de alcance nacional, la futura Capital Federal del país, y porque la construcción de esta ciudad, debido a las cualidades propias de sus funciones, implicaba el establecimiento de una unidad especial de la Federación, el futuro Distrito Federal. La constitución de este, en realidad, sólo se realizaría cuando la ciudad atravesara el rito de pasaje de su inauguración. Entiendo la inauguración como un rito de pasaje una vez que las ceremonias que la componen, marcadas para ocurrir el 21 de abril de 1960, transformarían radicalmente la cualidad institucional del territorio de la construcción de Brasilia. Este, si antes se debatía con la ambigüedad de ser el territorio de la construcción de la Capital Federal sujeto en diversos niveles a la tutela de municipios goianos, después de la inauguración pasa a ser una nueva y especial unidad federativa, el Distrito Federal, con todo un status jurídico y político que lo distanciaba radicalmente de la situación anterior. Creemos que la comprensión de las ceremonias realizadas el día mismo de la inauguración (misas, desfiles militares y civiles, fiestas de gala y populares, piezas de teatro, etc.) constituyen por su diversidad y contenido un objeto de reflexión a ser desarrollado. La concepción clásica de rito de pasaje puede ser encontrada en el libro de Van Genep (1978). En esta obra, según el autor, se intenta “agrupar todas las secuencias ceremoniales que acompañan el pasaje de una situación a otra, y de un mundo (cósmico o social) a otro” (1978: 31).

Así, a partir del 21 de abril de 1960, existiría el nuevo Distrito Federal y el territorio de la construcción encontraría su *verdadero* destino jurídico institucional. Sin embargo, en tanto esta fecha aún era un acontecimiento en el futuro, el territorio de la construcción se encontraba sujeto a la cerrada polémica sobre su estatuto jurídico en el sentido más amplio posible. En el caso de Brasilia, la ambigüedad jurídica es todavía más notable una vez que la Constitución del Estado

de Goiás estipulaba la separación del área del futuro Distrito Federal desde que fuera promulgada la ley que fijara la mudanza de la capital (JK sancionó esta ley el 1 de octubre de 1957). En su edición del 25 de mayo de 1958 (en Compilación NOVACAP) el *Diario de Comercio de Río de Janeiro*, publicó el siguiente artículo:

No se tienen debidamente focalizadas en el problema de la mudanza de la capital las cuestiones transitorias relacionadas con la situación jurídica actual de Brasilia. En efecto, de acuerdo con la Constitución del Estado de Goiás, hecha la delimitación del área respectiva y decretada la transferencia de la capital, lo que se habría verificado por fuerza de la ley que le fijó la fecha, era considerarse aquella franja de tierra desligada de la jurisdicción estatal y consecuentemente dentro de los límites de la competencia de las autoridades de la Unión. La naturaleza de esa integración aparentemente aún no fue convenientemente examinada. No obstante, de ella derivan importantes consecuencias tanto teóricas como prácticas.

Si es evidente que la Constitución de Goiás no podría haber creado territorio federal alguno, tampoco hay duda que el citado dispositivo habrá tenido más de un acto jurídico de orden patrimonial con el objeto del extenso latifundio. El patrimonio de la Unión, regulado por los principios del Derecho Privado, no recibió aumento en el conjunto de sus bienes dominicales. Estaríamos frente a una simple operación inmobiliaria si, por ejemplo, la Unión adquiriera tierras para construir su Capital, y desaparecería el problema, continuando el área que sirviera al futuro Distrito Federal hasta su ascenso a sede de Gobierno, bajo la misma jurisdicción estatal. Todo, pues, comienza a tornarse problemático del punto en que se acepte la interpretación corriente en cuanto a la aplicación del dispositivo de la Constitución goiana, esto es, desde que se admita que Brasilia no integra más el territorio de Goiás. Entonces corresponderá indagar, en beneficio de algunas situaciones de derecho, en qué condición jurídica o bajo qué régimen de competencia esa área se encuentra actualmente. La cuestión, como es fácil comprender, no es meramente teórica; desde el punto de vista práctico urge que se resuelvan ciertos problemas ya expuestos y ligados al orden público, como por ejemplo el del juicio

a que se atribuya competencia para resolver los litigios allí ocurridos y que ocurran en ese período intermedio; los de los Tribunales a los cuales se interpondrán los recursos; el de los magistrados y procesos relativos a las futuras elecciones del 3 de octubre.

Los problemas fueron tratados en diferentes ocasiones, como indica el episodio de una reunión realizada en el Palacio Río Negro en Petrópolis (Río de Janeiro) específicamente convocada para tratar el tema:

Invitados a cenar ayer con el presidente en el Palacio Río Negro en Petrópolis, comparecieron el diputado Emival Caiado y varios juristas para cambiar los rumbos con referencia a la legislación suplementaria de Brasilia. Se sabe que el profesor Santiago Dantas defendió la tesis de creación del territorio de Brasilia hasta que se opere el 21 de abril de 60 la mudanza de la Capital Federal. Contra ese punto de vista se rebeló el diputado Emival Caiado con apoyo de constitucionistas de renombre. Prevalció finalmente la tesis del parlamentario goiano quedando decidido por el presidente Juscelino que el Ejecutivo dictará decreto regulando la administración del área de Brasilia y entregándola al Dr. Israel Pinheiro cuidando así de la instalación allí de órganos federales. Quedó convencionado también que la unión acordará con el Estado de Goiás para éste continuar allí ejerciendo la Justicia. Tal acuerdo deberá ser rectificado (sic) oportunamente por la Asamblea Legislativa y el Congreso Nacional. Por último, defendió el diputado Emival Caiado la necesidad de una enmienda constitucional que discipline la administración del futuro Distrito Federal después de la mudanza destacadamente cortando la posibilidad de llevar a Brasilia la Justicia de Río de Janeiro. Fue acogida también esa idea del parlamentario goiano y éste encargado de ofrecerla al Congreso. Dichas medidas derivan del dispositivo de la constitución goiana que considera automáticamente desmembrada del Estado al área elegida para Capital a partir de la fecha de decreto de la mudanza. Ley Emival Caiado que decretó la mudanza para 60 la región de Brasilia quedó excluida del Estado de Goiás hace varios meses (Telegrama publicado en *El Anápolis*, 20 de febrero de 1958, AnápolisGO; el mismo texto se encuentra en *La Tribuna*, Núcleo Bandeirante, del 28.2.58).

Emival Caiado es el mismo parlamentario udenista goiano responsable del trámite, en el Congreso Nacional, de la ley que constituyó la NOVACAP. Se enroló también en otros movimientos de apoyo a la transferencia como líder del Bloque Parlamentario Mudancista, de carácter interpartidario.

Se ve que, en la práctica, los encaminamientos de las soluciones redundaban en el fortalecimiento intencional del poder de la Compañía Urbanizadora de la Nueva Capital que, órgano vinculado al Ejecutivo, dominaba totalmente el área en detrimento de los otros poderes de la República, ahora marcadamente el Judicial. Para los problemas de orden jurídico, desde crímenes y asesinatos hasta cuestiones laborales, el territorio de la construcción estaba subordinado concretamente a la tutela de las pequeñas ciudades vecinas de Luziânia y Planaltina (sobre todo esta última) que, como sería de suponer, no estaban preparadas adecuadamente para dar cuenta de ese volumen de problemas.

Geraldo Joffily (1977) dice que:

Teóricamente la organización judicial del municipio goiano de Planaltina debería amparar a los habitantes de todo el cuadrilátero de Brasilia hasta la mudanza de la Capital Federal; lo que, de modo alguno, se podría realizar debido al incremento de la población y a la precariedad del personal y material de que disponía aquella comarca. Los casamientos y las defunciones eran registrados en las oficinas administrativas de Planaltina o Luziânia. Algunos procesos criminales o civiles iniciados en aquella época eran de tal modo deficientes que no se podían identificar como elementos del Poder Judicial. ¿Y qué hacían los 30 abogados encontrados en la Ciudad Libre en 1959? La respuesta simple es que desempeñaban una de las más delicadas y valiosas funciones, parlamentando con los delegados, suplicando influencias, amenazando llevar los casos a la prensa, redactando sospechosísimas escrituras de tierras, orientando a los comerciantes en la obtención de los “comodatos” concedidos por la NOVACAP para la edificación de establecimientos de madera a título precario, en fin, mil y un “negocios” jurídicamente absurdos y todavía válidos (p. 54).

Reproduciremos a continuación un fragmento de una entrevista con un Juez de Trabajo de la región:

Antes de la inauguración, el territorio estaba bajo la jurisdicción del Juez de Derecho de Planaltina, que era de la magistratura goiana. Él hacía las veces de Juez de Trabajo. Quiere decir, desde el punto de vista legal, que la ley civil era aplicada por el Juez de Derecho. Casamientos, cuestiones de..., en fin, cualquier otra cuestión sería dirimida o decidida por la Justicia goiana hasta el 21 de abril de 1960, cuando fue creada la Justicia ordinaria. Ahora, lógicamente la Justicia de Goiás debía de tener jurisdicción sobre el Distrito Federal, bajo pena de quedar esa región enteramente acéfala, sin ninguna prestación jurisdiccional.

—¿Y eso de hecho ocurrió o no?

—Ocurrió de hecho (...) Se creó aquí, la NOVACAP es quien lo administró aquí. En realidad, en el estado de derecho...

—Creó incluso una policía, ¿no?

—Tenía una policía propia (...) Ahora la NOVACAP, que era administradora de la construcción, se atribuyó para sí, por así decir, el poder de policía. Ella tenía una guardia, tenía policía, tenía cárcel y dirimía incluso los conflictos laborales. Posteriormente, con la instalación vinieron guarniciones del Ejército, hasta que esa fuerza fue extinta, no, sustituida por tropas del Ejército, de la Policía del Ejército.

En la práctica, los problemas ligados a la seguridad pública fueron tratados obedeciendo al poder concentrado en manos de la NOVACAP, lo que demuestra la creación de la policía vinculada a esta empresa estatal, que fue responsable de la inseguridad de la población:

Con la organización de la NOVACAP fue creado un organismo paramilitar que se llamó Guardia Especial de Brasilia, conocida con la sigla GEB, especie de grupo de seguridad o guardia policial que infundía más temor que respeto. Era comandada por un general retirado y algunos oficiales militares, actuando de hecho por la orientación rutinaria de algunos delegados o comisarios provenientes de las po-

licías de Minas Gerais o Goiás. Los soldados eran elegidos entre los candangos de mayor porte y algunos feroces elementos de la policía goiana. En el inicio, aproximadamente 300 hombres que usaban uniforme amarillo aprovechado de las sobras del antiguo uniforme de la Fuerza Aérea Brasileña (...). Una vigilancia policial organizada de un modo tan primario representaba los poderes del propio Estado (aceptada o impuesta, no corresponde ahora discutirlo) con un mínimo de estabilidad y equilibrio para el único objetivo que se tenía en la mira: construir Brasilia (...). Como era de esperar, estos primitivos métodos favorecerían toda suerte de abusos de autoridad, propiciando la violencia, extorsiones, sobornos y prevaricaciones... (Joffily, 1977: 52-53).

Inicialmente es la necesidad de salvaguardar los depósitos de material de construcción lo que lleva a NOVACAP a atribuirse el poder de policía, según la explicación de su primer comandante:

En el mes de enero del 57 conversaba con el Dr. Israel Pinheiro en su oficina de trabajo en Río de Janeiro, cuando surgió la idea de instalar una seguridad policial de oficio en Brasilia para mantener una vigilancia sobre el material pesado de las compañías que se encontraba diseminado por el campamento, pues ya habían ocurrido algunos casos de hurto. Quedó establecida entonces la creación de la “División de Seguridad Pública” de la NOVACAP, eso ocurrió el día 20 de febrero de 1957 (*Jornal de Brasilia*, 23.4.78, p. 28).

En un universo donde el alcohol y la prostitución se constituyen en “alternativas” de ocio, resalta la necesidad de establecer una vigilancia policial eficaz para controlar, en todo sentido, a una población predominantemente masculina y adulta. Está claro que el Estado de Goiás no disponía de los medios concretos de vigilar un área cuya población crecía a un ritmo inusitado. Trasladar policías goianos al área en número suficiente para la cantidad de habitantes sin duda perjudicaría la vigilancia de otras regiones del estado. La Compañía Urbanizadora de la Nueva Capital entonces, como se mencionó, resolvió crear la GEB, Guardia Especial de Brasilia. La violencia policial fue hartamente registrada por la prensa:

“Ambiente de Esbirros y Prepotencia en Brasilia” (sigue un texto que reproduce fragmentos de una carta enviada al diario por un ingeniero): O bien Brasilia comienza desde ahora a civilizarse, o no soportaremos por más tiempo ese ambiente de esbirros y prepotencia que favorece a algunos poderosos en detrimento de los trabajadores. Que la voz de la prensa moralice Brasilia (...). La NOVACAP, encargada de proporcionar incluso la vigilancia policial de la futura capital del país...está empleando en la función policial a individuos completamente desprovistos de condiciones para ello, analfabetos, puede decirse valentones, que están cometiendo una serie de arbitrariedades (*O Globo*, Río de Janeiro, 20 de mayo de 1958, en Compilación NOVACAP).

Los criminales de Brasilia son enviados a la ciudad de Luziânia. Se afirma que, apresados en flagrante delito y enviados a aquella comarca, al día siguiente aparecen tranquilos en las calles de la Ciudad Libre, conversando con la policía. Esta es la llamada Guardia de la NOVACAP. Tiene 51 integrantes de los cuales sólo 3 son goianos y 6 mineiros. El resto está compuesto por nordestinos. Cada uno gana 5 mil cruzeiros, además de los adicionales. Extremadamente violenta, envía casi todos los días a sus víctimas al hospital y dicen como broma, naturalmente, que en el examen de selección el comandante -un coronel retirado de la policía carioca- sólo exige que el candidato levante una bolsa de 70 kilos para probar si tiene o no fuerza. Uno de los últimos actos violentos de la Guardia de la NOVACAP fue la golpiza a un trabajador. Terminaron perforándole los ojos (*La Hora*, San Pablo, 14 de junio de 1958, ídem).

Agrego algunos titulares que indican la intensidad del problema:

Novacap Tercera República de Brasil. La policía de la Novacap ataca el derecho constituido de la democracia humana. Dictadura implantada por una corporación inconstitucional (*La Tribuna*, Núcleo Bandeirante, 27 de julio de 1958). La Policía de la Novacap está extralimitando sus funciones. Y propina golpizas a jóvenes y menores (*El Anápolis*, GO, 26 de marzo de 1959).

Todos nuestros entrevistados, cuando recordaban la actuación de la GEB, se referían siempre a su violencia y arbitrariedad:

Pegaba con un compañero. Los vi pegarle a un cearense (persona del Estado de Ceará) que robó en la Vila Amauri y corrió más allá de aquella orilla del lago y ellos le pegaron más allá de la calle y ahí fueron a rodearlo cerca del Palacio de la Alborada. Y el hombre enfrentó a la policía, la policía lo enfrentó a él, sacó la porra, lo ataron, y vinieron tirando de él atado hasta aquí en la seccional que...le dieron una paliza, lo vi (mantenimiento de máquinas).

Fijate en la policía de acá antiguamente, ellos crearon aquí un departamento que se llamaba GEB, la vigilancia policial de acá tenía el nombre de GEB (...). La policía llegaba, el sujeto estaba peleando, la policía llegaba y metía el garrote, la policía. Disparaba, mataba, era de este estilo (carpintero).

¿Usted fue invitado a trabajar en la GEB?

-Sí. Pero no quise. El personal llegaba del Norte, porque aquí tenían pocos candidatos para GEB, él (un capitán) invitaba al pueblo a venir. Más gente que fuera...que no tuviera miedo de nada, que fuera mala en serio, y no tuviera miedo de nada. Porque eso era para pegar y el garrote para comer.

Porque en los cuarteles estaba escrito: es un mentiroso el preso que entró acá y dice que no le pegaron (auxiliar).

De esta manera, había una policía que ejercía una represión violenta e impune, encubierta por la necesidad de “mantener la paz” en el territorio de la construcción, por la ambigüedad jurídica que caracterizaba al área, por el gran poder concentrado en manos de la NOVACAP, por la necesidad de inaugurar la obra en el plazo previsto. La represión policial es uno de los hechos más preeminentes en la memoria de los obreros que entrevisté. Esta actuación policial llevó incluso a una atmósfera de terror que se cristalizaba siempre en la amenaza de “ir a buscar a la GEB”. Muchas veces, esta simple mención era suficiente para disolver un conflicto. En ese clima, la Guardia Especial de Brasilia se convirtió en un intermediario constante en las relaciones entre los individuos y el “Estado”, es decir, la NOVACAP.



Soldados de La GEB frente a la administración de la NOVACAP

En esta situación, la ambigüedad jurídica produjo los resultados más variados. En el período anterior a la inauguración encontramos desde estelionato hasta abusos policiales cotidianos⁴. Un gran golpe fue dado por norteamericanos encargados de una serie de montajes de estructuras metálicas (cf. *El Seminario*, n 192, del 9 a 15 de enero de 1960, artículo de la última página con el siguiente titular: “Los norteamericanos de la Raymond Concret Pille perpetraron una estafa a los cofres de Brasilia”). El comercio de material de construcción también era propicio para cierto tipo de negocios sospechosos como el siguiente: con apenas un viaje de camión de arena, se daba entrada de tres a cuatro notas de entrega (cf. *La Tribuna*, n 62, del 18 de octubre de 1959; ver también Epstein, 1973: 62-63). El diputado federal Elias Adaime (PSD), en un polémico discurso en el Congreso Nacional (3 de noviembre de 1959) al cual ya me referí, señalaba una serie

⁴ El *Diario de la Noche*, de Río de Janeiro, el 28 de mayo de 1958 publica un artículo con el siguiente titular: “Brasilia, un Paraíso de Estelionato” (en Compilación NOVACAP). Las implicancias de la ambigüedad jurídica relacionadas a cuestiones laborales serán vistas en el capítulo 3.

de denuncias que van desde el caso de la arena (“Hay cuestionamientos en NOVACAP sobre el consumo de arena. Las facturas acusan un número de 40 mil m³. Lo empleado y lo encontrado en stock fueron 8 mil. ¿Dónde están los 32 mil m³ de arena que costaron 760 cruzeiros el metro? ¿Son 25 millones de arena desviados?!”), en el *Diario de Brasilia* 1959: 258, 259), hasta enriquecimiento con fondos públicos, pasando por la dilapidación inusitada de material. La detallada respuesta elaborada por la NOVACAP y publicada el 10 de noviembre de 1959 (el discurso del diputado pesedista era a propósito de los requerimientos udenistas de instaurar una Comisión Parlamentaria de Cuestionamiento y tuvo grandes repercusiones) pretendía cubrir todos los ítems. Sobre el reclamo que mencionó el diputado, señaló Israel Pinheiro:

Es claramente una demostración de la vigilancia de la Administración de la NOVACAP, castigando a los responsables y reduciendo cuanto es posible la acción inevitable de los aventureros de todo orden, que proliferan atraídos por las actividades pioneras. Esos procesos son apresurados e instruidos por el Departamento de Seguridad (...) y enseguida dirigidos al Departamento Jurídico, que después de las instrucciones finales en la esfera administrativa de la NOVACAP, los remite a la Policía de Goiás. En cada uno de los tres procesos los culpables fueron debidamente castigados (*Diario de Brasilia*, 1959, p. 289).

No obstante, en el libro de un ex director de la NOVACAP sobre la historia de la ciudad encontramos el siguiente pasaje:

Durante la construcción de Brasilia, la NOVACAP no tenía Departamento Jurídico. Para hablar con franqueza, el Departamento fue organizado a fines de 1959, pero sólo funcionó realmente después de la mudanza. La NOVACAP disponía sólo de un abogado (...) que ganaba una gratificación de veinte mil cruzeiros y un consultor (...). Cierta día (el abogado) consultó a Israel sobre cierta cláusula de determinado contrato. El Dr. Israel retrucó: “Mire, (...) yo quiero un abogado para que me ayude y no para que complique las cosas. Para hacer lo que dice la Ley no preciso abogado; voy haciendo sin la opinión de

ustedes. Si preciso abogado es para justificar lo que no está claro en la Ley". Y así, sin las filigranas de largos dictámenes jurídicos, fue construida la ciudad (Silva, 1971: 259).

La ambigüedad jurídica también implicó problemas en otras áreas, como en lo tocante al proceso electoral de 1958, cuando se demoró la definición de la situación de los electores existentes en el territorio de la construcción:

Al momento la situación jurídica y política de Brasilia aún está condicionada a las fronteras del Estado de Goiás, lo que ha suscitado diversas controversias principalmente ahora, cuando se perfila el movimiento político tendiente a la sustitución de los puestos electivos del Estado mediterráneo. La posición de Brasilia aún no está definida (*La Tribuna*, Núcleo Bandeirante, n 5, 16 de marzo de 1958).

Mientras no se define la situación jurídica de Brasilia dentro del plano federal, los residentes de esta capital se inscribieron como electores en los municipios goianos de Planaltina y Luziânia. Ejercieron su deber 4.081 ciudadanos, quienes comparecieron a urnas instaladas en la NOVACAP y en el Núcleo Bandeirante para elegir gobernador, diputados, representante de Goiás en el Senado Federal, intendentes y camaristas de ambas localidades a las que nos referimos (*La Tarde*, Salvador, BA, 7.10.58, en Compilación NOVACAP).

No es difícil imaginar lo que significó para esas ciudades goianas tener como electores y eventuales candidatos para sus cámaras municipales e intendencias a individuos sin mayores vínculos anteriores con la realidad cotidiana de los municipios.

Otra cuestión que luego surgiría, y que tendría repercusiones más inmediatas para el día a día en el territorio de la construcción, era aquella respecto del pago de impuestos por el comercio en el área. Como se verá, el no pago de impuestos fue una de las maneras encontradas para incentivar la afluencia de comerciantes, así como su establecimiento en la Ciudad Libre o Núcleo Bandeirante. No obstante, debido al gran volumen de negocios realizados, se tornó interesante tasar esas transacciones comerciales, y el gobierno

del Estado de Goiás, intentando manipular la ambigüedad jurídica del territorio, intentó ejercer derechos fiscales en el área. Los comerciantes del Núcleo Bandeirante, que ya contaban con una Asociación Comercial, protestaron vigorosamente, amenazando inclusive con realizar huelgas. Veamos lo que dice sobre el tema uno de los diarios ciudadanos de la época:

En un acuerdo establecido entre el Estado de Goiás y el gobierno federal, quedó resuelto que no se cobrarían impuestos a las mercaderías que se destinaran a Brasilia, lo que infelizmente no viene sucediendo. Con la ruptura de la promesa, varios trastornos han surgido, desde que los camiones transportadores de artículos para el mercado de Brasilia son detenidos en los puestos fiscales cuando no efectúan el pago exigido, perjudicando enormemente el abastecimiento de Brasilia (“Los comerciantes del Núcleo Bandeirante son considerados vendedores ambulantes”, *La Tribuna*, n 11, 30 de junio de 1958).

Continúa causando conmoción la cuestión del cobro de impuestos en Brasilia. Los comerciantes aquí establecidos, amparados por la Asociación Comercial de esta ciudad, han luchado en el sentido de conseguir la exención de impuestos para las mercaderías destinadas a la nueva capital, acto que ha encontrado repercusión entre todas las clases aquí instaladas (...). Si Brasilia estuviese de hecho libre del cobro de impuestos, las ciudades de Planaltina y Brazilândia (sic), situadas en terrenos del nuevo Distrito Federal, estarían automáticamente libres de cualquier pago similar. Pero al momento, el comercio de aquellas ciudades paga el impuesto para los cofres del gobierno goiano. Existe, sin embargo, una solución acertada para tan crucial problema. Si el comercio de Brasilia efectuase el pago de impuestos, automáticamente podría exigir el cumplimiento de la ley en lo referente a los derechos que tal pago otorga, jurídicamente hablando, el trabajo bien hecho de la Asociación Comercial de Brasilia podrá no encontrar apoyo en las entidades de otras ciudades de estados diferentes por ser una Asociación que, empero trabaje y luche en provecho de la clase comercial de Brasilia, hecho que merece irrestrictos aplausos, está aún bajo la autoridad del Gobierno del Estado de Goiás, porque como dijimos esto todavía es Goiás (...).

Las huelgas programadas, que tienen el apoyo de la Asociación Comercial, no constituyen el medio adecuado para la solución del problema. Estas huelgas no afectarán a la NOVACAP ni al Gobierno de Goiás, y sí al pueblo de Brasilia, a los habitantes de esta ciudad que sufrirán las consecuencias de tales actos (...). Hacemos un llamado en nombre del pueblo a los dirigentes de la Asociación Comercial de Brasilia, en el sentido de que sea prontamente normalizada esta situación para que la población pionera no sufra las consecuencias de las huelgas programadas (*La Tribuna*, Núcleo Bandeirante, no 16, 25 de agosto de 1958).

Una huelga de carniceros llegó a llevarse a cabo. La Asociación Comercial tomó entonces medidas legales para asegurar la exención de impuestos a los comerciantes del Núcleo Bandeirante:

La Asociación Comercial ya interpuso un recurso de amparo contra el Estado de Goiás, el día 16 del corriente por intermedio del Dr. ... No hay razón de ser... para el cobro de impuestos en Brasilia... Procuramos escuchar la palabra de varios juristas... que fueron unánimes en apoyar nuestra resolución. Según la Constitución Federal, sería designado un día para la transferencia de la capital a la Meseta Central y, de acuerdo con la Constitución del Estado, artículo 54, Goiás perderá los derechos sobre el área donde está siendo construida Brasilia. La fecha de mudanza ya fue fijada para el 21 de abril de 1960, por lo tanto, el estado ya perdió los derechos sobre este área (...). Por derecho... solamente la Unión podrá efectuar legalmente la cobranza de los impuestos en Brasilia, y no el estado de Goiás, como pretende el actual gobierno (*La Tribuna*, Núcleo Bandeirante, n 18, 2 de octubre de 1958, declaración al diario del presidente de la Asociación, Gileno Mendes de Andrade).

El propio carácter temporario del período en el cual existió la ambigüedad jurídica hizo que surgieran “soluciones” *ad hoc* y paliativas, y por ello mismo se transfirieran las soluciones definitivas para cuando el territorio de la construcción encontrara su definición jurídico-institucional, después de la inauguración. Pero esto no ocurre en la práctica, “La Justicia de Brasilia es la NOVACAP” (titular del *Jornal*

do Brasil, del 11 de septiembre de 1959, en Compilación NOVACAP). Estamos, entonces, ante una situación aparentemente contradictoria -la presencia de una poderosa compañía estatal federal y la ausencia de una definición institucional sobre el territorio de la construcción-, cuya funcionalidad para la ejecución de un gran proyecto sólo puede ser entendida en el ámbito de una polaridad permitida por la ambigüedad jurídica: de un lado, el máximo control que se podía ejercer sobre la población, del otro, la desobediencia de la legislación laboral (ver capítulo 3).

Capítulo 1

Los trabajadores

Un paso inicial para comprender mejor la composición de la clase obrera de un gran proyecto es situar el territorio donde se lleva a cabo la construcción¹. Es característico de este tipo de trabajos el hecho de que se trate de obras de proporciones gigantescas desarrolladas en áreas relativamente aisladas. El territorio de la construcción de Brasilia, y su área más amplia, que en el futuro se convertiría en el Distrito Federal, tenía una densidad poblacional de 1,0 habitante por Km² en 1956 (IBGE, 1959: 4), se localizaba en un área que se extendía por tres municipios de Goiás, Formosa, Planaltina y Luziânia (Codeplan, 1976: 25), todos bastante aislados, incluso de la capital del estado, Goiânia. Según el Censo de 1959, “aún en 1950 la población del territorio se revelaba escasa; admitiendo que el área comprendida había permanecido invariable desde 1890” (IBGE, 1959: 3). La densidad demográfica en el período 1956/1959 evolucionó de la siguiente forma (ídem: 4):

¹ Para simplificar, aclaro que he designado al área de construcción de Brasilia como “territorio de la construcción”. Utilizo también frecuentemente los términos “en la época de la construcción” para designar el período anterior a la inauguración de Brasilia. Evidentemente, debido al hecho de que se trata de la edificación de una ciudad (aun con un trazado urbano cerrado, como es en este caso), es imposible afirmar que la construcción haya finalizado algún día.

Diciembre/1956	1,0 hab./Km ²
Julio/1957	2,1 hab./Km ²
Marzo/1958	4,9 hab./Km ²
Mayo/1959	11,0 hab./Km ²

Un carpintero relata su experiencia de viaje por precarios caminos, desde Goiânia (cerca de 200 kms.) hasta el territorio de la construcción, a principios de 1957:

Yo vine de allá de Goiânia para acá para construir el campamento del aeropuerto. Salimos de Goiânia con los camiones de madera y vinimos para acá. Entonces acá, cuando llegamos acá, veníamos por Corumbá, Braslândia, Campo Limpo (lugares de la región). Tardamos cinco días de Goiânia hasta acá para venir con el camión. No había caminos, no había nada. Era un tema medio complicado venir.

Se trataba, así, de un área prácticamente desprovista de trabajadores y materiales en cantidad como para soportar la presencia *repentina* de un emprendimiento tan grande como la construcción de una ciudad. Esta carencia tiene dos implicaciones fundamentales estrechamente relacionadas entre sí: 1) crear las condiciones concretas para la realización del trabajo (por ejemplo, construcción de caminos para acceder al lugar de los trabajadores y los materiales, construcción de predios destinados a residencias de trabajadores, almacenaje de material y prestación de servicios; 2) aglomerar e inmovilizar en el territorio a un gran número de trabajadores que presten sus servicios en la obra. Fue necesario atenuar o terminar con el aislamiento relativo de la región lo antes posible. Una de las primeras obras realizadas fue una pista de aterrizaje para aviones, que en aquellos momentos iniciales eran el medio de transporte que podía asegurar la vía más rápida de acceso al área, con el menor esfuerzo posible. Por otro lado, también es evidente que es inviable construir una ciudad usando como único medio el transporte aéreo. De este modo, la necesidad de construir accesos por tierra para hacer llegar la cantidad necesaria de materiales y

trabajadores lleva a comenzar la construcción de vías, principalmente la estratégica Brasilia-Anápolis. Esta ciudad goiana, localizada a cerca de 140 kilómetros de Brasilia, desempeñó importantes funciones frente al territorio de la construcción, ya que era la de mayor porte próxima al lugar. Además, era el punto final de la vía de hierro que llevaba al sur del país, siendo, por lo tanto, vía privilegiada de transporte de materiales y trabajadores.



Construcción de un puente para llegar a Brasilia, 1956

Por Anápolis se llegaba a San Pablo, quedando entonces como prioridad construir una vía hasta Belo Horizonte que conectaría el territorio también con Río de Janeiro. La de Brasilia/Anápolis fue la primera carretera asfaltada que conectó el área de la construcción con otras áreas del país (la inauguración de su pavimentación fue en junio de 1958). No cabe duda de que representó la principal vía de conexión efectiva entre el territorio de la construcción y otros centros del país.

Los trabajos destinados a proveer las vías de acceso necesarias no se dan aisladamente, en el sentido de que no se espera que estén terminados para iniciar otros. En realidad, se van utilizando los caminos precarios existentes que reciben algunas mejoras provisorias para contener el tráfico. Paralelamente a este tipo de trabajo (realizado por grupos de operarios que en general tienen la tarea de crear las condiciones para la llegada de los otros), es necesaria la ejecución de varios otros ligados a la provisión de vivienda y servicios para quienes comienzan a llegar en corrientes considerables. Según el Censo de 1959, “la población se habría multiplicado diez veces en menos de tres años” (IBGE, 1959: 3).

La Compañía Urbanizadora de la Nueva Capital divide entonces el territorio de la construcción en tres grandes áreas con atribuciones específicas para el desarrollo de cada trabajo: una destinada a la *iniciativa privada*, o sea, principalmente a los comerciantes que pasarían a servir a la población trabajadora; otra para el campamento central de la propia NOVACAP, con alojamientos diversos, almacenes, depósitos, oficinas y otros equipamientos; y finalmente áreas para los campamentos de las compañías constructoras particulares. Este es el recorte inicial realizado para dar cuenta de los diversos problemas básicos de los primeros momentos de la obra: a) instalación de millares de trabajadores que irían a emplearse en la construcción; b) provisión de servicios para esa población; c) instalación de la administración que controlará el área y su población; d) almacenaje del material de construcción que será utilizado. El área destinada a la prestación de servicios provistos por la *iniciativa privada* se convierte en la Ciudad Libre o el Núcleo Bandeirante. El gran loteo que dio lugar a la Ciudad Libre se inicia a fines de 1956 destinándose en general a recibir y establecer a los *particulares*, es decir, principalmente a los comerciantes y residualmente a los trabajadores que llegaban al territorio sin ningún vínculo inmediato con la construcción. Se llamaba Ciudad Libre justamente por ser inicialmente el único sector a donde se podía ingresar libremente para establecer residencia o desempeñar una actividad, y por ser un área para actividades *privadas*

en la cual se incentivaba el establecimiento de comerciantes a través de la exención de impuestos. La intención era formar un núcleo de comercio para la asistencia de la población inmigrante.

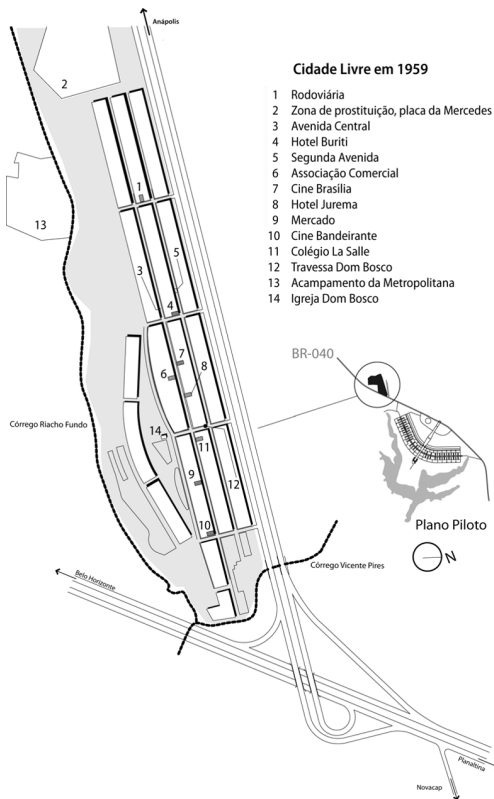
Los lotes eran distribuidos en régimen de comodato debido al carácter temporario que se pretendía para el asentamiento. Se planeaba transferir a la población de la Ciudad Libre a partir del día de la inauguración de Brasilia, cuando pasaría a ser ilegal la permanencia en el lugar. De este modo, sólo se permitía construir casas de madera, lo que le dio a la ciudad una apariencia de gran campamento, de “ciudad del *Far West*”, acarreado problemas diversos de infraestructura urbana, como grandes incendios que se propagaban fácilmente. Para impedir que el fuego alcanzara grandes proporciones era preciso destruir alas enteras de casillas, terminando así con la continuidad de las estructuras de madera. En 1959 este núcleo poblacional contaba con 11,565 habitantes (IBGE, 1959: 40).



Avenida Central de la Ciudad Libre

La Ciudad Libre estuvo marcada desde el comienzo por su función de *ciudad comercial*. Siendo la única localidad del territorio de la

construcción que se consideraba de ocupación *libre*, era allí donde se buscaba alojamiento (de ahí el gran número de hoteles que hasta hoy existen), placer (proliferan los bares, restaurantes, *boites* y una zona de prostitución), así como servicios en general (correo, bancos, médicos, abogados, feria libre, comercio minorista y mayorista con sus depósitos, iglesias, escuelas, etc.). Con un movimiento permanente relativo a todo el territorio de la construcción, más la presión proveniente de la continua inmigración masiva, la Ciudad Libre enseguida pasó a ser un problema por su prácticamente absoluta ingobernabilidad.



La Candangolândia.

La segunda área que nos interesa es aquella destinada a las instalaciones de la Compañía Urbanizadora de la Nueva Capital. Se situó en las proximidades de la Ciudad Libre y, conocida como Velhacap, centralizaba los servicios necesarios para el ejercicio de las actividades de la compañía y para las viviendas de sus funcionarios e ingenieros. Allí estaban, además de los diversos departamentos ligados a la administración de la compañía, el mayor hospital del territorio de la construcción (el Hospital del IAPI), un gran restaurante del SAPS (Servicio de Alimentación de la Previsión Social) que atendía a millares de trabajadores, las instalaciones policiales, etc. Inmediatamente próxima a este conjunto de predios con funciones administrativas o de residencia para ingenieros fue construida Candangolândia, que como su nombre indica, se destinó a las viviendas y alojamientos de trabajadores de la NOVACAP. La población total de la Velhacap en 1959 era de 4.186 habitantes (IBGE, 1959: 40). Junto con la Ciudad Libre, la Velhacap formaba el núcleo central de organización de la vida en el territorio de la construcción. Estas localidades intercambiaban sus funciones en términos de orientación de los trabajos de la construcción: una, como sede de las transacciones comerciales y, a partir de cierto momento, como un mercado de compra y venta de fuerza de trabajo; la otra, como sede del poder del Estado, representado por la NOVACAP.



Vista parcial de la Candangolândia 1957-1959



La Candangolândia.

En las *márgenes* de estas localidades se localizaba el tercer conjunto que definía la ocupación territorial del área de la construcción: los campamentos de las compañías privadas. Estos eran, hasta cierto punto, dispersos. Podían encontrarse próximos a la Ciudad Libre, así como en algunos puntos de lo que sería en el futuro el Plan Piloto, Brasilia. Sin embargo, en términos de representatividad numérica, la aglomeración más importante fue la que se conoció como Vila Planalto. Su localización era intencionalmente próxima al área central, el Eje Monumental, donde se construía la Plaza de los Tres Poderes

y la Explanada de los Ministerios, obras que concentraban trabajos de relleno y de edificación de gran volumen, ligados a la construcción de palacios, bloques ministeriales, la Terminal de colectivos y el Teatro Nacional, por ejemplo. Del conjunto mayor de la Vila Planalto formaban parte campamentos de empresas como la Constructora Rabelo, Pacheco Fernandes Dantas Ltda., Constructora Pederneiras y Constructora Nacional. Allí se instalaron millares de trabajadores vinculados a la forma de vivienda del campamento que, como veremos en el próximo capítulo, es característica central de los grandes proyectos.

Las tres áreas que rápidamente describimos fueron el resultado de la división establecida por la NOVACAP para recibir la afluencia de trabajadores que se dirigió al territorio de la construcción apenas se conoció la noticia de la construcción de Brasilia y sus atractivos fueron divulgados. El esquema de viviendas para trabajadores en grandes campamentos no preveía residencias suficientes para familias. Así, prácticamente sólo los operarios mejor posicionados en la jerarquía del ramo de la construcción civil obtenían viviendas que posibilitaban traer a sus familiares. De este modo, la Ciudad Libre inicialmente era el único núcleo habitacional donde las familias podían instalarse. Teniendo en cuenta que estaba destinada a ser básicamente un centro de comercio, con el correr del tiempo la afluencia de comerciantes conjugada a la de operarios rápidamente tornó dificultosa la obtención de una vivienda, especialmente para estos últimos. Recordemos también que, de acuerdo a las intenciones iniciales, este núcleo habitacional era de carácter provisorio, destinándose su área a otras funciones. La NOVACAP intentó contener el crecimiento de la ciudad prohibiendo nuevas construcciones en el área a partir del 31 de diciembre de 1958, no obstante, no consiguió detener el proceso.

Para los operarios que continuaban llegando, quedaban las alternativas de someterse a los altos alquileres existentes en la Ciudad Libre, dividiendo muchas veces una casa entre varias familias; intentar conseguir, a través de la manipulación de relaciones personales con políticos o administradores, un terreno para construir pasando

por encima de prohibiciones formales; o la solución más común que inaugura un proceso existente hasta hoy, ocupar áreas no destinadas a residencia. El problema de la vivienda inmediatamente encuentra su clímax. Comienzan a surgir *soluciones* del tipo de construcción de ciudades satélite (como Taguatinga, en junio de 1958) o villas *libres* para operarios como Vila Amauri (también en 1958), en un área que en el futuro sería cubierta por las aguas del Lago Paranoá.

El surgimiento de una gran obra acaba atrayendo gran número de trabajadores. Los viajes hacia el área eran agotadores y básicamente se hacían en transportes precarios como camiones de nordestinos. Hasta Anapolis, Goiás, se podía llegar en trenes repletos y en malas condiciones de higiene y alimentación². Debido al estado de relativo aislamiento del territorio de la construcción, el tiempo empleado en el trayecto podía variar entre 16 días, desde el lejano Ceará, por ejemplo, y cinco días en época de lluvias desde la próxima Goiânia (antes de ser inaugurado un camino asfaltado el 30 de junio de 1958).

Más allá de la existencia del gran proyecto provocar corrientes de grandes cantidades de trabajadores que vienen en busca de mejores salarios, se trató, en el caso de Brasilia, de divulgar formalmente por todo el país el volumen de la obra y lo que eso representaba en términos de *oportunidades* para quien en ella buscara trabajo. Juscelino Kubitschek afirma:

Divulgándose la noticia de que había trabajo para todos en Brasilia, aumentaban cada semana las levas de trabajadores que llegaban. Venía gente de todas las regiones del país. Era un verdadero torrente humano que los camiones canalizaban hacia el Planalto. Pobres de todas las latitudes en busca de la Tierra Prometida (Kubitschek, 1975: 81).

² Ver por ejemplo los siguientes artículos: "Sertanejos con las valijas listas rumbo a Brasilia", de la *Gazeta de Notícias*, Fortaleza, 6 de enero de 1959, en la Colección NOVACAP; "INIC encamina centenares de trabajadores a Brasilia. Aparentemente, aún no dispone de dotaciones para atender debidamente a los inmigrantes", y "Representantes del INIC dan explicaciones", en *O Anápolis*, del 21 de marzo de 1960 y 25 de marzo de 1960, respectivamente. El cálculo de tiempo que sigue se basa en testimonios de informantes.

La articulación de una propaganda que estimulaba la corriente hacia el territorio de la construcción queda clara en el siguiente pasaje de Epstein (1973: 140):

En los primeros días de Brasilia, los grandes gastos gubernamentales en un área donde virtualmente no existía oferta de trabajo estimularon a una gran y creciente corriente de inmigrantes. Entidades oficiales tanto como medios de comunicación contribuyeron para atraer a muchos inmigrantes a la nueva capital.

Relata el antiguo director de la NOVACAP, Ernesto Silva: “El INIC (Instituto Nacional de Inmigración y Colonización), de acuerdo a sus obligaciones, en todas las esquinas de Brasil marcaba el camino para Brasilia y facilitaba el transporte” (*Correio Braziliense*, 4 de junio de 1967).

El flujo de trabajadores, este “torrente humano” de que habla Kubitschek, si en principio aparenta ser una masa informe, al analizar las formas a través de las cuales los trabajadores lo componían, eran reclutados y seleccionados para el trabajo, surgen contornos que apuntan a una caracterización específica de la fuerza de trabajo que se empleó en la gran obra. De hecho, las especificidades relativas a la composición de la población en Brasilia aparecen constantemente en el Censo de 1959. Específicamente acerca de las características del mercado de trabajo, el Censo llama la atención sobre lo que clasifica como “condiciones anormales”: “El territorio está siendo poblado con vistas a la construcción de un gran centro metropolitano; todas las actividades de la población confluyen, en consecuencia, en la industria de la construcción, de la que la mayoría de la población obtiene rendimientos directa o indirectamente” (IBGE, 1959: 57).

Llegada, reclutamiento y selección

Las trayectorias realizadas por los trabajadores individuales que se dirigían al territorio de la construcción son relevantes, pues expresan intenciones subjetivas. Son sociológicamente más importantes

aun cuando se imbrican con las formas de reclutamiento y selección que terminan por componer la fuerza de trabajo que participó de la obra. Es fundamental establecer una distinción entre lo que designo *flujo desorganizado* y *flujo organizado*, a los efectos del análisis de la formación y composición de la fuerza de trabajo que se empleó en la construcción de Brasilia.

El flujo desorganizado es aquél en que la decisión de ir al territorio de la construcción fue tomada por el individuo sin la presencia de un reclutador de mano de obra. Al mismo tiempo, esta categoría significa que el trabajador tomó conocimiento de la construcción por otras vías diferentes a la propaganda gubernamental, lo que relativiza la importancia de la misma y llama la atención sobre las redes sociales establecidas entre los trabajadores. Además de eso, y tal vez sea más importante, significa que la trayectoria de los trabajadores individuales no fue organizada, orientada, por ningún órgano del Estado o por ninguna empresa particular vinculada a los intereses del planeamiento de la producción del gran proyecto.



Hombres llegando a Brasilia, enero de 1959

El flujo organizado se define básicamente por oposición a la categoría anterior. En él, el trabajador tiene como mediador de su trayectoria un reclutador de mano de obra, una empresa particular o un órgano gubernamental con las mismas funciones. Es encaminado al territorio de la construcción por un órgano del Estado que tiene las funciones explícitas de regularizar la formación y composición de la fuerza de trabajo, dentro de límites ajustados a las necesidades de la producción del gran proyecto, y bajo cuyo control el trabajador puede permanecer desde la salida de su lugar de origen hasta la llegada e ingreso a la actividad productiva. Más allá de eso, el individuo se entera de la existencia de la construcción y de sus *oportunidades* junto a los órganos gubernamentales o a las empresas de construcción particulares, en las cuales ya trabaja o no, que lo trasladan hacia el área.

Esta diferenciación debe ser entendida como un recurso analítico, pues si en los primeros momentos de la construcción de la nueva Capital Federal todo el flujo se aproximaba más a la caracterización de flujo desorganizado, con el transcurso del tiempo y sobre todo por surgir en el territorio un incipiente y propio mercado de trabajo localizado básicamente en la Ciudad Libre, el flujo desorganizado pasa a ser relativamente reprimido y a convivir cada vez más intensamente con un flujo organizado. Esto indica una tentativa de los responsables del territorio de controlar una *superpoblación*, tanto en términos de cantidad necesaria para la obra, como en términos de la posibilidad de proveer alojamiento para los que llegaban.

El flujo desorganizado

Todo indica que este tipo fue predominante en los primeros momentos de la construcción de Brasilia, cuando el área aún se encontraba bastante aislada. El acceso al lugar era en ese entonces tan difícil que los primeros trabajadores, al dirigirse al territorio para realizar los trabajos iniciales de la construcción de alojamientos, depósitos, pista de aterrizaje, venían casi exclusivamente de áreas vecinas, sobre

todo del Estado de Goiás. Estos trabajos iniciales no implicaban la presencia de un número muy grande de trabajadores. Era necesario construir, además de algunos primeros predios vinculados a las actividades de la NOVACAP, las primeras calles de servicio internas en el territorio con sus obras relacionadas, como pequeños puentes.

Recordemos también que en esta época (fines de 1956, comienzos de 1957) no se conocía cuál sería el trazado de la ciudad, ya que el Plan Piloto sólo sería definitivamente elegido en concurso público nacional, cuyo resultado fue decidido recién en marzo de 1957. A esta altura, los trabajos ligados a la construcción de la ciudad propiamente dicha sólo habían comenzado en el aspecto logístico. El Censo de 1959, en relación al “lugar y situación del domicilio anterior”, deja ver claramente que la composición de la población del territorio fue marcada desde el principio por la contribución de avasalladora predominancia de goianos e, inmediatamente después, de inmigrantes de Minas Gerais (IBGE, 1959: 98, 99 y también p. 52).

Son los primeros operarios que vienen al territorio para tareas específicas que pasan a ser los divulgadores de la existencia del gran proyecto en sus lugares de origen y, por consiguiente, de la gran necesidad de trabajadores para su realización. Así, muchos operarios no se informan del inicio de las obras a través de los mecanismos formales de divulgación y propaganda articulados por el Gobierno, ni son persuadidos a dirigirse al lugar de la construcción por reclutadores profesionales u órganos gubernamentales vinculados a la obra. Lo que opera en esos casos como canales informativos son las redes sociales establecidas por los trabajadores, vinculadas tanto a la actividad productiva en que están insertos como a su vida social más amplia:

Porque él (un amigo) ganó mucho dinero ahí, la compañía le pagó muy bien, mucho dinero. Bueno, él se quedó allá en Goiânia, él era carpintero muy bueno. Volvió. Cuando un día llegó al taller: ‘Pibe, aquella Ciudad Libre empezó y yo volví para allá, estoy trabajando

allá, allá hay mucho trabajo. ¿Vos querés ir a trabajar allá? Yo le dije: yo voy (carpintero).

Nosotros estábamos en Centralina, en la frontera de Goiás. Ahí un paisano mío, viejo amigo, de chicos, muy conocido, mi amigo, vino para acá en febrero. Yo le pedí que cuando volviera me cuente cómo era que estaba la cosa. Fue cuando estuvo aquella misa acá, en mayo. Ahí, después de la misa él fue para allá y me contó todo. Cómo era acá y todo. Fue y me informó. Yo me vine para acá (peón).

Estos trabajadores individuales no llegaban al territorio de la construcción vinculados a un empleo, y estaban por un tiempo en busca de uno. Como había una gran necesidad de trabajadores, generalmente no se tardaba mucho para encontrar una ocupación. Un comerciante del Núcleo Bandeirante que estaba en Brasilia desde los primeros días de 1957, cuando se le preguntó a dónde se dirigían los trabajadores cuando llegaban, afirmó:

Aquellos que eran operarios, digamos, mano de obra sin profesión calificada, iban para las compañías. Y también los operarios especializados que no querían dedicarse a la vida comercial, era sólo llegar y tenían trabajo en las compañías. Podían elegir una u otra compañía. Había varias. La oferta daba la oportunidad de elegir. La que pagaba mejor salario, la que tenía mejor alojamiento. Esa era la razón por la cual llegaban continuamente grandes grupos de personas a Brasilia. Porque llegaban y acá tenían oportunidad de comenzar a trabajar. O en el comercio particular, o en la profesión, o como simple operario. Había trabajo de toda especie.

Es claro que la afirmación “sólo llegar y tenían trabajo en las compañías” necesita ser relativizada, sobre todo porque, como veremos más adelante, existían requisitos que, por medio de formas de reclutamiento y selección, coaccionaban las cualidades del conjunto de operarios que en términos generales eran empleados en la obra. Si era alta la demanda de peones, los trabajadores menos calificados dentro de la construcción civil, la búsqueda de profesionales era mayor, lo que facilitaba aún más para esos trabajadores la búsqueda de empleos.

Cuando yo llegué a Brasilia me quedé completamente sorprendido con la demanda principalmente de profesionales. Albañiles, carpinteros, armadores. Esos llegaban ahí y no tenían problema para conseguir empleo (albañil).

En esa época era fácil conseguir empleo. Me emplearon como apuntador fiscal. Al que supiera leer y escribir en esa época lo tomaban como apuntador, fiscal, como fiscal. Que tuviera una cierta facilidad, facilidad para escribir cualquier cosa. Había mucha falta de mano de obra y falta de encargados de obra, que conociera de obras, todas esas cosas (apuntador).

Los carpinteros que hacían entarimados de peroba eran sólo algunos. Porque había muchos hombres que trabajaban pero que no sabían hacer un entarimado de peroba bien hecho. Él (un patrón) me mandó a hacer uno. Dijo: vos vas a hacer eso para mí, sos el único que lo puede hacer porque todos los que mandé a hacerlo acá no pudieron. Y me quedé haciéndolo (carpintero).

Es común, en los mercados de trabajo, que haya una superabundancia de trabajadores no calificados. En el caso de las grandes obras, la escasez de profesionales puede ser mayor debido a que el mercado de trabajo está en formación y tiene una necesidad enorme de trabajadores calificados. De hecho, por ser muy elevado el número de profesionales *repentinamente* requeridos para emplearse en los trabajos, aumenta la *desproporción* entre la presencia de trabajadores calificados y no calificados, ya existente regularmente en los mercados de trabajo. Hay que considerar también que la necesidad de profesionales es diferente en el sentido de que, por ejemplo, se requiere un número mayor de albañiles que de electricistas. Así, puede haber una situación en la que encontrar determinado tipo de profesional sea más difícil que encontrar otro. Viendo también que la situación salarial de un profesional es mejor que la de un peón, ya que el precio de su hora de trabajo es más alto, se puede suponer que su decisión de dirigirse al territorio de la construcción involucre mayores cálculos individuales, dado que en términos de su carrera dentro de la

construcción civil este profesional puede ya encontrarse en una situación más estable.

Los trabajadores que iban al territorio de la construcción en el flujo desorganizado, por no estar aún vinculados a empleos, llegaban inicialmente a la Ciudad Libre, que luego se transformó en un punto privilegiado para ser el locus principal del mercado de trabajo. A partir de una determinada demanda de trabajadores, las transacciones entre empleadores y trabajadores pasaron a producirse tanto en los términos de las formas más comunes de reclutamiento, como en formas más próximas a las especificidades de la cotidianidad de una población empleada en una gran obra que extiende sus intereses a todas las esferas de la vida social, llevándolos hasta la oscuridad de las salas de cine³.

Una indicación de la disputa que había por la fuerza de trabajo eran las formas de reclutamiento por medio de anuncios publicitarios, que las firmas hacían en sesiones de cine en la Ciudad Libre. Allí aparecían los salarios ofrecidos por hora para las distintas categorías, así como el número de trabajadores que se requería.

En el cine ellos hacían aquella propaganda de búsqueda de operarios, era la manera práctica que ellos tenían de hacer el anuncio: propagandas de las firmas, de casas de comercio, invitaban al personal al trabajo, camión para registrarse, esas cosas (mantenimiento de máquinas).

Un método bastante utilizado fue la divulgación de las necesidades de las firmas a través del servicio de altoparlantes:

³ Según Coutinho, existen en la construcción civil básicamente tres modalidades de reclutamiento: "a) reclutamiento directo, hecho por el maestro de obra a través de anuncios pegados en la puerta de la obra o de indicaciones personales; b) hecho por las firmas especializadas, mediante anuncios en diarios; c) hecho por la constructora o por las empresas (contratadas para la ejecución de las distintas fases de la obra a través de empresas especializadas en contratación de mano de obra)" (Coutinho, 1975: 31).

A cada instante, altoparlantes colocados en las esquinas del 'Núcleo Bandeirante' o 'Ciudad Libre' reclaman la presencia de albañiles, carpinteros, ebanistas, e indican las oficinas que deben buscarse (*Diário da Noite*, San Pablo, 26 de enero de 1960; en la Colección NOVACAP).

Este método podía también ser utilizado en otros lugares, como por ejemplo en las proximidades de los obradores:

Cosa que no faltó aquí fue trabajo. Faltaron trabajadores, pero trabajo no. Veíamos en las obras, en los altoparlantes al personal anunciando que se precisan trabajadores y eso. Esos altoparlantes de parque, de cine, encima del auto justamente para hacer esa invitación (mantenimiento de máquinas).

No obstante, progresivamente la escasez de operarios, especialmente de peones, disminuyó. Se pasa así a un control de la afluencia de personas hacia el área. Los trabajadores individuales que se encaminaban para Brasilia sin encontrar mayores ordenamientos en sus trayectorias de viaje, se enfrentaban entonces con un órgano del Estado con funciones explícitas de regularizar la composición del personal del área.

El flujo organizado

Este tipo de flujo, con sus formas propias de reclutamiento, conducción, selección y control de los operarios, por su contribución decisiva en la formación de la población del área, acaba por definir los trazos básicos de las características de la fuerza de trabajo que se empleó en la construcción de Brasilia. Tenemos que entender las funciones desempeñadas por el órgano del Estado, que tenía las atribuciones de regularizar el flujo, la llegada y la selección de operarios, como su inserción en la actividad productiva. Se trataba del Instituto Nacional de Inmigración y Colonización (INIC), que se situaba en la Velhacap, en las proximidades de la Ciudad Libre.

El INIC se instala en el territorio de la construcción recién al final de 1957, cuando ya había un mercado de trabajo relativo a una población de cerca de 18.000 personas (IBGE, 1959: 3-4). El número de trabajadores que afluía al lugar hacía obligatoria su presencia para atender “al creciente movimiento de candidatos a emplearse en las obras de construcción de la futura capital” (*Diario de Brasilia* 1956/1957, 1960: 132). Operando a nivel nacional, contaba con una estructura de Puestos de Contratación, Puestos de Distribución y Hospedajes de Tránsito, que formaban cadenas de recepción y conducción de trabajadores y se localizaban preferencialmente en lugares estratégicos, como intersecciones de autopistas y ferrocarriles. Para desempeñar sus funciones *reguladoras* en lo relativo a la formación de la población trabajadora en Brasilia, el INIC, en actuación conjunta con la NOVACAP, contaba con un Puesto Auxiliar en Anápolis, ciudad que desempeñaba importantes funciones frente al territorio de la construcción. Aquellos que llegaban a través de esta ciudad goiana ya habían pasado por una selección inicial y venían en cierto modo encaminados.

Estaba el INIC que nos daba acá (Anápolis) una tarjeta de presentación. Vos llegabas allá y la presentabas en el INIC de allá de Brasilia. Y allá de acuerdo a tu profesión ellos te mandaban a determinados lugares de servicio de determinada obra.

-¿Entonces usted ya salió de acá con empleo?

-No, no es bien empleado. Pero es prácticamente con la perspectiva de llegar allá y ubicarse. Entonces el INIC de allá mandaba a alguien a buscar la profesión. Ahí vos ibas, en la parte burocrática de allá había un lugar donde el tipo te vacunaba, hacía examen de sangre, te sacaba radiografías de los pulmones. Pero vos tenías que tener el permiso de trabajo. El que no tenía lo tenía que sacar allá. Ahí mismo lo sacaba. Entonces tenía que pasar otra hora en Luziânia, en la ciudad más cercana. Entonces ahí del INIC ibas a la policía, te identificabas en la policía, una burocracia. De ahí ellos te daban una tarjetita mandándote para la obra tal.

-¿Quiere decir que no fue usted el que eligió entrar en una compañía?

-No, el INIC me mandó. Entonces llegué allá a la obra y presenté la tarjeta (albañil, entrevista realizada en Anápolis-Goiás).

El testimonio de ese albañil está marcado por la perspectiva de los profesionales. La demanda de carpinteros, bomberos, albañiles y otros, siendo proporcionalmente mayor que la de peones, hacía que aquellos encontrarán trabajo más fácilmente. Por otro lado, por su propia condición profesional, esos trabajadores se sometían a la selección más rigurosa, a través del INIC o de la propia compañía que los contrataba, con pruebas prácticas para comprobar su identidad profesional:

Llegué y fui a ver dónde había vacantes allá en el INIC. Todo el mundo tenía que sacar esa tarjeta. Todo era rápido. Dentro de tres días ya estaba listo. El INIC era en la Velhacap. El camión nos dejaba enfrente. Yo dije: mirá, llegué de Río ahora. ¿Cómo está ahí? ¿Usted tiene vacante ahí para carpintero? Ahí él me dijo: Sí. ¿Quiere hacer el examen allá? Yo le dije: Sí. Tenía que agarrar una tabla de cedro toda torcida y dejarla lista. Dejé todo listo. ¿Usted ya tiene el permiso? Puede arreglar su alojamiento y de ahí a dos días viene para acá (carpintero).

Cabe destacar que tanto los trabajadores que vinieran a través del flujo desorganizado, como del flujo organizado, se sometían igualmente al Instituto Nacional de Inmigración y Colonización en sus funciones de selección, documentación e inserción de los trabajadores a la actividad productiva. Esas atribuciones del INIC, por lo tanto, repercutían por igual sobre las dos categorías analíticas que construí, salvo en los casos de trabajadores individuales que venían a Brasilia transferidos por compañías en las cuales ya habían trabajado anteriormente.



Cola en el Servicio de Identificación de la NOVACAP

El peón, o mejor, el aprendiz de peón, es decir, el trabajador que en general llegaba directamente de una condición campesina para insertarse en este mercado de trabajo, también encontraba trabajo pasando por el INIC. Pero atravesaba un proceso más lento y menos seguro que el de los profesionales, básicamente por formar un contingente mucho mayor y por no contar aún con atributos, ni en términos de entrenamiento, ni en términos jurídicos para colocar mejor su fuerza de trabajo en el mercado:

No, yo no tenía (permiso de trabajo). Nosotros cuando veníamos de la agricultura no traíamos nada. Acá sacamos todo. Trajimos sólo el registro de nacimiento, de casamiento (...) Cuando yo llegué sacábamos una tarjeta de la INIC, una tarjetita de identidad, nos daban esa tarjetita. La identidad nuestra era aquello (risa). Y de ahí después íbamos a arreglar los documentos más tranquilos (...) Porque nadie nos explicaba nada, y era uno que tenía que buscar, ¿sabe? Seguir buscando el empleo que uno quería. Pero si uno quisiera cualquier tipo de trabajo era sólo llegar y empezar (peón).

En algunos fragmentos de los testimonios anteriores aparecen indicadores de la actuación conjunta del INIC con la NOVACAP. Siendo dos órganos del Estado vinculados directamente al desempeño de la obra, articulaban sus servicios en términos de las necesidades de la construcción de la nueva capital. Los indicadores a que nos referimos están vinculados al problema de la documentación de los operarios en el territorio de la construcción, que se realizaba a través de la *policía*, o sea, de la División de Seguridad de la NOVACAP. El control de los trabajadores, que pasaba por el poder de la policía, del cual estaba investida la propia NOVACAP y que ciertamente comenzaba por la documentación e identificación de los individuos, era realizado en este contexto bajo un doble argumento: prepararlos legalmente para el trabajo y proteger el territorio de la construcción de los aventureros y posibles contraventores que comúnmente (*Diario de Brasilia*, 1959: 289) aparecían en el área buscando sacar provecho de una situación donde la ausencia de redes sociales más profundas implicaba poca información sobre el pasado de las personas.

Sin embargo, la articulación en el control de los trabajadores entre la NOVACAP, compañías particulares y el INIC apareció claramente con la gran sequía de 1958 en el Nordeste del país, que expulsó a millares de personas, al mismo tiempo que facetas relativamente ocultas del reclutamiento y selección realizados por este órgano ocuparon el primer plano. Con la sequía se inicia una reubicación de esa fuerza de trabajo nordestina en los diversos frentes de trabajo existentes entonces, por ejemplo, en la construcción de la Represa de Tres Mariás, en Minas Gerais, y en Brasilia, que refuerza su condición de punto de convergencia más buscado. A partir de este momento, la función de reclutamiento desempeñada por el INIC comienza a confundirse cada vez más con la de represión del flujo que llegaba al lugar y con una exacerbación en la selección de los migrantes y posibles trabajadores en Brasilia. Queda cada vez más claro el tipo ideal de trabajador que se demanda para actuar en grandes obras: joven, sin problemas de salud, sin familia y cuanto más calificado, mejor. Es lo que informaban algunos diarios de la época hasta el cansancio:

Los 220 retirantes nordestinos que continúan en la Isla de las Flores (Río de Janeiro) deberían seguir para Brasilia. Pero el INIC resolvió mandarlos para San Pablo porque el ‘mercado en Brasilia está muy saturado por la inmigración espontánea’. Las compañías que están haciendo las obras de la futura Capital informaron al Instituto Nacional de Inmigración y Colonización que por lo menos por el momento las obras de Brasilia no precisan mayor número de mano de obra. Las compañías constructoras de la nueva Capital *exigen* también que los retirantes enviados sean solteros, ya que no disponen de alojamientos para casados (*Jornal do Brasil*, Río de Janeiro, 10 de junio de 1958, “Otros 1.500 retirantes van a Paraná este mes: Brasilia ya está saturada”, en Colección NOVACAP, el resaltado es mío).

Noticia de Goiânia anuncia que no se está permitiendo la entrada de evacuados nordestinos en Brasilia (...) Esa medida busca prohibir la avalancha de personas y la formación de favelas, así como la invasión de lotes de la NOVACAP. Centenas de familias están a la intemperie, impedidas de ingresar en el área de Brasilia (...) Los evacuados llegan a las proximidades del área de la NOVACAP y encuentran soldados armados que les impiden la entrada (*A Hora*, San Pablo, 14 de junio de 1958, en la Colección NOVACAP).

Generalmente, los que vienen a la nueva Capital lo hacen atraídos por la necesaria publicidad en torno a Brasilia. Para ello ya contamos incluso con una emisora de radio de llegada a todo Brasil. Y no son pocos los forasteros que llegan aquí diariamente, principalmente operarios procedentes de regiones castigadas del país, que esperan encontrar en Brasilia el amparo que les falta en los estados de origen. Sucede que toda esa masa humana que se dirige hacia la *Obra del Siglo* está siendo espantada. Sí, espantada con la excusa de que no poseemos aún condiciones de alojamiento para los contingentes de trabajadores que se dirigen a Brasilia. De esa forma, es muy común ver a la policía de la NOVACAP impidiendo la entrada de familias trabajadoras en la nueva capital, con explicaciones que verdaderamente no son satisfactorias (*A Tribuna*, Brasilia-Núcleo Bandeirante, 2 de octubre de 1958, resaltado nuestro).

Telegrama de Río de Janeiro llegado a la Dirección del INIC de esta capital pide la suspensión inmediata de todos los pasajes a Brasilia emitidos por medio de ese Instituto de Inmigración. La medida, según la versión oficial, fue tomada buscando que *no lleguen personas que no tengan profesión* o que tengan pero que no dispongan de empleo seguro en la Capital del Planalto. En efecto, el reporte se realizó hoy en las dependencias de la Hostería Getulio Vargas (del INIC), y se recogió que la orden se mantiene a pedido de elementos de la administración de la NOVACAP (“El Gobierno manda a cerrar los caminos a Brasilia”, *Tribuna do Ceará*, Fortaleza, 16 de enero de 1960, en Colección NOVACAP, resaltado nuestro).

A partir del momento en que grandes contingentes de trabajadores acompañados por sus familias hacen presión sobre la capacidad de absorción de fuerza de trabajo del territorio de la construcción, el criterio de reclutamiento y de selección aparece nítidamente con los trazos definidores de las necesidades de producción del gran proyecto. Varios de ellos ya surgieron en los artículos transcritos arriba, como requerir trabajadores con alguna experiencia previa y libres de impedimentos como una familia (básicamente por las implicaciones relativas a vivienda, alimentación y establecimiento de estos grupos). Incluso en este contexto, existe un artículo periodístico en el cual las declaraciones de un director de la oficina del INIC en Anápolis explicitan varios aspectos relativos al flujo organizado, especialmente aquellos que definen la franja etaria que constituía el intervalo óptimo para el reclutamiento:

De acuerdo con las determinaciones de la NOVACAP, en Brasilia sólo podrán trabajar las personas mayores de 18 años y menores de 45. La oficina auxiliar bajo su dirección no puede, actualmente, enviar familias hacia la futura capital del país, dada la absoluta falta de comodidades que se observa allí (el diario transcribe una nota distribuida a la prensa por el INIC): ‘Con el fin de esclarecer a la opinión pública con respecto al problema de los evacuados nordestinos, informamos lo siguiente: 1o) La oficina del INIC en Anápolis es una oficina auxiliar de la oficina de Brasilia; 2o) Fue instalada para atender el redirec-

cionamiento de trabajadores procedentes de Río y de Minas Gerais (conducidos por el INIC) hacia las obras de la Nueva Capital y de Brasilia (accidentados, ancianos y menores) hacia el lugar de procedencia; 3o) El INIC trabaja en articulación con las autoridades de la NOVACAP, quienes establecieron los límites de edad, fuera de los cuales el Servicio de Seguridad Pública no permitirá que se registre ningún operario en cualquier firma que opere en el área de la Nueva Capital; 4o) En apenas 18 meses de actividades en Goiás, las oficinas del INIC en Brasilia y Anápolis prestaron asistencia a más de 20.000 trabajadores migrantes (*O Anápolis*, Anápolis-GO, 5 de febrero de 1959).

El Censo Experimental de Brasilia (1959), en el tópico referente a la edad de la población, apunta “sensibles distorsiones” con la “elevada participación de personas adultas en detrimento de chicos y adolescentes y de personas ancianas”, configurando una “distribución absolutamente anormal en las condiciones brasileras”. La interpretación de los datos afirma que la “acentuada migración de trabajadores responde, de hecho, por la divergente distribución por edades de la población relativamente a la brasileira. Por eso, la curva distributiva, fuertemente ascendente entre los 20 y los 39 años, sufre una progresiva inflexión después de los 40 años”. El promedio de edad encontrado para la población masculina fue de 23,7 años (IBGE, 1959: 10 y ss.).

En cuanto a la cuestión de la buena salud como una de las características buscadas en la conformación de la fuerza de trabajo para la construcción de Brasilia, a pesar de los exámenes médicos realizados durante la selección y del hecho que el INIC devolvía a sus puntos de origen a los accidentados y viejos ya indicaran la búsqueda de una fuerza de trabajo en condiciones óptimas de producir, el siguiente discurso de un apuntador muestra que este factor continuaba operando en el seno mismo de la producción:

Era un ritmo de trabajo acelerado que exigía lo máximo del hombre, no querían saber si él tenía condiciones físicas o no. Aquellos que tuvieran menos condiciones y que no aguantaban, la empresa los mandaba a otro lado.

Los diferentes niveles de demanda de fuerza de trabajo, dentro del territorio de la construcción como un todo, y las diversas compañías en momentos distintos de la producción de obras parceladas regulaban, a través de la actuación del INIC y de la NOVACAP, tanto el acceso de los trabajadores al territorio de la construcción, como su inserción en el proceso de edificación de la ciudad. De esta forma, cuando el número de trabajadores en busca de empleo pasó a ser excesivo se buscó frenar el flujo hacia el lugar. Este control se vinculaba también al problema de la escasez de viviendas para familias operarias, que hacía que los trabajadores recién llegados y acompañados de sus familiares invadieran las áreas previstas para otras funciones dentro del esquema de la futura ciudad, llevando el problema de la vivienda a una situación límite. Para ordenar el flujo migratorio, como se vio, se echaba mano incluso de la represión en barreras policiales, lo que no impedía el surgimiento de estrategias eficaces como que el camión de nordestinos tomara desvíos o que los mismos trabajadores y sus familias se bajaran de los vehículos escondiéndose en el monte tratando de evitar el encuentro con las fuerzas policiales (ver *Tribuna da Imprensa*, Río de Janeiro, 5 de febrero de 1960, en Colección NOVACAP).

Por otro lado, de acuerdo a la necesidad de un mayor número de trabajadores -esto bajo la óptica de la necesidad de una u otra compañía en un determinado momento de su producción-, eventualmente el flujo organizado de trabajadores podía ser provocado por las propias firmas constructoras. Estas, cuando no competían entre sí a través de la oferta de salarios más altos, lo que obviamente tenía límites, hacían un reclutamiento de operarios fuera del territorio de la construcción:

En cuanto a los inmigrantes conducidos a Brasilia, el Sr. Aníbal Teixeira (jefe del Departamento de Migraciones del INIC) declaró que son incontables los que prefieren la futura Capital del país. Y agregó: 'Hay mucho interés por los inmigrantes en Brasilia, al punto que ciertas firmas prestan sus camiones para el transporte de

hombres que irán a trabajar en construcciones como albañiles, ebanistas, etc.' (*Correio da Manhã*, Río de Janeiro, 30 de diciembre de 1958, en la Colección NOVACAP).

Ahora, vinieron 30 y pico de camiones de cearenses (inmigrantes del Estado de Ceará) para trabajar acá en Brasilia. La Espiral (nombre ficticio de una constructora) mandó a buscar, el ingeniero de la Espiral, que era el dueño de las obras, que era cearense, y mandaba los camiones. Y el que no podía venir, él lo traía para trabajar acá en Brasilia (peón).

Esta participación directa de las compañías en el reclutamiento fuera del territorio de la construcción revela los intereses de las empresas, especialmente por trabajadores calificados. Es evidente que el freno al flujo de trabajadores se dirigía casi exclusivamente al contingente de trabajadores no calificados. La búsqueda de trabajadores fuera del territorio de la construcción pudo haber sido el motor de la modalidad de flujo organizado, el tráfico de trabajadores, que implica la mediación concreta de captadores profesionales. Una forma en que los captadores realizaban sus transacciones consistía en un circuito donde la fuerza de trabajo aparecía como una “extraña mercadería” pasible de ser comprada a precios mucho más bajos y sometida, en la circulación y venta, a una subordinación tan extrema que hacía a trabajadores “libres” comparables con esclavos. Notemos que los fragmentos de noticias de diarios que reproducimos a continuación se refieren a las conexiones entre captadores y hacendados, tanto en el momento inicial del tráfico, como en eventuales paradas en el trayecto, antes de la llegada al territorio de la construcción:

El tráfico ya se convirtió en un comercio común en las ciudades vecinas a Brasilia, tales como Luziânia, Cristalina, Posto Fiscal, Alexânia, etc. Contratistas, hacendados o incluso familias, cuando quieren comprar nordestinos, se dirigen a los camiones procedentes del Nordeste y hacen la transacción. Los precios varían de Cr\$ 500 a Cr\$ 2.000, de acuerdo con el estado físico de cada uno. Los pocos alfabetizados cuestan más. En el acto de venta, el chofer entrega al comprador

los documentos de la extraña mercadería (permiso profesional, partida de nacimiento, etc.) y los nordestinos pasan a ser esclavos de sus compradores. Cuando reclaman salarios a sus dueños, éstos dicen haber pagado el pasaje al chofer que los trajo y que tendrán que trabajar para amortizar la deuda que no se salda nunca (fragmento del artículo “Bahiano vende y cambia esclavos en Brasília” de *A Tribuna da Imprensa*, Río de Janeiro, 5 de febrero de 1960, en la Colección NOVACAP).

El *Correio da Manhã*, de Río de Janeiro, en la misma fecha hacía la misma denuncia con más detalles y bajo el siguiente título: “Cuadrilla negocia retirantes nordestinos en la futura Capital” (en Colección NOVACAP). Más tarde, el semanario *Liga* en su sección “Brasil por dentro”, número del 21 de agosto de 1963, en un artículo titulado “Candangos”, definía el término de la siguiente manera:

Vocablo que se volvió más vulgar a partir de la construcción de Brasília, pues en esa fase de la nueva capital la anatomía del comercio de esclavos se presentó al desnudo (...). La carencia de brazos en el Centro-Oeste se volvió más aguda con la construcción de Brasília (...). El impacto infraestructural sería violento, trayendo como consecuencia inmediata, evidentemente, el impacto poblacional en el área vecina al nuevo Distrito Federal (...). Surgía así de manera clara -no ya clandestina- el comercio de esclavos. No solamente camiones, sino también modernos ómnibus Mercedes Benz de asientos acolchados y reclinables, se dirigieron al Nordeste, donde los agentes, anticipadamente, captaban a los pobres campesinos. Deshaciéndose en propósitos “humanitarios”, los dueños de las tierras, los “coroneles”, se apuraban en “financiar” los seis u ocho mil cruzeiros del pasaje de quien quisiera ir a “probar suerte” a Brasília. Para el campesino cargado de deudas, la oferta “generosa” del latifundista era una bendición o una orden accionada en el encargo financiero que después le pesaría. Y, llevando una vianda, subía al ómnibus dejando a la esposa con el hato de hijos hambrientos como garantía de la nueva deuda que tendrá que pagar, en partes, a medida que el nuevo patrón fuera descontando en hojas de pago los pagarés que el infeliz emitiera al latifundista. El señor feudal realiza ahí un negocio altamente renta-

ble. Recibe de veinte a treinta mil cruzeiros por persona físicamente apta para trabajo de fuerza, de cualquier naturaleza, sin excluir a los menores. Y no satisfecho con el lucro del negocio, el “coronel”, además extorsiona con el precio del pasaje al “candango”. Este, en su miseria e ignorancia secular, en nombre de Dios, incluso agradece al “coronel” por haberle facilitado el viaje y al empleador de Brasilia por haberle reservado un empleo (Julião, 1969: 381-382).

Ya contamos con una visión suficientemente amplia de las formas de reclutamiento y selección. Los tipos de coacción objetivos que estas implicaban derivaron en las cualidades específicas de la formación y composición de la población del territorio de la construcción en Brasilia. Destaquemos algunos aspectos centrales provistos por el Censo Experimental de 1959. En una población en total de 64.314 habitantes, aproximadamente 90% eran inmigrantes. El número de personas económicamente activas (35.201), mayor que el de las económicamente no activas, según el Censo, constituyó “un fenómeno peculiar a las condiciones de Brasilia en esta fase de su desarrollo” (IBGE, 1959: 54). De este contingente, 19.149 personas estaban ocupadas directamente en la construcción civil. Aquí cabe citar un fragmento del texto del Censo:

Como era de esperar, los datos del censo afirmaron la importancia de la industria de la construcción en la economía territorial, mostrando que más de la mitad (54,5 %) de las personas económicamente activas trabaja en esa actividad. En realidad, la construcción civil ocupaba el mayor contingente de mano de obra, teniendo en cuenta que las personas empleadas en la NOVACAP -en su gran mayoría, ligadas a la actividad- fueron registradas en el grupo “Otras actividades”. La contribución de servidores de la NOVACAP en la constitución de ese grupo residual alcanzaba más del 80 %. Dada la finalidad primordial de la Compañía Urbanizadora, sería también aceptable incluirlos en la industria de la construcción, que de esa manera alcanzaría una cantidad equivalente a dos terceras partes de la mano de obra del territorio (IBGE, 1959: 58).

Entre estas 19.149 personas clasificadas como directamente ocupadas en la construcción civil, encontramos un grupo de 8.084 de profesionales típicos (albañiles, 2.274; armadores, 1.042; carpinteros, 3.253; electricistas, 451; plomeros, 427; operadores de máquinas, 314; pintores, 220; soldadores y herreros, 103), correspondiente al 42,2 % de esta población trabajadora. La mayor contribución individual para la formación del conjunto era, evidentemente, la de ayudantes de albañiles, en una proporción de 36,9 %, equivalente a 7.066 operarios. Sumados los profesionales a los peones, encontramos un porcentaje de 79,1 % de estos trabajadores dentro de la población total empleada en la construcción civil. Los controladores de la producción típicos (apuntadores y capataces, 381; ingenieros, 105; inspectores y fiscales, 23; maestros, 216) completaban apenas el 3,7 % del total. El resto de la población estaba compuesta por categorías residuales que podían ser clasificadas como profesionales o peones, o estaban ligados a sectores específicos de los campamentos de entonces (como mozos, amas y reposteros, panaderos, etc.) (IBGE 1959: 95).

El hecho de que en el cómputo general el conjunto de profesionales sea numéricamente superior al de los peones, tiene implicaciones para la comprensión de la situación de la población trabajadora. En realidad, el aprendizaje de una profesión se hace internamente a la propia actividad productiva que, en escala industrial, es típicamente urbana. De este modo, pese al hecho de que varios pudieron haber pasado a la categoría de profesionales luego de su inserción en la actividad productiva en Brasilia, es razonable pensar que en la composición de la población trabajadora empleada en la construcción había un predominio de individuos con alguna experiencia urbana anterior. De hecho, al presentar los datos relativos a la procedencia de la población total del territorio de la construcción, luego de varias salvedades para resguardar la calidad afirmativa (como cuestionar la concepción de “urbano” que podría incidir en las respuestas), el Censo nos muestra que: “la gran mayoría de las personas emigradas a Brasilia provenía de áreas urbanas. La proporción entre las personas procedentes de ciudades o pueblos y las del medio rural era de 4

a 1, sin contar la cantidad residual (1,8 % del total) correspondiente a las que nada declaran al respecto” (IBGE, 1959: 49). Es evidente que en la composición total de la población de 64.314 habitantes (considerando también los económicamente no activos) hay que computar el peso relativo de la contribución de otros ramos de actividades extra-construcción civil, que podrían implicar un número considerable de individuos con experiencia urbana anterior. Ejemplifiquemos: en la clasificación del censo de “industrias de transformación” estaban ocupadas 1.770 personas; en “comercio de mercaderías” 1.634; en “prestación de servicios” 3.579; en “transportes, comunicaciones y logística” 785; en “actividades sociales” (básicamente profesores y actividades administrativas relacionadas), 482; en “profesiones liberales”, 113; en “servicios administrativos gubernamentales” 198; en “defensa nacional y seguridad pública”, 342 (ídem: 94-95). De cualquier forma, es clara la experiencia urbana previa que tuvo una razonable cantidad de trabajadores de la construcción civil presente en el territorio.

Vistos estos aspectos centrales de las características de la población en el territorio de la construcción, paso ahora a enfatizar dos que son reflejo directo de la eficacia de las formas de control, llevadas a cabo vía reclutamiento y selección, en la formación de esta población.

La ausencia relativa de familias y mujeres

La construcción civil es un ramo de la producción que utiliza casi en forma absoluta fuerza de trabajo masculina. En los grandes proyectos, las formas de reclutamiento acaban por crear una situación de desproporción entre el número de habitantes presentes con familias y aquellos sin familia. Hay una ausencia relativa de familias en el territorio (IBGE, 1959: capítulo 10). Como es de suponer, esta situación se traduce en una desproporción entre el número de hombres y el de mujeres (IBGE, 1959, capítulo 2). En las grandes obras, entonces, se

rompe con la proporción entre la cantidad de familias y la cantidad de personas de sexo opuesto a que estaban sujetos los individuos en sus experiencias anteriores. Tal ruptura provoca una serie de particularidades de la vida social del área.

Como ya sabemos, las formas de reclutamiento y selección estructuran los contornos básicos que definen el tipo de trabajadores que se requiere: hombres jóvenes, fuertes, solteros, o que hayan dejado a sus familias en los lugares de origen. La combinación de estos factores, en especial de los dos últimos, configura una situación donde la ausencia de mujeres se vuelve una fuente de conflictos determinados básicamente por las dificultades para mantener relaciones con el sexo opuesto -noviazgos, casamientos, relaciones sexuales- y para obtener las prestaciones de servicios desempeñados por las mujeres en el ámbito de una división sexual del trabajo, especialmente para el operario casado que dejó a su familia en el lugar de origen. De este modo, una esfera importante para la reproducción de la vida social y para la reproducción de la fuerza de trabajo -la esfera doméstica- se encuentra reprimida o prácticamente inexistente. El encadenamiento entre la ausencia relativa de familias y la ausencia relativa de mujeres son caras del mismo problema y aquí son presentadas separadamente, sólo a los efectos de la exposición.

Los casados la pasaban bien. Los que tuvieron buena vida acá fueron los casados porque tenían su casa (mantenimiento de máquinas)

La ausencia relativa de familias en el territorio de la construcción de Brasilia surgió desde el comienzo de los trabajos y atravesó todo el período estudiado. En los momentos iniciales de la obra esta ausencia se debía al hecho de ser prácticamente imposible pretender venir al área acompañado de la familia, ante la casi completa inexistencia de alojamiento y servicios urbanos que atendieran a una población que no fuera básicamente adulta, masculina y, principalmente, que no estuviera directamente vinculada a los trabajos. Recordemos que primero llegaron operarios e ingenieros que acampaban en carpas

de lona y comían a la intemperie con la tarea de construir las primeras casillas, tanto para las oficinas de la NOVACAP como para los depósitos de material de la construcción, residencias, además de efectuar otras tareas como comenzar a construir un sistema vial, el aeropuerto, reservorios de agua e instalar generadores de energía. Después de estos momentos iniciales, entraron en escena formas de contener el flujo de trabajadores con familias. Este control se expresó tanto por medio de las formas de reclutamiento y selección, como por la escasez (deliberada o no) de viviendas para familias. De esta manera, pasó a existir en el territorio de la construcción una situación que para gran parte de la población trabajadora podría ser definida como de no-familia.

La importancia de la familia para el trabajador ha sido blanco de abordajes diferentes. Pero es incuestionable el carácter complementario y estratégico del trabajo doméstico para el mantenimiento de la familia trabajadora como un todo. Según Eunice Durham:

La familia puede ser definida como unidad social donde se realiza la reproducción del trabajador. Decir unidad de reproducción implica decir unidad de consumo -no el llamado consumo productivo, pero sí el consumo propiamente dicho, aquel a través del cual el trabajador repone la energía consumida por el capital y en el cual la mercadería se realiza como valor de uso. La familia asegura el consumo de dos formas distintas: por un lado, colocando en el mercado de trabajo a algunos de sus miembros, que venden su fuerza de trabajo a cambio de salario con el cual compran mercaderías. Como es común en las familias proletarias, en la medida en que las necesidades de consumo no pueden ser satisfechas sólo con el salario del jefe de la familia, sino que exigen también el empleo de la esposa o de los hijos, la familia se organiza como unidad de rendimiento, es decir, como un grupo en el cual la formación de un fondo colectivo a través de la suma de salarios individuales permite asegurar un determinado patrón de consumo. Por otro lado, el consumo es asegurado a través de una actividad productiva auxiliar que se da fuera de los moldes de la producción capitalista y que consiste, esencialmente, en preparar,

modificar, preservar y arreglar mercaderías adquiridas en el mercado, de modo de adecuarlas a la satisfacción de necesidades definidas socialmente. Cocinar, lavar, planchar, coser, cuidar chicos son actividades que no producen mercaderías pero permiten su utilización en tanto valores de uso y son indispensables, a corto y largo plazo, para la reposición de la fuerza de trabajo consumida en el proceso productivo (...). La familia se estructura a partir de la articulación entre la producción doméstica de valores de uso y la venta de la fuerza de trabajo (Durham, 1980: 5-6). Véase también Fausto Neto (1977), Leite Lopes (1976, 1979), Leite Lopes y Machado da Silva (1979).

Por lo tanto, es preciso entender la situación de *no-familia* en la perspectiva de los trabajadores empleados en la construcción de Brasilia. La diferenciación más común, solteros/casados, es imposible de ser mantenida aquí, ya que existía un gran número de trabajadores casados, que no eran solteros pero se encontraban sin sus familias. Estar con o sin familia se vuelve una polaridad básica. Es lo que define estrategias variadas para la obtención de viviendas; la remesa del salario o de una parte del mismo, efectuada por el operario hacia fuera del territorio de la construcción, o su uso en la reproducción del grupo doméstico dentro del territorio; el acceso a servicios femeninos en el interior del grupo doméstico; la función de otros miembros del grupo doméstico como fuente complementaria del presupuesto; la frecuencia o no de las relaciones sexuales con prostitutas, con implicaciones tanto en el salario del trabajador como en su salud (enfermedades venéreas). De esta polaridad básica surgían tres grandes líneas de experiencia distintas, conforme a la situación familiar en que se encontraban los individuos: la del *trabajador* soltero; la del *trabajador casado sin familia*, cuya familia permanecía en su lugar de origen; la del *trabajador casado con familia*. Veamos algunos componentes constitutivos de estas experiencias. Los trabajadores solteros, el contingente que en términos de situación familiar sufría relativamente menos limitaciones en su afluencia al territorio, tenían como residencias básicamente aquellas provistas por las compañías en los campamentos (IBGE, 1959: 14). Existieron soluciones residuales,

como alquilar un cuarto en la Ciudad Libre (lo que pesaba sobre el salario del trabajador) o, cuando era posible, agregarse a algún grupo doméstico con el cual la persona mantuviera relaciones de parentesco o de amistad definidas anteriormente, en su lugar de origen. Esta última opción se vinculaba a la forma de reclutamiento por la cual había pasado el operario. Si su acceso al área había sido mediado por sus redes sociales originarias, el individuo podía contar con algún apoyo en el lugar. Pero la gran mayoría se encontraba aislada espacialmente de las redes sociales de donde provenía. Estos trabajadores, conjuntamente con los casados que se encontraban sin familia, constituían el contingente “ideal” para emplearse en la construcción del gran proyecto. Recordemos que en diversos momentos la “liberación” familiar fue explícitamente un requisito para acceder al mercado de trabajo de la obra en Brasilia.

Antes de detenernos sobre los trabajadores casados sin familia, hay que explicar que para los *trabajadores casados sin familia* y para los *casados con familia*, la familia podía transformarse en un problema más que tenían que resolver. Traerla o mantenerla en el territorio de la construcción implicaba problemas no siempre fáciles de solucionar. Para aquellos que, siendo casados, se encontraban sin sus familias y pretendían traerlas a la región, la cuestión era resolver el acceso a las escasas viviendas. Para aquellos casados y con sus familias en el territorio, la cuestión era velar por la seguridad de los miembros femeninos (indiferentemente si residían en campamentos o no) que, como veremos más adelante, dada la gran cantidad relativa de hombres, podían hasta ser agredidas físicamente en las calles.

Dirijamos el foco a los trabajadores casados sin familia. La contribución de este contingente podría ser sentida tanto en la formación del segmento de peones (en número relativamente menor que los solteros, supongo), como más marcadamente en la composición del segmento de profesionales, por ser individuos de más edad con más experiencia dentro de la construcción civil, lo que al principio les posibilitaría una calificación mayor. Este trabajador compartía varias características propias de la situación del soltero, como por

ejemplo la residencia en alojamientos colectivos, la ausencia de la esfera doméstica y el envío hacia fuera del territorio de la construcción de parte sustancial de su salario. No obstante, por ser jefe de una familia nuclear, tenía expectativas distintas en cuanto a su experiencia en el territorio de la construcción. Sus cálculos individuales eventualmente podían incluir la transferencia de su familia al área. El testimonio de un albañil trae varios elementos pertinentes a sus expectativas relativas a la transferencia de su familia a Brasilia.

Nunca llevé a mi familia allá (entrevista realizada en Anápolis, Goiás), porque nunca me pareció que había ambiente. En principio, era un lugar difícil para que uno tuviera familia. No había condiciones para hacer una casilla. Después que empezaron las invasiones, para construir una casilla tenías que tener materiales, tenías que tener madera, o no sé qué otras cosas. Porque para el casado es así, si no conseguía un alojamiento en la compañía, como había allá, alojamiento para casados de la compañía, tenía que entrar con una invasión de esas. Y para entrar con una invasión tenía que tener el material para construir todo. Entonces el que se arriesgó más y tuvo coraje, llevó a la familia, y vivía de cualquier manera.

-¿Pero era más fácil llegar allá sin familia?

-Era mejor llegar sin familia. Era mejor llegar sin familia. Porque si hubiese llegado allá con mi familia, ¿dónde me iba a quedar? No tenía lugar para quedarme, ni había buenas condiciones. Incluso los que llevaron a la familia, primero iba él y trabajaba un tiempo, después es que llevaba a la familia. Pero para llegar ahí con la familia no había condiciones. Llegar con mujer e hijo y encima conseguir empleo. El tipo llegaba a fin de mes. Entonces aguantar un mes sin cobrar, él comía solo en el comedor. Pero con la familia no tenía dónde vivir y no tenía dónde comer (albañil).

La situación del trabajador casado con familia residiendo en campamentos de constructoras era menos problemática en el sentido de que la permanencia del grupo doméstico en el territorio de la construcción estaba, al menos en lo inmediato, asegurada. Pero sólo a

partir de la condición de profesional el trabajador tenía acceso a residencias no colectivas para él y su familia. Así y todo, el número de profesionales que tenía la posibilidad de recibir casas era pequeño en comparación con el de los controladores de la producción que tenían acceso a este bien tan escaso en el área (véase el capítulo siguiente sobre el campamento). Son estos trabajadores, en la posición donde la experiencia se combinaba con mayor calificación, quienes tenían más estabilidad en su situación familiar en el territorio de la construcción.

Como es evidente, muchos operarios estaban fuera de esta caracterización. Para ellos restaba básicamente someterse a los altos alquileres de la Ciudad Libre, del Núcleo Bandeirante, iniciar una ocupación de nuevas áreas o incorporarse a una ya existente. El trabajador casado con familia residiendo en la Ciudad Libre o en “invasiones” podía ser un trabajador que se dirigió a la obra inicialmente solo, pero con planes de traer a su familia, y que por algún medio consiguió un área para construir su casilla, o un trabajador que ya llegó acompañado por su familia. Este tipo de circunstancia se hizo más frecuente con la sequía de 1958, que expulsaba familias del nordeste del país. Es en realidad a partir de este momento que el problema de la vivienda en el futuro Distrito Federal alcanza puntos dramáticos. La creación de la primera Ciudad Satélite del Distrito Federal, Taguatinga, en junio de 1958, es una expresión de esa coyuntura (ver capítulo 4).

Este tipo de inmigrantes fue el que encontró las mayores dificultades para establecerse. Era común tener que acampar con la familia en el monte, protegidos apenas por precarias estructuras de cartón o de bolsas de cemento y, como mucho, lona. Esas familias tuvieron experiencias variadas de realización de “invasiones” en el área periférica de la construcción de la ciudad, sobre todo en las proximidades de la Ciudad Libre, hasta que como una tentativa más de *solucionar* el problema de la vivienda, las autoridades locales permitieron, e inclusive incentivaron, su concentración en la denominada Vila Amauri, localizada en el área que iría a desaparecer con el llenado del lago artificial de Brasilia, el Lago de Paranoá.

Uno de los puntos principales del problema familiar de los trabajadores pasaba por la perspectiva de poder asegurar una residencia para su grupo doméstico. Traer a la familia para el territorio de la construcción era un problema a ser resuelto, pero no configuró una desvalorización de la familia a los ojos del trabajador. Por el contrario, en esta situación de no-familia, los trabajadores que estaban con las suyas eran considerados privilegiados. Al contrastar la experiencia de los solteros con la de los casados esto aparece claramente:

Yo sentí que la vida de soltero aquí en aquella época sería mucho mejor pero muy difícil. El tipo soltero no tenía con qué divertirse. Estaba todo demasiado lleno, multitudinario. Entonces creo que para el tipo casado era más interesante. El tipo casado tenía su casa para comer, para dormir. Hogar feliz. En cambio, el soltero tenía que enfrentar el comedor, ese horario, la comida. A veces faltaban lavanderas y uno tenía que lavarse la ropa (operador de máquinas).

Las declaraciones de este operario apuntan a varios significados de la ausencia de la esfera doméstica. No poder contar con un “hogar feliz” implica no poseer un espacio donde el individuo no esté inmediatamente subordinado a la esfera de la producción, a los controladores de su producción. Esta cuestión es central para entender mejor el porqué de la represión a la familia en un gran proyecto, donde se subordina a los trabajadores a un intenso ritmo de trabajo. Los administradores de la obra intentan ajustar las características de la fuerza de trabajo a las necesidades de la producción, a través de mecanismos diversos que van desde las formas de vivienda en alojamientos colectivos, la represión hacia los trabajadores perpetrada por una policía violenta, la preferencia por trabajadores sin familia y otros mecanismos. La familia establece un universo cotidiano para el individuo en el cual puede desligarse del poder inmediato del control sobre su vida ejercido por el patrón o sus intermediarios. Por ello, no es apropiada para una forma de producción que requiere de una subordinación casi total del trabajador.

Este fragmento de la entrevista apunta también al hecho de que, desde el punto de vista individual, estar sin familia implicaba la pérdida de una serie de servicios desempeñados por los miembros femeninos dentro del grupo doméstico, para los cuales el trabajador no fue socialmente entrenado, o se trataba, en su perspectiva, de trabajos, hablando groseramente, socialmente destinados a las mujeres, como cocinar y lavar la ropa. Además, con la ausencia de la familia deja de existir la posibilidad de producir en tanto unidad que desempeña actividades y estrategias económicas para su propia reproducción como un todo. Hay que considerar también toda una dimensión afectiva que envuelve a las relaciones de parentesco. La familia es una institución ambivalente. Es tanto fuente de placer como de conflicto y castigo. No obstante, si la comparamos con la situación de alojamientos colectivos masculinos, sometidos a reglas que les quitan a los individuos la posibilidad de ser sujetos de parte de su cotidianidad extra a la actividad productiva, aparece más claramente la dimensión de afectividad que envuelve a las relaciones de parentesco, así como a la familia como centro de actividades de ocio. De esta forma, no poder contar con este idealizado “hogar feliz”, además de quitar a los individuos una considerable porción de sus relaciones sociales cotidianas, acaba por subordinarlos casi completamente a los intereses y controles de la esfera de la producción⁴.

⁴ Parte del razonamiento anterior se inspira en el ya mencionado trabajo de Eunice Durham, que también presenta a la familia como un núcleo de actividades colectivas en oposición a la individualidad de las actividades laborales: “Centro de vida colectiva y de ‘libertad’, grupo en el cual las necesidades individuales son satisfechas (aunque precariamente), la familia es, por lo tanto, no sólo núcleo de tensiones y conflictos (pese a que también lo sea), sino asimismo institución dentro de la cual las personas obtienen placer: alimentación, sexo y diversión. Si, desde la óptica de la producción, la familia constituye el núcleo de reproducción de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, condición de la producción; para el trabajador, por el contrario, ella es el fin para el cual el trabajo es un medio” (op. cit.: 11). Para la autora, la familia es todavía una “institución privada por excelencia, es decir, donde las personas están más resguardadas de la injerencia directa del Estado y donde encuentran un pequeño espacio de maniobra ante las presiones del sistema económico”, y “el lugar donde se concentran informaciones sobre la sociedad y donde se elabora una interpretación de esas informaciones” (ídem: 13-14). Agrega, más adelante, que “aunque sea obvio que la familia es

De hecho, la situación de *no-familia* tenía efectos directos en la explotación a la que era sometido el operario, principalmente en lo relativo a la subordinación más intensa a que era propenso el trabajador sin familia, con implicaciones como mayor disponibilidad para su empleo en jornadas de trabajo extensas:

Las peores horas de trabajo eran de las diez a las seis de la mañana porque con lluvia o sin lluvia había que tener las máquinas para dárselas a los operadores a las siete y media, ocho de la mañana. Ellos paraban a las diez de la noche. En cambio, la gente de mantenimiento de máquinas no tenía horario, era de corrido. El carpintero era de corrido también. Los que eran casados se iban todos a dormir. A las diez, se iban todos a dormir. En cambio, los solteros se quedaban debajo de la lluvia. Los casados la pasaban bien acá. Los que tuvieron buena vida acá fueron los casados porque tenían sus casas (mantenimiento de máquinas).

Pese a que el operario sin familia estaba sujeto a una subordinación mayor (lo que aparecerá más claramente con el conocimiento de los campamentos en el próximo capítulo), ciertas declaraciones de trabajadores que explican los privilegios de algunos operarios por el hecho de tener familia necesitan ser relativizadas. La situación familiar se cruza con la lógica interna del ramo de la construcción civil en el sentido de que los peones son nuevos trabajadores que ingresan al sector (pudiendo suponerse, *grosso modo*, una coincidencia entre la juventud del operario y su condición de peón) y en sus trayectorias individuales de envejecimiento social van subiendo en la jerarquía interna a través del aprendizaje de *profesiones* dentro de las obras. Este paralelismo entre el *crecimiento* interno a la actividad productiva y el *envejecimiento* social del individuo en todas las esferas de su vida (constitución de un grupo doméstico y todo lo que esto implica, por ejemplo) puede llevar

una institución inadecuada para la elaboración de una visión interpretativa de la sociedad, en el caso brasileiro, donde la industrialización es aún reciente y la movilidad laboral muy grande, la convivencia familiar reúne personas de experiencia laboral bastante diversa. De este modo, permite el intercambio de experiencias diferentes y amplía el ámbito de conocimiento sobre la sociedad" (ibidem: 15).

a confusiones de interpretación entre algunos operarios, en el sentido de que pueden vincular el relativo bienestar de una persona de más edad, ya en la condición de profesional, encargado de un grupo, o maestro de obra, con el hecho de tener familia, y no con el hecho de estar en una posición de jerarquía de la construcción civil que le da mayor poder de negociación con la administración de las constructoras, poder definido en la esfera de la producción.

No es casualidad que este análisis sobre la cuestión familiar privilegie las vinculaciones con el problema de la vivienda. El hilo conductor del sostenimiento de esta situación familiar de los trabajadores parece ser un diálogo entre la perspectiva de los operarios y la de los interesados en la producción de la gran obra, como NOVACAP y compañías particulares, que oscila entre dos temas básicos: el problema de la vivienda para las familias proletarias y su implicación lógica que es el establecimiento de ese contingente en el territorio de la construcción (con sus consecuencias, como por ejemplo el aumento del volumen de los servicios urbanos, la creación y oferta variada de empleos, etc.). Sin embargo, el telón de fondo de todo esto es la transitoriedad implícita en la producción de un gran proyecto, que siempre posee su momento de cierre, generalmente marcado por la inauguración. Ahí, entonces, la gran cantidad de empleos existentes deja de existir en las proporciones en que *repentinamente* surgió. Estos trabajadores, ahora excedentes, no encuentran más empleos en el territorio de la construcción. Parte de ellos vuelve a su lugar de origen, parte se dirige a otros grandes proyectos en ejecución, mientras otros se encaminan en busca de distintos mercados de trabajo que los absorban. De todas maneras, un segmento permanece en el área, constituyendo un *problema* social, que comprende un número considerable de desempleados presionando por empleos o, en el caso concreto de Brasilia, invadiendo áreas rurales periféricas (ver, por ejemplo, en el semanario Liga, del 23 de enero de 1963, página 6, el artículo “Invasores de tierras públicas de Taguatinga enfrentan al INIC en la justicia y lo enfrentarán con la violencia”, en Julião, 1969). El desinterés por la sedentarización de la masa de trabajadores que

participa de un gran proyecto, característica de esta forma de producción, se expresa y se lleva a cabo a través de las restricciones a la presencia de familias, pues estas son un factor de sedentarización en tanto actúan como unidades de reproducción de la fuerza de trabajo y de la vida social.

Pero en el comienzo no había mujeres. Eran sólo hombres. Sólo había hombres (carpintero)

Un resultado inmediato de este tipo de situación familiar fue la ausencia relativa de mujeres que marcó todo el período de la construcción en Brasilia. Una ausencia narrada jocosamente por los operarios que, con frecuencia, parecían rememorar algunos momentos que se reservaban, pero cuyos rasgos más generales podían ser confiados, ya que teníamos las mismas identidades de género. Comencemos registrando lo que nos informó la mujer de un carpintero, residente en la Ciudad Libre, para después ceder la palabra a un peón:

En el 57 fue que comenzó a venir mucha gente. En el 57 no se podía ni salir a la calle (se ríe) (-¿Por qué?) Ah, los hombres nos agarraban (se ríe) Sí. En esa época había unas tres mujeres acá en Brasilia, viste. Entonces nos juntábamos las tres mujeres y nos íbamos de noche ahí a la orilla del arroyo, de noche, a lavar ropa, pero los hombres se tenían que quedar ahí cerca porque... (se ríe), nos atacaban, viste. A veces yo salía ahí a la puerta de calle, había un restaurante, era justo en la esquina, salía así a la puerta para mirar, para tomar un poco de aire. Ahí los hombres venían y me agarraban del brazo y me tironeaban por la calle (se ríe). Ahí una gritaba y los hombres salían corriendo para socorrernos, te voy a contar una cosa (se ríe). Un lugar terrible.

Sólo peones. Acá solamente vivían peones. Cuando venía una mujer acá (al campamento) todo el mundo... Era la gritería más grande del mundo, un escándalo, gritos, silbidos, eso y de lo otro. Las mujeres no querían venir para acá. Las familias no querían venir para acá. No había mujeres, no había nada. No había nada de mujeres. Venían unas negras viejas de allá de Luziânia, de Formosa (ciudades goianas próximas) a aquel 28 (rótulo operario para el anexo del Congreso

Nacional), a aquel ministerio que se estaba haciendo. Y hacían fila. Agarraban de la mano a uno, uno encima y otro esperando. Era en el monte, porque aquello era todo monte.

En general, en toda sociedad existe cierta relación entre el número de individuos de cada sexo. La alteración de estas proporciones tiene implicaciones específicas para una serie de relaciones sociales. Es conocida la contribución presente en la literatura antropológica, generalmente a través del estudio de sistemas de parentesco, en lo relativo a las relaciones cualitativas y cuantitativas entre los hombres y las mujeres de sociedades indígenas y otras. Roque de Barros Laraia (1963) presenta el caso de una despoblación causada por una gripe que alcanzó básicamente a los miembros femeninos de la sociedad Suruí. Según Laraia, “por este motivo la sociedad indígena intentó crear un mecanismo capaz de satisfacer a los hombres solteros y viudos, evitando que se repitan graves conflictos ocurridos en el pasado” (op. cit.: 72).

En algunas áreas de la construcción de Brasilia, la proporción de mujeres solteras era de 17 por cada 100 hombres solteros (IBGE, 1959: 13 y ss.). Estos, en gran parte, se encontraban residiendo en alojamientos colectivos y sometidos a largas jornadas y a una dura disciplina. Lo que podría llamarse “el problema femenino” se volvió obviamente fuente de conflicto, interna y externamente a los trabajadores. Millares de individuos se encontraron con una situación anormal en términos de la proporción entre hombres y mujeres con respecto a sus experiencias sociales anteriores. De cara a ello, surgió una gran y concurrida zona de prostitución en la Ciudad Libre que por fuerza de su propia dinámica interna fue palco de varias peleas. Bajo el efecto del alcohol, los operarios competían disputándose a las prostitutas atraídas por aquel gran mercado:

Acá, en el final de la Avenida Central había una zona de prostitución. A pesar de que era un mal, era un mal necesario. Porque una gran cantidad de operarios, y ciertos operarios especializados que trabajaban en las compañías, no trajeron a sus familias. La gran mayoría de operarios eran hombres solos. Por eso había necesidad. Ahí, a veces,

se daban confusiones porque mujeres, juego, cachaça, siempre había alguna confusión (comerciante de la Ciudad Libre).

Entonces venían esas mujeres de Anápolis, Goiânia. Llegaban y hacían allá en la Ciudad Libre un... sólo de esas mujeres. Pero esas mujeres eran inteligentes, porque nunca vi ninguna que se la llevaran presa. De Paraíba, de Bahía, de Pernambuco. Iba allá sólo los días domingos, del sábado para el domingo cuando estaba de franco. Y allá me robaban, o gastaba todo el dinero en bebida, y volvía el lunes para trabajar (peón).

Pero la ausencia relativa de mujeres no se expresó solamente con la existencia de esa gran zona de prostitución que era controlada con rigor por la policía de la NOVACAP. Fue también parcialmente fuente de legitimación de la violencia policial cuyo objetivo era controlar una situación donde millares de hombres adultos estaban prácticamente impedidos de tener relaciones como noviazgos y relaciones sexuales con mujeres que no fueran prostitutas. Este hecho llevaba a la población trabajadora masculina de la “licenciosa Brasilia” a presionar al límite a la población femenina, que se veía, por consiguiente, impedida de realizar una serie de actividades que en otros contextos sociales podría desempeñar, dado que hasta salir a la calle podía representar un peligro. Un diario carioca llegó a publicar el siguiente artículo con el titular: “Falta de respeto a las señoras” y “Una ciudad licenciosa”.

Hace poco, hubo un caso de un candango que se dirigió a una joven que pasaba, hija de un comerciante. Un guardia de la NOVACAP lo oyó, lo arrestó al candango y le dio una paliza tremenda, fue directo al hospital a que lo curen. La verdad es que Brasilia es una ciudad licenciosa, inmoral (*O Globo*, Río de Janeiro, 16 de junio de 1958, en la Colección NOVACAP).

La ausencia relativa de mujeres se reflejaba también en la falta de prestación de los servicios domésticos por ellas desempeñados. Los operarios, sobre todo aquellos que eran casados y se encontraban sin sus familias, se contrariaban por no poder contar, por ejemplo, con

el lavado de la ropa, lo que los obligaba a gastar parte del poco tiempo libre o del salario en esta actividad. Si consideramos que era común que no hubiera uniforme de trabajo, quedando ese gasto bajo la responsabilidad del propio operario, y también que el material con el cual se trabajaba (cemento, arena, tablas con vigas y clavos expuestos, etc.), así como las condiciones naturales de trabajo (sol, lluvia) destruían o exponían la vestimenta a un desgaste rápido, podremos evaluar mejor lo que significaba para un operario no contar con los servicios de conservación y mantenimiento de su ropa. Algunos reclamaban incluso por tener que atenerse, al estar solos, a la comida de pésima calidad producida en los grandes comedores. Finalmente, un carpintero que en la época de su relato buscaba salir de la condición de operario para pasar a la de comerciante, deja ver que la ausencia de actividades y saberes femeninos tenía implicaciones mayores que las limitadas a la intimidad de la casa:

Aquí en Brasilia era muy difícil trabajar, había demasiada gente, no encontrabas ninguna persona que te ayudara, una mujer, por ejemplo. Porque las mujeres ahí eran contadas. El que tenía una mujer ahí era un rey. Mujeres había: la mía, la mujer de Pereira, la del viejo de Guará, que llegó en esa época, Doña Teca, y... eran pocas. Y cada una se ocupaba de lo suyo. Entonces, mirá, yo empecé a comprar capados en Luziânia para venderle al SAPS (restaurante colectivo) de la NOVACAP... Yo mataba tres, cuatro, de ciento cincuenta, ciento ochenta kilos. Yo buscaba a alguien que quisiera quedarse con las achuras, para limpiar todo, para quedarse con las achuras, y no encontraba. Las tiraba. Mire. (-¿Por qué?) Porque nadie... no había mujeres. No había nadie que hiciera eso. La mujer que había ahí era una lavandera. Ves, la panza de un chancho de ciento ochenta kilos da media lata de grasa, viste, y todavía quedan las achuras para comerlas. Yo lo junta y lo tiraba. ¿Entendés?

Para aprehender el perfil general de los trabajadores en el territorio de la construcción hay que proseguir exponiendo otras distinciones básicas.

Algunas diferenciaciones internas entre los trabajadores

La más fundamental de las distinciones que conducía a experiencias diferenciadas en la construcción de Brasilia provenía de la jerarquía interna del ramo de la construcción civil, definida por una oposición básica: peones y profesionales. Como se sabe, es en la categoría peón que el nuevo trabajador va aprendiendo, en tareas auxiliares, los *mé-tiers* que le permiten hacer carrera:

Una buena articulación entre los peones y el profesional es una manera de intentar una 'carrera'. La vía informal para obtener el 'arte', acentúa el papel de la obra como una 'escuela profesional' de la construcción (Bicalho, 1978: 74).

El 'aprendizaje' de un semi-oficial lleva, en promedio, dos años, período correspondiente a la duración de una obra. En determinados casos, puede llevar menos tiempo. La valoración del trabajo como 'oficio' surge en el propio proceso de aprendizaje, ya que cuanto más rápido y mejor él aprenda, mayores oportunidades tendrá de salir de aquella obra como 'oficial' (Coutinho, 1975: 57).

En Brasilia, la demanda repentina de un gran número de profesionales hizo que la característica de "escuela profesional", típica de la actividad productiva en sí, adquiriera una dimensión mucho mayor. La escasez de trabajadores especializados llevaba a las compañías a estimular a sus profesionales a entrenar peones que individualmente demostraran estar inmediatamente más aptos para convertirse en albañiles, carpinteros, electricistas. De esta forma, muchos operarios aprendieron sus profesiones en la construcción de la ciudad que, en ese momento, significó un ascenso social para buena parte de ellos:

-Se formó a muchos profesionales en Brasilia.

-¿Cómo es que se formaban los profesionales?

-Vos tomabas a aquellos peones, aquellos ayudantes más inteligentes, los de más tiempo ahí, gente que ya estaba hacía cuatro o cinco meses trabajando. Ahí en la obra donde yo estaba trabajando un día

faltaron albañiles. Llegó una compañía que se instaló nueva allá y pagando un salario mejor. Salieron muchos albañiles de allá y vinieron para acá. Entonces, el maestro de obras, yo estaba sin albañil, dijo: hacé albañiles ahí. Entonces él nos entregó a cada uno de nosotros un peón para enseñarle. Se hizo a muchos profesionales, Brasilia tuvo ese lado también, se aprendía, fue una escuela de aprendizaje. Formó a mucha gente técnicamente en la construcción civil (albañil).

Acá en Brasilia el 95 % de la gente aprendió acá mismo, trabajando como peón pasaron a profesionales... El problema es que la persona sea inteligente (peón).

Estar en la condición de peón es estar en la condición más subordinada dentro y fuera de la actividad productiva. Los peones, al estar sometidos a todos los demás miembros de la jerarquía del sector de la construcción civil, se veían obligados a vivir en los peores alojamientos de los campamentos, así como a comer en los comedores una comida de calidad inferior a la de los profesionales. Podía ser un contingente de trabajadores recién salido de la condición campesina o personas con experiencia urbana anterior mucho menor a la del profesional, que presumiblemente ya había pasado por el proceso de aprendizaje que se realiza en las obras como una actividad, en general, urbana. Así, muchas veces los peones no se encontraban preparados para vender mejor su fuerza de trabajo, sea por falta de la alfabetización que los capacitaría en ciertas instancias para acceder a informaciones útiles para contraponerse a la administración en determinados conflictos (principalmente con respecto al cálculo de las horas adeudadas), sea por la ausencia de un saber sindical, laboral, que los calificara para una mejor defensa colectiva. En este sentido, no es casualidad el hecho de que la Asociación Profesional de los Trabajadores en las Industrias de Construcción Civil y del Mobiliario de Planaltina, Luziânia y Formosa, primera denominación del futuro sindicato de Brasilia, haya sido formada en julio de 1958 por profesionales con gran experiencia anterior.

Probados en la práctica cotidiana del trabajo, algunos de los peones consiguen romper las fronteras de su categoría pasando a la de

los profesionales. Es interesante cómo la palabra “inteligencia” aparece con frecuencia como un sinónimo de mayor entrenamiento en la actividad productiva o mayor entrenamiento en términos sociales más genéricos (educación formal, por ejemplo). Como en toda lógica de pasaje a través de una estructura jerárquica, el embudo se va estrechando en los inicios del tránsito a encargado de grupo y más aún en el ápice de la carrera del operario de la construcción civil, cuando se llega a la posición de maestro de obra. A estas posiciones el operario puede llegar a través de la demostración de su habilidad individual en la práctica productiva, a través de relaciones personales con otros trabajadores que se encuentren en puestos más elevados o con administradores. La eficacia de las relaciones personales extra-esfera de la producción, sobre todo lazos de amistad o de origen regional, puede haber sido determinante del reclutamiento y de la trayectoria personal del operario en el territorio de la construcción:

-¿Cómo fue que usted pasó a encargado?

-Yo tenía un chico que construyó la iglesia de mi ciudad y que era un maestro de obra muy bueno. En ese viaje cuando fui a Río, lo conocí allá, trabajé con él tres meses. Ahí, fue con 6 meses y 28 días que él me encontró en esa obra (ya en Brasilia). Ahí él me habló: ¿de qué estás trabajando? Yo le dije: de peón. Y él dijo: no, te voy a pasar a encargado. Y ahí él me pasó a encargado.

-Usted estaba diciendo que Brasilia para algunos fue una rosa, para otros fue una espina, ¿por qué fue una rosa?

-Porque muchos llegaron aquí por intermedio de conocidos. Entonces había gente acá que nunca había visto una lámpara encendida. Llegaban acá, y como eran paisanos de fulano de tal, entraban de electricista o encargado, apuntador fiscal. Para registrar. Ahí el tipo ganaba más dinero (capataz).

Al pasar a la categoría de profesional, el operario de inmediato recibe tratamiento diferenciado como alojamiento distinto y, en algunos casos, comidas especiales en los comedores. Además, comienza a

gozar de contacto más estrecho con la administración y con los trabajadores superiores, ya que es intermediario en la relación entre el encargado del grupo y los peones.

Para cada nueva categoría a que se acceda (profesional, encargado, etc.), las relaciones entre los trabajadores se tornan más complejas, ya que la trayectoria de ascenso puede acompañar la transformación del operario hasta en controlador de producción, caso típico de ascenso a posiciones por encima de la categoría de profesional. Así, los trabajadores en jerarquías más altas traban contacto más frecuente con ingenieros, maestros de obra, administradores. Además de eso, en cada nivel en que se encuentre un operario, a medida que va ascendiendo, el número de trabajadores a su cargo va aumentando y, en consecuencia, su importancia en la actividad productiva y su prestigio en términos del peso para la negociación con la administración. El trabajador va gradualmente volviéndose alguien que puede designar trabajadores en categorías *inferiores* para pasar a categorías superiores, que puede hacer profesionales, por ejemplo.

Teniendo el trabajador un nivel de entrenamiento de su fuerza de trabajo que le permite venderla más cara, así como negociar ventajas extra-monetarias, comenzaba a recibir los rendimientos de esa condición. Es así que los alojamientos para profesionales eran construidos teniendo ya en consideración un respeto hacia la individualidad del operario. Era frecuente que los alojamientos de profesionales fueran cuartos para dos personas mientras que los de los peones eran galpones colectivos sin divisiones. En Brasilia, dependiendo del valor estratégico de un determinado operario, este podía negociar una casa para él y su familia. A partir de la jerarquía de encargado de grupo, el trabajador estaba en un determinado momento del ciclo de desarrollo de su grupo doméstico en el cual, presumiblemente, ya tenía formada una familia y estaba posibilitado de acceder a residencias que daban cuenta de su vivienda y de sus dependientes en los campamentos.

Las ventajas extra-monetarias podían ser conseguidas e instrumentadas a través del contacto establecido con trabajadores en rangos más altos en la jerarquía. Además de eso, a través del manejo de

su posición, algunos trabajadores podían tener ciertos beneficios, como entrar en el campamento sin someterse a ser revisado en la puerta de entrada. De esta forma podían introducir, por ejemplo, la tan buscada como tan prohibida *cachaça* e incluso negociarla con otros operarios (lo que reforzaba el prestigio individual del eventual distribuidor de la bebida a los ojos de los otros trabajadores):

Los guardias (vigilantes del campamento) te sacaban las botellas de *cachaça*. Ahora había unos tipos allá que tomaban que eran de rango alto, viste... Esos entraban. Entonces nosotros entrábamos a través de esos. Había un encargado, el señor Roberto, que tomaba *cachaça*. Le daban a él para vender (albañil).

Esta forma de diferenciar a los trabajadores particulariza el tratamiento individual, haciendo que ellos deseen encontrarse en posiciones privilegiadas donde puedan manejar relaciones personales para obtener beneficios. La particularización de los operarios, su diferenciación a través de las relaciones personales mantenidas con la administración de las compañías, pasando por un sistema de “favores” concedidos individualmente a este o aquel operario, podía servir como instrumento legitimador de la ideología del ascenso individual, al mismo tiempo que dificultaba la asociatividad entre los trabajadores. Esta situación aumenta la competitividad interna entre los trabajadores en la medida en que ellos, como categoría, se enfrentan con la administración de las compañías como un todo que media en su relación de compra-venta de su fuerza de trabajo. En síntesis, en todos los niveles, asumir el papel de buen operario es una manera de someterse a la particularización definida por la compañía y una manera de facilitar por intermedio de ese artificio el ascenso en la carrera, así como el bienestar inmediato⁵.

⁵ La particularización de los operarios (a través de una estructura de “favores”), que conduce a una competencia interna entre los trabajadores, fue estudiada por Leite Lopes en la industria del azúcar: “Tomemos aquí lo que los hombres dan como ‘una mano’ a los operarios, a través de esa estructura de ‘favores’. De esta manera, la administración incita a una competencia entre los operarios por los ‘favores’, generalmente

No podemos olvidar que se trataba de trabajadores migrantes. El traslado efectuado no es sólo espacial. Para el migrante implica separarse de una red social extensa y sedimentada con la cual mantenía relaciones cotidianas y definitorias para su vida. Al llegar al nuevo lugar de trabajo, sobre todo en los momentos iniciales que se pueden prolongar en forma variable, está contradictoriamente suelto, en el sentido de que ahora se subordina no a una red en la cual fue socializado, sino casi exclusivamente a las relaciones pertinentes a la esfera de la producción. De este modo, se encuentra en un mundo dividido donde, *aislado* de su red social y carente de su esfera doméstica, se refuerzan básicamente las determinaciones y necesidades de la actividad productiva que desempeñará. En el caso de una gran obra, nos parece que las divisiones determinadas por las necesidades de la actividad productiva alcanzan niveles superlativos, ya que la propia composición del conjunto de trabajadores, obedeciendo a las necesidades inherentes a la obra, está marcada por cualidades como la desproporción entre la cantidad de hombres y de mujeres, la ausencia relativa de la familia, la inmovilización en campamentos con residencias colectivas y disciplinas propias, etc. Al encontrarse en esta situación nueva, carente de una red social que lo apoye y que *interprete* el mundo en otras dimensiones que no sean las del trabajo, el trabajador migrante construye un artificio que en cierto modo repone la ausencia de su extensa red originaria. Surge así el regionalismo. Este es el primer camino que el migrante sigue para establecer relaciones de amistad y formar un grupo de solidaridad con el fin de enfrentar situaciones adversas.

Específicamente en relación al operario de la construcción civil, sector que absorbe gran número de migrantes, encontramos en la literatura referencia a la existencia del regionalismo:

bajo la forma personalizada de un determinado empleado concreto. La administración tiende así a interponerse en la relación entre los operarios, dificultando las relaciones horizontales y favoreciendo las relaciones verticales con ella. Es así como la asociatividad espontánea entre los operarios se ve perjudicada” (Leite Lopes, 1976: 182).

Las vinculaciones con el lugar de origen se mantienen durante mucho tiempo en las primeras etapas de su incorporación al centro urbano, porque la migración se hace dentro de un universo de referencia organizado a partir de la comunidad en que vivieron. Casi la totalidad de los operarios entrevistados confirman que vinieron a Río o Niterói por indicación de parientes o amigos que les arreglaron, directa o indirectamente, una ocupación inicial, generalmente en el mismo lugar en que trabajaban ellos. Es interesante notar que esos lazos con la comunidad de origen son reforzados en la obra, donde invariablemente los grupos se forman en función de los coterráneos. En verdad, la primera estratificación de la obra, establecida antes que las otras se evidencien, es la estratificación regional (Coutinho, 1975: 42)⁶.

También encontramos referencia a las relaciones de parentesco como camino recorrido por el migrante para establecerse en el nuevo lugar. En el caso de Brasilia, o de cualquier otra gran obra cuya existencia en el tiempo aún no haya permitido la presencia o desarrollo de redes más o menos extensas de parentesco, la ausencia relativa de parientes, siendo un hecho, al menos inicialmente, deja al migrante más propenso a utilizar su identidad regional como estrategia. Epstein constata:

Quando tales redes (de parientes para dar apoyo y asistencia en momentos de dificultades) no están presentes o son relativamente débiles, es común que las personas intenten improvisar redes sustitutas de cooperación recíproca. Un instrumento ideológico poderoso para crear tales relaciones es el regionalismo. En la sociedad de Brasilia, el estado o ciudad de origen de los inmigrantes es una parte importante de la identidad social (Epstein, 1973: 135).

En realidad, el regionalismo aparece como una construcción del trabajador migrante para escapar, en alguna medida, de las divisiones impuestas por la esfera de la producción. Ser paraíba, bahiano, carioca o goiano es bastante diferente a ser peón, carpintero o encargado. El

⁶ Para mí, la primera *estratificación* de la obra con la cual se enfrenta el trabajador es la estructura objetiva determinada por la división del trabajo propia del sector, que ya está dada y en la cual se inserta compulsivamente el operario “antes que las otras se evidencien”.

rótulo estatal/regional lleva a una homogeneización en los atributos diferenciales definidos en la esfera productiva, pudiendo ser estratégicamente utilizado en situaciones de conflicto o carencia. Se podría decir que el regionalismo es el primer paso en el sentido de reconstruir una red social que sustituya, al menos en parte, aquella *abandonada* en el lugar de origen y que pueda contraponerse a la situación encontrada. En el caso de Brasilia, no nos parece trivial el hecho de que una de las primeras fiestas populares surgidas en el territorio de la construcción fuera una en que las personas se organizaban en torno a sus estados de origen, en carpas, para consumir comidas y bebidas típicas y recordar nostálgicamente sus tierras natales:

Entonces nosotros estando aquí resolvemos hacer la fiesta también para divertir a nuestro pueblo y que tuviera alguna utilidad. Entonces empezamos acá la Fiesta Junina con tres carpas: la carpa de San Pablo, la carpa de Goiânia y la carpa de Piauí.

-¿Por qué tenían esos nombres?

-Porque las personas que estaban patrocinando esas carpas tenían ese amor por su tierra. Entonces creían que estaba bien poner el nombre de los estados que representaban en las carpas. Y la recaudación de la primer fiesta fue para distribuir, para colchas para la gente que venía del Nordeste que necesitaba esas cosas.

-¿Cómo es que realmente organizaron esa fiesta?

-Esa fiesta, justamente eso, fue el primer año organizada con esas tres carpas, y el año siguiente aumentó el número de adhesión de cada estado y eso fue durante unos cinco o seis años más o menos. Esa fiesta era realizada aquí en la Ciudad Libre, que después se transformó en el Núcleo Bandeirante. Pero en el año del Congreso Eucarístico, el 63 o 64, ellos resolvieron hacer la misma fiesta allá en el Plan Piloto (la Capital Federal). Entonces pidieron colaboración aquí en el Núcleo Bandeirante que ya estaba, digamos, tenía experiencia para hacer la fiesta y nosotros, la mayoría, fuimos a colaborar. Y después empezaron a hacerla solamente allá en el Plan Piloto (comerciante del Núcleo Bandeirante).

Estamos delante del surgimiento de la Fiesta de los Estados, incorporada al calendario de festejos de Brasilia y tradicionalmente promovida con fines asistenciales en el mes de junio, con la influencia y colaboración directa del Gobierno del Distrito Federal.

Como si eso no fuera suficiente, el primer gran movimiento popular político que se dio en Brasilia, el Movimiento Pro-Fijación y Urbanización del Núcleo Bandeirante, cuyas raíces remiten al problema de la permanencia de la Ciudad Libre en el lugar donde hasta hoy se encuentra, tenía por estrategia reunir a la población por estados de origen. De estos grupos salían representantes, líderes que, respaldados por sus coterráneos, presionarían a los parlamentarios de los estados que representaban. Es una indicación clara de la eficacia del regionalismo y de cómo fue percibido e implementado por parte de la población en un momento de lucha política (ver más sobre este asunto en el capítulo 4).

Otra distinción que rápidamente expondré, que implicaba igualmente experiencias distintas para los operarios, es aquella existente entre el trabajador de la Compañía de Urbanización de la Nueva Capital, NOVACAP, y el trabajador de firmas particulares. La NOVACAP, como compañía gubernamental que contratava a compañías particulares, ejecutaba más obras de infraestructura y ofrecía al trabajador una expectativa de empleo más estable. La seguridad que proporcionaba trabajar para el Estado era el principal factor de atracción hacia esta compañía, a pesar de que eventualmente pagara menos que las firmas particulares:

-¿Y cuál era la diferencia entre trabajar en la NOVACAP y trabajar en una empresa particular? -En las empresas particulares se ganaba más debido al 'serão' (extensión de la jornada laboral) y debido al mejor salario. La NOVACAP pagaba menos por la razón de ser una autarquía. ¿O no era autarquía en esa época? Entonces parece que en la NOVACAP tenían más derechos así, referentes a los derechos laborales (apuntador).

Ahí eran los funcionarios de la NOVACAP, era el personal que trabajaba más en la topografía, trabajaba en el servicio de la NOVACAP.

Era un servicio más general. Pero tenía muchos funcionarios de la NOVACAP. Y existía mucho amiguismo, sabés, eso existió. El funcionario de la NOVACAP era considerado como funcionario público, y el de la compañía era considerado un tipo, un tipo particular. La NOVACAP no estaba en condiciones de emplear a todos los que llegaban y no se tocaban las obras. Y ella delegó las obras, o las dio para gerenciar. Ella no estaba en condiciones de tocar las obras. Casi no tenía ingenieros, solamente había para la fiscalización. La NOVACAP contrataba a alguien para el servicio y fiscalizaba, así. Trabajar en la NOVACAP era mejor porque la NOVACAP sería una perspectiva de empleo a largo plazo. No iba a extinguirse. El tipo que entró en la NOVACAP, después pasó a ser funcionario del Gobierno del Distrito Federal. Y lo de la construcción civil, de la compañía, terminó la obra y quedaba sin servicio (albañil).



Administración de la NOVACAP

Ser funcionario (es interesante notar la sustitución de los términos trabajador u operario por este) de la NOVACAP implicaba también vivir en otra área residencial: en Candangolândia, campamento

próximo a la Ciudad Libre. Como vimos, para algunos operarios era más positivo trabajar en la NOVACAP que en firmas, sobre todo por la estabilidad, ya que, por las propias características de esta compañía, al término de una obra sus trabajadores no eran despedidos en masa (como sucedía generalmente con la mayor parte de los trabajadores en empresas particulares). Por el contrario, eran reubicados en otras obras o actividades, lo que les permitía tener una expectativa de futuro más segura. Para otros, el cálculo económico continuaba determinado básicamente por la posibilidad de aumentar sus salarios a través de horas extra y viradas (extensión de la jornada laboral durante toda la noche) dentro de las constructoras particulares.

Hay datos que indican que los trabajadores de la NOVACAP eran mayoritariamente aquellos con familia. Todos los trabajadores de la NOVACAP que entrevistamos eran casados en la época de ida a la construcción. El Censo Experimental apunta a Candangolândia, el campamento de funcionarios de la NOVACAP, como el lugar con mayor tasa de casados del territorio de la construcción (IBGE, 1959: 13 y ss.). Además de eso, un carpintero nos informó: “Quienes más se quedaron en la NOVACAP fueron los casados que vinieron con familia. Porque en la NOVACAP había más seguridad que en cualquier otra firma”.

Por otro lado, la NOVACAP, en tanto responsable por el avance de las obras y como empresa del Gobierno, estaba sujeta al menos formalmente a ciertas reglas definidas extra-territorio de la construcción que podían terminar por beneficiar a sus “funcionarios”, y a las cuales no necesariamente se sometían las compañías privadas. Pese a la relativa debilidad del partido de la oposición, Unión Democrática Nacional (UDN), en el control del desarrollo de los trabajos, tal vez aquella haya sido la fiscalización más importante a que se sometía la NOVACAP, la que se expresaba políticamente a través de la oposición udenista en la construcción de la nueva capital. En gran medida, contra la transferencia de la capital, la UDN denunciaba con frecuencia en el Congreso Nacional irregularidades cometidas por la compañía gubernamental, cuya administración estaba compuesta principalmente por miembros de confianza de la alianza en el poder en esa

época (Partido Social Demócrata-PSD y Partido Trabajador Brasileño-PTB). La UDN permaneció largo tiempo intentando articular una Comisión Parlamentaria de Investigación para estudiar la actuación de la NOVACAP, tarea en la cual era siempre obstaculizada por la situación política de entonces, que se expresaba en la alianza PSD/PTB. Es probable que la utilización de esta empresa gubernamental para emplear correligionarios tuviera una amplitud que superara el nivel de la alta administración, como insinúa el testimonio del albañil que habla de amiguismo.

Los operarios vinculados a las diversas compañías particulares contratadas por la NOVACAP eran quienes conformaban el cuadro numéricamente más significativo de la composición de la fuerza de trabajo de la construcción. Se sometían a los grandes campamentos administrados por las empresas privadas, o recurrían a las otras áreas residenciales como la Ciudad Libre y a las “invasiones”. Fueron ellos, por lo tanto, el blanco privilegiado de la investigación y de la reflexión. Entre los trabajadores de compañías privadas encontramos diferencias según la compañía para la cual se trabajaba (condiciones de alojamiento y alimentación, pago correctamente efectuado o no, disciplina más o menos rígida en los campamentos, etc.). Las diferentes formas de actuar de las compañías con los operarios apuntan a diferentes estrategias de las administraciones de las empresas. No obstante, todas compartían un área de actuación idéntica en lo relativo a las condiciones generales de explotación de la fuerza de trabajo. De este modo, persisten los rasgos comunes que disipan los matices ante el hecho de que, en última instancia, la estructura utilizada fue la misma: la explotación intensa de una fuerza de trabajo masculina, ligada básicamente a un único ramo de la producción y que se encontraba en un territorio relativamente aislado, sin sus familias y sin mujeres, sujeta en su mayor parte al confinamiento en residencias colectivas dentro de campamentos rígidamente controlados por sus patrones.

Con el cuadro general de que ahora disponemos, con las características centrales relativas a la formación y composición de la fuerza de trabajo que participó en la *Obra del Siglo*, dirijámonos a un punto más nuclear para la comprensión de la experiencia de los trabajadores: el campamento.

Capítulo 2

El campamento

La necesidad de movilizar millares de personas para que participen en la construcción de un gran proyecto es uno de los factores que torna al tema de la vivienda una de las cuestiones principales que caracterizan la implementación de este tipo de emprendimiento. En el capítulo anterior vimos los rasgos básicos para entender el tema de la vivienda en el territorio de la construcción como un todo. Ahora pasaré a tratar específicamente uno de los corolarios centrales de la ecuación de un gran proyecto, que es la presencia obligatoria de grandes campamentos para dar cuenta de la vivienda de millares de trabajadores que acuden al lugar. Proporcionaré un cuadro que permita percibir el campamento como una forma de vivienda que contribuye a una mayor explotación de la fuerza de trabajo en la medida en que, siendo una forma ajustada a la lógica de la actividad productiva, implica una efectiva subordinación de casi la totalidad de la vida cotidiana del trabajador que en él reside a los intereses de la esfera de la producción.

Como este tipo de gran proyecto es realizado en áreas prácticamente desiertas en términos poblacionales, atrayendo trabajadores migrantes, la construcción de campamentos es obligatoria. De otra

manera, habría que dejar a los que llegan la decisión de construir sus viviendas donde quieran, lo que acarrearía un sinnúmero de problemas, dado que la relativa dispersión poblacional que presumiblemente ocurriría podría implicar la ocupación de áreas destinadas a la edificación de la obra. Es más, la dispersión de los trabajadores implicaría no poder efectivamente subordinarlos a un control cotidiano ajustado a los intereses de la actividad productiva, lo que se garantiza con la inmovilización de la fuerza de trabajo a través del campamento. Podemos imaginar también que la no concentración de los trabajadores en puntos estratégicos implicaría un aumento de la necesidad de trabajos y servicios para mantener a la población en el área. Por ejemplo, un mayor número de calles conectando los principales puntos del territorio de la construcción, más depósitos de agua, generadores de energía, seccionales de policía (y por consiguiente más policías), restaurantes colectivos, etc. La dispersión implicaría, incluso, que un único núcleo destinado al suministro de servicios sería insuficiente. De este modo, serían necesarios diversos núcleos menores, más difíciles de controlar por la propia dispersión, y cuya edificación costaría más. Así, vemos que la concentración de la población en puntos estratégicos para el desarrollo de la construcción es altamente funcional en un gran proyecto.

La obligatoriedad del campamento, que en un primer momento puede ser considerada como una inversión de capital fijo de tipo no productivo (Leite Lopes, 1976: 110), en el desarrollo de los trabajos demuestra su gran funcionalidad para el mantenimiento de las características más amplias necesarias para la explotación inusitada que se verifica en el interior de un gran proyecto. Recordemos que, en el caso de la construcción de Brasilia, los capitalistas individuales representados por diversas empresas de construcción no tuvieron que computar en sus gastos los costos de la construcción de campamentos ya que fueron asumidos por el Estado vía NOVACAP. El presidente de esta compañía gubernamental, al explicar la relación entablada por esta con las compañías privadas, afirmó:

Aumenta aún el rendimiento, por las condiciones peculiares de las construcciones en Brasilia, el hecho de que los campamentos, que representan un porcentaje apreciable en el costo de las obras, son de propiedad de la NOVACAP, que los utiliza para otros servicios, sin necesidad de nueva inversión para ese fin (*Diario de Brasilia*, 1959: 274).

Leite Lopes y Machado da Silva (1979: 13-14), al analizar lo que designan situación de fábrica con villa obrera, apuntan a una situación de completa dependencia del capital, que se refiere “no solamente a aquella que se establece entre el productor directo y su patrón al nivel del trabajo, sino también a la que se establece entre esos mismos actores al nivel de la vivienda; por consiguiente, no sólo en relación a la producción, sino al capital que controla también la propia materialización de la reproducción del trabajador”. La construcción civil, y principalmente los grandes proyectos, son actividades productivas que acaban por demandar una inmovilización de la fuerza de trabajo, pasible de ser clasificada como “situación de completa dependencia del capital”. Sin embargo, esta dependencia no se realiza en la forma de villa obrera (dado el propio carácter *itinerante* de este ramo de la producción) sino en forma de alojamiento provisorio, o de su forma más grande y compleja, campamento¹.

Si los alojamientos son formas comúnmente encontradas en los obradores de las obras de construcciones individuales, una obra

¹ Es conocida la presencia de los alojamientos como forma de vivienda de trabajadores relativa al ramo de la construcción civil. Leite Lopes en su artículo “Fábrica y villa obrera: consideraciones sobre una forma de esclavitud burguesa”, al mencionar la presencia de grupos domésticos en el poblado de trabajadores afirma: “No obstante, podemos pensar en el caso de la manutención, por parte del patrón, de alojamientos materializados en los galpones y carpas para trabajadores individuales sin familia, en emprendimientos como obras públicas, construcción de calles, represas, construcción civil, etc., incluso en ciertas fábricas...” (1979: 44-45). De hecho, más adelante veremos la clara predominancia de trabajadores sin familia en los campamentos. Sobre algunos aspectos de la inmovilización de la fuerza de trabajo en la construcción civil, ver por ejemplo, de Lourdes Pimentel, *Los peones de Village: una reflexión sobre movimientos de operarios de la construcción civil* (s/d, sobre todo p. 23 y siguientes). Véase también la tesis de “livre-docencia” de Ronaldo do Livramento Coutinho (1975), *Operario de la construcción*.

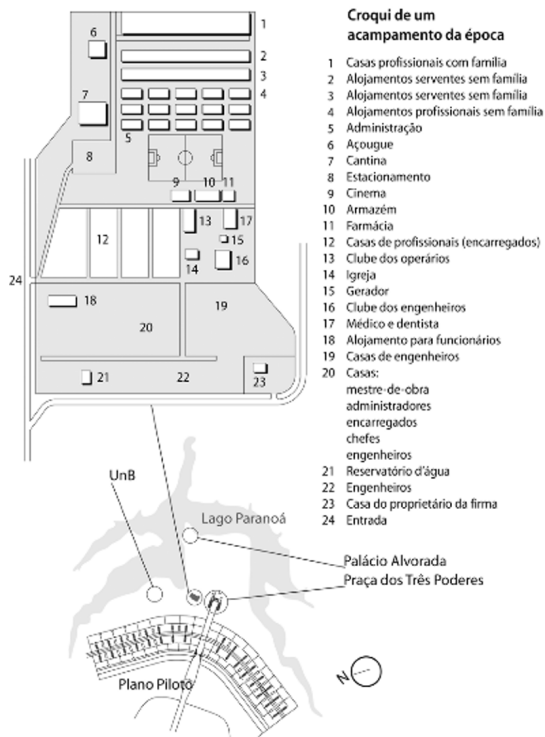
grande, un complejo articulado de varias construcciones parceladas nos depara la presencia de diversos campamentos considerables. Estos, además de tener básicamente la función de proveer la residencia para los trabajadores, incluyen también otras instalaciones ligadas a la reproducción de la vida en el territorio de la construcción, por ejemplo comedor, sala de primeros auxilios, almacén, etc., ya que son grandes aglomeraciones localizadas en territorios carentes de mayores prestaciones de servicios.

Organización y características internas

En Brasilia, los grandes campamentos son montados a medida que la intensidad de los trabajos aumenta y que nuevas empresas particulares se involucran en la construcción. Como resultado de las características del conjunto de la población que se dirige al territorio y es seleccionada para trabajar en la obra, el principal objetivo es proveer habitaciones colectivas para un gran número de trabajadores sin familia. De hecho, en los campamentos es donde se encuentra la menor proporción de mujeres/hombres, que llega a ser de 179 mujeres por mil hombres (IBGE, 1959: 7). La baja presencia de mujeres es indicativa de la ausencia relativa de familiares (ver más adelante las cifras que el Censo de 1959 clasificó como grupos familiares y grupos de convivencia).

La importancia numérica de los campamentos es visible en el Censo de 1959 que dividió el territorio de la construcción en Campamentos (28.000 habitantes), Núcleos Provisorios (17.761 habitantes), Núcleos Estables (6.277 habitantes) y Zona Rural (12.256 habitantes) (IBGE 1959: 40). Los habitantes de los campamentos constituían el 43,5 % de la población total del territorio de 64.314 personas, o, si quitamos de esta cifra a la población de la zona rural, el 53,8 %. Recordemos también que el Núcleo Bandeirante, totalmente marcado por la presencia de comerciantes, contribuía con una población de 11.565 personas.

Pero una de las mejores maneras de ver lo que significaba la existencia de los campamentos es tratar de entender su organización interna y el funcionamiento para sus moradores. Investigué más detalladamente un campamento que era de la constructora que llamo Redonda. La elección de este campamento específico se debió al hecho de que fuera parte del conjunto mayor, la Villa Planalto, que se localizaba estratégicamente cerca de la Plaza de los Tres Poderes y de la Explanada de los Ministerios, donde gran parte de las principales obras públicas se llevaba a cabo: las sedes de los tres poderes, ministerios, Terminal de ómnibus, Teatro Nacional, por ejemplo. Más allá de eso, éste era uno de los únicos campamentos aún existentes que, con relativa facilidad, permitía tanto encontrar personas que vivían ahí desde la época de la construcción, como reconstruir de la mejor manera posible su configuración espacial original.



Los datos provienen básicamente de anotaciones de campo, producto de diversas visitas al lugar, cuando observaba la disposición de los predios existentes y su destinación. En este tiempo, fueron realizadas varias entrevistas informales con antiguos habitantes. Para la elaboración de los croquis de este capítulo fue imprescindible la colaboración de un obreiro, con quien varias veces recorrí el área originalmente perteneciente al campamento de Redonda. Él identificó, además de las construcciones todavía existentes en el momento de la investigación, las marcas de cemento que indicaban las bases de predios ya derribados.

Aquí registro mis agradecimientos al arquitecto Luís Augusto Jungman Andrade, que me acompañó varias veces al área para confeccionar los croquis presentados, y a Levi Batista de Carvalho, quien los dibujó. Es claro que no pretendo que el croquis de Redonda sea una reproducción fiel del antiguo campamento, considerando que con el correr del tiempo fueron introducidas modificaciones en su contorno e interior. Más allá de eso, hay que tener en mente que sistemáticamente fueron derribadas casas de la época de la construcción de campamentos periféricos, causando grandes trastornos a sus habitantes y desfigurando profundamente algo que debería ser preservado como ejemplo concreto de una forma central de organización de la vida en el período de la construcción de la Capital Federal. Aclaro también que, a pesar de ser un ejemplo típico, el campamento de Redonda parece haber sido uno de los más equipados en términos de disponibilidad de servicios internos, tal vez justamente por ser uno de los mayores. Entiendo que podía albergar una población de dos mil a tres mil personas. Seguramente, otros campamentos disponían de organización interna con separaciones y diferenciaciones espaciales y sociales mucho más rígidas.

Los resultados obtenidos en esa precoz arqueología, incluso con los equívocos que eventualmente tengan, permitieron percibir cómo especificidades relativas a una gran obra de construcción civil se reflejan en la organización espacial interna del campamento, condicionándola. La construcción del campamento refleja básicamente dos líneas derivadas tanto de la lógica de la actividad productiva, como de las

particularidades de la población presente en el territorio (que ya sabemos que son determinadas por las características de la fuerza de trabajo propia para el desarrollo de una gran obra). Destaco, en primer lugar, la similitud inmediata de la organización espacial del campamento con la jerarquía propia del ramo de la construcción civil, sobre todo con respecto a las diferencias entre peones/profesionales y entre este conjunto de trabajadores y los controladores de la producción. En segundo lugar, salta a la vista la ausencia relativa de mujeres y familias implicando una concentración espacial diferenciada según la distinción de las casas: unidades colectivas para trabajadores sin familia, unidades individuales para trabajadores con familia. Un trabajador llegó a decir que el campamento “sólo tenía la separación de solteros y con familia. De acá para arriba, familia. De acá para abajo, soltero”. Un peón, residente en el mismo campamento, recuerda que “toda la vida la firma los ponía por separado. Soltero por un lado, familia por el otro. Nunca juntos. El peón soltero no vivía con familia, esa mezcla. En aquella época se tenía mucho respeto, por eso que era separado”.

Si es posible pensar la configuración espacial del campamento como un *continuum* atravesado por la lógica de la jerarquía de la construcción civil y por la ausencia relativa de mujeres y familias, se ve que hay una ruptura en ese *continuum* que define la existencia de dos lados. La manifestación concreta de esta ruptura era un gran espacio vacío, definido por el estacionamiento de camiones y por la cancha de fútbol, que separaba un lado básicamente masculino/sin familia, formado por peones y profesionales, de otro básicamente reservado a los controladores de la producción (capataces, maestros de obra, ingenieros, administradores, etc.) con sus familias, y, por lo tanto, con una presencia femenina marcadamente superior.

Es cierto que la presencia de algunas casas de profesionales con familias en el “lado masculino” del campamento contamina un poco la división del espacio de acuerdo con el sexo. Sin embargo, la presencia misma de estos profesionales con familia confirma la división básica entre trabajadores y quienes controlan la producción, y debe ser entendida teniendo en mente el número reducido de estas

residencias en comparación con el número de profesionales en alojamientos colectivos masculinos (calculamos un número máximo posible en torno a los 550). La referida presencia minoritaria debe ser entendida también en relación al hecho de que la totalidad de los controladores de la producción tiene acceso a habitaciones individuales con sus familias. Es como si, en cierta forma, la condición de profesional no remitiera aún a una posición jerárquica dentro de la construcción civil que permita el acceso de todos los trabajadores de esa categoría a habitaciones individuales, sobre todo a aquellas ubicadas en el lado *privilegiado* del campamento, lejos de las incómodas y frecuentemente peligrosas (para sus familias) vecindades de los alojamientos colectivos con sus grandes poblaciones masculinas.

Es cierto que en los campamentos no primaba la seguridad de sus habitantes:

-Pero no había mucho orden en aquella época aquí, ¿no?

-¡Tenía orden de qué! Orden qué cosa..., adentro de eso, en el tiempo de Redonda, ahí, un tipo le pegó un tiro a otro, había sangre por todos lados. Eso toda la vida fue un caos. Se sabe que el pueblo del norte toma pinga y quiere meter cuchillo a los demás. Ellos no tienen compasión por nadie. Hacen un dinero ahí, y ya van al bar a tomar pinga, a jugar y busca lío (mantenimiento de máquinas)

¡En la propia Oval (nombre ficticio del campamento de la empresa constructora), un encargado allá mató a un soldado, un fusilero naval acá en Brasilia que trabajaba de electricista en la obra! ¡Un fusilero naval! Jefe de una sección, como ellos le dicen, ¿no? Fue a arreglar una lámpara y tenía que cortar la luz del alojamiento de un encargado allá para poder hacer la conexión, que no la iba a hacer sin cortar la luz. Él fue, cortó, llegó el tipo y le preguntó: '¿Quién fue que cortó la luz allá?'

-Fui yo para hacer la instalación acá'.

-'Entonces baje la escalera'. El tipo bajó, pensó que era para conversar. Bajó y le dio seis cuchillazos. Sin saber, sin hablar (...) Porque eran 4.000 hombres que trabajaban en esa obra, entre esos 4.000 quizás hubiera 3.000 marginales (peón).

Que la mayoría de las habitaciones individuales sean destinadas a los controladores de la producción y en el caso del campamento en cuestión, residualmente, a los profesionales (en detrimento de todos los peones) parece reflejar, además de mayor poder de negociación de estos operarios por fuerza de la propia lógica de la jerarquía de la construcción civil, el hecho de que en general los trabajadores, al estar en nivel más calificado de su entrenamiento, se encuentran también en un momento de sus vidas donde, *grosso modo*, tienen familias constituidas. Así, contratar trabajadores más calificados para la construcción de Brasilia implicaba pensar también en el alojamiento de sus familiares bajo pena de no poseer argumentos (extra-salariales) convincentes para el reclutamiento, dadas las difíciles condiciones de vida vigentes en el territorio.

Me detengo ahora sobre las características internas de cada uno de los lados definidos anteriormente. El lado pasible de ser clasificado como relativo a la inmovilización de la fuerza de trabajo sin familia (peones y profesionales), pese a tener una población relativamente mayor, ocupaba un espacio físico mucho menor. Los alojamientos de peones estaban compuestos por grandes bloques sin mayores divisiones internas que abrigaban decenas de operarios. Como se dijo, todo indica que a medida que el trabajador se situaba en un punto jerárquico más alto, más se respetaba su condición individual. Así, los profesionales contaban con pequeños cuartos ocupados, como máximo, por dos operarios. Pero los peones tenían que usar espacios comunes para dormir, con grandes implicaciones para la higiene interna de los alojamientos. Veamos qué dice un peón sobre el alojamiento colectivo de otro campamento, el de la Oval, en la época de la construcción:

-Porque acá dormía una camada abajo, otra más encima, otra más encima... Hicieron como una cucheta, donde se puede sentar un hombre, más o menos de unos 80 centímetros (entre una cama y la otra). Joven, ahí había todo tipo de peste: ratas, chinche, pulga, todo tipo de inmundicia se podía encontrar en aquella época aquí en Brasilia. Enfermedades, voy a decir una cosa, usted ni se imagina todo lo que una persona sufría sin saber qué era que estaba sufriendo. Es todo, todo. Era algo que vos ni te imaginás.

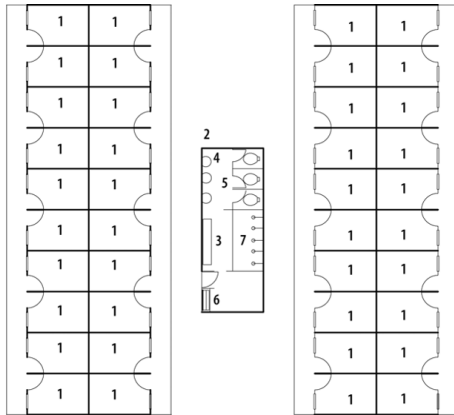
-¿Usted tenía su cama?

-Mi cama era numerada. Mi cama era la 46. Yo llegaba ahí, ponía esa sábana que traje de allá del Norte, toda blanca. Dormía una noche en esa, a la otra noche miraba y me enojaba. ¿Sabés por qué? La chinche ya me había picado tanto que la sábana estaba toda roja de sangre (...) Yo no dormía nada, me quedaba toda la noche con la luz prendida mirando [la chinche] encima de los otros, picando a los otros. Y yo mirándolas picar a los demás. El tipo, muerto de trabajar, se lavaba sólo los pies, los brazos, las manos, la cara. No tenía coraje de bañarse, porque era agua fría (...) Pero el cansancio era tan grande que él trabajaba, daba todo de sí, día y noche, un pedazo de la noche. Y el resto de la noche la chinche le chupaba la sangre.

En la Redonda, los alojamientos de peones y profesionales tenían el mismo tipo de equipamiento a disposición en lo que respecta a sus necesidades fisiológicas, higiene personal y lavado de ropa: un box de servicio con tres baños, tres duchas y tres tanques, en una proporción de uno de estos por cada dos bloques de alojamiento. En el caso de los profesionales era para una población de ochenta hombres, no es difícil imaginar la insuficiencia de estos servicios. No fue posible establecer un número aproximado de habitantes por bloque en los alojamientos de peones. Estaban bastante destruidos, habiendo construido posteriormente varias habitaciones individuales sobre sus antiguas bases. Dada la usual utilización de cuchetas, e incluso de hamacas paraguayas, así como la ausencia de cuartos más individualizados, creo que el número de peones por alojamiento seguramente era varias veces el número de profesionales por alojamiento.

La presencia de la administración de la compañía inmediatamente al lado del conjunto de alojamientos de trabajadores sin familia es sintomática. Estos eran los operarios más subordinados al control y la disciplina impuestos en la esfera de la producción, situación que se transfería a la organización del campamento donde residían. La administración de la empresa, como veremos, controlaba no sólo la esfera de la producción, sino también la vida de sus trabajadores

fuera del sitio de la obra, en el campamento. Así, la proximidad física de la administración con los grandes alojamientos colectivos masculinos es también un indicador del mayor control y vigilancia a que estaban sometidos los operarios que allí habitaban. El comedor, de igual manera, se situaba al lado del conjunto de esos alojamientos. Este era el lugar ideal para su ubicación, visto que en el otro lado del campamento la gran mayoría se alimentaba en sus propias casas con comida hecha por sus familias, principalmente por sus miembros femeninos adultos. Presumimos que la carnicería, situada en los fondos del campamento y próxima a una pequeña calle de servicio, se destinaba básicamente al abastecimiento del comedor.



Plantas



Cortes

Alojamentos de profissionais sem família

- 1 Dormitório – tamanho 3 m x 2 m
- 2 Vestiários
- 3 Banco
- 4 Lavatórios
- 5 Sanitários
- 6 Tanques
- 7 Chuveiros

Atravesemos ahora el gran patio formado por el estacionamiento y por el campo de fútbol y dirijámonos al “otro lado” del campamento, aquel donde residían en su mayoría los controladores de la producción con sus familias. Llama la atención de inmediato la concentración de los equipamientos de servicio en una especie de plaza localizada al lado de las casas de encargados y en frente a las casas de los ingenieros. Ahí estaban: cine, almacén, farmacia, gabinete de salud, generador, club de los ingenieros, iglesia y club de los operarios. Este último, según una persona que trabajó allí, fue fundado recién a fines de 1959, para responder y contrarrestar la presión que hacían los trabajadores sobre el club de los ingenieros, de existencia más antigua, y el cual querían frecuentar.

La diferenciación interna de este lado también reflejaba la jerarquía del ramo de la construcción civil, ya que se pasaba de un sector de casas individuales menores, destinadas en general a los encargados, a un sector de casas que eran cada vez mayores a medida que se destinaban a puestos jerárquicos más altos. De los maestros de obras a los jefes e ingenieros, pasamos al punto culminante del *continuum* de la configuración espacial del campamento: la casa del dueño de la firma². Esta se destinaba a las permanencias esporádicas del propietario de la compañía en el territorio de la construcción. Verdadero “castillo” de madera separado del conjunto mayor con una cerca de alambre de púa, poseía su salida privada para afuera del campamento con el objeto de que su morador no tenga que pasar por las vías comunes a los camiones de servicio y a los peones, posibilitándole una salida estratégica.

De este lado del campamento se encontraban también alojamientos colectivos para funcionarios de las oficinas administrativas de la

² La categoría “jefes” puede incluir desde el jefe del campamento (su administrador principal) hasta funcionarios graduados de las oficinas administrativas de la compañía. En el sector de las casas de encargados (que obviamente son profesionales), eventualmente podría encontrarse algún profesional que tuvo acceso al lugar a través de la manipulación de relaciones personales con individuos que le hayan liberado el ingreso a este espacio.

compañía que, debido a las cualidades de su capacitación (dominio relativo del lenguaje escrito, nociones de contabilidad y de administración, por ejemplo) y por estar efectivamente vinculados al control de la fuerza de trabajo por sus tareas administrativas, tenían sus residencias colectivas ubicadas ahí y no próximas a los alojamientos masculinos colectivos de peones y profesionales. Eran dos bloques que se repartían internamente en pequeños cuartos. Finalmente, todavía de este lado, se ubicaba el depósito de agua que abastecía al campamento. Su localización parece deberse a las características físicas del terreno del campamento, ya que se trata de un ligero declive en dirección al Lago Paranoá.

Estas eran, en términos generales, las líneas de la configuración espacial del campamento de la Redonda. En realidad, el campamento, su construcción, configuración y utilización es un universo privilegiado para percibir la estructuración del espacio de acuerdo con las diferencias de clase y, concomitantemente, las diferencias internas a un determinado ramo de la producción. Desde los sucios y apretados alojamientos colectivos de los peones hasta la lujosa y espaciosa casa del propietario de la compañía, la división del espacio está claramente orientada por la lógica de la esfera de la producción expresada concretamente en el ramo de la construcción civil. La existencia de un lado destinado básicamente a residencias masculinas y otro a residencias mixtas (por lo tanto, un lado también femenino) refleja, todavía, la ausencia de familias, característica del territorio de la construcción que surgió, como vimos en el capítulo anterior, obedeciendo a las necesidades de la producción de la gran obra. Es evidente que los dos lados del campamento mantenían relaciones entre sí, ya que eran partes de un mismo todo. Pasemos entonces a entender esa totalidad.

El campamento como una unidad se diferenciaba de otras a través de la presencia de una cerca, que marcaba sus límites territoriales y sociales. Campamentos vecinos, al estar subordinados a compañías diferentes, podían poseer reglas distintas relativas a la organización de la vida. Estas reglas, en gran medida, determinaban

la vida cotidiana de cientos y hasta miles de personas y tenían por matriz el poder ejercido por las administraciones de cada empresa. El campamento, entonces, tenía su administración interna (generalmente una estructura jerárquica donde existía un jefe que contaba con diferentes subordinados) que, como parte del cuadro jerárquico más amplio de la estructura de la compañía, obviamente se subordinaba al cuerpo administrativo mayor directamente vinculado al control del proceso productivo. Así, la administración del campamento podía ser clasificada como una extensión de la administración de la actividad productiva. Mediante la administración interna, las necesidades de la esfera de la producción pasaban a determinar varios aspectos de la vida dentro del campamento.

Destaco, por ejemplo, la posibilidad de despertar a varios operarios de una sola vez garantizando la puntualidad y asiduidad, así como la de imponer una permanente disponibilidad para tareas de interés de la compañía. Uno de los indicadores más visibles de esto era el ajuste de la actividad del comedor a los diferentes horarios de los grupos, horarios determinados por las exigencias de la actividad productiva que necesitaba tener organizadas la entrada y salida de los trabajadores de la obra para asegurar la continuidad del trabajo. Así, el horario de las comidas en el comedor se definía de acuerdo con la salida de los diferentes grupos. Estos, en general, volvían para hacer refrigerios intermedios (normalmente el almuerzo) o los últimos refrigerios del día. De esta manera, el comedor ofrecía varios horarios, comenzando el desayuno a las 5, el almuerzo a las 10 y la cena a las 4 de la tarde.

El ajuste del abastecimiento de alimentos a las necesidades de la organización del trabajo es aún más evidente cuando a los grupos que realizaban jornadas de tipo *virada*, que demandaban su presencia durante toda la noche en la obra, se les llevaba comidas intermedias al lugar de trabajo y allí comían, para no perder tiempo con el traslado de los operarios hasta el comedor. Retomaré estas cuestiones en el capítulo 4, donde veremos la alimentación como uno de los principales focos de conflicto en la época de la construcción.

Cotidianamente en el campamento, en el dominio de influencia de la administración de la compañía se destaca el hecho de que las formas posibles de ocio también se situaban en un cuadro que escapaba al control y a la deliberación de los trabajadores. La compañía virtualmente administraba el escaso tiempo libre de los operarios. En este contexto no es absurdo suponer que la programación del cine local fuera orientada por la administración, obedeciendo tanto a sus intereses como a las ideas que por ventura tuviesen respecto a qué películas serían de la predilección de los trabajadores. El club de los operarios probablemente era pasible de un control más explícito, ya que su funcionamiento no debía quebrar las reglas disciplinarias de rutina del campamento promoviendo fiestas que se extendieran durante la noche o en las cuales los trabajadores se embriagaran. Una de las formas de ocio más presentes en diversos campamentos era el equipo de fútbol incentivado por la administración. La hinchada del equipo de fútbol de la compañía expresa un artificio a través del cual personas en posiciones diferentes dentro de una jerarquía dirigen sus energías hacia un mismo objetivo. Nótese que frecuentemente el nombre del equipo era el mismo que el de la compañía, lo que ciertamente llevaba a la hinchada, un grupo ahora socialmente indiferenciado, a gritar y desear que la empresa venciera. O sea, a través de la hinchada del equipo, las fronteras y diferencias sociales eran momentáneamente anuladas y todos pasaban durante cierto período a identificarse con un ideal común. Lo que dominaba este ideal era que venciera el equipo de la compañía. En este instante, la compañía dejaba de ser una unidad diferenciada para adquirir la apariencia de un todo homogéneo, con intereses homogéneos y que eran igualmente asumidos por sus miembros.

Goffman (1974), en el ámbito de la distinción entre dirigentes e internados en *instituciones totales*, califica a las “ceremonias institucionales” como prácticas “que expresan solidaridad, unidad y compromiso conjunto con relación a la institución, y no diferencias”, y “a través de las cuales los internados y el equipo dirigente llegan a estar suficientemente cerca como para tener una imagen un poco más

favorable uno del otro, y a identificarse con la situación del otro” (p. 85). Él llama la atención sobre el hecho de que en los llamados “deportes internos”, al “hinchar por el equipo de la casa, el equipo dirigente y los internados muestran una participación semejante en la entidad institucional” (p. 95).

Sin embargo, hay un campo aún más privilegiado para entender el poder de la administración del campamento y su subordinación a los intereses de la actividad productiva: se trata del control y vigilancia permanentes realizados por agentes de la administración a los cuales están sometidos los operarios cotidianamente en el interior del campamento. Este control y disciplina pueden ser encontrados ya en la entrada del campamento, donde una garita vigila el movimiento, así como revisa a los operarios en busca de armas (generalmente cuchillos) o de la prohibida y controlada *cachaça*. Veamos cómo se daba esto en el campamento de la constructora Oval, según el relato de un obrero:

Estaba expresamente prohibido entrar bebidas alcohólicas, estaba prohibido tener armas de cualquier especie, cuchillo o navaja. Había una guardia de la compañía formada allá, de obreros que formaban la guardia para cumplir el horario en la puerta para que uno entre. Los guardias eran justamente para eso: para abrir el portón para que entre el coche al alojamiento y revise la valija del que llega. El sujeto va por la calle, para ver si entra con *cachaça* o con un arma, y también para ver algún tumulto, algún posible tumulto que surja dentro del alojamiento. Uno entraba con una valija, ellos revisaban la valija en la entrada y todo. Así también el compañero rompía la vigilancia y entraba con *cachaça*... ¿no?

Otras expresiones de disciplina son las filas para el uso de los baños, como también aquellas de entrada al comedor. En esta última, el trabajador sigue un orden establecido para conseguir su alimento. Estas formas de control y disciplina interna son realizadas por grupos de funcionarios y vigías directamente vinculados a la administración. Estos últimos tienen una doble función: además de mantener el orden de cientos de hombres en una situación social poco común (gran agotamiento

de trabajo conjugado con la subordinación a varias reglas ordenadoras de su cotidianeidad y a la relativa ausencia de mujeres), denunciar eventuales liderazgos que se formasen en conflictos específicos.

Campamento de gran proyecto: ¿institución total?

La situación inusitada que crea la forma de vivienda del campamento se reflejó en el Censo Experimental de 1959 cuando este clasifica, “de conformidad con la naturaleza del vínculo de convivencia”, a las familias *cenitarias*, “conjunto de personas moradoras en *domicilio* (unidad de habitación) sea particular o colectivo, en *grupo familiar* (básicamente definido por parentesco) y *grupo conviviente*, que se definía cuando el vínculo de convivencia fuese más relacionado con el interés común, disciplina o finalidad de la institución a la que pertenecieran sus componentes, como es el caso de los religiosos en *conventos*, huéspedes en hoteles y similares, militares en *cuarteles*, estudiantes en *internados*, asilados en *instituciones de asistencia o de amparo*, etc.” (IBGE, 1959: 67, el resaltado es mío). Es tan sobresaliente la presencia de los así llamados grupos convivientes, que más adelante encontramos en el texto del Censo que “en Brasilia, la importancia de los grupos familiares en la constitución de la población decrece considerablemente, dada la elevada participación de grupos convivientes que componen los campamentos de obras” (ídem).



Campamento de la construcción del Palacio de la Alborada (1958-1959)

Evidentemente, los campamentos poseían altos índices de “grupos convivientes” en detrimento de los “grupos familiares”. Aquellos que formaban la región de Vila Planalto, en la cual se situaba el campamento de la Redonda, tenían una proporción de 70 % de “grupos convivientes” para 30 % de “grupos familiares” (ibidem: 68). La influencia de este tipo de conjunto de viviendas para la caracterización del territorio de la construcción era tal que el Censo llegó a considerar Brasilia como un vasto campamento (ibidem: 70).

Además de informaciones de orden cuantitativo, al clasificar los campamentos con sus alojamientos como grupos convivientes, el Censo también llamó la atención sobre los aspectos cualitativos, ya que en esta categoría calificó también situaciones pasibles de ser insertas en la categoría de *instituciones totales*. Sin duda, esta clasificación censitaria remite inmediatamente a la constatación de una situación residencial con particularidades propias, que le atribuyen especificidades encontradas en las instituciones totales. Goffman (1974: 16) caracteriza a estas instituciones:

Toda institución conquista parte del tiempo y del interés de sus participantes y les brinda algo de un mundo; en resumen, toda institución tiene tendencias de ‘cierre’. Cuando reseñamos las diferentes instituciones de nuestra sociedad occidental, verificamos que algunas son mucho más ‘cerradas’ que otras. Su ‘cierre’ o su carácter total es simbolizado por la barrera a la relación con el mundo externo y por prohibiciones de salida que muchas veces están incluidas en el esquema físico, por ejemplo, puertas cerradas, paredes altas, alambre de púa, fosas, agua, selvas o pantanos. A tales formaciones doy el nombre de instituciones totales... (p. 16).

Al clasificarlas en cinco grupos en general, Goffman menciona “las instituciones establecidas con la intención de realizar de modo más adecuado algún trabajo, y que se justifican sólo a través de tales fundamentos instrumentales: cuarteles, navíos, internados, campos de trabajo, colonias y grandes mansiones (del punto de vista de los que viven en las viviendas como empleados)” (p. 17). *Campo de trabajo* es

en la edición brasilera una traducción literal de *work camps*, o sea, *campamentos* para la realización de un trabajo, generalmente con residencias colectivas y de población básicamente masculina.

Para Goffman, las características centrales de las instituciones totales son: “todos los aspectos de la vida son realizados en el mismo lugar y bajo una única autoridad; cada fase de la actividad diaria del participante se realiza en compañía inmediata de un grupo relativamente grande de otras personas, todas ellas tratadas de la misma forma y obligadas a hacer la misma tarea en conjunto; todas las actividades diarias son rigurosamente establecidas en horarios, pues una actividad conduce en un tiempo predeterminado a la siguiente y toda la secuencia de actividades es impuesta desde arriba por un sistema de reglas formales explícitas y un grupo de funcionarios; las varias actividades obligatorias son reunidas en un plan racional único, supuestamente pensado en función de los objetivos oficiales de la institución” (ídem: 18).

Más allá de eso, para él, el “hecho básico de las instituciones totales” es el “control de muchas necesidades humanas por la organización burocrática de grupos completos de personas” (ídem), lo que necesariamente implica una vigilancia y, por lo tanto, la presencia de individuos con funciones de vigía, de guardia. Ciertamente, debido al carácter de las instituciones que Goffman estudió, algunas generalizaciones que están implícitas a su definición pueden ser cuestionables en el análisis de casos concretos. En lo tocante al campamento de un gran proyecto de construcción civil, hay que relativizar ciertos puntos. Primeramente, no todos los aspectos de la vida son realizados en el mismo lugar y bajo una única autoridad, visto que la actividad productiva de los trabajadores es obviamente efectuada fuera del campamento y algunas actividades de ocio también. No obstante, debido al vínculo orgánico mantenido entre el campamento y la obra, y a la ausencia de tiempo libre, el campamento puede ser considerado como una extensión de la obra (por ajustarse a las determinaciones de esta), o puede también ser considerado como una forma agigantada de los alojamientos existentes en obras particulares

y que, aquí sí, comparten la misma unidad espacial de la actividad productiva. Se debe notar también que la entrada y salida de los individuos, si bien es controlada, no es formalmente impedida como ocurre en el caso del *internado*.

Por otro lado, las familias, aunque en número bastante reducido y aisladas de sus redes de parentesco más extensas, están presentes, y sabemos que Goffman las considera incompatibles con las instituciones totales (ídem: 22). Entretanto, la presencia de familias no es incompatible con la caracterización de la forma de vivienda del campamento como institución total, ya que ahí se encuentra en número reducido lo que acaba generando varias especificidades para su vida cotidiana en estos lugares. Una de ellas, y básica, se refiere a restricciones al comportamiento de sus miembros femeninos, vista la gran desproporción entre hombres y mujeres en los campamentos. El testimonio que sigue es un ejemplo donde se combina el poder del jefe del campamento de dirimir los conflictos personales de los moradores, con la cuestión de la relación entre géneros en el campamento, que era bastante controlada por el temor de que el gran número de trabajadores sin familia pudiese resultar en ataques sexuales contra las hijas o esposas de los controladores de la producción. Es claro que las próximas palabras deben ser entendidas también en un contexto donde la representación sobre las mujeres está bastante permeada por nociones de *honra, castidad y virginidad*:

Había confusión aquí diariamente. Carlão (jefe del campamento) porque era vivo. Andaba con una camioneta por ahí (...) cualquier cosa corrían a la casa de él... Había un tipo que se comió a una chica cerca de aquel almacén ahí. Él vivía aquí. Ahí el guardia tenía vergüenza de hablar de eso... Un día el guardia le explicó a un viejo allá. El guardia llorando: el hijo de puta (imita el guardia llorando), acá cerca mío y tal cosa. La chica salió para abajo llorando y el chico. Ahí enseguida él corre y lo llama a Carlão. Carlão bajó con la camioneta acá abajo echando humo. Ahí habló con el joven: No tenés vergüenza, ¿te la comiste o no? Entonces te casás, ¿sabés?, te vas a casar, acá no es así, si comiste te tenés que casar. Largar a la chica sola, no queda

así. ¿Te vas a casar o no te vas a casar? -Me caso. Entonces está bien. Y no te escapás, ¿eh? Si te escapás te buscamos. Carlão era el calentón (mantenimiento de máquinas).

La similitud entre formas de vivienda proletarias construidas por capitalistas con las instituciones totales fue blanco de consideraciones anteriores por parte de autores como Leite Lopes y Machado da Silva (1979: 15-16). Ellos estaban preocupados fundamentalmente por la comprensión de la relación fábrica/villa obrera, que ciertamente mantiene semejanzas con los campamentos de las grandes obras de construcción civil. No obstante, la temporalidad de la existencia de los campamentos, que se expresa inclusive en el material de construcción en ellos utilizado, crea particularidades que los diferencian cualitativamente de las villas obreras. Una comparación entre estas formas de vivienda proletaria surge en el mismo libro anteriormente citado, en un artículo de Leite Lopes:

Esos casos de alojamiento de mano de obra soltera y sin familia a cargo de la propia empresa recuerdan las características de las llamadas instituciones totales (Goffman, 1971) (...). Una aproximación de esas características con las carpas y galpones de la construcción civil, de las obras públicas, de la construcción de calles, etc. sería más remota en virtud de la breve permanencia de ese 'proletariado nómada' en esos trabajos, de su movilidad y de su cambio constante de patrones, atenuando la sumisión temporaria del control de la empresa sobre la totalidad de la vida cotidiana. Comparado con ese 'proletariado nómada', la situación del proletariado estable de las fábricas y minas, que habita con su familia en las casas de propiedad del patrón, se aproxima más a las características de las 'instituciones totales' por la sumisión a la empresa en las varias esferas del trabajo, de la vivienda, del tiempo libre y del ocio, y por el mayor cierre a *lo largo del tiempo*. No obstante, la propia presencia de la familia en el caso de ese proletariado estable es incompatible con las características de las 'instituciones totales'... (Leite Lopes, 1979: 45).

Caben aquí algunos comentarios sobre esta última cita. En seguida Leite Lopes reconoce que durante el período en que el “proletariado nómada” (noción que toma prestada de Marx) permanece sedentario realizando un trabajo, el control ejercido por el patrón sería aún mayor que aquél ejercido en la villa obrera estable, “el cual contaría con la existencia de la familia para colocar límites al control de la empresa sobre la esfera doméstica del trabajador” (idem: 46). De hecho, en una situación de gran obra, que ciertamente es temporaria, los campamentos están mucho más próximos a la caracterización de las instituciones totales que las villas obreras. Esto es así, dada la presencia extremadamente reducida de familias y dado que ellas están prácticamente impedidas de realizar varias actividades típicas de la vida doméstica, tanto en lo que respecta al ocio como a las estrategias económicas que podrían desempeñar como unidades de reproducción de fuerza de trabajo.

Se puede afirmar que las características de instituciones totales en los campamentos de obras de la construcción civil son más atenuadas que las presentes en las villas obreras, como notó Leite Lopes, apenas considerando la duración en el tiempo de cada una de estas formas de inmovilización de la fuerza de trabajo. Pero es claro que durante el período en el cual un “proletariado nómada” ejecuta una obra, son visibles en los campamentos las dinámicas de las instituciones totales operando durante un tiempo considerable. Cuando tratamos específicamente de grandes obras, los períodos son más largos de lo que en general se imagina, como, por ejemplo, es el caso de la construcción de grandes hidroeléctricas. Más allá de eso, la experiencia transitoria dentro de las instituciones totales puede ser diferenciada según el caso y según los individuos, pero es característica de varias de ellas, como los manicomios, hospitales y prisiones.

En el sentido común también fueron recurrentes las analogías que comparan los campamentos con prisiones o campos de concentración (cf. *Tribuna da Imprensa*, Río de Janeiro, 13 de junio de 1958, en Compilación Novacap), o que indicaban un tratamiento inhumano dispensado a sus *internados*:

Todos los campamentos que había aquí estaban cercados. Había un guardia en la puerta. Uno no entraba así nomás, no. Para entrar estaba el guardia en la puerta. El señor era dueño de un campamento, su grupo, sus peones, estaba todo dentro de la cerca. De vez en cuando pasaba un peón para mirar si la cerca estaba buena (peón).

-¿Quiere decir que el personal que vivía en el alojamiento tenía una vida diferente? -Diferente de los otros. Era una vida aislada, una vida allá..., de preso, ¿no? Es un preso, con condiciones solo de trabajar y recibir el dinero y sin condiciones de salir (carpintero).

En síntesis, los campamentos son objeto de reflexión central en este estudio porque: 1) tienen existencia obligatoria y en cantidad numerosa en un gran proyecto; 2) su presencia, al concentrar a los trabajadores en unidades separadas entre sí por cercas de alambre de púa o por grandes espacios, facilita el control de la población en ese territorio; 3) son un lugar básico de realización de pequeñas parcelas extra-actividad productiva de la vida cotidiana de los trabajadores; 4) implican una subordinación tal de los trabajadores a la misma administración que controla el uso de su fuerza de trabajo, que “las pequeñas parcelas” extra-actividad productiva se ven penetradas y dominadas por los intereses de la esfera de la producción; 5) es evidente, en sus configuraciones espaciales, la influyente ausencia relativa de familias y mujeres; 6) implican reglas de comportamiento y divisiones sociales del espacio nítidamente vinculadas a las especificidades de la producción de una gran obra de la construcción civil, lo que los aproxima a la caracterización de institución total.

Vista la forma de vivienda típica para las necesidades de realización de un gran proyecto, paso ahora a situar al trabajador en su actividad productiva dentro de la construcción, a través de la comprensión de las formas en que se daba la explotación de la fuerza de trabajo.

Capítulo 3

El trabajo

Un gran proyecto crea, casi repentinamente, una gran oferta de empleos en una determinada región. Al mismo tiempo, el volumen de trabajo que será realizado requiere una organización de la producción que permita el cumplimiento del plazo fijado para la entrega de la obra como un todo. Es necesario que el trabajo sea hecho constante e intensamente. De cara a la enorme necesidad de trabajo, la utilización de formas comunes de explotación de los trabajadores de la construcción civil ocurre de manera exacerbada. La frecuencia y la recurrencia de estas formas son el núcleo definidor de la especificidad de la construcción de Brasilia, en términos de la explotación de la fuerza de trabajo. Son formas vinculadas a un aumento de la explotación vía *extensión* o vía *intensificación* de la jornada (*viradas y tareas*, por ejemplo), que permiten instaurar el ritmo de trabajo que posibilitó la inauguración de la Capital Federal el 21 de abril de 1960. Este ritmo adquirió una excepcionalidad tal, que pasó a ser conocido con el rótulo del producto final: el célebre *ritmo Brasilia*.

El recurrir a las formas de explotación arriba mencionadas implica el pago de horas generalmente en un precio más alto que el de la jornada laboral legal. En Brasilia era elevada la oferta de estas horas más caras, que evidentemente atraían a los trabajadores. En un primer momento, se podía pensar que los costos inmediatos de

los capitalistas individuales, con los salarios de los trabajadores, aumentaban. Pero estos costos pueden, en cierta medida, relativizarse, ya que en los contratos con la Compañía Urbanizadora de la Nueva Capital (NOVACAP) las empresas recibían una comisión de cerca de 12 % sobre todos los gastos relativos a la construcción (*Diario de Brasilia*, 1959: 274).

La posibilidad de incrementar el salario con un gran número de horas extras aparece claramente como el gran atractivo económico para la masa de trabajadores que se dirigió a Brasilia, si consideramos la variación del salario mínimo que existía entonces en el ámbito nacional. En esta época, el mayor salario mínimo, fijado el 14 de julio de 1956, era el de la Capital Federal, Río de Janeiro, en un valor de Cr\$ 3.800,00. El salario de la primera sub-región de Goiás (Cr\$ 2.400,00), el mínimo más alto del estado, era también mayor que todos los salarios mínimos vigentes en el Norte y Nordeste (excepto la primera sub-región de Pernambuco con Cr\$ 2.700,00), siendo, no obstante, más bajo que el de Minas Gerais (de Cr\$ 2.850,00 hasta Cr\$ 3.300,00). Los salarios mínimos del estado de São Paulo variaban de Cr\$ 3.200,00 hasta Cr\$ 3.700,00 (*A Voz Operária*, no 497, 13 de diciembre de 1958).

Por lo tanto, el salario mínimo del área en que se realizaba la construcción no representaba un fuerte atractivo para trabajadores de varias partes del país. De esta forma, el atractivo económico del territorio de la construcción fue para los trabajadores la posibilidad inmediata de agregar a sus rendimientos un gran número de horas a ser pagadas, lo que transformaba los montos recibidos al momento del cómputo final en salarios poco comunes para la construcción civil. Dice un Juez de Trabajo con una gran experiencia en la región, antes incluso de la construcción de Brasilia:

El ritmo impuesto para la construcción de la ciudad creó aquí un sistema de trabajo inusitado en el resto del país. Incluso inhumano. Porque todos los trabajos de la mayoría de los operarios de la construcción civil eran a base de *tareas*. Ellos ganaban salarios altísimos. Había un albañil que ganaba mi salario de Juez de Trabajo.

El trabajo

Aquí se trabajaba de día y de noche, nadie dormía. Nadie, nadie, acá (mantenimiento de máquinas).

Existe cierto consenso sobre el volumen de trabajo que significó la construcción de Brasilia. No es casualidad que la construcción de la ciudad haya sido designada como la *Obra del Siglo*. Alcanzar el objetivo predefinido de la inauguración hizo necesario un esfuerzo constante y continuo. *La Tribuna*, diario editado en el Núcleo Bandeirante, registraba el desarrollo de la obra de la siguiente manera:

En un trabajo ininterrumpido de 24 horas por día prosiguen las obras de la nueva capital del país, que se intensifican a medida que nos aproximamos al día 3 de mayo, cuando el presidente Juscelino Kubitschek desea inaugurar nada menos que 23 emprendimientos en Brasilia. Esa es la información que nos ofrecen los elementos... observando ser realmente impresionante el apremio que se nota hoy en la meseta goiana, transformación, en lo relativo a la nueva metrópoli, en una verdadera colmena humana (20 de abril de 1958).

Es claro el predominio de representaciones que clasifican el período de la construcción de la ciudad como casi exclusivamente dedicado al trabajo. La recurrencia de afirmaciones como “aquí no se paraba, no”, “acá era trabajo día y noche”, “el trabajo era directo”, “aquí no se podía parar”, sumada a la ausencia relativa de tiempo libre y de vida doméstica, indican un universo cotidiano totalmente dominado por el trabajo. Es interesante notar en los testimonios de los trabajadores la alusión frecuente a los ruidos propios de la actividad productiva para demostrar la continuidad ininterrumpida del trabajo:

Pero, señor, es la cosa más linda ver a Brasilia comenzar como la vimos nosotros, era algo más que bonito. El trabajo sin parar. Mire, no se dormía, no había... te podías despertar, te acostabas y dormías, y

te despertabas así, era así: (ímita el rumor de la actividad intensa), ese barullo. Continuo. Porque no paraba nunca. El camión corriendo toda la noche y el peón en la calle siempre, uno saliendo para trabajar, el otro llegando, el otro llegando de no sé dónde. Otro saliendo. Era un sin-parar terrible y el personal trabajando. Trabajaba día y noche. No existía el momento en que no escucharas golpear el martillo, andar el camión, el tractor rugir (carpintero).

En esa construcción de bloques era continuo. Ahí no había día y noche, era continuo. Nos acostábamos escuchando el martillo la noche entera. Martillo, serrucho, escuchando, oyendo el serrucho toda la noche, el martillo y todo (se ríe) (peón).

A cualquier hora de la noche que llegaras a Brasilia la impresión que tenías era que era de día, porque el barullo del martillo trabajando, pá, pá, pá. Era la misma cosa de día o de noche que estaba el grupo, los grupos que seguían de largo. Había grupos de noche y además de eso había grupos que hacían *virada*. Entonces era..., era un sudor hasta divertido, para decirte la verdad, era una cosa que nunca vi en mi vida, ni sé si voy a ver, un ritmo de trabajo de ese tipo.

¿No? Era hasta lindo (Albañil).



A camino del trabajo cerca del Congreso Nacional, septiembre 1959.

La continuidad e intensidad del trabajo son percibidas a través de un prisma que disuelve barreras “naturales” para el desempeño de actividades productivas. Subyacente a las formulaciones, existe una identidad entre el día y la noche del tipo: aquí no había ni día ni noche, era todo la misma cosa. Esto es, una vez que el período inmediatamente clasificable como destinado al reposo -la noche- era incorporado a la actividad productiva con la misma intensidad que el período socialmente conocido como típico para el trabajo -el día- lo mismo era, desde el punto de vista de aquellos que estaban al servicio del proceso productivo, uno u otro. Noche y día se vuelven la misma cosa, homogeneizados por la extensión y generalización de la actividad productiva al período nocturno. Esto implicará particularidades relativas al trabajo, verdaderamente *full-time*, que se desempeñaba. La más visible de ellas es el horario de las comidas, que podían hacerse tanto durante el día como durante la noche, dependiendo del turno en que se estuviese de servicio, o dependiendo también del hecho de estar los trabajadores en una *virada* o en *tareas*. La esfera de la producción redefine así tanto el tiempo social como el individual, en el sentido de que muchos trabajadores pasan a vivir a la noche y a dormir de día durante períodos significativos de tiempo, con implicaciones individuales distintas. No parece, por lo tanto, aleatorio el hecho de que varios ejemplos relativos al ritmo del trabajo se refieran al período nocturno.

Un operario, que trabajaba en los intersticios de las jornadas de sus colegas por ser su actividad el mantenimiento de las máquinas, echaba mano de estimulantes para poder llevar ese ritmo de trabajo. La continuidad de esta práctica llegó al punto en que tuvo serios problemas nerviosos, se caía repentinamente al suelo sin movimiento alguno. Fue pensionado por invalidez. Este trabajador también habla del uso de comprimidos por parte de otros operarios para resistir la jornada:

El pueblo acá no volvía del trabajo. El pueblo aquí trabajaba un día, una noche, una noche iba hasta... Era controlado, paraba a las diez

de la noche. Pero los que paraban a las diez de la noche eran los jefes. Los operarios no paraban. Principalmente el picador. El picador y el palero las veces que ya habían trabajado esas horas, venía un fulano, un fiscal y decía: 'No, vamos a trabajar un poco, vamos a trabajar un poco más y ganar tantas horas'. Ahí los pobres trabajaban con más ganas, seguían. Tomando café y aquellos comprimidos para no dormir.



En la construcción de los ministerios. Foto de Mário Fontenelle.

La contrapartida, en los discursos de los informantes, de la totalización hecha por la actividad productiva era la abundancia de dinero. Cuando se referían a la suma de dinero que circulaba en el territorio, en general afirmaban enfáticamente que el dinero era “lo que no faltaba y circulaba por demás”:

Quando llegué acá a Brasília, el dinero se juntaba con pala. ¿O no? Entonces nosotros criados ahí en Goiânia donde no se veía un peso, llegamos acá y vimos aquella cantidad de gente, de dinero corriendo. Y había mucha facilidad de dinero, era aquel dale que dale, que da

miedo. ¡Pero pibe! (enfático). Corría el dinero, no era ningún chiste. Vos ves, mi mujer estaba guardando dinero en el banco. Mi mujer nunca había visto dinero (carpintero).

Pibe, el dinero acá, voy a contarte: corría, dinero (enfático). Era oro. Te voy a contar: yo nunca vi un movimiento en mi vida como lo que vi acá en ese, en ese Bandeirante (carpintero).

La percepción, registrada en la memoria, que muestra el período como de hartazgo de dinero lleva a algunas variantes. Una, la más inmediata, remite a la situación de migrantes de los trabajadores. Para una buena parte de los operarios, calificados o no, el salario pago ya representaba una cantidad mayor que el recibido en su región de origen. Otra variante sugiere que la idea de abundancia de dinero se vincula al gran número de horas extra trabajadas cotidianamente. El incremento de varias horas a la jornada de trabajo más allá de lo legalmente permitido, así como la existencia de otros mecanismos de explotación como la *tarea*, más la presencia naturalizada del trabajo nocturno, se imbrican con el salario relativamente mayor que se pagaba en el territorio (en comparación con algunas regiones) y con la percepción por parte de los trabajadores del gran volumen de la obra realizada, lo que permitía trabajar un mayor número de horas para agregarlas al salario. Estos son los formadores del caudal que permitirá entender las formas de explotación de los trabajadores.

Formas de explotación de la fuerza de trabajo

La construcción civil es, tradicionalmente, uno de los sectores donde la explotación del operario se lleva a cabo de manera flagrante (Bicalho, 1978). En lo que respecta a una gran obra, que implicaba una mayoría de la población dependiente directa o indirectamente de la misma actividad productiva, las características inherentes a este ramo de la producción llegan al paroxismo. Así, las formas corrientes de explotación de la fuerza de trabajo adquirirían en el caso

estudiado dimensiones superlativas. El aumento de esta explotación se daba no sólo por la extensión de la actividad fuera de los límites de las jornadas legales, sino también a través de su extensión a días no laborales, como domingos y feriados.

Es una situación clara de ausencia de tiempo libre e inexistencia del período de vacaciones. El tiempo libre desaparece tanto en el día del trabajador, como en su semana y en su año. Durante el día, los períodos de tiempo que sobran son sólo intervalos entre las partes de la jornada de trabajo, dedicadas a su reproducción (básicamente alimentación y reposo). Tomando la semana como unidad de tiempo, para muchos sólo la tarde del domingo era manifiestamente “libre”. Para otros, el trabajo en este día era una forma de recibir más salario debido al mayor precio de la hora de trabajo el domingo. Tomando el año como unidad de tiempo, se deriva en la ausencia de vacaciones. La transformación del tiempo libre en tiempo de trabajo aumenta la explotación del trabajador tanto como la subordinación de su vida cotidiana a la esfera de producción. Hay que situar esta subordinación del trabajador en un contexto donde se combinan la necesidad de las constructoras por trabajo y la *búsqueda* de los operarios de una mayor cantidad de horas trabajadas para aumentar sus salarios. De aquí surge una particularidad siempre presente en la representación que se hace de la época: hay mucho trabajo y se puede ganar mucho dinero; por lo tanto, para ganar más hay que trabajar más. Esta ecuación explica por qué en este período los operarios asumen el ritmo de trabajo de tal manera que lo que sería una coacción impuesta por las necesidades de la construcción de la obra - el gran número de horas trabajadas aparece frecuentemente como una opción o un *deseo* del trabajador.

Al mismo tiempo, es fácil suponer que los trabajadores individuales que no se sometieran al ritmo impuesto se enfrentarían con las necesidades objetivas de la actividad productiva:

La vida era llegar y dormir. Llegaba, venía el camión a dejarnos para el almuerzo, almorzábamos, y nos íbamos. Cuando se hacía la tarde venían, cenaban, se bañaban, comíamos y a dormir. Así. No había ese

asunto de la buena vida. Acá no había franco nunca. Ni el domingo acá se paraba. Acá paraba el domingo quien quería. Pero el que venía a trabajar no paraba porque el domingo eran dos días. ¿Quién iba a parar? El que vino a ganar dinero no hacía eso (peón).

Entonces había que trabajar, de las seis horas del día, el día, la noche, y trabajar el otro día tal vez, y hasta las diez de la otra noche. Y ahí me iba a dormir. Dormía de las diez hasta las seis de la mañana y empezaba de nuevo. El domingo yo paraba, el día domingo acá, desde las dos de la tarde. Feriado nadie tenía. Feriado acá no se tenía, ni domingo. Era directo. No se tenía nada de eso (...). En ese tiempo de la construcción de Brasilia nadie tenía vacaciones. Nadie daba vacaciones (...). Vendían las vacaciones (mantenimiento de máquinas).

Los mecanismos de explotación en la construcción civil obedecen, claro, a la lógica del sobretrabajo en el capitalismo. Hay que entenderlos para, enseguida, exponer cómo operaban concretamente en las jornadas de trabajo cumplidas en el territorio de la construcción.

Las formas vinculadas al incremento de horas a la jornada de ocho horas en la construcción civil son, básicamente, las *horas extra* y la *virada*. En su trabajo de 1978, Bicalho afirma que “para los trabajadores de la construcción civil la jornada de diez horas diarias de trabajo es considerada ‘normal’. Junto con el contrato usual de ocho horas, firman también la aceptación de una prórroga de dos horas de trabajo diarias. Entretanto, el ritmo intensivo del proceso de trabajo exige un prolongamiento aún mayor de esta jornada” (1978: 109). La misma autora habla incluso de la existencia del *serão*, mecanismo pasible de ser clasificado como una forma más de explotación por incremento de horas, ya que implica la extensión de la jornada. No obstante, no nos fue posible saber si durante el período que estudiamos el *serão* corresponde a un prolongamiento más allá de las dos primeras horas extra permitidas por la legislación o si, además, era una forma intermedia no legal entre las horas extra y la *virada*. Por otro lado, en los datos encontramos equiparaciones hechas por los trabajadores entre el *serão* y las horas extra y entre el *serão* y la *virada*. De

esta manera, visto que en el ámbito de este trabajo es una categoría difícilmente delimitable, que está sujeta además a la determinación común del hecho de ser una extensión de la jornada de trabajo, decidió mantenerme en el marco de las formas horas extra y *viradas*.

Estos mecanismos tienen como característica común el hecho de ser un prolongamiento, mayor o menor, de la jornada del trabajador. Poseen una diferencia formal en la medida en que, sobre la jornada legal de trabajo, la legislación permite en un primer momento incrementar dos horas remuneradas con un aumento de por lo menos 20 %. Es posible así, mediante un acuerdo escrito entre empleador y empleado, o contrato colectivo de trabajo, la existencia legal de una jornada de diez horas diarias (ver Consolidación de las Leyes del Trabajo, artículo 59). Excepcionalmente, la legislación laboral vigente desde 1943 en el Brasil permite un incremento de dos horas más sobre la jornada de diez horas, cuando se configure “necesidad imperiosa”, “motivo de fuerza mayor”, la necesidad de “atender a la realización o conclusión de servicios impostergables o cuya no-ejecución pueda acarrear perjuicio manifiesto”. Semejante ritmo de trabajo debe ser comunicado “dentro de los diez días a la autoridad competente en materia de trabajo, o antes de ese plazo justificado en el momento de la fiscalización, sin perjuicio de esa comunicación” (ver CLT, artículo 61). En este caso, la remuneración de la hora excedente igualmente será superior a aquella de la jornada de ocho horas. Esta prórroga es unilateral, pudiendo, así, ser impuesta por el empleador. En suma, hay suficiente espacio en el texto de la Consolidación de las Leyes del Trabajo para permitir un aumento del 25 % de la jornada legal, hasta diez horas, ya que la extensión de la jornada normal en dos horas como máximo es reconocida como legal. A partir de ahí, salvo las excepciones mencionadas, cualquier extensión es ilegal. Es bueno destacar que no es legal cualquier jornada que sobrepase, por motivos extraordinarios o no, el límite excepcional de doce horas. La jornada de doce horas tampoco puede extenderse indefinidamente.

No pretendo ahondar en exégesis de la legislación laboral, ni tampoco sugerir que si la ley prohibiera el exceso de horas más allá de

la jornada legal, esto se cumpliría. Lo que quiero dejar claro es que se puede configurar la legalidad de la jornada de trabajo hasta diez horas diarias, siendo este un factor importante que diferencia el uso ilimitado de las horas extra, del uso de la *virada* que, como se verá, acontece totalmente fuera de cualquier legitimidad jurídica.

En la construcción de Brasilia, el gran número de horas extra fue fundamental y formó parte de la lógica de explotación típica del gran proyecto en la medida en que fue uno de los artificios que permitió instalar el ritmo intenso de trabajo requerido para la ejecución a tiempo de la obra. La normalización de jornadas extremadamente extensas fue tal que inclusive la más alta autoridad del país, el presidente de la República, llegó a afirmar: “El año 1957 fue de intensa actividad en el Planalto. El régimen de trabajo allí era continuo. Los grupos de trabajo se sucedían, cada uno trabajando *cerca de 16 horas*” (Kubitschek, 1957: 80, el resaltado es mío). El respeto a la legislación laboral sería más tarde clasificado como expediente burocrático cuando, en un discurso el día 11 de octubre de 1958, JK dijo que en Brasilia “no hay horario burocrático para el servicio, se trabaja día y noche” (*Diario de Brasilia*, 1958: 115). Para el trabajador, la posibilidad de adicionar a su salario los rendimientos provenientes de las horas extra se convierte en el camino que lo lleva a someterse e incluso a “desear” trabajar siempre más de la jornada legal. No es por otra razón que, eufemísticamente, una entrevista encargada por el gobierno atribuyó a los operarios la solicitud de extender la jornada más allá de las ocho horas:

Es interesante lo que se observaba en Brasilia en relación al número de horas de trabajo. Tratándose de un centro de actividad de naturaleza absorbente, al comienzo, el trabajador rechazaba la oferta de servicio para el horario de ocho horas. Argumentaban que habían ido a Brasilia con dos objetivos: construir la capital y ganar dinero. Así, si les dieran trabajo sólo en el régimen normal de 8 horas, serían obligados al ocio y a no tener en qué usar el tiempo. De ahí, la tentación de paseos a la Ciudad Libre, con el cortejo de inconvenientes conocidos. De esta forma, nació del propio trabajador la idea de producir por mayor número de horas, hecho que hoy en Brasilia es

tenido como base normal de trabajo. Después de catorce horas de producción intensa, el operario no tiene muchas ganas de pasear... (“La verdad sobre Brasilia”, *Diario de Brasilia*, 1958: 214).

El esquema básico de producción en la construcción civil se realiza a través de la división del trabajo en grupos que son unidades compuestas generalmente por un número de trabajadores no especializados, los peones, vinculados a un número menor de trabajadores especializados, los profesionales, y un encargado. Los diferentes grupos, sobre todo cuando se trata de una gran obra, pueden estar en un momento de la producción cumpliendo jornadas de trabajo diferentes. Es decir, al investigar un período de la actividad productiva podemos encontrar varios grupos en momentos diferentes de sus jornadas de trabajo, o cumpliéndolas en horas distintas. Pueden ser los grupos de la noche trabajando horas extra durante el día, o viceversa. Pueden también ser grupos que estén haciendo *viradas* o *tareas*. De cualquier manera, hay un hecho en común, sobre todo en lo relacionado a los mecanismos de explotación que implican una extensión de la jornada, que es la normalización de las horas extra. Las implicaciones de este hecho están bien expuestas por José Sérgio Leite Lopes al analizar la situación de los trabajadores de las plantas industriales de azúcar:

(...) con respeto deferente y formal de la jornada de trabajo legal, las cuatro horas además de las ocho son consideradas horas ‘extra’ -exceptuando, no obstante, que la jornada de trabajo en la fábrica es tal que provoca una inversión entre lo ‘extraordinario’ y la ‘normalidad’, ya que la jornada de trabajo ‘extraordinaria’ realizada por el conjunto de turnos sería equivalente a una jornada ‘normal’ de ocho horas de un grupo más (o sea, el conjunto de ‘horas extra’ trabajadas por los dos turnos de operarios de la fábrica, potencialmente, daría lugar a un turno más) (Leite Lopes, 1976: 74).

Vemos entonces que cada dos grupos o cada dos trabajadores individuales que suman a su jornada cuatro horas más están supliendo con eso el trabajo que sería realizado por otro grupo o por otro

operario, completando una jornada legal de ocho horas. Así, las firmas economizan la contratación de otros operarios a través de una explotación mayor de los ya empleados. Por otro lado, para el trabajador, como se sabe, las horas extra pasan a ser parte necesaria de su jornada de trabajo.

De tal forma que no le parece interesante o posible prescindir de ellas. Pero, ¿qué es la *virada* en la construcción civil? Es un mecanismo ilegal de explotación, consistente en la extensión de la jornada de trabajo y pasible de ser considerado la forma agudizada de este tipo de explotación. Normalmente implica trabajo durante 24 horas o más, entrecortadas apenas por períodos dedicados a la alimentación, frecuentemente realizada en la propia obra. Su designación apunta a la extensión de la jornada hasta entrada la noche, una vez que el día “vira” (se transforma) en noche. Según Nair Bicalho, se echa mano de la *virada* con mayor frecuencia en determinados momentos de la producción ligados al término de ciertas etapas de la obra, principalmente en fases de concreción. La utilización de este recurso se vincula a la necesidad de apurar la actividad productiva para cumplir con los plazos de entrega de la obra. De este modo, los operarios son obligados a participar de la *virada* que, en la investigación de esta autora, es evaluada negativamente por sus efectos nocivos sobre la salud, ya que causa el agotamiento físico aumentando el riesgo de accidentes de trabajo (Bicalho, 1978: 117-120).

En la construcción de Brasilia, según testimonios de varios operarios, se sucedían frecuentemente tres *viradas* por semana. El sostenimiento de este ritmo de trabajo, que se completa con el cumplimiento de varias horas extra trabajadas otros días en que no se realizaban *viradas* y con la presencia de mecanismos de intensificación de la explotación, lleva a una dilapidación de la fuerza de trabajo de los operarios que pasan a estar cada vez más proclives a accidentes en una obra que no se destaca por la seguridad. Encontré datos relativos al crecimiento absoluto del número de accidentados atendidos en materia visiblemente oficiosa, en la edición conjunta del 21 de abril de 1960, de los diarios *Correio Braziliense*, *Estado de Minas*, *Folha de Goiás* y *O Jornal*, conmemorativa de la inauguración de Brasilia.

Estos datos indicaban la atención de 342 accidentados de agosto a diciembre de 1957, 1.974 accidentados en 1958, 10.927 en 1959 y 1.028 en los dos primeros meses de 1960. A pesar de, como todo indica, haber sido 1959 el año pico de la obra, el enorme salto entre 1958 y 1959 en el número de accidentados parece absurdo, ya que apuntaría una proporción de casi un accidente por cada grupo de seis personas de la población total. No me detuve en intentar correlacionar el aumento de la atención a accidentados con el aumento de la población en el territorio de la construcción. Así es como recuerda esto un carpintero:

Accidentes siempre, constantemente, había. Siempre fue fatal. En aquella época el trabajo era muy peligroso. Usted sabe que los accidentes de trabajo hasta hoy día son muy difíciles de evitar. Principalmente en aquella época, que todo el mundo trabajaba apurado, corriendo, entonces había muchos accidentes. Hubo varios accidentes de muerte. Sabíamos que había muchos accidentes, pero con respecto a muertes, oíamos hablar mucho pero no había tiempo de saber si era verdad. Había tantos accidentes por andar corriendo, por el apuro y era mucha gente junta. Y también había muchos desgraciados que ni sabían lo que estaban haciendo. Llegaban del norte y ni sabían y ahí venía el problema del accidente. Eran inexpertos y más con el apuro, la forma de hacer la capital.



En la construcción del Congreso Nacional

La falta de seguridad se volvió flagrante, sobre todo en la construcción del anexo del Congreso Nacional, que era el predio más alto en el cual se trabajaba (veintiocho pisos, conocido entre los trabajadores como el *veintiocho*). De acuerdo a varios operarios entrevistados, en este predio murió un gran número de trabajadores debido, en gran medida, a la inexperiencia de la mayoría de ellos con el trabajo en grandes alturas y a la falta de seguridad adecuada. Según algunos relatos, los cuerpos que caían del “28” eran inmediatamente cubiertos con lonas y retirados rápidamente del lugar para no crear un ambiente de conmoción entre los operarios:

De la manera que ellos construyeron aquel 28 ahí, principalmente la estructura, fue una cosa criminal. Porque ahí había que hacer una red.

-¿Qué es eso?

-Es una cerca que hacés por afuera, una cerca para que no pueda caer nada. Para caer en un tablón, ¿cierto? Y ahí no había nada. Estaba todo suelto. Inclusive la prueba que hacían ahí era uno andar por una viga de 15 centímetros, andar en eso a unos 10 metros de altura. Si uno la pasaba, pasaba la prueba. Podía ser analfabeto. Ahí iba a trabajar al montaje. Pagaban tres veces más de lo que ganaba un albañil. Pero también uno estaba corriendo el riesgo, en cualquier momento... El caboclo ahí, por ejemplo golpeando un clavo, un tornillo, con golpes fuertes, con la maza, golpeando allá arriba. Pierde el equilibrio pronto. Caía allá abajo. Y ya lo metían en el camión, lo llevaban a la morgue allá (albañil).

Yo hacía cajones en la NOVACAP. Había días que morían 20, 30. A veces yo estaba durmiendo y llegaba una camioneta: se iba para la carpintería. Y la madera se cortaba allá. Era yo que me ponía con la máquina, entonces moría allá un tipo en la construcción y entonces me llamaban para hacer el cajón. Entonces yo iba. Era casi todo el día haciendo cajones. Yo ya hacía y apilaba para que no me molestasen. Allá, en el 28, se desplomó un ascensor y fueron 9 de una vez. Y en aquella época el cementerio estaba en Luziânia (carpintero).

Yo tengo un primo que hasta hoy está lisiado que cayó del 28, con seis. Él consiguió escapar y los otros seis murieron. Él estuvo no sé

cuántos días en coma. Y la mujer de él allá en el Nordeste esperando que le mande dinero y muriéndose de hambre. La mujer del ingeniero, muy buena, le mandó un ajuar completo para ella. Él se pensionó. Se fue a tratar a Río. Y cuando volvió para acá todo lisiado se pensionó (esposa de comerciante).



La falta de seguridad era visible

La extensión cotidiana de las jornadas de trabajo a través de las horas extra y *viradas*, la ausencia de seguridad en el trabajo, sumado a las condiciones propias de la producción de la construcción civil, que exponen al trabajador a sol y lluvia, calor y frío, todo esto lleva a un punto donde el operario para no quedar desempleado, aunque sea temporariamente, se esfuerza por “aguantar” el ritmo y las condiciones de trabajo y, en consecuencia, se “revienta”. La utilización de estos términos, presentes en varias entrevistas, indica que en alguna medida los operarios tenían conciencia de que estaban sujetos a un ritmo impuesto por las empresas que, en última instancia, destruía sus cuerpos. El primer testimonio abajo, hecho por un operario al recordar su experiencia de encargado de grupo, demuestra visiblemente esto:

Esos hombres vinieron muertos de allá, en malas condiciones. Ya dieron todo lo que tenían que dar allá en el Norte, llegan acá para acabar de morir. Un tipo de esos llega, yo lo extenuo aquí y se muere, su mujer queda esperando que su marido le mande dinero allá. ¿Adónde? Él ya murió. ¡Yo lo maté!

En la obra del Palacio de la Alborada trabajé así: trabajaba 24 horas y descansaba 24 horas. Con unos meses me agoté y fui a San Pablo. No podía dormir. Nosotros queríamos dormir, con ese calor, polvareda, barullo, nadie podía. Allí, me agoté, no aguanté y me fui. Ese ritmo de trabajo fue más o menos seis meses durante la terminación de la losa (peón).

De los muchachos que aguantaron acá, como yo, Virgulino y un tal Caduca, ninguno salió entero. Caduca está enfermo. Es confuso. Está pensionado. El tal Virgulino, un negrito, que es de los tres el que aguantó el servicio aquí, se enfermó, el pobre, y se fue a Piauí. Hasta hoy me acuerdo de eso y me duele el corazón. Porque es como para que duela. Su compañero firme ahí y ser estropeado (...). Pero sufría. Sufría de que todo el mundo saliera enfermo. El carpintero ahí adentro de ese túnel (de la Terminal de micros), ahí fue la lluvia, llovía la noche entera, cayendo agua, uno con aquella capa de lona ahí golpeando los planchones para hacer aquel túnel de la estación (mantenimiento de máquinas).



Obreros en la Terminal de micros.

Pero en aquella época uno se reventaba. Había poca gente y el contrato para la nueva capital tenía que hacerse real, no se podía huir del documento. Tenía que hacerse, se tenía que inaugurar de cualquier manera, se tenía que inaugurar de cualquier manera, se tenía que inaugurar Brasilia. Y entonces todo el mundo trabajaba (capataz).

Se ve cómo las formas de explotación a través de la extensión de la jornada de trabajo implican un desgaste físico pasible de serias consecuencias inmediatas o futuras. Entretanto, algunos operarios podían desempeñar estrategias individuales para no someterse totalmente a la explotación impuesta:

Había gente que dormía con una tabla en la espalda para no ser encontrado in fraganti, se apoyaba en una columna... vos mirabas... Yo me cansé en mi grupo de pasar por eso, había un viejito de Paraíba que trabajaba conmigo, de Monteiro -¿no hay una ciudad de Monteiro?, 64 años, durmiendo con una tabla en las espaldas. ¡Lloré de amargura! (carpintero).

Ahí me encontré con ese carpintero y le dije:

-¿Usted trabaja?

-En la Redonda.

-¿De qué?

-Carpintero, ¿no me ve con el martillo y el clavo?

Le dije: ¿Y usted está por acá? Porque el servicio estaba allá en la estación, estaba para el lado del teatro (Teatro Nacional). Ahí él agarró el martillo así (levantando el brazo como si le fuese a pegar a un clavo) y dijo: ¿ves ese clavo? ¿Ves ese martillo? ¿Vos pensás que voy a maltratar a ese desgraciado ahí (el clavo) que lo voy a lastimar, pibe? Esta compañía ahí le está robando a los operarios más de lo que puede, el doctor Juscelino y todas las firmas roban. Ahora el que no sabe robar, que es honesto acá, está perdido (...) Le pegó en el cabo del martillo y dijo: ese desgraciado (el clavo), ese desgraciado va a ligar un martillazo acá. . .

-¿Pero los peones también conseguían engañar?

Sí, joven. Tenía compañeros que hacían chozas de tablas, por el lado del teatro allá era un montón de tablas ahí, ellos venían a defecar encima de esas tablas, en esas cosas y dormían ahí mismo. Para no ir a la casa a dormir porque estaban ganando (mantenimiento de máquinas).

Las formas de explotación a través de la extensión de la jornada de trabajo pueden darse al mismo tiempo que las formas que explotan la intensidad de la utilización de la fuerza de trabajo, como la llamada *tarea*. Así, estas últimas pueden confundirse con aquellas primeras cuando impliquen jornadas extensas que excedan la jornada legal. Igualmente, ambas formas pueden asociarse a lo largo de la continuidad del proceso productivo. Quiere decir que un mismo grupo de operarios puede estar cumpliendo un régimen de *tareas*, cuyo término los reubicará en un régimen de jornadas extensas; este grupo puede también continuar en el sistema de *tareas*, comenzando una otra. Dentro del proceso productivo se establece, entonces, una continuidad o discontinuidad en la utilización de estos tipos de explotación (más adelante veremos cómo esto aparece en las formulaciones de los trabajadores). En un determinado momento de la construcción se pueden encontrar diversos grupos trabajando, unos en *tareas*, otros en *viradas*.

Las formas que se ejecutan a través de la intensificación de la explotación de la fuerza de trabajo tienen inicio cuando, en el acto de contratarse un servicio específico, las partes involucradas negocian anticipadamente el precio de determinado trabajo. Existen básicamente dos formas íntimamente relacionadas, pero que se distinguen por la diferencia en el cálculo del pago del trabajo y por la mayor o menor funcionalidad de sus aplicaciones para determinados momentos de la producción en la construcción civil. Son las *tareas* y la *empreitada* (trabajo a destajo). En las *tareas*, el contrato es negociado en términos del tiempo que las partes imaginan que el trabajo tomará. Se trata de definir una mayor o menor cantidad de horas para el desempeño del servicio. En la *empreitada* la remuneración del trabajo es fijada en términos del producto final. En ella, el precio del

trabajo es calculado directamente por el producto final y no a través de la mediación directa del número de horas que se imaginan necesarias. O sea, las partes contratantes no discuten un mayor o menor número de horas que *serán* trabajadas, sino que el trabajo será remunerado de acuerdo con lo que se imagina que vale el producto final. Es claro que ambas formas tienen como denominador común el hecho de que, en última instancia, el precio acordado tiene en cuenta, implícita o explícitamente, el cálculo de las horas consideradas necesarias para efectuar el trabajo.

En realidad, esa diferencia puede explicarse al ver la forma de pago de *tareas* como más próxima al salario por tiempo y la *empreitada* como más próxima al salario por piezas que, según Marx, no es más que “la forma transfigurada del salario por tiempo, del mismo modo que éste a su vez no es más que la forma transfigurada del valor o precio de trabajo” (Marx, 1975: 462). Más adelante Marx agrega:

Es evidente que *la diferencia de forma en cuanto al pago del salario* no altera en nada la naturaleza de éste, aunque una forma sea o pueda ser más favorable que otra para el desarrollo de la producción capitalista (...). El salario a destajo no expresa *directamente*, en realidad, *ninguna proporción*. El valor de cada pieza no se mide por el tiempo de trabajo materializado en ella, sino al contrario: el trabajo invertido por el operario se mide por el número de piezas que produce. En el salario por unidad de tiempo, el trabajo se mide por la duración directa de éste; cuando es a destajo, por la cantidad de productos en la cual el trabajo se condensa durante un determinado tiempo (ídem: 463).

Al mismo tiempo, la definición del cálculo económico que da José Sérgio Leite Lopes es bastante útil:

Las operaciones mentales de los operarios, ligadas a su práctica económica cotidiana, por las cuales ellos se orientan para tomar actitudes referentes a la interrelación entre el tiempo de trabajo y el esfuerzo hecho durante ese tiempo, por un lado; y por otro, su renta y su subsistencia (que se constituyen del salario de operario, pero

también de las ‘concesiones no monetarias’ de que usufructuán o podrían usufructuar) (Leite Lopes, 1976: 75).

Un operario diferenció *tareas* de *empreitada* como sigue:

La *empreitada* la hago por un monto exacto. Cobramos por el valor de ese trabajo. No por hora. Si vas a agarrar una *empreitada* hacés el cálculo y das el precio para no perder dinero. Las *tareas* son por cantidad de horas. Ahí a veces uno se queda dos, tres días. Es cuestión de ventaja en horas. Generalmente en aquella sección donde había *tareas* todo el mundo estaba a gusto. Era más para carpintero, albañil, peones, los que tenían más *tareas*. Es así, esa *tarea* va a equivaler a 20 horas. Si terminás en 20 horas, está terminado. Si no, trabajás 20, 30, 40 horas y sólo recibís las 20. Si terminás en 5 horas recibís también las 20. Es más interesante. Trabajás más, pero también ganás más (operador de máquinas).

En ambos casos, el cálculo económico presupone un buen conocimiento del volumen del trabajo y lo que ello implica en términos de fuerza de trabajo en tiempo, de tal forma que un operario define el momento como una negociación donde existe una competencia extremadamente dura. Es claro que la situación de negociación de las *tareas* donde quien está demandando el servicio reduce al límite el número de horas es un caso extremo, desde que el trabajador se da cuenta que no podrá realizar el trabajo en menos tiempo del establecido (si no es obligado a aceptarlo) no le interesa porque, de este modo, desaparecería la *ventaja* que el trabajador supone que hay en este mecanismo. Lo que realmente está en juego en la utilización de estas formas es la intensificación del ritmo de trabajo, que hace que en una misma unidad de tiempo sea mayor el trabajo prestado. Así, para el capitalista tampoco es interesante que la prospección realizada en la negociación no se concrete dentro de los límites imaginados, toda vez que para la misma cantidad de dinero que debe pagar al trabajador, estaría correspondiendo más tiempo empleado con menos trabajo en él.

La *tarea*, por demandar explícitamente el cómputo del número de horas a ser pagadas por el empleador, lleva a una necesidad de

registrarlas a los efectos de control de la administración de la compañía del total de las horas trabajadas por cada trabajador individual, lo que determinará el valor del salario. De este modo, el hecho de que el pago sea en general calculado en horas parece reforzar la *tarea* como una forma más ajustada a contratos de trabajo en los cuales los trabajadores mantienen una relación legal con los empleadores, relación que tiene como telón de fondo una administración y sus agentes.

La *empfeitada*, forma que se aproxima nítidamente al salario por piezas, desde hace mucho que propicia la presencia de intermediarios que reúnen trabajadores con los cuales no mantienen un vínculo legal, ofreciendo el trabajo de ellos para un capitalista, luego repartiendo el precio combinado, ya debidamente disminuido en la parte que se auto atribuyeron por la intermediación.

(...) El trabajo a destajo facilita la interposición de *parásitos* entre el capitalista y el operario con el régimen de *subarrendamiento* de trabajo (*subletting labour*). La ganancia de los intermediarios se nutre exclusivamente de la *diferencia* entre el precio del trabajo abonado por el capitalista y la *parte* que va a parar a manos de los operarios (Marx, 1975: 464).

Nair Bicalho, al explicar recursos frecuentes para burlar la legislación laboral, afirma:

La cuestión del registro (Cartera de Trabajo) de los operarios es mas grave cuando se esclarece la presencia de subempleadores sin idoneidad económico-financiera que se colocan como intermediarios entre la empresa y los operarios. Estos subempleadores algunas veces son pequeñas empresas, en otras no pasan de personas físicas (reclutadores de fuerza de trabajo). Son conocidos como ‘gatos’ (...). El uso de ‘gatos’ por las grandes empresas es un recurso frecuente, principalmente para acelerar la marcha de la obra. En estos momentos, la posibilidad de reunir rápidamente un gran número de trabajadores sin cargas laborales para la constructora resulta en una preferencia por los intermediarios de mano de obra (Bicalho, 1978: 129).

En una gran obra de la construcción civil, el número de contratos realizados por *empreitada* posibilita el surgimiento de una cantidad de subempleadores:

Había muchos gatos acá. Es a causa de la *empreitada*. El gato era un contratista. La firma tenía mucho trabajo y no daba abasto. Entonces le daba al gato. Él empleaba y después fichaba a ese personal. Existe el gato bueno y el sinvergüenza. En aquella época muchos gatos aquí dejaron al personal esperando y se fueron con su dinero. Tuve muchos que hicieron eso, muchos que hicieron eso. El tipo podía ir a trabajar con el gato a veces por ignorancia y a veces porque prometía más al operario. El gato cuando quiere envolver al operario le promete más y después se va (operador de máquinas).

¿Todos los que trabajaban acá en aquella época estaban registrados legalmente? En las empresas, sí. Ahora, los contratistas ('empreiteiros'), que se llaman gato, no tenían. Por ejemplo: una compañía, la Oval, tenía contratista hidráulico, para la parte del agua, ¿no? Tenía un contratista de la parte eléctrica, esos sí, esos empleadores organizaban a los operarios sin fichar...Había un fulano de tal S... M..., ese fue el peor verdugo para la gente acá de Brasilia. Él se quedó tres semanas sin pagar a los operarios -pagaba por semana, ¿no?... Al comienzo de Brasilia era la cosa más triste del mundo, porque hoy si hay un gato que trabaja con 50 hombres ya estás con miedo, ¿no? En aquella época trabajaba con 1.000 hombres sin miedo (peón).

En última instancia, la *tarea* y la *empreitada*, por más que esta última pueda adquirir apariencia de no ser medida en horas, pueden ser vistas como una negociación de horas, la unidad patrón de pago por el trabajo en la construcción civil. El consenso surge justamente de una ilusión para el operario, compuesta tanto de la autonomía de que pasa a gozar, como de la *ventaja* de terminar antes:

Nosotros preferíamos más la *tarea*. Porque trabajabas más, terminabas más temprano. Te ibas más temprano, rendía más (peón).

Tarea era lo mejor que había porque si vos tenés un buen encargado, que te daba *tareas* como yo trabajé la mayor parte de la obra ahí, dan-

do tareas para mis propios operarios. Ellos se cansaban de, a las tres de la tarde, darse un baño, estar con ropa limpia, peinados... Ya habían terminado las *tareas*, prácticamente de dos días... ganaban más, se desocupaban más temprano... La *tarea* es lo siguiente: vos conseguís, por ejemplo, un trabajo en un predio por 564 horas. Yo lo hacía en 225 horas, 230 horas.

-¿Y el personal trabajaba más?

-Trabajaba más porque ahí él ya mandaba conseguir otra *tarea* para aumentar, ¿no? Entonces ahí ellos trabajaban más, trabajaban a cualquier hora, porque nadie los mandaba. Eso es lo que al operario le gusta: que no le griten, ¿viste? No hay nadie que te grite: haga eso, deje eso, haga aquello. Eso los vuelve locos, que empiecen a mandarles hacer cosas: deje eso acá, haga aquello. Entonces los operarios con los que yo trabajaba hacían eso: terminaban antes del plazo, me pedían que consiga otra cosa, y el dinero es más. Ellos mismos exigían: conseguí tarea que es mejor.

-¿Ahí usted a quién le pedía?

-Yo le pedía al ingeniero, él me guió, me pasó al encargado, él me daba *tareas* (...). Yo ganaba de la compañía para mandarles a ellos. Entonces era interesante para ellos hacer eso. Ellos llegaban... fulano dividía, el carpintero gana tanto, el peón gana tanto, tiene tantas horas. Dividía todo entre ellos, el carpintero ganando más, el peón menos, ¿no? Pero un peón ganaba en aquella época..., había peones con salario de 9 mil que sacaban 8 mil por semana gracias a las *tareas*. Porque ellos lo hacían en serio, trabajaban realmente con amor y con placer (carpintero, encargado de grupo).

Al tener que disponer de mucho trabajo durante determinadas fases de la obra, o que apurarse en la entrega de la misma para cumplir con los plazos, el empleador acepta como resultado de la negociación un número de horas que puede ser incluso mayor del necesario porque sabe que igualmente pagando las horas no trabajadas, en el sentido de que durante ese tiempo los operarios no estarían “encima” de la obra, habrá ganado, ya que los trabajadores aumentarán

la intensidad del trabajo. El hecho de que la intensificación del ritmo de trabajo no sea visible en términos de horas produce una cuantificación del tiempo que lleva al operario a pensar que ha ganado en la *tarea* por no haber trabajado algunas horas que fueron cobradas. Un controlador de la producción de pintores de paredes dio un ejemplo de un recurso utilizado para aumentar la producción de los grupos a través de las *tareas*. Para un mismo volumen de trabajo, estipulaba la competencia entre los diversos grupos estableciendo un número mayor de horas a ser recibido por el grupo que terminase primero, un número menor de horas para el que “llegase” en segundo lugar en esta carrera del salario, y así sucesivamente. La eficacia de la *tarea* es muy grande porque hace que el operario se autoadministre, en el sentido de que se vuelve también interesado en el aumento del ritmo de su trabajo. Concibe también la posibilidad de pensarse, en estos momentos, relativamente independiente del control y la disciplina impuestos por el capitalista.

Las formas de explotación a través de la extensión de la jornada de trabajo pueden dejar percibir la apropiación de trabajo no pago por parte del capitalista cuando, por ejemplo, las empresas no pagan las horas extra o las pagan como si fueran horas comunes. Las formas que producen una intensificación de la fuerza productiva de trabajo, además de la apariencia de independencia relativa, dan al operario la ilusión de recibir horas no trabajadas (como si estuviera también despojando al capital). No obstante, Marx, al reflexionar sobre la intensificación del trabajo, demuestra que:

La hora intensiva de una jornada de trabajo de diez horas encierra tanto o más trabajo, o sea, *fuerza de trabajo empleada*, que la hora más porosa de una jornada de doce horas de trabajo. Por lo tanto, el producto de la primera tiene tanto o más valor que el producto de la hora y 1/5 de hora de la segunda jornada. Prescindiendo del aumento de plusvalía relativa al intensificarse la fuerza productiva del trabajo, tenemos que ahora 3 y 1/3 de horas de trabajo excedente, por ejemplo, contra 6 y 2/3 de horas de trabajo necesario, proporcionan al capitalista la misma *masa de valor* que antes proporcionaban 4 horas de trabajo contra 8 horas de trabajo necesario (Marx, 1975: 337-338).

Al entrar en el circuito de *tareas* el operario puede pasar a usar las *x* horas, que “economizó” anteriormente, como el tiempo inicial de alguna otra *tarea* que le dé otras *x* horas aparentemente “no trabajadas”, y así sucesivamente. Creando un sistema donde parece haber ganancia de horas no trabajadas, el capitalista asegura que este mecanismo es deseado por los propios trabajadores que, de hecho, pasan de una tarea a otra con el objetivo de obtener más horas “no trabajadas” que, en la contabilización general, son horas trabajadas a partir de que las últimas *x* horas “no trabajadas” de una *tarea* pueden volverse, total o parcialmente, las primeras horas trabajadas de otra *tarea*, o de un día “normal” de trabajo más horas extra.

La jornada de trabajo

Vemos que el universo productivo donde el trabajador se insertaba era dominado por formas de explotación de la fuerza de trabajo expresadas en la elevada presencia de horas extra, *viradas*, *tareas* y *empreitadas*, lo que de hecho hacía que el salario pagado al trabajador fuera relativamente mayor. La combinación del interés de los contratistas por un ritmo acentuado de trabajo con el interés de los operarios por mayores salarios fue el principal factor para posibilitar la instauración del “ritmo Brasilia” y el dominio absoluto del universo del trabajo en el período de este estudio.

No existe punto más privilegiado para que percibamos esta conjunción que las propias representaciones sobre la jornada de trabajo de entonces. De inmediato, en las entrevistas, llama la atención el número de horas trabajadas diariamente que, en general, oscila entre un mínimo de 12 y un máximo de 22 horas. La explotación de la fuerza de trabajo a que eran sometidos los trabajadores parece variar entre las diferentes compañías. No obstante, una vez que el operario tenía la *posibilidad* de prestar servicio varias veces en *viradas* o *tareas* (fuera de la presencia constante de las horas extra) era casi obligatoria la adhesión a jornadas extensas, como sugiere el testimonio de este peón:

-Usted viraba de lunes a martes, ¿y descansaba el martes?

-Quién quería descansar... Quien quería descansar, descansaba. Yo no hacía eso. Yo vi muchos pobres tipos que trabajaron los seis días de la semana. -¿Seis días? ¿Seguido? -Seis días. Trabajaban. Porque trabajaban tres noches y trabajaban tres días. Yo vi muchos pobres tipos que trabajaron los seis días de la semana (peón).

La sumisión a una explotación mayor está relacionada a la diferencia entre categorías jerárquicas internas de la construcción civil (es patente la diferente subordinación existente, por ejemplo, para profesionales y peones) como también al hecho de que los operarios hayan entrado en momentos diferentes de obras diferentes. Ejemplifiquemos. Es sabido que en la fase de hormigonado la necesidad de trabajo aumenta. La demanda de trabajo para realizar el hormigonado de la estación de micros de la ciudad o del Congreso Nacional es claramente mayor a la requerida para predios de departamentos de seis pisos. Más allá de esto, la explotación puede variar también entre las diversas categorías profesionales en distintos momentos de la producción, cuando un carpintero pasa a ser más solicitado que un albañil, o viceversa (para una comprensión de las diferentes fases de una obra, ver Bicalho, 1978: 86 y siguientes). Factores externos a la esfera de la producción, como el hecho de que el operario sea casado o que tenga contacto personal diferencial con controladores de la producción, pueden también contribuir a disminuir la subordinación de los operarios individuales a la explotación. Finalmente, se debe tener en cuenta que aquí reproducimos testimonios de varios individuos que pueden homogeneizar sus pasados, reportando una parte del período de su vida durante la época de la construcción como si fuera válido para el período completo. De todas maneras, más allá de las posibles distorsiones individuales que hayan sido debidamente criticadas durante el análisis de las entrevistas de los operarios y de otros datos, más que la posible diferencia entre una compañía y otra en el trato de los trabajadores, lo que se destacó fue el consenso sobre el volumen de trabajo a ser realizado y, en consecuencia, sobre el ritmo de trabajo necesario.

Paso a analizar el ejemplo de un informante que ciertamente tenía una jornada más atípica por trabajar en mantenimiento de máquinas, casi siempre durante los huecos de las jornadas de otros trabajadores. Él nos describió una semana con un promedio de más de 19 horas diarias de trabajo.

	Horas de trabajo	Horas de no trabajo*
Lunes	18	06
Martes	22	02
Miércoles	18	06
Jueves	22	02
Viernes	18	06
Sábado	24	00
Domingo	14	10
Totales	136	32

*Incluyendo el tiempo usado para trasladarse al trabajo, para alimentarse, bañarse, dormir y cinco horas libres el domingo.

El hecho de que este trabajador mantenga este tipo de registro de las jornadas de trabajo de la época (confirmado por él en cheques sucesivos) se convirtió en otro indicio de la existencia de un tiempo tan dominado por el trabajo, que el individuo al recordarlo remite únicamente al desempeño de actividades productivas. De este modo, la descripción de su semana de trabajo prácticamente excluye los períodos dedicados a la alimentación, cuando informa sólo seis horas semanales dedicadas a comidas, que incluso también comparten este total con el tiempo necesario para la higiene personal. La exclusión del tiempo necesario para la alimentación se vincula ciertamente al hecho de que este trabajador se alimentaba en su lugar de trabajo:

Nosotros no volvíamos a comer. Comíamos allá. Bizcocho y café. Si eras casado, tu mujer te llevaba una vianda, pero para el soltero no había eso. La sección de máquinas no tenía hora para nada, no tenía hora para comer. Se comía cuando se podía.

Del resto de las 32 horas clasificadas como de no trabajo, 3 eran empleadas en transporte, 18 para dormir y 5 los domingos para visitar a una amiga en Villa Amauri (cercana a su campamento) o para descansar en el campamento tratando de dormir:

Porque nadie dormía con el barullo que hacíamos. Nadie cuenta que acá todo el mundo usaba la preventiva, la cosa de las pastillas. Hoy no se vende más eso. Está prohibido.

Otra persona, un peón, proporcionó un ejemplo de una semana de trabajo con tres *viradas* realizadas de lunes a martes, de jueves a viernes y de sábado a domingo. La primera y segunda *viradas* compartían una organización idéntica del tiempo. El operario se levantaba a las 5 de la mañana, empleando dos horas en higiene personal, alimentación y transporte hasta su lugar de trabajo. Iniciaba su jornada a las 7 de la mañana, permanecía en el trabajo hasta las 11, cuando se movilizaba al comedor para almorzar. A las 12 reingresaba a la obra permaneciendo hasta las 17, cuando se dirigía de nuevo al comedor para cenar en una hora. A las 18 reiniciaba su actividad productiva con una rápida parada de quince minutos para un café, a medianoche, y continuaba trabajando hasta las 7 de la mañana del martes. El total de horas desde el inicio de la *virada* hasta su término es de 24 horas. Descontados los períodos dedicados a la alimentación del operario y al transporte desde la obra al comedor y viceversa, se cuenta como tiempo dedicado directamente a la actividad productiva 21 horas y 45 minutos. Destáquese que, al término de la *virada*, aquellos que “aguantaran” volvían al trabajo después del desayuno en el comedor.

Este trabajador, al salir de la *virada* de lunes a martes, podía permanecer 24 horas recuperándose (durmiendo y alimentándose). Así, reingresaba al trabajo el miércoles a las 7 de la mañana, cuando cumplía una jornada que se extendía hasta la medianoche, por lo tanto, eran quince horas de trabajo intercaladas con dos horas para comidas (desde las 11 a mediodía y de las 17 a las 18 horas). Al día siguiente, jueves, iniciaba una *virada* idéntica a la iniciada el lunes. Al término de esta nueva *virada* pasaba otras 24 horas fuera del trabajo,

al cual retornaba el sábado a la mañana, cuando comenzaba la última *virada* de la semana. Esta, según el mismo operario, se diferenciaba de las dos primeras por ser más extensa: 25 horas y 45 minutos de trabajo. Después del café de quince minutos a primera hora del domingo, el operario trabajaba hasta las 6 de la mañana, cuando paraba una hora para alimentarse y reingresaba al trabajo desde las 7 hasta mediodía. Las horas restantes del domingo serían su “tiempo libre” durante el cual, generalmente, estaba obligado a descansar para reiniciar otra *virada* el lunes. Notemos, con Leite Lopes, que en esta situación “el ‘tiempo libre’ de los operarios, ese tiempo mínimo de descanso fisiológica y culturalmente indispensable al propio ‘funcionamiento’ de la fuerza de trabajo, tiende a no pasar de un estado de disposición y prontitud permanente para el trabajo” (1976: 207).

En un total semanal de 168 horas, el trabajador estaba 84 horas y 15 minutos trabajando. El resto de su tiempo era usado para actividades estrictamente vinculadas a la reposición de su fuerza de trabajo o, en menor escala, al traslado hasta el lugar de la obra. O sea, 72 horas y 45 minutos de la semana eran básicamente el tiempo disponible para dormir (49 horas), alimentarse y trasladarse al trabajo (23 horas y 45 minutos). El domingo restaban once horas más que eran utilizadas como “tiempo libre” o para dormir.

Esta es la descripción de una semana de trabajo en la época de la construcción provista por un peón. Proviene de la tercera de tres entrevistas, en cada una de las cuales el operario relataba una jornada algo diferente de la expuesta. Opté por el registro de esta versión por haber sido obtenida en una mejor situación de entrevista: ya había estudiado los dos relatos anteriores, hecho que permitió precisar algunas otras cuestiones. Pero al reflexionar sobre el cuadro que formaban los tres relatos, se impuso la siguiente cuestión: ¿por qué aquella persona percibía al menos de tres maneras distintas la semana de trabajo de ese entonces?

El camino que lleva a las posibles respuestas pasa por la comprensión de la propia ordenación interna del ramo de la construcción civil. En ella, se produce a través de grupos de trabajadores cuya

principal distinción es ser diurnos o nocturnos. Generalmente el sistema de grupos es utilizado articulándose el término de la actividad de un turno con el principio de la actividad del otro. Pero en un universo fuertemente dominado por la presencia de mecanismos como la *virada* y la *tarea*, la superposición de diversas jornadas pasa a ser cotidiana, yuxtaponiéndose y combinándose diversas jornadas dentro de una misma obra. En esta situación, la linealidad de jornadas de trabajo no existe. El propio sistema de producción lleva a la existencia de grupos cumpliendo jornadas en turnos distintos. Súmese a esto que en determinados momentos un grupo específico pueda estar realizando una *virada* o *tarea* negociada para un determinado volumen de trabajo, y la superposición surge casi necesariamente con las jornadas de otros grupos presentes en el mismo momento de producción que estuvieran cumpliendo, por ejemplo, una jornada de trabajo legal con dos horas extra.

Había incluso operarios que individualmente “decidían” su permanencia en el trabajo buscando adicionar horas extra a su salario. En el caso de las *tareas*, como se depende básicamente de la intensificación del trabajo para ejecutar lo previamente combinado, no se puede establecer el momento preciso en que terminan las diferentes jornadas de los grupos trabajando bajo este régimen. Esto ocurre también porque la composición cualitativa de los diversos grupos es distinta. Así, a pesar de estar formados por igual cantidad de trabajadores, cada uno de los grupos puede rendir de manera diferente frente al mismo volumen de servicio. En este cuadro de varias jornadas yuxtapuestas e intercaladas, el operario anterior, al remitirse al pasado en tres momentos distintos, podría estar ejemplificando tres tipos diferentes de jornadas vivenciadas a lo largo del periodo, o dando versiones sintéticas o condensadas de las mismas.

Estamos ante un cuadro donde la existencia misma de oferta de horas adicionales al salario y la evaluación positiva de parte de los operarios llevan a creer en una gran eficacia del fetichismo del salario. Utilizo esa noción como Leite Lopes en su análisis de la experiencia de los operarios de plantas industriales de azúcar. Al examinar la

concepción del salario de una determinada categoría de estos trabajadores, dice Leite Lopes (1976: 101):

Los 'profesionistas' piensan la vinculación, para ellos indisociable, entre salario y horas de trabajo. Todo el discurso de los 'profesionistas' sobre la dureza de las condiciones de trabajo parece enmudecerse ante esta vinculación que privilegia el salario: los 'profesionistas' parecen no colocar en la balanza el salario en oposición al esfuerzo hecho durante la jornada de trabajo. Todo esfuerzo marginal es compensatorio. Así, por otro lado, hay una disociación entre el discurso 'profesionista' sobre la insalubridad, la peligrosidad y la duración excesiva del trabajo y su discurso sobre el salario (...). Ese desequilibrio entre el salario marginal y el esfuerzo marginal configuraría, entre los 'profesionistas', un cierto fetichismo del salario-hora. En ese sentido, existiría una tendencia, en la práctica de los contadores de horas, en el sentido de que la hora deje de ser una medida de tiempo -tiempo en que se hace determinado esfuerzo- y pase a significar simplemente una medida de salario.

A una escala mayor, la homogeneización del día y de la noche provocada por la extensión de la actividad productiva, que tiene la misma intensidad para los dos períodos, es también un indicador de la transformación de la hora en unidad de medida de salario, en detrimento de su calidad de medida de tiempo.

Una gran obra es una situación donde se puede ver la eficacia del fetichismo del salario, inclusive porque los operarios están informados de su transitoriedad a través del significado siempre presente de la fecha de la inauguración. Esta eficacia puede ser percibida a través de una reflexión sobre la representación de la época de la construcción que hacen los operarios. Como se sabe, para ellos es un periodo totalmente dominado por la esfera de la producción. El predominio de las referencias a las horas trabajadas, en detrimento de cualquier otra referencia, debe ser visto en el ámbito de la comprensión de las horas trabajadas en tanto salario. El considerar el total de horas trabajadas como el equivalente a salarios y la disponibilidad de los propios operarios en busca de más horas trabajadas para complementar

sus salarios refuerzan la comprensión de que se trata de un universo donde el fetiche del salario se presenta fuertemente. Este hecho contribuiría para hacer parecer más necesario trabajar todas las horas posibles, en vista de que a partir de una fecha futura (la inauguración) aquel sistema de trabajo, con su gran cantidad de horas adicionales al salario, sería fatalmente desmovilizado, de una sola vez o gradualmente. De esta manera, la gran obra, a través de su temporalidad, es un periodo de trabajo en que la sujeción a los mecanismos de explotación, que extrapolan la jornada legal, es “deseada” por los trabajadores. Ellos pueden inclusive imaginar la recomposición de sus fuerzas después del término de la obra, al salir del “ritmo Brasilia”, el cual, paradójicamente pero no contradictoriamente, los mataba y los hacía vivir¹.

Recursos ideológicos y explotación en una “tierra sin ley”

Las formas económicas de explotación de la fuerza de trabajo no se des-empañaban en el vacío. Eran acompañadas por otros mecanismos que podían ser instrumentados como formas de legitimar o aumentar la explotación a que eran sometidos los trabajadores. Estos mecanismos tienen su matriz en la ideología de gran obra, característica de Brasilia, y en la ambigüedad jurídica que le aseguraba poder de Estado a la NOVACAP en el territorio de la construcción. Los aspectos más definitorios de estas dos cuestiones fundamentales fueron presentados en la introducción de este trabajo. A medida que sea necesario, volveré a presentar características ya mencionadas para situar mejor la discusión.

¹ En cuanto a la eficacia “pura” del fetichismo del salario, hay que tener en cuenta la siguiente reserva de Leite Lopes: “Ese aparente fetichismo a nivel discursivo puede expresar paradójicamente un conocimiento intuitivo e incorporado de las condiciones reales del mercado laboral y de la correlación de fuerzas con la administración de la planta industrial, paradoja ante la cual un observador externo, afecto al formalismo lógico y discursivo, podría estar poco atento. Ese conocimiento inherente, que se expresa en las actitudes y en la práctica cotidiana de los operarios, más que en la claridad y en la coherencia formal del discurso, se refiere a determinadas condiciones y restricciones objetivas en que los operarios están insertos para subsistir” (Leite Lopes, 1976: 103).

Obra de la nacionalidad y democracia de frontera

Uno de los puntos centrales del universo ideológico creado en torno a Brasilia remitía al “entendimiento” de la construcción como una obra de nacionalidad que inauguraría una nueva era en la historia del país. Así, posicionarse contra Brasilia, en última instancia, sería una actitud antibrasileira. Como sabemos, una de las intenciones subyacentes a esta formulación del Estado era aumentar la “dedicación” de los trabajadores expresada a través del aumento en la intensidad del trabajo, un reconocimiento de que estaban participando de una gran obra de redención nacional. De hecho, la homogeneización de los intereses brasileros sugerida por la propaganda del gobierno, ampliamente difundida en la época, encontró en el territorio de la construcción un medio propicio para desarrollarse.



El presidente da la República se encargaba de reforzar la democracia de frontera

En la época de la construcción eran todos *pioneros, candangos*, que participaban contribuyendo cada uno con sus trabajos específicos para la realización de la gran obra. En realidad, en algunas partes del mosaico propio del territorio de la gran obra, todos estaban sometidos a precariedad e incomodidades: desde la ausencia relativa (así como diferenciada) de ciertos servicios de ocio y salud, por ejemplo, hasta las incomodidades causadas por la polvareda, el lodo y también el agotamiento, producto del ritmo acelerado de los trabajos (que, si bien distribuido desigualmente, para todos era mayor que en situaciones anteriores). Es así que surgió lo que ya fue llamado “democracia de frontera” (Epstein, 1973: 62), una aparente desaparición de las diferenciaciones sociales cuando las líneas que marcan grietas son atenuadas.

Un albañil sugiere claramente que la ausencia de señales de identificación de las clases sociales a las que pertenecían los individuos era una fuente de esa apariencia de igualdad:

-¿Por qué hay gente que dice que en aquella época no había ese asunto de la diferencia, que era todo el mundo igual?

-No, uno no distinguía porque ahí era así, no tenías el club para decir... No había sociedad, tampoco había. Entonces allá los ingenieros vivían en el campamento de ellos, no es eso (se refiere a la parte del campamento destinada a los ingenieros). Veías a los ingenieros que estaban igual que los operarios, vestidos de pantalón sport, con botas, todo. No lo veía así... (bien vestido).

Todos, de alguna manera, estaban al servicio de la obra. La presencia de trabajadores improductivos era relativamente menor. Segmentos ociosos, dependientes directamente de la explotación de la fuerza de trabajo, existían en proporciones casi imperceptibles en comparación con una situación urbana estable:

Todo el mundo trabajaba. No era solo... había ingenieros, no piense que el ingeniero tenía buena vida, no. Él también trabajaba duro, él también tenía que estar allá en la obra.

Todo el mundo estaba allá. Ahora, había otros que tenían otras ventajas, ventajas del empleo, los de oficina. Pero el ingeniero se reventaba también (capataz).

En estas condiciones no se podía identificar inmediatamente a la “alta sociedad” ni sus modos de vida. Más allá de eso, todas las viviendas eran de madera. Obviamente, la calidad de las casas se iba modificando cuando se trataba de distinguir, por ejemplo, casas para ingenieros de casas para peones. Sin embargo, si bien es cierto que, *grosso modo*, estas eran las categorías más polares existentes en el territorio de la construcción, su determinación proviene directamente de la actividad productiva en que ambas participan. Por lo tanto, pueden salir de allí las explicaciones de las diferencias de privilegios de vivienda y alimentación. Ya en el caso de una ciudad históricamente desarrollada, donde la configuración espacial urbana refleja el desarrollo histórico de las relaciones entre las clases, las diferencias en la ocupación social del espacio urbano pueden permitir la clasificación de determinadas áreas de la ciudad como destinadas para “ricos” y otras para “pobres” (en mis estudios en Brasilia, por ejemplo, el espacio del Plan Piloto hoy es siempre clasificado por los operarios como el espacio donde viven los “ricos”). Sin embargo, esta distribución de la realidad urbana no puede ser explicada directamente por la diferenciación interna de la actividad productiva de un único ramo de la producción. En la construcción de Brasilia, las diferencias perceptibles entre las viviendas eran “explicables” a través de la propia jerarquía interna de la construcción civil.

La apariencia de solidaridad que muchas veces es creada por el surgimiento de relaciones supuestamente igualitarias (por ejemplo, los ingenieros mantenían buenas relaciones personales informales con los operarios) es funcional al desarrollo de la producción en el ramo de la construcción civil. Actúa como un incentivo de la cooperación entre los trabajadores individuales en sus grupos, o como un incentivo a la cooperación de los diversos grupos entre sí que, a través de recursos como éste, se ajustan más a la jerarquía propia

de la actividad productiva. Se constituye también una estrategia fundamental para el ingeniero, que es responsable del buen funcionamiento de la obra que controla dentro de los plazos estipulados. Las buenas relaciones personales con los operarios, más allá de un estímulo para trabajar más, pueden significar una garantía incluso de seguridad personal para el ingeniero, que pasa a ser respetado por *sus* operarios. De acuerdo con un ingeniero entrevistado, simular un accidente, sobre todo en obras de grandes proporciones, puede ser relativamente fácil. Entre los costos de un desempeño más represivo y controlador de los trabajadores habría que incluir la disminución del ritmo de trabajo, ya que el “operario descontento” trabaja más lentamente, y se pierde de esta forma intensidad de fuerza de trabajo.



Lo formal y lo informal convivían en el mismo espacio

Así, la existencia de la llamada “democracia de frontera”, donde primero *pioneros* y en segundo lugar *candangos* se constituyen en categoría designativa de los presentes indistintamente en la construcción,

remite a las especificidades relativas a las necesidades de producción del gran proyecto. Pero es necesario notar que también durante el período de existencia de esta situación, donde “arquitectos, administradores y simples trabajadores de la construcción estaban hombro a hombro, viviendo bajo condiciones similares y usando el mismo tipo de ropas informales” (Epstein, op. cit.), en última instancia las diferenciaciones sociales en lo cotidiano continuaban fortaleciéndose. Si algunas coacciones objetivas relativas a la propia gran obra eran compartidas por todos o casi todos, como ya vimos, ciertamente para cada individuo era pasible de ser atenuada conforme a su posición dentro de la actividad productiva.

Visitas institucionales

En el territorio de la construcción, el telón de fondo de la ideología de la gran obra donde estaban empleados los *pioneros* venía también acompañado por un tipo de actuación concreta dentro de contornos que nítidamente apuntaban a la tentativa de aumentar el nivel de explotación de la fuerza de trabajo. En este plan se incluían las casi mitológicas visitas que hacía Juscelino Kubitschek a las obras y a la Ciudad Libre. Escribía el diario *A Gazeta*, de San Pablo, el 7 de mayo de 1958 (en Colección NOVACAP, resaltado mío):

En la Ciudad Bandeirante, cuando el presidente Kubitschek aparece allí, es recibido como el jefe de la Nación que es. Todos lo saludan respetuosamente. Sin embargo, no se verifica lo mismo en los agrupamientos cercanos a los grandes edificios. Cuando el señor Juscelino visita algunos de esos lugares, o se está aproximando a ellos, se oyen inmediatamente frases como: ‘Manuel, esmerate que viene Juscelino’, ‘Juscelino, ¿como le va, señor? ¿Por aquí de nuevo?’

El presidente, con su sonrisa amplia, saluda a todos sin tomar conocimiento de esas frases que oye en cada obra cinco o seis veces. Todos lo quieren mucho y él, allí, no es el presidente de la República sino el

jefe de la obra. El presidente Kubitschek en Brasilia anda solo, desprovisto de guardias, y lleva una vida normal, como cualquier ciudadano: entra y sale de su habitación a la hora que quiere, conversa con todo el mundo atendiendo a todos sin protocolo y queda satisfecho cuando la conversación gira en torno de Brasilia.

Veamos cómo se acuerdan de estas visitas tres de nuestros entrevistados:

Era un tipo de persona muy querida, tan querida como Juscelino Kubitschek, ¿viste?... En la inauguración de aquellos predios de departamentos él bajó allá, en el día del churrasco, comió churrasco, junto con nosotros, abrazó a todo el mundo... no le pidió a nadie que se lave las manos para ir a saludarlo (carpintero).



JK en una de sus muchas visitas

En el tiempo en que estaba JK, no tenía esos autos acompañados con la policía, ni guardias alrededor de él. Andaba solo por ahí. Almorzaba allá en SAPS junto con su equipo. Ahí en SAPS yo lo vi muchas veces. Ahora en el Catetinho ellos almorzaban en el fondo, pero mis compañeros fueron, viste, algunos fueron allá con él. Acá arriba de esos edificios, él no estaba allá en ese momento, pibe, nosotros estábamos haciendo zanjas del DAE, él bajó del edificio. Él bajó ahí, fue a conversar con el personal que estaba abriendo zanjas y haciendo cañerías. Se quedó allá junto con ellos charlando... (peón).

Juscelino andaba en la obra con cinco asesores, solamente. Él no andaba acompañado de guardaespaldas, esas cosas, policía. Media noche, eso yo lo vi, él más dos autos, tres autos, personas en los otros autos, él se bajaba y hacía ronda allá con los maestros de obra y todo.

-¿Y al personal le caía bien él?

-Sí. Si un peón quisiera conversar con él, él conversaba con el peón allá en la obra. Yo lo vi a él conversar mucho con peones en la obra. En ese entonces era un hombre de ese tipo (albañil).

La figura de Juscelino Kubitschek es evaluada positivamente entre los trabajadores de la construcción civil que algún día fueron *pioneros*, “como” él. Bicalho llega incluso a afirmar que en lo tocante a la representación del pasado “la figura principal es Juscelino Kubitschek, (que) creó en torno de sí una imagen de benefactor que se propaga a través de generaciones” (1978: 152). Otra demostración de la imagen positiva de Juscelino fue sin duda la gran concentración popular ocurrida en Brasilia en ocasión de su funeral. Carolino Leóbas (“El poeta del Pueblo”), después de la muerte de JK en 1976, escribe “Mi encuentro con Juscelino y el pedido que él me hizo”, folleto de literatura de cordel del cual transcribo un fragmento:

Si yo escucho a una persona
Hablar mal de Juscelino
Es un brasileño ingrato
Y tiene el corazón cruel;
Desde ya también le digo

Nunca puede ser amigo
 Del poeta Carolino.
 Hable mal de quien quiera
 Tenga o no defecto
 De mí queriendo hablar
 Puede hablar que lo acepto;
 Pero le pido por favor
 No hable mal de un Señor
 Que todo lo que hizo lo hizo bien.

Por otro lado, Kubitschek deja entrever en su libro el objetivo de las visitas mencionadas anteriormente: “Eran visitas de inspección, con el objetivo de estimular a los operarios, haciendo que batieran los *records* de velocidad en la ejecución de las obras que tenían encargadas” (1975: 59). Los procedimientos del presidente son claramente explicitados en otro fragmento:

Durante dos años hice 225 viajes de ese género. Me sentía bien, viviendo la emoción de asistir al nacimiento de una metrópoli, sólo posible gracias al espíritu de determinación que me es característico (...). Cada obra ostentaba una placa con la leyenda: ‘Iniciada el día tal. Será concluida el día tal’. Conversaba con los operarios recordándoles la necesidad de que la ciudad estuviera lista en el plazo fijado. La advertencia era positiva, pero cordial, y casi siempre llevada a efecto a través de este diálogo: ‘¿Y, mi viejo, va a terminar la obra para la fecha marcada?’. Una gran sonrisa iluminaba el rostro del operario, y la respuesta venía rápido, como si ya estuviera desde hace mucho tiempo en la punta de la lengua: ‘Claro, Presidente. ¿Para qué estamos ‘dándole duro’?. Le palmeaba la espalda y hacía la prueba, que era un adoctrinamiento de extraordinaria eficiencia: ‘Entonces dé otra ojeadita a la placa’. El candango miraba desconfiado y yo contemplaba su mirada, para verificar si se dirigía, de hecho, a aquel tosco cuadrado de madera. En seguida, cerraba la prueba pidiéndole que repitiese la fecha, para ver si la había memorizado. Y venía la respuesta: ‘¡15 de septiembre de 1957!’. Le sonreía, palmeándole de nuevo la espalda: ‘Eso, mi viejo. Ese día, vuelvo acá para darte un abrazo’ (Kubitschek, 1975: 81).

Un informante tiene una visión bastante crítica de estos hechos:

Un día un peón fue a hablar con Juscelino: 'El señor Juscelino puede darnos un derecho a nosotros, así, asá...', 'Ah, -responde Juscelino- el operario ya tiene muchas leyes, no le voy a dar una ley'. Y al principio estaba en el medio de las corridas, ahí. Hasta con el peón que estaba durmiendo allá sobre el mango de la pala. Juscelino, para engañar al operario ahí, un día agarró una pala y se puso a ayudar. Vio que el peón estaba durmiendo sobre el mango de la pala, tiró tierra adentro de la zanja, incluso. Agarró la pala y fue a ayudar. Para que ustedes vean lo que es el carrancismo a manos de él. Quería ser muy bueno como operario, pero bajo techo estaba con el azote (mantenimiento de máquinas).

En realidad, muchas de estas visitas son como “exhibiciones institucionales” que terminaban por convertirse concretamente en más desgaste de energía por parte de los operarios que, “estimulados”, aumentaban el ritmo de trabajo. Goffman (1974: 90 y ss.) delimita situaciones donde las visitas a instituciones totales pasan a ser programadas y construidas para el visitante, como si este estuviese recorriendo una “vidriera donde todo está bien ordenado y funcionando bien, creando una ‘dinámica de apariencia’” (idem: 94). La práctica de un presidente de la República de visitas a obras, instituciones e inauguraciones, puede ser clasificada por su tipo de preparación como “exhibiciones institucionales”, que resultan en que el visitante acabe por tener una imagen construida positivamente de aquello que ve. Después de su presencia, se retiran los escenarios, se termina la farsa y el drama pasa a discurrir como de hecho es. El tiempo ceremonial es el momento de la visita. Así como el antes, el después se torna fundamental para entenderlo:

Y nosotros trabajábamos de seguir de largo, seguir. Eso era común y normal ahí. Es más, siempre pasaba eso cuando Juscelino estaba por llegar. Parecía que los maestros de obra iban a mostrar el servicio, entonces ahí juntaba a la peonada. Juscelino marcaba, Juscelino va a llegar tal día. Entonces el equipo ya sabía: vamos a trabajar hasta más tarde hoy. El día que Juscelino iba a visitar la obra, nosotros nos

quedábamos hasta media noche. El día que él iba a la obra era el día de más trabajo (...). A veces Juscelino iba allá entonces ellos resolvían hacer un servicio y dar por terminado el servicio allá. Entonces terminaban aquello de cualquier modo sólo para que el Presidente lo viera. Después el Presidente se iba, se desarmaba, nosotros demolíamos todo para hacerlo de otra manera (albañil).

Una evidencia más de estas “exhibiciones institucionales”-que eran frecuentes también con visitas de autoridades extranjeras, presidentes, ministros, etc.- está en un artículo del diario *A Tribuna* (Núcleo Bandeirante) del 20 de abril de 1958 que, al reclamar por los agujeros en la ciudad, afirma: “Se nota también que sólo cuando el Presidente de la República está en la ciudad aparecen las máquinas niveladoras”.

Fecha de inauguración

El denominador común que articula diversos artificios utilizados para aumentar la explotación de la fuerza de trabajo en el territorio es el plazo de la inauguración de la obra como un todo (un poco menos de cuatro años para construir la ciudad). Para el cumplimiento de los plazos parciales, Kubitschek ya nos dio información sobre el significado de sus visitas. Es un hecho conocido que el cumplimiento del plazo de entrega acaba por determinar una intensificación de la explotación de los trabajadores (Bicalho, 1978: 109). En estos casos, el plazo a cumplir se vincula al contrato de entrega de una obra o de varias obras específicas. En la construcción de Brasilia, el plazo se vinculaba al proyecto de entrega de la ciudad lista para operar el 21 de abril de 1960. El establecimiento de esta fecha fue una decisión política en un período gubernamental donde se pretendía hacer avanzar al país “50 años en 5”:

El objetivo único que predominaba sobre cualquier otra consideración era la construcción rápida, en tiempo, de la capital. Eso, claramente, para que al cambiar el gobierno ya fuera irreversible. Porque otro gobierno que viniera podría postergarla hasta... (Juez de Trabajo).

Fijada políticamente, la fecha de inauguración pasó a ser en el territorio de la construcción el fantasma cotidiano de todos. Romper records de velocidad, entregar la nueva Capital Federal al país en abril de 1960, todo esto es incorporado de tal manera al día a día, que la fecha de inauguración puede realmente haber adquirido apariencia de instaurar una nueva era en el futuro. En fin, sería ella quien definiría el Brasil de antes y después de Brasilia. El 21 de abril de 1960 pasó a estar presente en casi todo. Las obras, como sabemos, tenían placas anunciando sus plazos. El diario *A Tribuna*, por ejemplo, editado en el Núcleo Bandeirante en el período de la construcción, traía en todos sus números en la primera página un sello donde se avisaba: “Faltan exactamente ‘x’ días para la transferencia de la capital”. Veamos lo que informa un periódico de la época:

De todo lo que se hace y se hará en Brasilia, el candango es, sin duda, el héroe principal. A pesar de que la mayoría de ellos ganan una miseria que oscila entre 18 y 25 cruzeiros por hora, los constructores de la ciudad manifestaron verdadero entusiasmo con su entrega en la fecha prevista.

-Vamos, pibe, fuerza. Mirá que día 21 es el jueves.

Frases como esta se volvieron comunes entre los candangos en las vísperas de la inauguración, unos estimulando a otros para asegurar un ritmo de trabajo hasta entonces desconocido en Brasil (*Novos Rumos*, n. 61, 29 de abril al 5 de mayo de 1960).

Durante todo el período de la construcción, la urgencia del tiempo se constituyó en un factor naturalizador de una serie de irregularidades laborales (recordemos la clasificación de la jornada legal como “horario burocrático”). Un ex director de la Compañía Urbanizadora de la Nueva Capital es quien afirma:

Durante más de tres largos años, la preocupación dominante de todos, sin excepción, consistió en dedicar un esfuerzo sin límite para entregar la ciudad en condiciones de ser inaugurada el 21 de abril de 1960. Para lograr ese objetivo era imprescindible que trabajásemos

como si cada hora fuera la última hora concedida y la madrugada viera iluminar el día festivo de la inauguración. Era necesario que abandonásemos los estilos normales de trabajo, para que las vigalias y las prórrogas de horarios se tornaran triviales en el servicio. Era necesario que no fueran tomados en consideración el polvo, el barro, el frío, el calor, la intemperie, la fatiga ni el malestar. No bastaba que cada uno desempeñase bien sus encargos reglamentarios. Era condición de victoria que todos multiplicaran el esfuerzo para saldar el compromiso asumido con la Nación al día de vencimiento, llevando si fuera preciso su entusiasmo por el trabajo y su identificación con la obra hasta el límite crucial del propio sacrificio. Éramos verdaderos esclavos, PERO ESCLAVOS DE UN IDEAL (Silva, 1971: 11, resaltado en el original).

Es la proximidad del término de ese plazo, mucho más político que económico, lo que desnuda totalmente el modelo:

La anunciada inauguración el 21 de abril provocó la aceleración del ritmo de trabajo. Es común encontrar operarios, principalmente en la llamada Plaza de los Tres Poderes, en actividad durante 20 y 30 horas seguidas (*Diário da Noite*, San Pablo, 26 de enero de 1960, en Colección NOVACAP).

El plazo de la construcción, como parte de lo cotidiano, recubierto del significado de la inauguración de la obra que “representaba las ansias de la nacionalidad”, se imbrica claramente con las formas económicas de explotación de la fuerza de trabajo, conforme se percibe también en las formulaciones siguientes:

-¿Cómo conseguían los operarios ganar salarios más altos?

-Porque, por la urgencia, por la imposición del corto plazo contractual para la entrega de la obra, las empresas daban todo por poner *tareas*. Y el operario llegaba a trabajar 16, 18 horas por día (Juez de Trabajo).

Con esos tiempos, Juscelino con la Redonda ahí, había una firma que no alcanzaba a hacer el servicio, la Redonda iba y lo tomaba. Porque

había que hacerlo y entregarlo para inaugurar. La firma que no lo podía hacer, lo entregaba. Entrega. Y la Redonda lo hace (mantenimiento de máquinas).

En fin, la asunción de la ideología de la gran obra con los corolarios que ella implica costó un precio para quien participó en ella. Este precio tanto pudo haber sido volverse “esclavo de un ideal”, o sea, someterse al ritmo intenso del trabajo, como, años más tarde, en el caso de Brasilia, descubrir que se estaba construyendo la “capital de la ilusión”.

-Esto es la capital, no de la esperanza, es de la ilusión. Hasta hoy, capital de la ilusión. Entonces mucha gente vino ilusionada... -¿Cuál era la ilusión que la gente tenía? -La ilusión de esperar algo, de hacer Brasilia, capital de la República.



Obreros desfilan en la inauguración de la ciudad. Foto de Mário Fontenelle.

Ambigüedad Jurídica

Como sabemos, para la construcción de un gran proyecto se crea una gran compañía estatal. En la práctica, esta compañía actúa como si fuera el Estado en ese territorio, tal es su poder ante el poder local de los municipios, relativamente aislados, donde generalmente se realizan estas construcciones. En la introducción vimos cómo la ambigüedad jurídica (rótulo que utilicé para designar esta situación donde la responsabilidad del Estado hacia los habitantes del lugar es, de hecho, indefinida) tuvo varias consecuencias para los candangos. Sin embargo, en términos de la comprensión de su eficacia como una forma cuya presencia legitima o aumenta la explotación de la fuerza de trabajo, lo que más llama la atención es que, siendo una obra federal, el Estado se haya trasladado fuertemente a un área aislada trayendo consigo un poderoso órgano ligado al Ejecutivo, la NOVA-CAP, pero en última instancia, y de hecho, haya dejado ausentes los órganos cuyas funciones serían mediar en el conflicto entre capital y trabajo (tanto el Ejecutivo, Ministerio de Trabajo, como el Judicial, Justicia de Trabajo). El Juez de Trabajo entrevistado, con su larga experiencia en la región, reubica los aspectos centrales de la situación jurídica y apunta a la intencionalidad de esta ausencia selectiva del Estado:

-¿A usted le parece que hay omisión del Estado, del Gobierno Federal, dentro de una región para la cual se había discutido anteriormente si tendría estatuto de territorio nacional?

-Usted está hablando de omisión. No. No fue propiamente omisión. Fue tal vez una deliberación el mantener ese estado anómalo. Por ejemplo, la ley no pide que alguien trabaje más de diez horas por día, ellos trabajan 16 o 18. Eso es suficiente. Y el Gobierno quería que eso ocurriera.

-¿Entonces era deliberado?

-Sí. Yo creo que era deliberado por parte del Gobierno crear un estado sin una definición clara, ni rigurosa, entregando a la NOVACAP, prácticamente a la propia NOVACAP, la administración de todas las obras y la fiscalización y determinación sobre la ubicación de campamentos y más. Todo eso dependía de ella (...) No había interés de nadie, a no ser tal vez los trabajadores, por una protección legal y efectiva. No solo laboral, sino también contra la policía, contra el poder de la policía, las arbitrariedades que podían cometer. Porque en cierto modo, sin querer justificar ningún acto arbitrario, la situación era peligrosa. Nosotros teníamos aquí decenas de millares de operarios, provenientes de prácticamente todo el país. Si hubiese un disturbio, un tumulto cualquiera, no había ninguna fuerza que lo pudiera contener. El objetivo único que predominaba, sobre cualquier otra consideración, era la construcción rápida, en plazo, de la capital.

Así, en la práctica, la aplicación de la ley laboral en el área de la construcción era totalmente inexistente y los empleadores estaban libres de explotar a los trabajadores como quisieran:

A los hombres del Gobierno que están al frente de la construcción de Brasilia se les atribuye esta frase: la Justicia del Trabajo no debe entorpecer la construcción... En otras palabras: no debe haber límites para la explotación de los trabajadores (*Novos Rumos*, Río de Janeiro, no 56, 25 a 31 de marzo de 1960).

Para algunos operarios, esa intencionalidad en la ausencia de los órganos formalmente responsables de la protección del trabajador no pasó desapercibida:

-¿Y nadie fiscalizaba la obra?

-¿Qué fiscal? ¿Fiscal de qué?

-Y, por ejemplo, ¿no había nadie del Ministerio de Trabajo?

-¿Qué cosa? (enfáticamente) No ayudaba en nada. Hacían lo que querían; quilombo (mantenimiento de máquinas).

-¿Cuáles eran los mayores reclamos que los operarios hacían?

-Los reclamos variaban..., sobre la pésima alimentación..., había reclamos diversos, capataces sin capacidad de relacionarse con los trabajadores. Era muy hostil, ¿no? Quiere decir que trataban al operario de cualquier manera.

-¿Y la Justicia de Trabajo?

-Estaba en Goiânia, la Oficina de Trabajo y Justicia de Trabajo. Pero poco podía hacer por los trabajadores en ese tiempo. Porque la influencia de la administración, del poder político, era grande. El objetivo era construir Brasilia y aquello podía volverse un obstáculo. Cualquier cosa que los trabajadores intentaran reivindicar era perjudicial para las obras. Así encaraban las empresas. No eran todas las empresas, pero el 90 % era así (apuntador).

El sindicalismo en un gran proyecto

Fueron los operarios mismos que tomaron la tarea de construir sus propias defensas. En lo que hace al conflicto directo con las compañías, buscaron la constitución de la forma más común en otras situaciones concretas, el sindicato, que nace marcado por la experiencia que algunos trabajadores poseían en luchas políticas y laborales anteriores:

La necesidad de un organismo de defensa capaz de discutir y encaminar los problemas laborales, poco a poco fue ganando fuerza entre los trabajadores. Algunos de ellos tenían experiencia con sindicatos y ayudaban a impulsar la propuesta de organización. La Asociación Profesional de Trabajadores en las Industrias de la Construcción Civil y del Mobiliario de Planaltina, Luziânia y Formosa, fundada el 27 de julio de 1958, fue resultado del esfuerzo de un grupo de operarios que se empeñaron en la tarea de estimular a los trabajadores para buscar alternativas a los problemas vividos en las canteras de la obra de la ciudad (Bicalho, 1978: 20).

La Asociación pasa entonces a trabajar en el territorio de la construcción, encontrando oposición a su actuación. Obviamente, uno de sus primeros objetivos fue la obtención de la carta sindical junto al Ministerio de Trabajo, lo que ocurrió en julio de 1959 (Bicalho, op. cit.: 22). Ante las dificultades y perjuicios causados a los trabajadores por la ausencia de órganos del Estado responsables por la mediación del conflicto capital/trabajo, uno de los primeros ítems presentes en las reivindicaciones sindicales fue justamente la creación de una Junta de Conciliación y Juzgamiento (*Novos Rumos*, Río de Janeiro, no 56, de 25 a 31 de marzo de 1960; Bicalho, op. cit.: 23). Sin embargo, los esfuerzos del Sindicato fueron en gran medida ineficaces. De hecho, la Junta sólo pasó a operar después de la inauguración de la ciudad, lo que por sí ya determinaría su creación, pues se trataba de la Capital Federal. La creación del Distrito Federal tornaría inexplicable la vigencia de la ambigüedad jurídica.

La capacidad de movilización de la entidad en ese período no parece haber sido notable. En parte estaba la eficacia del fetichismo del salario: la cantidad excepcional de horas extra que se podía trabajar hacía que la gran mayoría de los trabajadores recibiera bastante más del salario mínimo. Por otro lado, estaba la represión de la actividad política laboral en el territorio de la construcción. La reivindicación de mayores salarios no encontraba mucho eco entre los trabajadores, si vemos la baja frecuencia de las asambleas de la categoría marcadas para tratar este y otros asuntos (Bicalho, op. cit.: 20 y ss.) y la ausencia de mayores referencias a luchas concretas durante ese período, teniendo el salario por objeto. Veamos lo que informan operarios que tuvieron experiencia sindical en la época:

Hubo necesidad de organizar un sindicato debido a las arbitrariedades de las empresas, ¿no? No había fiscalización. Yo llegué a ser del sindicato como delegado sindical una temporada. Estaba permitida la entrada a las obras para verificar si había alguna irregularidad. Pero nosotros no estábamos en condiciones de hacer nada. La hostilidad de los capataces o de los ingenieros de la empresa era mucha.

Perjudicaba un poco el ritmo de trabajo y Juscelino no quedó satisfecho con la fundación del sindicato, como Israel Pinheiro. Ellos se volvieron incluso hostiles hacia las personas ligadas al sindicato. Sabían que el sindicato generalmente defiende los derechos de los trabajadores y en ese punto perjudicaba el ritmo de trabajo de Brasilia, porque había mucha arbitrariedad en las empresas. Nosotros no teníamos la fuerza mínima. Era una verdadera desilusión. Sólo encontramos hostilidad de parte de las empresas cuando nos identificábamos, que podíamos entrar a la obra, los obreros eran cerrados ahí, o con un guardia en la puerta. Ya la recepción desde el guardia no era muy buena, para que verificásemos, preguntáramos a algún operario sobre la alimentación, sobre el trabajo, si estaban pagando las horas extra correctamente, cualquier cosa. Y la GEB siempre andaba cerca. Ellos llamaban por teléfono y de inmediato aparecían dos o tres policías de la GEB y ellos se quedaban a veces en la puerta de la empresa mostrando que estaba vigilada. Era eso lo que teníamos (apuntador).

Yo, cuando fui a Brasilia, ya tenía mi conciencia política formada. Por eso ayudé a hacer allá en Brasilia el sindicato de la construcción. Cuando llegué ya estaba formada la Asociación. En aquella época no existía Justicia de Trabajo allá, se dirigía a Oficina en Planaltina.

-¿Y el sindicato era fuerte?

-No existía una necesidad del ciudadano de conocer el sindicato. No era muy buscado. Existía un sindicato grande, pero no era así..., no había mucho trabajo para el sindicato.

-Eso era porque, como usted decía antes, el trabajador no sentía la necesidad de...

-Porque estaba trabajando más en obras del Gobierno. Y el pago que recibía era una cantidad que él consideraba razonable y que estaba bien, por lo que él ganaba en su estado de procedencia. Él creía que ganaba muy bien. Y estaba todo el mundo en aquella ilusión pensando que todo estaba bien. Pero después de la mudanza (de la capital) se terminaron las obras oficiales, obras del Estado, obras del Gobierno.

Y entonces surgió el desempleo y una serie de cosas, ahí el sindicato tuvo que actuar (albañil, entrevista realizada en Anapolis, GO).

Expuestos a la explotación inusitada de la fuerza de trabajo, los operarios de la construcción civil disponen, entonces, de un territorio jurídicamente indefinido y de una entidad de defensa que se ve obstaculizada en la práctica. Está también la “ilusión” de que habla el trabajador anterior, compuesta tanto por el hecho de que los trabajadores recibieran salarios relativamente más altos, como por la eficacia de la ideología de gran obra propia de la construcción de Brasilia. Eventualmente, se podría suponer una actuación no muy eficiente de los liderazgos sindicales. No obstante, hay que remarcar que la Asociación surge recién en julio de 1958, esto es más o menos un año y medio después del inicio de los trabajos, y se transforma en sindicato en julio de 1959 (casi dos años y medio transcurridos desde el comienzo de las obras), cuando faltaban apenas cerca de nueve meses para la inauguración de la ciudad. En este contexto, la actuación sindical fue hasta tal punto limitada, que para varios trabajadores el sindicato no existía o no tenía ninguna función:

-¿Y el sindicato no actuaba?

-El sindicato no existía acá. El sindicato más próximo que existía acá era en Belo Horizonte (carpintero).

-¿Pero nadie hablaba acá de sindicato?

-No. Al principio, no. Después fue que empezaron a hablar. Después empezó allá en el Bandeirante, que iban a empezar el sindicato allá. Pero yo y muchos allá ni nos metimos con eso.

-¿No les hacía falta?

-No. Ahí empezó, pasaron unos tres años para que empiece a aparecer el sindicato acá. En aquel tiempo no se necesitaba (se ríe). Estaba todo bien (peón).

-¿Y en esa época cómo era la cuestión del sindicato?

-En aquella época ni se hablaba, sólo querías trabajar. Trabajar, comer y listo... Mandar dinero a la familia. Eso era lo que queríamos hacer. Nada de... No tuve ese problema (capataz).

En la historia del sindicato de los trabajadores en la construcción civil de Brasilia parece haber apenas un hecho fundamental en el período anterior a la inauguración, que es el encauzamiento de denuncias y protestas, a través de la entidad, relativas a los sangrientos acontecimientos ocurridos en el campamento de la Constructora Pacheco Fernandes Dantas en febrero de 1959 (Bicalho, 1978: 20-21). Veremos en el próximo capítulo este episodio que fue conocido como la masacre de la Pacheco. Sobre este asunto nos informó un albañil:

Ahí el Sindicato asumió exigiendo la punición de los culpables. Hicimos una gran asamblea con los funcionarios de la Pacheco. El Sindicato exigiendo respeto para la vida humana, respeto al ser humano. Exigía también castigo a los culpables, abrir una comisión de indagación, apurar. Pero quedó en la propaganda porque en aquel tiempo no había juez, era allá en Planaltina, juez había allá en Planaltina, entonces no había manera de... era sólo protestar, viste.

Pero en 1960 el tema salarial se volvió foco movilizador de los operarios, sobre todo por el paso del territorio de la construcción a la condición de Distrito Federal, lo que implicaba, entre otras cosas, el derecho de tener el mayor salario mínimo del país; también por la progresiva desmovilización de la gran obra surgía un acentuado y creciente desempleo. El Sindicato asumió entonces un papel preponderante. La equiparación del salario mínimo vigente antes del 21 de abril de 1960 con aquel que existía en Río de Janeiro (ya entonces ex capital federal) se convirtió en un motor capaz de aumentar sensiblemente la frecuencia de las asambleas sindicales, hasta noviembre de 1960, cuando se conquistó ese derecho (ver Bicalho, op. cit.:26 y siguientes).

Las actas del Sindicato de los Trabajadores en las Industrias de la Construcción y del Mobiliario de Brasilia (STICMB), por mí

estudiadas, indicaban para el periodo una visible tendencia al aumento de la frecuencia de las reuniones del sindicato. Veamos. El 31 de julio de 1960 en la lista se registraba la propuesta de extensión del salario mínimo de Río de Janeiro para Brasilia, presentes 295 asociados. El 9 de octubre, para una reunión de discusión de asuntos burocráticos, había 17 presentes. El 30 de octubre, una Asamblea General Extraordinaria convocada para definir la posición de los trabajadores de Brasilia frente al decreto de nuevos niveles de salario mínimo, tuvo la presencia de 259 asociados y cerca de 2.000 firmantes. El 6 de noviembre estaban presentes 141 asociados, más la asistencia de cerca de 3.000 trabajadores, que discutieron las medidas a ser adoptadas frente a la respuesta que diera el Gobierno al pedido del nuevo mínimo. En esta Asamblea se criticó el último resquicio de manipulación de ambigüedad jurídica de Brasilia: la afirmación del Ministerio de Trabajo de que Brasilia estaba ligada a Goiás a los efectos del salario mínimo. La Asamblea decidió incluso, entre otras cosas, aprobar la propuesta de constitución de una Comisión de Huelga que sería incitada el día 11 de noviembre en el caso de que el Gobierno no respondiera a los requerimientos de los operarios. La huelga no llegó a ser realizada pero los comicios se sucedieron y una marcha decidida en esta misma asamblea para el día 10 de noviembre fue realizada en la Explanada de los Ministerios. La movilización conseguida condujo a la victoria de la reivindicación. No obstante, el 27 de noviembre de 1960, la primera Asamblea convocada después del éxito conseguido presentó una frecuencia en total bastante inferior: 117 asociados más la asistencia de 400 trabajadores. La victoria de ese movimiento reivindicativo parece haber sellado para los trabajadores de la construcción civil el término de la ambigüedad jurídica.

En resumen, al convertirse, de hecho, en Estado en el territorio de la construcción, la NOVACAP, por su propia condición de compañía directamente interesada en el avance de los trabajos, acaba por favorecer intencionalmente o no una situación donde la población

trabajadora está prácticamente a merced del ritmo intenso de trabajo que apunta a obedecer cronogramas establecidos por la propia compañía gubernamental. La ausencia de atribuciones de responsabilidad formales y legales, más allá del ámbito de la compañía estatal (por omisión, por deliberación o por insuficiencia de recursos) es materia prima de inseguridad, en el sentido más amplio, de la población del territorio de la construcción, variando de cuestiones policiales hasta laborales. El control era efectivamente desempeñado por una policía subordinada a la propia NOVACAP que actuaba también en el control político de los trabajadores (para una caracterización de la Guardia Especial de Brasilia consulte la introducción). Ya vimos, en el relato de un ex delegado sindical, que la GEB era solicitada para “garantizar la seguridad de los trabajadores en los obradores”, cuando él realizaba visitas a las obras. En el próximo capítulo, describo la actuación de esta policía en acontecimientos como ocupaciones de tierras y rebeliones vinculadas a la cuestión de la alimentación. El control político de los trabajadores se hacía también a través de la cooperación entre guardias de campamentos y la Guardia Especial de Brasilia:

Esa vez se atrasó el pago del mes y el personal resolvió parar el servicio para exigir que saliera el pago. ¿Qué hicieron ahí? Trataron de localizar más o menos a los líderes de aquel movimiento y al otro día la policía vino y se llevó a todo el mundo. Se llevó a todo el mundo, los pusieron en el avión y se los llevaron. Los agarró, dieron con los tipos, pagaron y los pusieron en el avión. Había mucha gente que era de Río, que los mandaron en el avión.

-¿Y la policía de las constructoras también hacía eso?

-No, no. Sólo los entregaba. Ellos no peleaban con nadie. Cuando los policías llegaban, decían: es ese, ese, aquellos (albañil).

En lo concerniente a las violaciones de la legislación laboral, las estafas no encontraron mayores obstáculos, y cuando surgió una organización trabajadora para intentar frenar los abusos, se enfrentó tanto

con el poder de la mayor interesada en el cumplimiento de las obras -la compañía gubernamental-, como con la ausencia en el territorio de órganos capacitados para encaminar y solucionar por vías legales los impasses resultantes del conflicto capital/trabajo. La ambigüedad jurídica, por la ausencia de mayores fiscalizaciones que implicaba y por la presencia de mayor control sobre los trabajadores, constituía una forma que legitimaba y/o aumentaba la explotación de la fuerza de trabajo, de extremo valor para el desempeño de una gran obra ya que prácticamente acababa por liberar para las compañías el ejercicio de una dominación extrema en todas las esferas.

Pero los conflictos obviamente existían. Dada la eficacia del fetiche del salario con la abundancia de horas extras, los conflictos en el periodo no pasaban por la cuestión salarial. Se vinculaban, básicamente, a las condiciones de vida a que estaban sujetos los trabajadores. Ellos son el objeto del capítulo siguiente.

Capítulo 4

Los conflictos

“Dos cosas que no faltaron en la construcción de Brasilia: fueron sangre y mentira” (Testimonio de un operario, *Jornal de Brasilia*, 20/21 de abril de 1980).

Las cuestiones centrales con respecto a las condiciones de reproducción de la vida cotidiana con que se enfrentaban los trabajadores y que culminaron con diversos conflictos eran relativas al *ocio*, a la *alimentación* y a la *vivienda*. A ellas correspondían ciertas formas de reacción que, a los efectos de la exposición, pueden ser ordenadas en un *crescendo* de intensidad de los conflictos en cuestión, ocio, alimentación y, finalmente, vivienda. Este *crescendo* se expresó tanto en términos de cantidad como de calidad. Esto quiere decir que implicó progresivamente que se involucrara un mayor número de personas, al mismo tiempo que correspondió, a nivel político, a formas de reacción y organización más nítidas. Así, hubo un crecimiento del número de interesados en cada cuestión, conduciendo a acciones cada vez más colectivas y más organizadas. De reacciones individuales localizadas y enfrentamientos específicos con la Guardia Especial de Brasilia (GEB), se pasó a reacciones colectivas, fruto de la solidaridad colectiva -construida por la vivencia de una misma

situación y/o intereses comunes que acabaron por expresarse en formas también colectivas de enfrentamiento con los representantes de la dominación vivida por los trabajadores. En fin, se llegó a formas claramente colectivas, organizadas, con liderazgos, contando con la participación y/o intervención de políticos, situaciones donde los trabajadores se enfrentaron políticamente con el Estado y obtuvieron resultados de sus acciones a través de medios políticos. Desde el inicio aclaramos que es la policía el mediador más frecuente, que representa al Estado en los diversos conflictos.

Ocio

“La diversión de acá es tomar cachaça. Era tomar cachaça y ponerse valentón” (peón)

Como vimos, la demanda de trabajo en la construcción de Brasilia era tanta que el tiempo libre de los trabajadores era casi inexistente. En un territorio en el cual se construye una gran obra, probablemente una de las cuestiones menos conjeturadas por parte de quien controla y administra el trabajo es la referida al ocio. Pensar en el ocio de los trabajadores sólo se torna un tema cuando su ausencia se vuelve un problema con consecuencias para la producción, el orden y disciplina que ella requiere. Para una población mayoritariamente dedicada a la misma actividad productiva y sujeta a la escasez de una serie de bienes y servicios, la organización de la vida cotidiana pasa a imponer algunas estrategias que normalmente no son consideradas en otras situaciones.

En un gran proyecto, las actividades de ocio no comunitarias están comúnmente vinculadas al consumo de mercaderías (alcohol, películas) o de servicios sexuales (prostitutas). Es claro que para tener acceso a este tipo de ocio se necesita dinero. Todo trabajador obtiene dinero a través del cobro de su salario. El día de pago se vuelve

el momento ideal para el consumo de mercaderías y servicios, inclusive, en este sentido, ocio. En un territorio como el de la construcción de Brasilia, pagarle a una gran cantidad de trabajadores el mismo día podía acarrear problemas en cierto modo inusitados en otras localidades:

Brasilia era una cosa..., una cosa espectacular. Vos llegabas, por ejemplo, fin de mes, ahí, por el día 10, se pagaba el día 10..., ellos nunca pagaban el mismo día. Cuando una pagaba hoy, la otra pagaba en dos, tres días. -¿Por qué era así?

-Pasaba lo siguiente: ahí todo el que estaba con dinero venía al centro comercial que era la Ciudad Libre, hoy Núcleo Bandeirante. Entonces hubo un día en que dos de las compañías pagaron el mismo día, la Cuadrada y la Triángulo. Pagaron el mismo día, un día sábado para domingo, entonces yo vine para la Ciudad Libre, vine a mandar dinero para casa. Vos llegabas a la Ciudad Libre y no encontrabas un bar, un banco para sentarte y tomar una gaseosa. Estaba así de gente: gente, gente. Sólo se veía gente. Parecía fiesta. Ahí también se bebía. Ahí también había zona de prostitutas. ¡Increíble! Salías de ahí destruido (albañil).

Ante la desproporción entre los servicios prestados y sus consumidores, había que procurar cierto equilibrio. Una manera de controlar el problema fue la alternancia de los días de pago. La escasez de tiempo libre implicaba que los trabajadores maximizaran los pequeños intervalos de tiempo que no eran utilizados inmediatamente para la reposición de su fuerza de trabajo a través del reposo. Así, acudían masivamente a los lugares donde podían encontrar el ocio posible. Sin embargo, para estos pequeños intervalos de tiempo existían escasas opciones. Fuera de la zona de prostitución, que era más que una opción de ocio, quedaban sólo algunas salas de cine en la Ciudad Libre (algunos campamentos también disponían de pequeños auditorios y clubes), partidos de fútbol, cartas, y la prohibida y reprimida *cachaça*:

El fin de semana dependía mucho del espíritu de la persona. Unos salían por la ciudad, otros limpiaban su cuarto, planchaban, escri-

bían a los familiares. Ahí dependía mucho del espíritu de la persona. La diversión acá era mínima. La diversión acá era la zona del Núcleo Bandeirante o sino un cine. Aquí uno tenía que hacer eso o tenía que estar trabajando. A veces existía un tiempito de fútbol (operador de maquinaria)

No tenían a dónde ir. Entonces salían, ese grupo de cinco, seis, para no ir menos, con miedo, ellos iban para Villa Planalto o para Ciudad Libre. Pero, llegaban allá, no encontraban nada que estuvieran buscando, compraban a veces un pantalón, un calzado... y enfilaban directo a un bar. La diversión de acá siempre fue el bar. No había un lugar donde fueras a pescar, una fuente para bañarse, una cascada... No había... Vos te parabas ahí, pensabas, ¿para dónde voy, Dios mío? Vamos a tal lado. Vamos a tomar una cerveza. Salían, eran ocho o seis amigos. Cada uno pagaba dos, cuando salían de ahí ya habían tomado prácticamente dieciséis cervezas. Después, no había nadie borracho, tomaba cada uno una cachaça encima. Y se iban. Ahí salían (peón).



El cine era una de las pocas opciones de ocio. Ciudad Libre, septiembre de 1959

La prohibición formal de la *cachaça* dentro del campamento o la represión de su consumo durante el día de trabajo generaron formas de disfrazar su tráfico y su consumo. En los campamentos, como ya mencionamos en el primer capítulo, se podían entrar botellas a través de algún operario “de rango” que no fuera revisado en la garita de la entrada. Ya durante la jornada de trabajo, se podía disimular el consumo tomando la bebida como si fuera café en las pequeñas tiendas que se instalaban al lado de las obras:

-¿Cómo hacían para tomar cachaça? -En una taza. Llegaba, pedía un cafecito en una de esas carpas pegadas a los ministerios. Ahí el que quería un trago decía: un cafecito. Y ahí ya se sabía: cuando pedían un cafecito, era una cachaça, y te servían la cachaça.

En la investigación encontré varios titulares como los siguientes: “Tiroteos y asaltos impiden que familias vivan en Brasilia. La cachaça vendida en Brasilia provoca escenas del oeste americano” (*Tribuna da Imprensa*, Río de Janeiro, 2 de junio de 1958, en Colección NOVA-CAP); “Farwest en Brasilia, ¡capital del crimen! Torrente de sangre y cachaça” (*A Hora*, San Pablo, 14 de junio de 1958, ídem). En esta situación, la bebida alcohólica se tornó una fuente constante de conflictos entre los operarios, y entre estos y la policía, cuya actuación cotidiana revelaba sus violentas facetas:

Porque muchos iban para la Ciudad Libre y cuando venían para los campamentos acá, ya venían borrachos, ya venían haciendo desorden. Ahí la policía daba voz de apresarlos y ellos no se querían rendir.

..

-¿Y no podían tomar nada?

-No, podían tomar, pero no arruinarse. Ahí había orden. Era difícil que haya una pelea. Acá había un cuartel, ahí bien cerca del Tamboril, derecho ahí. Yo trabajaba cerca de ahí y oía los gritos de la noche. Eran los compañeros bajo el látigo (peón).

-Él (un amigo) estaba allá en el bar del Maracangaia tomando unas cachaças allá. Y la policía cuando veía a un tipo bebiendo en un lugar,

la misma policía, esa policía violenta, insultaba al tipo. Ella misma lo hacía meter en problemas. Y él era un tipo fuerte, un tipo vivo, y había un policía de cara chupada..., un blanquito, que era el más obstinado que había ahí en el Núcleo Bandeirante. Se empecinó con él, llevó a un oficial y le pegó. Y él tenía un compañero, y ahí vino otro policía para ayudar a pegarle, a Severino, se llamaba Severino el bahiano, ¿no? Pero el bahiano no era joda, eh. Agarró al oficial y le dio una paliza. Le dio una flor de piña y vino otro policía y el compañero de él, de Severino, se juntaron los dos y le pegaron al policía y le dieron bastante. Ahí ellos corrieron a la NOVACAP y llamaron al capitán para ver la manera de ir con la policía para agarrarlos, viste.

Doña María: -No, pero vos podés estar seguro que la policía de acá, cuando pasaba eso, era igual a tener un Judas en la calle, ¿sabés? Se juntaba toda la policía para pegar. Entonces nosotros salimos ahí a la calle, trajimos a nuestro compañero a casa y lo encerramos en un cuarto. La policía rompió la ventana y entró, ¿sabés? Entró y agarró al muchacho y le pegó mucho. Lo molieron a palos. Entonces acá era así... No había ley. Acá era..., había una cobardía terrible. La policía más cobarde que hubo, que existió en el mundo, fue esa que empezó acá (carpintero y esposa).

Acá a veces había alguna peleíta, uno mataba a otro, cuando se emborrachaba. Pero acá había orden de la policía. Había orden. El orden era severo. La policía era dura. El que fuera valiente desaparecía enseguida. No duraba nada (peón).

La violencia de la actuación de la Guardia Especial de Brasilia ya fue considerada en la Introducción de este libro. En lo relativo exclusivamente a la actuación de la GEB en la represión al ocio de los trabajadores, podemos percibir a través de los testimonios anteriores que los conflictos eran en general personalizados, particularizados. Esto quiere decir que normalmente se producían entre un individuo y la policía. Tenían como motivo inicial la *cachaça* o su abuso en lugares que potencialmente eran propicios para el surgimiento de conflictos, como bares, prostíbulos. Así, la represión al ocio, por ocurrir de forma particularizada e involucrando acontecimientos que muchas

veces eran mal vistos por gran parte de los trabajadores (embriaguez, prostitución y sus conflictos), no llegaba a despertar entre los trabajadores toda la percepción de la violencia, un *esprit de corps*, una solidaridad que permitiera una unión para ponerle límites a la actuación policial. La solidaridad que existía era también personalizada. Pasaba, por lo tanto, mucho más por relaciones personales mantenidas con la víctima, que por una posición tomada al respecto de la represión como un todo. Eso puede ser visto claramente en el caso del trabajador que después de la lucha corporal con algunos policías es escondido en la vivienda de amigos para ser enseguida descubierto por la policía y violentamente golpeado. Para finalizar este tópico, subrayemos que la utilización por parte del operario del tiempo no laborable como tiempo de ocio no entra necesariamente en los cálculos de los capitalistas individuales como algo necesario para el mantenimiento y reproducción de la fuerza de trabajo. Esto es incluso más visible cuando se trata de utilizar la fuerza de trabajo por un período definido *a priori*, en una situación tan específica como la del territorio de construcción de un gran proyecto en el cual, para ofrecer mayores prestaciones de servicios, son necesarias grandes inversiones. Así, es lógico que el ocio haya sido relegado a segundo plano, ya que no tiene un peso determinante en el sustento de la fuerza de trabajo que se utiliza en el proceso productivo del gran proyecto. No ocurre esto con la alimentación y la vivienda. Sin comer no se puede trabajar. Sin vivienda tampoco.

Alimentación

“LA CARNE EN BRASILIA se convirtió en un privilegio de pocos. LOS PERROS DE LOS RICOS LA PASAN MEJOR QUE UN OPERARIO EN BRASILIA” (A *Tribuna*, Núcleo Bandeirante, 8 de noviembre de 1959, resaltado en el original).

Una cuestión urgente en la implantación y desarrollo de un gran proyecto es proveer la alimentación a los millares de personas que acuden al área. Surge casi repentinamente una gran concentración poblacional en áreas que prácticamente se dedicaban a la agricultura de subsistencia. Así, repentinamente no se puede esperar que las áreas agrícolas próximas a las obras provean la gran cantidad de alimentos para abastecer una demanda súbita e inesperada. Súmese a esto el relativo aislamiento -sobre todo en los momentos iniciales, lo que hace que el transporte aéreo se vuelva imprescindible-, y vemos que el abastecimiento del territorio de la construcción es bastante problemático. Las soluciones son las más diversas, desde dejar en libre curso la acción de los comerciantes (como en la instalación de la Ciudad Libre), hasta el establecimiento de grandes restaurantes colectivos sostenidos por el Gobierno como el restaurante de SAPS (Servicio de Alimentación de la Previsión Social) en el campamento de la NOVACAP, que acogió a millares de trabajadores a precios razonables. Instalado el 26 de diciembre de 1956 y oficialmente inaugurado el 21 de febrero de 1957, en aquella época el restaurante suministraba un promedio diario de 1.200 comidas (cf. *Diario de Brasília*, 1956/7, en las fechas respectivas). En septiembre u octubre de 1958 fue inaugurado otro “nuevo y moderno restaurante del SAPS” (*A Tribuna*, Núcleo Bandeirante, 2 de octubre de 1958):

El SAPS también es algo que es importante contar, porque aquello fue la mayor madre del pueblo. Era chiquito, un galpón chico, aquellos bandejones, la comida era chica, o sea que la bandeja era grande, y el precio de la comida era casi nada, era una miseria que nosotros pagábamos. No sé ni decir lo que pagábamos de poco que era. Después nos daban esos taloncitos de la NOVACAP, que pagaba aquella comida y la descontaba a fin de mes (peón).

El primer SAPS era pequeño. Nosotros teníamos que comprar un ticket en la oficina. Por mes. Se almorzaba con un ticket y daban otro para la cena. Era en bandeja. Ahí había pelea en la entrada con esa maldita confusión. Ahí entró un tal Dr. ... y terminó con ese SAPS

viejo. Hizo un SAPS automático. Olla esmaltada. Olla de porotos, de arroz. Pelapapas. A la inauguración del SAPS, Juscelino fue a inaugurar el SAPS nuevo. Bajaba por un lado, subía por el otro. Todo aquello en la mayor armonía. Comía tanta gente. Había días que la fila iba hasta allá en el Bandeirante. Había peleas en la fila. En el SAPS el doctor decía: el que no se comporte acá lo mando a llevar. La comida era buena: batatitas, carne, arroz, porotos, fideos, carne de cerdo. Incluso se podía repetir. Ahora en el SAPS viejo era difícil. Había muchas peleas porque era cerca y había horario, ahí comenzaba la pelea. Venía la GEB y se terminaba (carpintero).



Restaurante del SAPS

Por supuesto que el restaurante del SAPS no solucionaba totalmente el problema de la alimentación, todo indica que estaba prioritariamente dirigido a los funcionarios trabajadores de la NOVACAP. Para aquellos trabajadores que no estaban vinculados con una compañía, con su campamento y su respectivo comedor, quedaban los restaurantes de la Ciudad Libre -que cobraban precios muchas veces inaccesibles para el presupuesto operario y las pensiones. Fuera de eso, más como una estrategia de complemento de las comidas mal hechas o de sustitución de las que no podían prepararse por impedimentos

derivados de la esfera de la producción (participación en *viradas*, sobre todo) quedaba al operario echar mano de las pequeñas tiendas que se instalaban al lado de las canteras y vendían café, bizcochos y alimentos semejantes:

Tomaba mucho café. Café con... aquellos dueños del bar, yo les pasaba agua por afuera para los dueños del bar y ellos me daban café con un pedazo de bizcocho... me lo daban gratis. Porque no había agua para aquella gente por afuera, ellos vivían todos en aquel puestito. Yo pasaba la manguera por afuera para que ellos cargaran agua. Ahí yo gritaba un café, y ellos enseguida me alcanzaban café y bizcocho y no me cobraban nada. Yo cooperaba, yo sé convivir con el pueblo, ¿no? (...). Ahí era donde me alimentaba un poco con ese bizcocho. Era así la cosa (mantenimiento de máquinas).



Comercio improvisado cerca de obras en la W3 sur

Los comedores de los campamentos eran la solución más utilizada para la alimentación de los operarios. Comúnmente, todo campamento tenía un comedor. Lo que variaba era la calidad de la comida. Generalmente los comedores eran alquilados a concesionarios por

las compañías, que descontaban del salario del trabajador la cantidad equivalente a las comidas consumidas en ese período. En algunos campamentos, los comedores tenían separaciones especiales que obedecían a la lógica de la jerarquía de la construcción civil. Existían básicamente dos grandes divisiones: una parte donde comían los peones y otra donde comían los profesionales, encargados, etc. La comida servida en cada sección podía ser de distinta calidad.



Comedor en el obrador de la Supercuadra Sur 108, mayo de 1958. Foto de Mário Fontenelle.

Frecuentemente, surgían en el comedor varios conflictos. Gran parte de ellos era provocada por la mala calidad de la comida que les daban a los operarios, tema de artículos en los diarios de entonces:

Pasan hambre los trabajadores en Brasilia. Estuvo en nuestra redacción el carpintero Pedro Ignácio da Silva, que nos relató que fue contratado para trabajar en Brasilia por la firma norteamericana 'Planalto' como carpintero, ganando un salario de Cr\$ 27,00 la hora. Sin embargo, fue obligado a regresar porque la aludida empresa proporciona en las comidas sólo porotos con arroz y sin sal. El mencionado carpintero agregó que las demás

empresas proceden de la misma manera y cobran por las comidas Cr\$ 900,00 mensuales. Por este motivo, muchos trabajadores van a regresar de Brasilia porque no aguantan más pasar hambre (*Imprensa Popular*, Río de Janeiro, 15 de marzo de 1958, en Colección NOVACAP).

“Operario come el pan que amasó el diablo”. (. ..) Operarios de la Compañía Saturnino de Brito, la responsable por el Servicio de Aguas y Cloacas de Brasilia, hace mucho tiempo se vienen quejando de la comida servida en el comedor de la compañía. El día 2 nos fue exhibida una inmundicia y pequeña ‘MARMITA’, dentro de la cual apenas había (POCOS POROTOS Y ARROZ) (sic). El aspecto era repugnante, sin sal, sin grasa y sin condimento, siendo también de pésima calidad. Un absurdo, simplemente, un abuso. Nosotros, que pudimos ver la dura y repulsiva realidad, no sabemos cómo un hombre puede trabajar DOCE HORAS DIARIAS, con una alimentación de esa categoría. En cuanto a la carne, ni pensarlo. LA CARNE EN BRASILIA se convirtió en un privilegio de pocos. LOS PERROS DE LOS RICOS LA PASAN MEJOR QUE UN OPERARIO EN BRASILIA: el contenido de aquella marmita se destinaba a un operario y era denominada (sic) comida. No concordamos en absoluto con esa denominación, aquello bien podría llamarse RESTOS PARA LOS CHANCHOS, pues los perros de los ricos no la comerían (*A Tribuna*, Núcleo Bandeirante, 8 de noviembre de 1959, resaltado en el original).

Tal vez el ejemplo extremo de total falta de respeto hacia la alimentación de los operarios haya sido el que nos presentó este operario (mantenimiento de máquinas):

Hasta la cerda muerta que parió ahí ellos la mataron y la pusieron para que coman los peones. Los lechones eran para jabón. La carne que se caía al piso la tiraban adentro del tacho para cocinar.

El hecho de que la explotación de los comedores estuviera en manos de concesionarios que hacían su negocio y tenían la alimentación como fuente de renta fue la causa de la oferta de alimentos en condiciones inadecuadas en la mesa de los trabajadores. Tradicionalmente, el comedor es fuente de insatisfacción porque en él persiste la explotación en cuanto a la alimentación de los operarios (cf. p. ej.

Bicalho, 1978:123). En las grandes obras, los elementos típicos de la explotación del sector de la construcción civil llegan al paroxismo. Allí, el comedor es la solución responsable para la alimentación de gran parte de la población trabajadora. Es así como los conflictos ocurridos en los comedores adquieren un carácter fundamental para la comprensión de las relaciones en el territorio de la construcción. El horario de funcionamiento y atención del comedor estaba, como ya mencionamos en el segundo capítulo, directamente ligado a las necesidades determinadas por la actividad productiva. Había algunos comedores que eran administrados durante las 24 horas del día, alternándose dos o tres turnos para realizar los trabajos necesarios para el mantenimiento del predio y la producción de los alimentos. Las comidas se ofrecían tratando de ajustarse al horario de salida de los grupos de operarios que llegaban del trabajo y al número disponible de lugares y utensilios necesarios para la alimentación. Esto no siempre funcionaba bien cuando proliferaban las largas colas que implicaban trabajadores hambrientos y cansados por un período agotador de trabajo, expuestos al sol y a la polvareda durante un rato.

La misma fila de espera ya representaba un factor negativo que se sumaba a la gran cantidad de usuarios del comedor y a la pésima calidad de la comida. Así, ya fuera del comedor, a lo largo de las filas, surgen conflictos que tienen un contexto propicio para desenvolverse en vista de la incomodidad de estar con el estómago vacío, al sol, o apurado por almorzar (consecuencia de la subordinación del horario del comedor al horario de la producción en las obras), para volver al trabajo a tiempo de marcar tarjeta a la hora debida. La dificultad de utilizar los servicios prestados por los comedores podía ser tan grande que individualmente el operario podía optar por no usarla:

Yo muchas veces no iba a almorzar. A la mañana temprano, cuando salía, agarraba tres panes, les ponía manteca, agarraba mermelada y a la hora del almuerzo comía. Para ir a almorzar había que pasar por la polvareda de los camiones, nosotros ni veíamos los camiones, sólo se veía una nube de polvo. Después, cuando llegaba, había una fila

enorme de peones para entrar al comedor, debajo de ese sol fuerte. A veces había desorden, peleas... Ahí yo prefería llevar el pan para comer en la obra y quedarme ahí (carpintero).

Al llegar al comedor, cuando bajaban decenas de operarios de los transportes, podía haber incidentes graves:

Tuve dos peones que casi se mueren ahí, por ir al comedor, porque ese malón llegaba con mucho apuro por la comida, y esos dos saltaron uno de un camión y otro de un ómnibus. Se cayeron y casi mueren (mantenimiento de máquinas).

La subordinación del horario de la actividad de los comedores a las necesidades de la esfera de la producción se ve claramente durante la realización de *viradas*, como se relató en el capítulo 2. En estos momentos, los alimentos producidos eran transportados en gran cantidad hasta los lugares de trabajo para no interrumpir el ritmo de producción con el traslado de los operarios hasta el comedor. Veamos lo que informa un peón que trabajó en un comedor sobre la producción y distribución de alimentos de la Redonda:

A las cinco de la mañana empezaba el desayuno. Café, pan y manteca. De vez en cuando había leche. Porque la leche era más cara. Sólo había leche enlatada. El desayuno era hasta las 7. El grupo que hacía *virada* tenía café a toda hora. Y almuerzo en el horario de ellos. A las 10 había un almuerzo. Había un grupo que comía a las 10 y otro a las 11. Después venían los escriturarios de medio día a las 12 y media. El café de los escriturarios era después del de los peones, que era a las 8. La comida de los escriturarios se hacía en una olla más chica. El café también. Ellos eran pocos. La comida era la misma pero era menos. La cena era desde las 4 y las 6 de la tarde en adelante, que era la hora que picaban la tarjeta allá. Menos los que hacían *virada* y volvían después de la cena. Ahí a la noche llevaban café para ellos. Café con pan y manteca. Los peones comían todo el pan que querían.

Llevaban una montaña de pan. Esos sinvergüenzas, los llenaban con pan. Paraban la obra y juntaban a todos para tomar café alrededor

del camión. Había comida para todos donde se trabajaba. Porque los que no podían ir ahí, iban a la comida. En el comedor el grupo de la noche se quedaba limpiando el comedor, que era muy grande. Pelando verdura. Cocinando porotos para otro día. Se quedaban pelando papa, 'xuxu', mandioca, lo que haya.

Este fragmento de la entrevista revela con nitidez la dominación ejercida por la esfera de la producción que, a través del control de una cocina colectiva, interviene directamente en el ordenamiento de la vida cotidiana de los individuos, haciéndolos obedecer un orden en el horario de las comidas y del intervalo entre ellas relativos no a sus necesidades individuales o a lo acostumbrado socialmente, sino a las necesidades de continuidad de la producción de la obra en el ritmo intenso que se requería. No son sólo la organización del tiempo y los intervalos destinados a la alimentación los que se ven afectados, es también el propio lugar donde se lleva a cabo el acto de comer. Como vimos, en los momentos en que más se necesita trabajo, les permiten a los operarios hacer las comidas en la propia obra. Son normalmente comidas nocturnas que constan de café y pan con manteca. Además de eso, está la sospecha sobre la utilización de la alimentación combinada con químicos para aumentar la capacidad física del trabajador y, en consecuencia, su resistencia o adecuación al ritmo de trabajo que se observaba:

Llevaba aquellos panes con manteca, o con margarina, el tipo tenía asco de aquello y lo tiraba. Vaso, había peones malos ahí, como es maltado del tipo de esos ahí, lo tiraban para allá. Yo junté un montón de vasos, porque los peones se asquearon de ese café. Aquel café parece que tenía una cosa adentro que repugnaba a los peones. Entonces tiraban esos panes con vaso y todo. -¿Qué era lo que había adentro? -Yo no sé qué le ponían adentro de ese café. -¿Pero tenía un gusto diferente? -Tenía gusto diferente. Café medio raro, con un gusto fuerte. Y los peones tomaban, eso irritaba el cuerpo (hizo un movimiento imitando una convulsión). Aquello tenía algún químico adentro. -¿Cuando uno lo tomaba qué pasaba?

-Lo tomaban y se iban a trabajar. Tomaban y comían ese pancito, si lo comían, si no lo comían también tomaban sólo un sorbo de ese café, volvían e iban a trabajar el resto de la noche (mantenimiento de máquinas).

Son pocas las evidencias sobre la existencia de estimulantes en la alimentación. Sin embargo, decidí mencionarlo como forma de registrar la posibilidad de que se haya echado mano de ese recurso. Más allá de eso, me parece factible pensar que cuando hay un control de la alimentación de una colectividad, ejercido por una administración a través de la cocina, el manoseo de la comida y de la bebida (su adulteración o composición) puede ser utilizado como una forma de controlar o estimular ciertos comportamientos convenientes a los fines del cuerpo administrativo. El primer presidente de la Asociación de Trabajadores de la Construcción Civil declaró al *Jornal de Brasília*, en el número del 20/21 de abril de 1980: “Cuentan que algunas compañías ponían un químico en la comida de la peonada para sacarles el deseo de mujeres. Recuerdo que una vez el grupo descubrió eso y hasta empezaron a destrozarse una habitación”. En una cotidianeidad casi enteramente permeable a la esfera del trabajo, la alimentación se volvió una de las cuestiones centrales, tanto internamente entre los trabajadores, como en su relación con los controladores de sus vidas en el territorio de la construcción (los administradores de las compañías privadas y la NOVACAP). Son numerosos los conflictos que se centraban en esta cuestión. Generalmente se expresaban a través de rebeliones de trabajadores que manifestaban su descontento destruyendo las instalaciones de los comedores y agrediendo a sus trabajadores o responsables:

Hubo revueltas por la comida. No llegué a presenciar ninguna. Pero en la Cuadrada hubo una de los armadores, los armadores tuvieron un altercado allá. Pero una revuelta que rompieron unas mesas unas cosas... Después vinieron algunos a separar. Entonces vino una época en que el ambiente estaba muy tenso, la gente llegaba a tirar toda la comida, con todo. Le dijeron a la NOVACAP, la NOVACAP mandó a una persona a fiscalizar y todo. Y ahí la comida mejoró (albañil).

Aquí, en la Redonda, cuando se estaba construyendo el Alborada, el comedor de allá era muy bueno, pero hubo una revuelta a causa de la comida. Acá en la Cuadrada también, en la Rectángulo también. Casi todas las firmas que tenían comedor tuvieron ese problema. De una punta a la otra los peones rompían todo (peón).

Las revueltas eran una forma colectiva de oponerse a una situación insostenible para los trabajadores. Suponían la existencia de una solidaridad que permitía llevar a cabo acciones que generalmente redundaban en represión. Lourdes Barreto Pimentel, en un trabajo sobre el conflicto relacionado con la alimentación en una obra en Río de Janeiro, se propone “pensar las revueltas en comedores de los trabajadores de la obra, no como manifestaciones explosivas, desordenadas, caóticas, etc..., sino como algo que sigue una lógica, que tiene su propia historia, como un movimiento de operarios de la construcción civil que se traduce en algunas acciones tales como la destrucción de instalaciones hechas para ellos” (Pimentel, s/d, p. 6). Ya Moisés y Martínez-Alier, en “La revuelta de los suburbanos o ‘Patrón el tren se atrasó’” afirman:

Si esas revueltas por una parte son limitadas y no tienen una estructura organizativa previa, por otra parte, constituyen una deslegitimación de las autoridades establecidas y tienen un significado y efecto político nítidos: la elección de sus objetivos no es arbitraria, las revueltas responden a inquietudes colectivas dadas por condiciones estructurales semejantes -la condición de sus usuarios de fuerza de trabajo y, finalmente, exigen una definición por parte del propio Estado (Moisés y Martínez-Alier, 1977: 30).

La compleja cuestión de la espontaneidad de tales movimientos debe estar sujeta al análisis de varios casos concretos donde sea posible reconstruir de manera fiel el desarrollo de los hechos, sus sujetos, sus objetivos, sus resultados, las formas de negociación y represión, etc. No obstante, es bastante rica la conclusión de Moisés y Martínez-Alier:

En la medida en que esa espontaneidad vehiculiza alguna forma de acción, las masas comienzan a experimentar su propia potencialidad como fuerza social y política. Y su práctica, desorganizada o no, les brinda la posibilidad de hacerse presentes, con algún grado de *voluntad propia*, ante el resto de la sociedad (ídem: 55).

Las revueltas en los comedores de la construcción de Brasilia pueden ser encaradas como movimientos espontáneos en el sentido de que surgían de un conflicto cualquiera, localizado en el marco de otro conflicto latente, más amplio, que se tornaba la mecha, el canal liberador de un descontento profundo y cotidiano. Esto se hace evidente cuando una acción individual desencadenaba una solidaridad inmediata y una acción colectiva basadas en la vivencia de una situación común (como se vio anteriormente, esto no ocurría en los conflictos relativos al ocio). Las revueltas implicaban un cierto tipo de cooperación para llevar a cabo una acción y no obedecían necesariamente a una estructura u objetivo prefijados anteriormente ni a liderazgos formalmente designados. Entre tanto, la percepción de que esa forma desorganizada de rebelión se podía transformar en una forma organizada y/o revestirse de contenido político evidente, tuvo una doble implicación. Por un lado, debido a su importancia para las condiciones de vida del trabajador, la cuestión de la alimentación fue asumida como una reivindicación por parte de las organizaciones obreras e incorporada a la pauta de lucha de esas entidades. En la construcción de Brasilia, pasó a ser vehiculizada a través del Sindicato:

Nuestro reportaje entró en contacto con la Dirección del Sindicato de los Trabajadores en la Construcción del Mobiliario de Planaltina con base territorial en Brasilia y constató la veracidad de una denuncia que se venía haciendo y que decía que el operario de Brasilia era víctima de explotación y mal trato alimentario. Así es que, como prueba irrefutable, nos fue presentado el cuerpo del delito (una marmita) del crimen que se venía cometiendo por parte de los responsables de la alimentación de los operarios (...). Conforme nos declaró la Dirección

del Sindicato, ésta tomaría las debidas providencias para limitar el abuso y castigar a los culpables (*A Tribuna*, Núcleo Bandeirante, 8 de noviembre de 1959).

Por otro lado, los controladores del territorio de la construcción tendían a clasificar esos conflictos como subversión y actuaban en el sentido de aislar a los líderes que surgían durante ese proceso. Así, la posibilidad de que se convirtieran en un punto aglutinador de una masa rebelde llevaba inmediatamente a la necesidad de controlarlos y reprimirlos. Las formas que se utilizaron para ello variaban bastante e iban desde negociaciones directas con los operarios en situación, hasta la violencia policial *tout court*.



Guardia Especial de Brasília

La actuación de la Guardia Especial de Brasília era señalada por su característica de policía de una compañía inmediatamente interesada en el funcionamiento de las obras de la capital y, por consiguiente, en el control de los trabajadores. En lo referente a los enfrentamientos vinculados a la alimentación, la actuación de la GEB llegó a un límite extremo de violencia, por ejemplo, en la noche del 8 de febrero

de 1959 (durante un carnaval), cuando fue llamada a intervenir en una rebelión de operarios en el campamento de una constructora. Sus policías les pegaron a varios trabajadores y mataron por lo menos a uno.

Existen diversas versiones de este acontecimiento que la memoria popular registró de tal forma que cuando se indagaba sobre lo peor que había sucedido en la época de la construcción, la mayoría de las veces nos relataban los sangrientos acontecimientos de la noche del 8 de febrero de 1959. Fue casi imposible recuperar con absoluta claridad lo que ocurrió aquella noche, sobre todo porque los detalles del enfrentamiento fueron encubiertos por las autoridades, quienes dieron versiones que, en forma general, contradecían frontalmente las informaciones no oficiales. En la literatura sobre Brasilia, conocemos apenas tres registros: el de Joffily (1977: 53 y 54), el de Bicalho (1978: 20 y 21) y el de Epstein (1973: 65). Varios diarios de la época registraron los acontecimientos de aquel domingo de carnaval. También aquí existen versiones distintas que parecen provenir del hecho de que los artículos hayan sido escritos con informaciones obtenidas directamente en el lugar o provistas por las autoridades. Ver, por ejemplo, en la Colección NOVACAP: “El carnaval en Brasilia no detuvo las obras” (*Última Hora*, Río de Janeiro, 12 de febrero de 1959); “Conflicto en Brasilia” (*O Estado de São Paulo*, 13 de febrero de 1959); “Grave incidente en Brasilia” (*Diario de Pernambuco*, Recife, 13 de febrero de 1959); “Asesinato en Brasilia” (*A Notícia*, Río de Janeiro, 13 de febrero de 1959); “Veintiseis policías del destacamento de Brasilia presos” (*O Globo*, Río de Janeiro, 13 de febrero de 1959); “Fue a ver lo que realmente ocurrió en Brasilia” (*Jornal do Brasil*, 14 de febrero de 1959); “El conflicto de Brasilia es un hecho” (ídem); “Presos los implicados en los acontecimientos de Brasilia” (*Correio da Manhã*, Río de Janeiro, 14 de febrero de 1959); “Se solicita la inhabilitación de la policía de Brasilia” (*Correio Paulistano*, San Pablo, 15 de febrero de 1959). En la edición del 20/21 de abril de 1980 del *Jornal de Brasilia*, el periodista Jorge Federico publicó su investigación sobre el asunto.

A pesar de la diversidad de relatos, se puede construir una estructura común. Ella apunta a problemas centrales que son confirmados

por las variantes que ocasionalmente se desvían de una versión sintética que elaboré a partir del cruzamiento de varios testimonios o artículos periodísticos. Después de explicitar esta versión sintética, pasaré a recuperar algunas variantes relevantes. Mi intención no es agotar analíticamente el relato de este hecho comprendiendo todo lo que en él entra en juego. Para contextualizar, cabe recordar que los operarios de la firma constructora no habían cobrado aún en esa semana para evitar que, con el carnaval, gran número de ellos abandonara los puestos de trabajo en busca de diversión. Más allá de eso, estaban ya desde hace tiempo muy insatisfechos con el comedor y la falta de agua en el campamento en que vivían. Veamos una versión sintética:

Noche de carnaval. Operarios (tres como máximo) llegan del trabajo para comer en el comedor y no encuentran la comida que debería haber sido provista por la administración. Les sirven restos, comida de mala calidad. Se irritan, o uno de ellos se irrita, y arroja el plato sobre el encargado de la cocina, el cantinero o el cocinero. Los otros operarios se solidarizan. Alguien (el agredido, un sargento, un ingeniero, el jefe de la cocina, el dueño del comedor, 'gente de la alta') llama a la policía. Los policías enviados son pocos. Los operarios no dejan que sus compañeros sean apresados. Un refuerzo de gran número de soldados llega disparando. Gran tiroteo. La policía no pregunta nada, ya dispara contra los alojamientos. Mataron a mucha gente. Muchos mueren en sus camas. Otros son despertados violentamente y puestos en fila con las manos en la cabeza, golpeados y humillados. No se sabe si murieron veinte, cuarenta, ochenta, ciento cuarenta. Los muertos son transportados en camiones a una zanja en el medio del monte. No hay difusión de lo que realmente ocurrió. En Brasilia era duro. Había orden, la GEB era para eso mismo. No se tomaron medidas.

Esta versión expresa el desencadenamiento de hechos y sus rupturas más importantes según el registro existente entre los trabajadores. No se plantea la cuestión de su veracidad o falsedad, total o parcial. Lo que interesa, en especial, en las versiones obtenidas a través de

entrevistas, es que ellas apuntan a la gravedad del hecho. Más allá de eso, esta violenta forma represiva que fue utilizada para contener y dominar una rebelión parece ser un resultado que expresa varias determinaciones procedentes de las fuerzas que se encontraban en conflicto en la situación de gran proyecto, a saber: el gran control ejercido por las compañías dentro del campamento; los problemas cotidianos ligados al comedor; el agotador ritmo de trabajo; el poder de policía dado a una corporación que mantenía un vínculo orgánico con los propietarios de la obra (el hecho de ser estatal aquí es irrelevante); la presencia, de este modo, de una policía con funciones evidentes de control del personal, entendido incluso como fuerza política. No se puede olvidar que en el territorio de la construcción el Estado era básicamente la NOVACAP, una compañía que, actuando de común acuerdo con los contratistas particulares, apuntaba a realizar una gran obra en un plazo fijado políticamente, lo que terminó por implicar una explotación y subordinación fuera de lo común de los trabajadores. A partir de la versión presentada, que expresa la memoria de los trabajadores, quiero destacar una variante que puede ser considerada como la versión oficial. En realidad, para acontecimientos de este tipo, evidentemente no encontré ningún registro en la historiografía que haga apología de la construcción de la ciudad. Fue sólo a través de la consulta de diarios que pude levantar la versión del poder. Es importante la reproducción del titular de abajo, que en su movimiento regresivo parece tratar de inducir al lector a sentirse aliviado porque no murió tanta gente como hacían creer los rumores:

EN BRASILIA, SÓLO UNA MUERTE. PRIMERA NOTICIA: 40 MUERTES; SEGUNDA, 13, TERCERA, 9; ÚLTIMA NOTICIA: SÓLO UNA MUERTE.

(...) En Brasilia, según el despacho que nos llega de esa ciudad, hubo un disturbio entre la policía y operarios, habiendo muerto una persona, otros tres fueron heridos (sic). Pues bien: corrió en esta ciudad la noticia de que habían sido masacradas nada menos que cuaren-

ta personas. Después ese número bajó a trece. Otra noticia ya nos daba cuenta de que sólo nueve personas habían muerto, resultando más de cuarenta heridos (sic). Todas habladurías. Todo mentira (...) (A continuación transcriben un telegrama enviado por el director del Departamento Regional de Policía del territorio de la construcción al secretario de Seguridad de Goiás, en esa época):

‘En respuesta a vuestro Radio no 51, del 11 del corriente, informo que el incidente ocurrido en la noche del día 8 entre policías y operarios de la firma constructora Pacheco Fernandes resultó en un muerto y tres heridos. La situación está completamente normalizada, no habiendo huelga ni cualquier perturbación, y los culpables están todos presos, inclusive los veintisiete policías. Fue instaurado el proceso’ (O Anápolis, Anapolis - GO, 15 de febrero de 1959).

Años después, este mismo director diría a un diario:

Quando el chofer de la Pacheco llegó al destacamento de la GEB, el comisario que estaba de guardia era un novato, sin experiencia. Él reunió 10 o 12 hombres y fue para la Pacheco. Cuando los soldados entraron comenzaron a tirar al aire y una de las balas hirió a un hombre que estaba durmiendo y a otro que estaba corriendo en el medio del alboroto. Los policías que participaron de la invasión del campamento de la Pacheco fueron expulsados de la corporación, porque *el principal hecho* -quién le disparó al operario- no pudo ser esclarecido. Entonces todos pagaron. Aquello fue un asunto tan insólito que ni los propios soldados sabían por qué estaban disparando (*Jornal de Brasilia*, 20/21 de abril de 1980, subrayado nuestro).

En el mismo diario, un ex capitán de la GEB da su explicación:

Quien fue a llamar a la policía exageró mucho lo que había sucedido en el comedor. Por eso, en mi opinión, el mayor temor era de los propios policías que, al llegar y encontrar todo en silencio, pensaron que los operarios les habían preparado una celada. Por eso es que dispararon (idem).

Lo que podemos llamar versión oficial demuestra claramente cómo sobre un mismo acontecimiento es posible construir diversas

explicaciones atendiendo a intereses distintos. No es el número de muertos, por ejemplo, lo que entra en conflicto, en términos cualitativos, con la versión “popular”. La diferencia fundamental entre una versión y otra es la manera de relacionar y evaluar los hechos. Si murieron ciento cuarenta o si murió uno no ameniza o agudiza totalmente el acontecimiento en sí. El registro de hasta ciento cuarenta muertes es para algunos informantes una expresión de cómo la violencia a gran escala quedó registrada en la memoria. Cuando relativizo la importancia del número de muertos lo hago porque, a pesar que la diferencia de escala de uno a ciento cuarenta pueda alterar cualitativamente el juzgamiento moral y político del acontecimiento, cualquiera sea, el número es el resultado de una estructura de violencia que operó en determinado momento en un campamento de la construcción civil. El número de muertos deriva también de una misma estructura cuya comprensión y explicitación, en este caso, es más importante que las versiones sobre los resultados. Las diferentes versiones, expresadas en la diferencia en el número de muertos, muestran también que el lado agredido enfatiza a través de grandes cantidades la dimensión de la agresión, mientras el lado agresor intenta minimizarla a través del mismo elemento, el número de muertos. La versión oficial vino fuertemente cargada de apariencia de verdad una vez que fue vehiculizada por las autoridades constituidas, haciendo con eso que la supuesta neutralidad del Estado sea el aval de su veracidad. No obstante, el sigilo y la atmósfera de misterio permanecieron cuando el trabajo de la prensa, por ejemplo, fue obstaculizado justamente debido a la posibilidad de presentar otra versión formalmente legítima a los ojos de la población.

El señor Alfredo también recuerda que la seguridad de la Pacheco no dejó que la noticia fuera divulgada. Había un joven que fue allá el otro día, sacó unas fotos, dos agujeros de bala en las tablas de los alojamientos (eran cinco, de 100 metros de largo por 50 metros de ancho cada uno), cuando él se estaba yendo, lo rodearon y le sacaron la película (*Jornal de Brasilia*, 20/21 de abril de 1980).

Fragmentos de las entrevistas que hice señalaban en la misma dirección:

Aquel hecho no fue esclarecido. Fue simplemente ocultado. Negado. Yo sólo conozco sobre el hecho..., yo no estaba aquí en esa época, yo sólo conozco el hecho porque escuché decir, por relatos y por informaciones. Lo que se intentó hacer fue justamente eso, ocultar la cosa. Aquello fue hecho enteramente fuera de cualquier ley y por encima de cualquier ley. Entre el 57 y 60, prácticamente, Brasilia fue un campamento de obra administrado por una empresa. El juez quedaba del lado de afuera, y ésta tenía a la policía acá, tenía el poder de la policía y listo (Juez de Trabajo).

Ahora, medidas de la NOVACAP, no hubo ninguna. Quedó todo oculto (...) porque aquello se manifestaba como si no hubiera ocurrido nada. No se permitía prensa, ni periodistas, ni nada. Brasilia en esa época... Aquello quedó oculto (apuntador).

El Estado se reservaba así el poder de poseer la versión “verdadera”, que se contrapone a aquella que quedó registrada entre los trabajadores como *memoria popular* y que está sujeta, principalmente cuando entra en juego la dimensión tiempo, a una serie de deformaciones. Así, la historia pasa a ser contada como: yo escuché decir que..., dicen por ahí que..., etc. Se vuelve más un relato popular que, desde el punto de vista de la clase dominante, no tiene demasiado crédito, ya que hay versiones muy distintas y, algunas veces, incluso fantásticas. Vemos aquí claramente el registro de la historia como el registro de la clase dominante. Reflexionar sobre las diferencias entre las versiones evidenció el hecho de que es el dominador quien registra, escribe e impone su historia al resto de la sociedad. La historia del dominado no consigue alcanzar aires de legitimidad porque se impide hasta su registro. Esta historia permanece generalmente al mismo nivel de formas como la tradición oral, la memoria popular, la “mitología” popular, el cancionero y la literatura popular. Al comparar esas formas con el conocimiento de las academias, se resalta su desorganización, su carácter mítico, contradictorio y fantasioso. Así, estos relatos no

son verdaderos. La historia es la historia de la clase dominante que tiene acceso a las formas eruditas de legitimación, como en un ciclo de autoelogio. Otras fuerzas formadoras de la sociedad quedan, *grosso modo*, como se evidencia en el caso estudiado, sin las historias por ellas escritas y narradas en tanto sujetos de sí mismas. Nos parece, incluso, que no es impropio ver los acontecimientos del 8 de febrero de 1959 como una forma de dar una “lección”, un paradigma de la violencia de la represión, buscando frenar el aumento de la movilización trabajadora en torno a la lucha por mejores condiciones de alimentación. Este aumento se hace sentir en el correr del período, tanto por la frecuencia de los conflictos (revueltas) en los diversos comedores, como por la adopción por parte de la Asociación de los Trabajadores de la Construcción Civil de la cuestión de la alimentación como una de las prioridades del movimiento trabajador:

Cuando un destacamento de la policía local, en febrero del año pasado, ametralló cobardemente el campamento de los operarios de la constructora Pacheco Fernandes, es posible que lo haya hecho como un *escarmiento* hacia los trabajadores. Estos sólo protestaban contra la calidad de la alimentación. Sea como sea, a pesar del asesinato de por lo menos un operario y de varios otros heridos, la verdad es que el tiro salió por la culata (...). El Sindicato se fortaleció considerablemente. Se ampliaron mucho sus cuadros y su autoridad (*Novos Rumos*, Río de Janeiro, no 56, del 25 al 31 de marzo de 1960, resaltado mío).

Varios entrevistados también asocian estos hechos a un fortalecimiento del sindicato, que canalizó las protestas (la Asociación Comercial también se posicionó fuertemente para la ocasión) ganando así legitimidad a los ojos de los trabajadores. Es importante destacar que el sindicato crece en un momento de lucha por mejores condiciones de vida. Veamos lo que informa un trabajador que tuvo experiencia sindical en esa época:

Ahí el sindicato ejerció exigiendo castigo para los culpables. Hicimos una gran asamblea con los funcionarios de la Pacheco. El sindicato exigiendo respeto por la vida humana, respeto por el ser humano.

Exigía también castigo para los culpables, abrir la comisión indagatoria, aclarar. Pero quedó, quedó en la propaganda porque en aquel tiempo no había juez, era allá en Planaltina, entonces no había manera para que vos..., era sólo la protesta (albañil).

Sin duda, es una lectura importante sobre la represión del domingo de carnaval de 1959 aquella que la asocia directamente al movimiento político. Aparecen con recurrencia en las formulaciones de los operarios las designaciones de la *revuelta*, *rebelión* y hasta incluso *huelga* para clasificar la postura de los trabajadores en aquel conflicto:

Lo más significativo fue acá, hubo una huelga también acá en la Pacheco, esa tampoco la vi. Y esa historia que estoy diciendo, me la contaron, que a causa de una comida dicen que hasta hubo una muerte de un policía (peón).

Y allá en la Pacheco hubo una, una, una huelga, o una protesta, se puede decir así, y ellos llamaron a la policía, y por lo que sabemos, la policía llegó a asesinar gente allá. En aquel tiempo ya existía la Asociación de los Trabajadores de Brasilia que hoy es el Sindicato de la Construcción Civil. Entonces al otro día ya fuimos al Sindicato, a la Asociación, protestamos, ahí comenzó el Sindicato a aparecer (albañil).

El hecho de que el enfrentamiento ocurrido permanezca registrado en la memoria o sea designado como huelga hace pensar en dos hipótesis. La primera es que hay una confusión por parte de los entrevistados en cuanto al significado del término huelga. En el caso del segundo informante, albañil con experiencia sindical, está la alternativa de rotular el acontecimiento como *protesta*. La utilización del término huelga -proveniente o no de una confusión- muestra que la posición de los operarios quedó registrada como una forma de oponerse a una situación, y una forma que puede revestirse del contenido del enfrentamiento político, lo que sería inherente a una huelga. La segunda hipótesis es que se puede suponer que el enfrentamiento fue el resultado de una historia anterior mucho más extensa de lo que hacen creer los relatos obtenidos. Es decir, con la persistencia

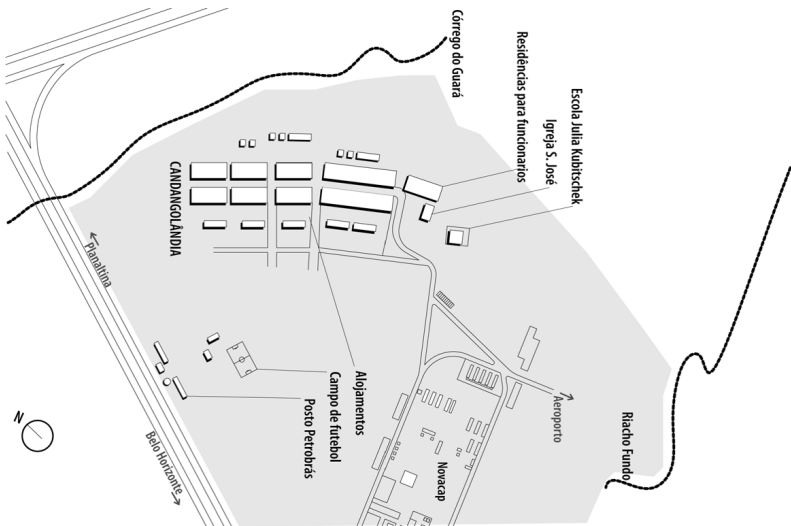
de aquello que los operarios experimentaban como abusos relativos a la alimentación en el comedor del campamento, abusos vividos cotidianamente, las protestas se fueron repitiendo de tal forma que posibilitaron el surgimiento de una solidaridad en torno al mismo problema y a la misma reivindicación, al mismo tiempo que se conformaban liderazgos informales y, en consecuencia, una estructura organizativa mínima para contraponerse a los sujetos que materializaban los abusos.

Está claro que un conflicto como éste posee connotaciones políticas inevitables porque se trató de una forma concreta de contraposición de un grupo de operarios en demanda de sus intereses con los representantes de la dominación a que se encontraban subordinados. Considerándose incluso la cualidad que esas manifestaciones tienen de revelar liderazgos, así como de demostrar en la práctica un potencial generalmente desconocido de fuerza colectiva, se ve también que las dos partes involucradas en conflictos de esta naturaleza comienzan a considerarlos como una forma de protesta pasible de ser capitalizada en términos políticos. De este modo, para mí buscando comprender la calidad del acontecimiento que resultó en el enfrentamiento de la Pacheco Fernandes, no parece despreciable la posibilidad de que la dimensión política haya pesado sensiblemente para ambos lados en el encaminamiento del hecho y en sus resultados. No obstante, serían los conflictos relativos a la cuestión de la vivienda en el territorio de la construcción los que implicarían organizaciones en las cuales los operarios participaron con propuestas políticas claras.

Vivienda

Había casas en que el agua ya estaba debajo de la cama y nosotros arrancando las últimas tablas y el agua acercándose (apuntador).

La cuestión de la vivienda en el territorio de la construcción remite de inmediato a la falencia del proyecto del Estado, que pretendía dar cuenta del asentamiento provisorio de la población que llegaba, a saber: un territorio libre, básicamente para el establecimiento de comerciantes (Ciudad Libre), un área de campamentos ligados a la NO-VACAP/Candangolândia y áreas de campamentos para constructoras particulares. El fracaso de este esquema inicial se dio en diversos momentos y estuvo marcado por conflictos que involucraban la participación intensa de los operarios de la construcción civil. En la mayoría de los casos que vamos a presentar, los trabajadores son los principales interesados en los resultados de movimientos políticos vinculados a la escasez de viviendas. En uno de ellos, el Movimiento para la Fijación del Núcleo Bandeirante, los trabajadores están claramente en alianza con los comerciantes que lideran el proceso y terminan siendo, en última instancia, los más beneficiados con los logros obtenidos. Pasemos a exponer cuáles fueron los problemas ligados a la cuestión de la vivienda.



Ciudad Libre/Núcleo Bandeirante

Como sabemos, la Ciudad Libre o Núcleo Bandeirante debería dejar de existir a partir de la inauguración de Brasilia. Inicialmente, era el único lugar donde se podía entrar libremente y buscar una residencia o una actividad. Pero creció vertiginosamente y de inmediato se convirtió en una ciudad que no admitía las crecientes levas de inmigrantes que ocupaban su periferia o presionaban de tal manera el mercado inmobiliario que los alquileres pasaron a ser prohibitivos y obligaban a varias familias a dividirse casas entre sí. Según el Censo Experimental de 1959, la Ciudad Libre creció de 1.212 habitantes a 7.033 (217,9 %) desde julio de 1957 a marzo de 1958, llegando desde este mes a mayo de 1959 a 11.565 habitantes (lo que da un incremento de 64,4 % en este período). La disminución de la tasa de crecimiento de la Ciudad Libre a partir de 1958 puede ser explicada por el surgimiento de otras localidades como Taguatinga y Vila Amauri en ese año, a causa de la gran presión demográfica que se desencadenó con la llegada de inmigrantes expulsados por la sequía en el Nordeste de Brasil. Hay que considerar, en menor escala, el impacto de la prohibición formal de la NOVACAP de nuevas construcciones en el área a partir del 31 de diciembre de 1958.

Con apenas dos años de existencia, la Ciudad Libre se había convertido inclusive en un mercado alternativo de trabajo en la medida en que varios operarios pasaron a dedicarse casi exclusivamente a la construcción y mantenimiento de las casillas del área. Aquí comenzaron a desarrollarse las formas tradicionales de trabajo de changas, con la esperanza individual de los operarios de “salir de lo pesado” para entrar en el comercio.

De hecho, es con la sequía de 1958 en el Nordeste cuando la ciudad demuestra haber llegado a su límite: el proyecto inicial de núcleo transitorio comienza a desbordarse visiblemente. Los campamentos que se construían, cuya responsabilidad pasaba a ser de las empresas que participaban de la obra, evidentemente no eran alternativa

para solucionar el problema. Se inicia el proceso de “invasión” de las áreas periféricas a la Ciudad Libre y a los campamentos, agravando aún más el problema de una localidad ya sin gran infraestructura urbana. En el transcurso de la construcción de Brasilia las “invasiones” fueron comunes y se hacían notar principalmente cuando, al término de alguna obra específica en el Plan Piloto, se destruían los alojamientos existentes para los trabajadores, que se quedaban con la única alternativa de engrosar las filas de los “invasores”:

Justamente, cada vez que una compañía terminaba su servicio, que tenía que demoler su campamento porque precisaba el área libre, entonces surgían las invasiones. Y de aquella época para acá hubo muchos conflictos, con el Gobierno y con los trabajadores. Porque los trabajadores precisaban vivir en algún lugar, porque no estaban en condiciones de volver para sus ciudades de origen y no tenían dónde quedarse. Entonces ellos tenían que buscar una solución y la solución era la invasión. Pero siempre esa invasión era contestada, como siempre (comerciante del Núcleo Bandeirante).



Habitaciones de trabajadores próximas a la construcción de la Supercuadra Sur 108, septiembre de 1958. Foto de Mário Fontenelle.



Sacolândia, abril de 1958. Foto de Mário Fontenelle.

La NOVACAP, como ya fue mencionado, intentó reprimir la afluencia de los “retirantes” de la sequía de 1958, en el nordeste, con barreras policiales en las principales calles del territorio de la construcción, pero no lo consiguió. Al llegar, los “retirantes” procuraron instalarse de la manera que podían. El nombre de algunos asentamientos, como Sacolândia, hace referencia a la precariedad de los materiales utilizados en la construcción de los refugios de las familias: bolsas (sacos) usadas de cemento, cartones, restos de material de construcción conseguido en obras, etc.¹ Además de los que llegaban estaban los que, pagando altos alquileres para compartir una casa en la Ciudad Libre, vivían a la expectativa de obtener un lote para construir su vivienda:

Aquella parte era monte. En una noche que yo estuve acá, ¿viste ahí, donde está ese viaducto que pasa cerca de aquel puesto de combustible?, en una noche hicieron más de 3.000 casillas ahí. En una noche. Es gente que, por ejemplo, vos, llegabas acá, estabas viviendo en un cuarto de alquiler, en una pensión, se inicia una invasión de esas, vos invadías también para hacerte una casilla para vos, para no pagar alquiler. La policía en ese tiempo se llamaba la GEB, la policía llegó y mandó a derribar todo. Arrancó todo eso de ahí (carpintero).

¹ La existencia de la Sacolândia es mencionada en Silva (1971:185) y en el diario *A Tribuna* (Núcleo Bandeirante), no 59, del 21 de abril de 1959.

De la misma manera que en la Ciudad Libre, la construcción de las casillas en asentamientos pasó a ser una alternativa viable de trabajo para algunos, sobre todo para los carpinteros. Las “invasiones” aparecían, crecían, desaparecían y reaparecían a pesar de la represión policial y de la tentativa de ocultarlas. Véase lo que la prensa publicaba:

En el último censo de Brasilia, la Inspección Regional de Estadística de Goiânia constató la existencia de favelas en el área destinada a nuestra capital. Sin embargo, dejó de registrarlas en sus boletines a pedido del señor Juscelino Kubitschek, que recela una ola de protestas de los diputados y senadores de la oposición. A pesar de eso, el señor Israel Pinheiro, en un telegrama cuyo texto se ha mantenido en secreto, pidió al Instituto Nacional de Inmigración y Colonización que tome medidas en el sentido de evitar el traslado de nordestinos en busca de trabajo a la región de Brasilia, teniendo en cuenta la saturación de mano de obra. Ese pedido completó las informaciones recogidas por la Inspección Regional de Estadística de Goiânia, según las cuales numerosas familias estaban acampando en los alrededores del área de la nueva capital. En su telegrama al INIC, el señor Israel Pinheiro se confesó ‘asustado por el nacimiento de favelas incluso antes que Brasilia’ (*Tribuna da Imprensa*, 16 de mayo de 1958, en Colección NOVACAP).



Trabajador construyendo su casa, 1959. Foto de Mário Fontenelle.

La noticia de un hombre y de su casilla levantada en cualquier parte de las tierras del Planalto se propaga inmediatamente. Se da entonces el fenómeno denominado ‘invasión’: centenas de candangos, solos o acompañados por sus familias, comienzan a seguir el mismo itinerario. Y en pocos días un nuevo barrio de gente pobre está plantado en Brasilia. Ese es un aspecto del drama de la vivienda para los candangos en la Nueva Capital. El otro aspecto se destaca por su colorido trágico y es marcado por la brutalidad de la policía que embiste sin piedad contra esos aglomerados humanos, derribando las casillas y expulsando a los moradores que vuelven nuevamente a vagabundear por la ciudad, mirando los lujosos edificios que se construyen con el dinero de los institutos, dinero de los trabajadores, pero donde no pueden vivir (*Novos Rumos*, no 70, del 1 al 7 de julio de 1960).

Vila Sara Kubitschek/Taguatinga

En junio de 1958, el territorio de la construcción recibió una cantidad enorme de “retirantes” nordestinos que se instalaron al lado de la Ciudad Libre, en el lado derecho de la carretera Brasília/Goiânia. Con la intención de atenuar la probable represión que sufrirían, denominaron ese nuevo asentamiento Vila Sara Kubitschek, el nombre de la esposa del presidente. Para allá fue también una gran cantidad de personas que se encontraba a la espera de una residencia. Pasemos al relato de Ernesto Silva, director de la NOVACAP en la época de la construcción:

Cada día, nuevas cantidades de gente desembarcaban. La construcción de campamentos de madera ya no podía atender la demanda. Esa multitud entonces pasó a alojarse en torno a los campamentos, a lo largo de la Avenida W3 y en las inmediaciones del Núcleo Bandeirante.

Era un sábado, Juscelino estaba en Brasilia y fue invitado a cenar en el restaurante JK, en la Ciudad Libre.

Al caer la tarde supimos que una gran masa popular, que estimamos en 4 mil personas, portando pancartas (“Queremos quedarnos donde

estamos', 'Viva el presidente Juscelino', 'Fundamos la Vila Sara Kubitschek') estaba en la puerta del restaurante donde a las 20 horas cenaría el presidente. La excitación era enorme.

Israel Pinheiro nos pidió que fuéramos al lugar. Fuimos allá. Ambiente de expectativa, de exaltación.

Subimos a un cajón de madera y dirigimos la palabra a los manifestantes. Les dijimos que la NOVACAP ya había dispuesto la creación de una ciudad satélite, a 25 kilómetros del Plan Piloto, y que en ese local cada trabajador tendría su propio lote y podría adquirirlo por un precio accesible, a largo plazo. Combinamos con la comisión de representantes de la ya bautizada VILA SARA KUBITSCHEK una reunión para el día siguiente -domingo, a las siete de la mañana cuando mostraríamos la planta de la nueva ciudad planeada y estudiaríamos el modo en el cual se haría la mudanza.

Juscelino canceló la cena. La multitud se dispersó (...).

¿Pero qué era la Vila Sara Kubitschek?

A lo largo de la carretera Brasilia-Anápolis, a la derecha de quien se dirige a la ciudad goiana, frente a la Ciudad Libre, cerca de cuatro mil personas se instalaron en menos de ocho días. Vivían de manera precaria: casillas de madera vieja, de lata, de planchas de zinc, de bolsas de cemento. No había cloacas. Ni agua. Promiscuidad y falta de higiene. Todo construido en pocos días, principalmente durante la noche para burlar la vigilancia de los fiscales.

Cumpliendo con lo prometido, a las siete de la mañana del domingo, fuimos a la Vila Sara Kubitschek y hablamos con los representantes de la comunidad (...)

A pesar de que aparentemente los argumentos los habían convencido, la duda y la desconfianza perduraban.

Es preciso destacar que algunos comerciantes de la Ciudad Libre estimulaban tales invasiones junto a esa ciudad, pues así obtenían beneficios y ventajas, como la venta de materiales y de alimentos. Tales individuos, que siempre aparecen en toda colectividad, mucho

dificultaron los entendimientos y estaban siempre presentes entre los trabajadores incitándolos a la indisciplina y a la resistencia (...)

Pero la resistencia era enorme.

En resumen: el primer día sólo conseguimos trasladar una familia. Esa noche, un grupo de cerca de cien personas salió en desfile hacia las oficinas provisorias de la NOVACAP, reivindicando la permanencia en el lugar, mientras algunos, más exaltados, querían prender fuego a los pabellones de madera donde funcionaba la administración de la empresa (Silva, 1971: 230-231).

De la Vila Sara Kubitschek surgió Taguatinga, la primera ciudad satélite de Brasilia:

Entonces no entró más gente acá en el Núcleo Bandeirante, ahí hicieron una invasión de allá, del lado de la calle de ahí. Hicieron una invasión allá (la Vila Sara Kubitschek). Inclusive yo vivía en la 4ta. avenida ahí, en el lote de un compañero, y pedí una lona a un tío mío. Dije: voy a recibir un lote también en Taguatinga. Ahí armé la lona allá (en el asentamiento). Entonces coloqué la lona allá, puse unas ollas, unos estantes y puse a mi mujer abajo. Muy bien. Y ellos vinieron. Vino la policía, uno del ejército. Ahí el ejército tomó nota de cada persona: ¿cómo se llama? ¿Mujer de quién es? ¿Quién es su marido? Y así. Y tomaba nota. Dio el nombre y todo. Es casado. Entonces tal día los vamos a llevar a Taguatinga. Bien. Yo me quedé esperando. Vino el camión. Sacaban las casillas y las llevaban. Fueron llevando a la gente para Taguatinga, ahí en aquella orilla del riacho. Llegaron, me tiraron en un lugar, y yo tiré mi lona. Y ellos recibieron... unos recibieron lote, los que no tenían casilla, porque los que tenían casilla iban a un lugar en particular. Pero como yo no tenía casilla, ellos estaban en la duda de darme. Porque tenía una lona (carpintero).

Ante la importancia de este momento, así como de la existencia de la efímera Vila, para la futura configuración urbana del Distrito Federal, reproduciré una extensa descripción publicada en la época que indica la existencia de un movimiento por viviendas que llevó a la creación de Taguatinga:

Hace pocos días los ‘candangos’ probaron una nueva táctica de invasión. No hay duda de que esta vez tenían un grupo organizado en el comando, tratando de conseguir lotes. De un día para otro, una gran extensión de tierra al lado de la autopista Anápolis-Brasilia, paralelamente a la Avenida Central, y a una cuadra de distancia (por lo tanto, bien en el centro) apareció cubierta de fajas:

‘¡Salve la Vila Sara Kubitschek!’ ‘¡Viva doña Sara!’

Cuando se difundió la noticia de la existencia de la ‘Vila Sara’, y cuando corrió el rumor de que sólo había que marcar un terreno para tener derecho de posesión sobre el mismo, ‘por orden de doña Sara Kubitschek’, fue una ayuda de Dios, pues quien no creía mucho en eso, decidió creer, ante la posibilidad de ganar un terrenito; millares de personas llegaron allá con tablas debajo del brazo y un serrucho y clavos en la mano. En esa ocasión, agravando más la situación, llegaban algunos camiones que traían nordestinos.

Prácticamente la vida se paró en la ciudad dominada por la sensación del momento, ganar un terreno en la invasión. Surgieron negociantes de todo tipo: gente que marcaba uno o dos terrenos, bien cerca de la carretera, y que se quedaba esperando, sin construir nada, sólo cuidando para que otros no construyeran en sus ‘marcas’. Los que llegaban atrasados y que, a esa altura sólo podrían marcar un terreno muy lejos, a dos o tres kilómetros de distancia, aceptaban las propuestas de venta de los oportunistas, comprando los terrenos ‘marcados’ a diez, quince o veinte mil cruzeiros.

Durante algunos días, la ‘Vila Sara’ fue plenamente victoriosa. Los dirigentes de la NOVACAP y la prefectura parecían ignorar su existencia y no tomaron ninguna medida contra ella. Eso le dio un aire de existencia legal y, acostumbrados a huir siempre, a los invasores les parecía que la policía no se atrevía a meterse con ellos. O tal vez, las autoridades tuvieran recelo de que el lugar hubiese sido realmente autorizado por Sara Kubitschek, y era eso lo que el comando de la invasión quería dar a entender con aquellas pancartas falsas... Era tal el tamaño del asentamiento, que ya parecía imposible sacar de ahí a tanta gente sin grandes conflictos. Almacenes improvisados, ‘bares’

de lona, cientos de familias, gente pobre en extremo, que lo único que tenían era hijos, hijos y más hijos. Terrenos donde ya había pilas de materiales para la construcción a la venta, como planchas de zinc, maderas, clavos - ¡y casi cinco mil invasores!

Al final, la prefectura se metió y vino la orden de la NOVACAP para la evacuación y demolición del asentamiento. La policía fue reforzada, se les dio un plazo a los invasores y al mismo tiempo se enfrentó el problema de la falta de viviendas. La NOVACAP puso a la venta lotes en la Vila Taguatinga, que fue creada expresamente para ese fin y situada a doce kilómetros de distancia del Núcleo, en mensualidades de Cr\$ 200,00 (*Correio do Povo*, Porto Alegre, 17 de agosto de 1958).

Datos sobre un proceso que dependió de liderazgos también se pueden obtener en el libro *Taguatinga: pioneros y precursores* (1978), donde Alberto Bahouth Junior registra, bajo su óptica, los acontecimientos ligados a la historia de aquella ciudad satélite:

Cesar Trajano de Lacerda (...) recuerda que la ocupación de Taguatinga (...) derivó de la invasión que se instalara frente a la 'Ciudad Libre' (...), por él denominada Vila Sara Kubitschek, designación que además del homenaje a la Primera Dama de la Nación tenía la intención de reprimir la acción intempestiva y violenta del jefe de la Guardia Rural, el Dr. Ferreira, que siempre alcoholizado y armado con un revólver 45, exigía que las casillas fueran desarmadas, perpetrando numerosas capturas arbitrarias. Es él quien cuenta:

-La idea del nombre dado a la invasión dio resultado y mandamos hacer con el pintor-letrista Hamilton quince grandes pancartas con el nombre de la Primera Dama, y convocamos a una gran concentración a las 20 enfrente de la Churrasquería JK, en la Avenida Central de la Ciudad Libre. Enviamos una invitación a Juscelino, que prometió venir al lugar, lo cual no sucedió. Llevábamos carteles y pequeñas pancartas de saludos y pedidos. Y yo ahí ya contaba con un gran compañero y mi lugarteniente, João de Amargar, y recibíamos el apoyo de diversas personas, entre ellas un joven profesor y arquitecto, Mário Daher.

La decepción por la ausencia de JK fue grande, pero no perdimos las esperanzas. Diversas capturas se hicieron al día siguiente y entre los presos estaba Mário Daher. Yo mismo fui amenazado de prisión por el truculento Dr. Ferreira y diversas casillas fueron destruidas.

El tercer día me llamaron a la NOVACAP y, para mi sorpresa, allí estaban reunidos Juscelino, Israel Pinheiro y Maciel, este último ya programando el loteo y el trazado de la ciudad. Habían informado al Presidente y al Dr. Israel que aquellos invasores solo aceptarían quedarse en el lugar invadido y no se trasladarían a ninguna otra área programada.

Realmente, yo había sentido esa reacción en la mayoría de aquellos pioneros. Y fui llamado en presencia de aquellos tres personajes para hablar sobre la situación y cooperar en la tarea de remoción al lugar denominado a veces Tabatinga, a veces Taguatinga (que apenas existía en papel). Y ya había órdenes para que las máquinas abrieran calles, etc., etc. (Bahouth Jr., 1978: 53-54).

Las fuerzas sociales que se encontraban en el territorio de la construcción hicieron desmoronar, antes incluso de la inauguración de la ciudad, la intención original del proyecto de Lúcio Costa que preveía la construcción de ciudades satélites apenas el Plan Piloto estuviera completo con una población de 500.000 habitantes. A partir de ese momento, quedó establecida la ausencia de los trabajadores en el Plan Piloto. Más tarde surgirían otras ciudades satélites como Sobradinho y Gama, resultado de procesos semejantes de retiradas de campamentos y/o invasiones.

Del proceso de formación de la primera ciudad satélite, totalmente marcado por el déficit habitacional en el territorio de la construcción, cabe resaltar las indicaciones evidenciadas en los largos fragmentos reproducidos arriba. En ellos podemos ver que había entre los habitantes de la Vila Sara Kubitschek una organización que mediaba los intereses de los “invasores”, negociándolos junto a la administración de la NOVACAP. Fue necesaria una demostración masiva en la Ciudad Libre, aprovechando una ocasión en que el presidente

de la República se encontraba en el territorio de la construcción, para transformar la cuestión de la vivienda en una cuestión política junto a los representantes del Estado.

Hubo una “comisión de representantes de la comunidad”, un “grupo organizado en el comando”, indicación de que en cierta medida esa población se organizó, preparó una demostración pública utilizando inclusive pancartas y carteles de propaganda y dirigió sus cuestiones a través de liderazgos que, respaldados por el gran número de “invasores” y por la gravedad del problema, fueron aceptados como representantes legítimos para negociar una solución. De este modo, creemos que Taguatinga, primera ciudad satélite construida esencialmente para solucionar una presión demográfica y *resolver* el problema de la vivienda del proletariado que allí se encontraba, fue el resultado de un movimiento político, a pesar de que existía la afirmación contraria, según la cual la NOVACAP ya tenía la intención de construir una ciudad satélite para los trabajadores (cf. Silva, 1971: 230). De cualquier forma, lo que ocurrió fue que, de hecho, la movilización popular apuntó al surgimiento concreto de Taguatinga.

Vila Amauri/Sobradinho

En el mismo año del surgimiento de Taguatinga, que desahogó un poco el déficit habitacional de los trabajadores con familia, surgió otra localidad para residencia de trabajadores: Vila Amauri. Tenía ese nombre en alusión al funcionario de la NOVACAP, Amauri de Almeida, que había liderado el establecimiento de esta villa típicamente proletaria en las proximidades de la Plaza de los Tres Poderes y del Palacio de la Alborada, en el área destinada al lago Paranoá:

A principios de 1958, el señor Amauri de Almeida sintió el drama de cerca de 20.000 habitantes. En ese momento, cuando percibió que el rumbo de ese pueblo sería continuar a la intemperie, se le revolvió la conciencia y a pesar de recibir protestas e incluso injurias, consiguió

un área libre en las proximidades del Plan Piloto, en el margen del Arroyo del Bananal, futuro lago de Brasilia. Disminuyó así el sufrimiento de ese pueblo, dando origen a la denominación de Vila Amauri. (A *Tribuna*, Núcleo Bandeirante, 25 de octubre de 1959).

Amauri de Almeida tenía pretensiones políticas y la población residente en la villa fue objeto de sus campañas para ser electo diputado estatal por el “Partido Trabalhista Brasileiro-PTB” (A *Tribuna*, Núcleo Bandeirante, 20 de septiembre de 1959). Esta villa proletaria surgió, una vez más, debido a las presiones derivadas del incremento de las “invasiones”, inclusive en las proximidades de obras dentro del Plan Piloto (*Folha da Noite*, San Pablo, 23 de junio de 1959, en la Colección NOVACAP). Existe una especificidad en el establecimiento de la Vila Amauri que es el hecho de estar intencionalmente localizada en un terreno que sería inundado.

En noviembre de 1959, Israel Pinheiro, respondiendo a una serie de denuncias relativas a la construcción de Brasilia hechas en el Congreso Nacional por un diputado del partido de Kubitschek pero en conflicto con su partido, afirma: “La localización del campamento de los trabajadores durante la construcción de los Ministerios, en la zona que sería inundada por el lago, tuvo como objetivo ocupar una zona completamente libre de cualquier servicio de urbanización, ya que ese sector sería alcanzado por las aguas en enero o febrero, de acuerdo a la intensidad de las lluvias”. Prosigue diciendo que los problemas serían debidamente solucionados con el saneamiento, la obstrucción de fosas y la transferencia de los operarios a las ciudades satélites (*Diario de Brasilia*, 1959: 282). A través de su propio presidente, la NOVACAP reconocía la intencionalidad de esa ubicación.

Este hecho permite ver mejor el modo en que era tratado el problema de la vivienda de millares de personas (hay varios estimativos indicando hasta 20.000 habitantes, cf. Silva, 1971: 183) en el territorio de la construcción. Este tipo de “solución” revela un aspecto importante en la construcción de grandes obras, que es el supuesto carácter temporario de la participación de gran parte de la población que en

ellas trabaja. Al suponer que con el acto de inauguración de la obra esos trabajadores abandonarían el área, volviendo a sus regiones de origen, o buscarían otra fuente de trabajo en otros sitios, se daban soluciones temporarias como los núcleos habitacionales provisorios que fatalmente deberían desaparecer luego de haber desempeñado la función de vivienda para los trabajadores. Específicamente en lo que respecta a Brasilia, como se trataba de la construcción de una ciudad, y de una ciudad marcada por una concepción urbanística donde supuestamente todos tendrían acceso al Plan Piloto, estaba también la suposición de que en el futuro los trabajadores también vivirían en el espacio urbano de la nueva capital, hecho que jamás se concretó efectivamente.

En el caso de Vila Amauri, la intención de expulsar a los trabajadores fue flagrante ya que irremediamente el avance de las aguas del lago artificial, con el cierre de la represa del Paranoá el 12 de septiembre de 1959, expulsaría a los habitantes de aquel lugar. Una vez más, entonces, la cuestión de la vivienda se volvió una cuestión política. La población se organizó y luchó no por la permanencia, intencionalmente imposible, pero sí por un traslado organizado que contara con el apoyo de la NOVACAP. Surge así una asociación de moradores en cuya dirección se encontraba el propio Amauri de Almeida. Dice uno de sus ex dirigentes:

El objetivo de la Asociación de Beneficio de la Vila Amauri era organizar a los trabajadores, familias e incluso solteros que se quisieran asociar con el objetivo de reivindicar los lotes que serían definitivos más tarde, vivienda, transferencias, tanto de las invasiones como de los lugares definitivos. Asistencia social, remedios, médicos, nosotros teníamos un médico, teníamos una farmacia donde los medicamentos eran donados. La Asociación fue creada en el 59, duró hasta que el lago se llenó y nos mudamos para Sobradinho (otra ciudad satélite). La Asociación fue a Río dos veces, a hablar con Jango, con Israel, tratando de conseguir camiones de la NOVACAP para la mudanza y asistencia para aquellas familias que se mudaban y quedaban sin empleo en ese período, y alojamiento de carácter provisorio, ochen-

ta alojamientos, para ubicarlas hasta que construyeran sus casillas. Desarmaban una casilla de tablas, de 40 tablas, entonces quedaba a veces de 20 tablas, los pedazos. Y había que construir nuevamente en el lote definitivo. En aquel período en que construían la casilla, perdían el empleo en la compañía, y comenzaba un período difícil para la familia. Entonces el objetivo de la Asociación era fiscalizar desde la mudanza la parte de salud, ubicación del lote y condiciones, alojamiento, y de nuevo entregar medio de transporte, que no había de Sobradinho hasta el Plan Piloto.

El motor de surgimiento de esa organización política popular fue el problema de la vivienda. Sin embargo, esto no impedía que otras actividades asistenciales (cursos de corte y costura, asistencia médica y funeraria, etc.) fueran desempeñadas como atractivo para movilizar al mayor número de operarios en torno a la cuestión inmediatamente central para ellos. Registremos, a través de la palabra de uno de sus líderes, algunas informaciones más sobre la Asociación:

-¿Cómo fue el proceso de elección?

-Convocamos oralmente. Oral. Había un servicio de altoparlantes en la Vila Amauri, utilizamos ese servicio de altoparlantes para la convocatoria. Entonces en el acto de la fundación, creo que reunió más o menos eso, unos doscientos operarios. Ahí fue expuesto el plan, que era el objetivo de la Asociación. Unas doscientas personas que sabían que en el futuro el lago se llenaría, las compuertas serían cerradas y el sistema de mudanza debía ser a través de la NOVACAP porque cada operario no iba estar en condiciones de pagar un camión para mudarse a las futuras ciudades satélite. Entonces aquel grupo discutió y se dio cuenta que organizándose a través de una Asociación tendría fuerza para hacer que el presidente de la NOVACAP, Israel Pinheiro, cediera los camiones de la NOVACAP como los cedió para hacer esas mudanzas en condiciones más humanas y, siendo ofrecido el trabajo de la NOVACAP, exigiendo que ofreciera el trabajo, los carpinteros, en el desarmado de las casillas y el armado, colaborando con las familias.

-Sí, señor. ¿Ahí usted fue a Río de Janeiro en una caravana?

-En una caravana. Hablamos personalmente con Jango (entonces vicepresidente de la República) por intermedio del diputado Resende Monteiro y Jango prometió que haría todo para amenizar aquella situación, iba a retener un poco las compuertas para que el agua no fuera subiendo progresivamente. Pero eso no ocurrió. Conforme nosotros íbamos sacando filas de casas, aquellas calles de casas, con trabajo acelerado, el agua iba subiendo. Había cobras, en gran cantidad, sapos, lagartos y las cloacas se llenaban de agua y se mezclaban los restos de las cloacas, heces, dentro de las casas, los chicos pisando ahí. Una verdadera barbaridad. ¿Promiscui? ¿cómo es? Promiscuidad. Eso pasó. Había casas donde el agua ya estaba debajo de la cama, y la gente sacando las últimas tablas y el agua subiendo (apuntador).

Sobradinho fue en su comienzo la ciudad satélite que recibió a la mayor parte de los expulsados por las aguas. Una vez más son las presiones derivadas de la falta de viviendas para trabajadores lo que los lleva a organizarse en movimiento político. De hecho, es esta cuestión la que básicamente domina, en términos de movimientos políticos populares, el escenario donde se desarrolla el drama de la construcción de la Capital Federal brasileña antes de la inauguración. Ese drama obviamente se extiende más allá del 21 de abril de 1960, llegando sus últimos episodios hasta el presente. Una de las escenas que más lo definen, no obstante, fue aquella que se produjo en la Ciudad Libre, en el Núcleo Bandeirante, palco hacia el cual nos dirigimos nuevamente.

Fijación del Núcleo Bandeirante

El Núcleo Bandeirante, o Ciudad Libre, era el asentamiento provisorio que debía dejar de existir el día de la inauguración de Brasilia, pues se tornaría ilegal. Como si decretarlo ilegal fuera suficiente para erradicar un asentamiento que, al decir de sus propios habitantes, ya se había convertido en una ciudad de hecho, pero no de derecho. Ya en 1959, con la proximidad de la inauguración, la cuestión de

la permanencia en el lugar pasó a preocupar a sus habitantes, especialmente a los comerciantes poseedores de grandes intereses en el área estratégicamente localizada en proximidades del Plan Piloto. La Asociación de Comerciantes inició una discusión y presentó reivindicaciones y sugerencias a la NOVACAP en nombre de la población del Núcleo Bandeirante:

1) Integración del Núcleo Bandeirante en el plan urbanístico de Brasilia como barrio de la futura capital de la República, con la denominación de 'Barrio Bernardo Sayão'. 2) Que sea elaborado por la NOVACAP, con la cooperación de esta Asociación, un plan que entre otras cosas deje asegurado lo siguiente: a - la venta al propietario de las obras de mejoramiento en el Núcleo del respectivo terreno que ocupa; b - que esa venta sea efectuada por un precio razonable, sin pago por adelantado y sea pagada a largo plazo; c - que el producto de la venta de esos terrenos sea empleado en la urbanización del futuro barrio Bernardo Sayão; d - que sea atribuido solamente un terreno a cada propietario de obras de mejora existentes actualmente; e - queda reservado a la NOVACAP el derecho de vender o no un terreno, como inmueble alquilado, desde que su legítimo dueño no haya residido nunca en él y jamás haya residido en Brasilia; f - la NOVACAP, dentro del plan mencionado en el punto dos, asegurará a cada habitante pionero del Núcleo Bandeirante, comprobado realmente como tal, la preferencia para la adquisición de terrenos excedentes o de los que vayan a ser delimitados en el futuro barrio (A *Tribuna*, Núcleo Bandeirante, 20 de septiembre de 1959).

Fue en el año 1960 que las presiones crecieron. Inmediatamente después de la inauguración de Brasilia, el 21 de abril, el Gobierno comenzó a presionar para retirar al Núcleo Bandeirante de aquel lugar. El diario *Correio Braziliense* (no 2, del 22 de abril de 1960), publica el siguiente titular en su 2da. página: "El Núcleo Bandeirante es ilegal desde ayer". La intención era distribuir a la población entre las diversas ciudades satélites ya existentes, Taguatinga, Gama y Sobradinho. Sin embargo, los lazos con el recién inaugurado Plan Piloto eran fuertes.

En los inicios de la década de 1960, como era de esperar, la mayor parte del comercio de Brasilia se localizaba en el Núcleo Bandeirante. El Plan Piloto dependía de él para abastecerse de material de construcción, pasando por electrodomésticos, ropas, piezas y talleres para automóviles, hasta géneros de primera necesidad obtenidos en una gran feria libre que existía allí. Es claro que los moradores no querían abandonar sus residencias, ni sus establecimientos comerciales para ser transferidos a las distantes ciudades satélites. JK asumió una posición ambigua: por un lado, hizo declaraciones favorables y recibió a líderes en señal de apoyo, por otro, terminó su mandato sin resolver la cuestión. El diario *Cidade Livre* del 7 de julio de 1960, no 4, traía en su primera página la siguiente declaración de JK:

Nadie mejor que el Presidente sabe del sacrificio de la gente que vino aquí para crear el Núcleo Bandeirante. Por esa razón, no podría dejar de atender a aquellos que ayudaron a construir Brasilia. Habrá lugar para todos. El Núcleo Bandeirante debidamente urbanizado quedará donde está, así tenga que hacer lo imposible. Éste es el mejor homenaje que mi gobierno presta a los que me oyeron y en mí confiaron.

En sus páginas centrales traía también las siguientes palabras pronunciadas por el presidente de la República a un grupo de pioneros que con él se encontró a fin de tratar el problema del Núcleo Bandeirante: “Jamás permitiré que se tire el bagazo después de exprimida y saboreada la fruta”.

En el gobierno de Jânio Quadros (10 de febrero de 1961 a 21 de agosto de 1961), las presiones por la remoción del Núcleo Bandeirante aumentan fuertemente, a pesar de las promesas del entonces candidato de realizar una serie de mejoras en el lugar. Esta vez, sin embargo, el Gobierno no sólo se enfrenta con los trabajadores, como ya había ocurrido en los conflictos relativos a Vila Sara Kubitschek y su transformación en Taguatinga, y en la transferencia de la Vila Amauri. En estas ocasiones no fueron atendidas todas las reivindicaciones, ya que el poder de negociación de los trabajadores encontraba límites más inmediatos que, por ejemplo, aquellos definidos para

los comerciantes. Tal es así que, responsable por el abastecimiento del territorio de la construcción, un comercio fuerte pasó a liderar el “Movimiento Pro-Fijación y Urbanización del Núcleo Bandeirante” en alianza con los trabajadores. Fue el mayor movimiento popular organizado en el Distrito Federal hasta 1961, cuando la coyuntura política pasó a cambiar como un todo en el Brasil. Es importante destacar la hegemonía de los comerciantes y sus intereses dentro del movimiento. Epstein (1973: 77) informa que:

Muchas firmas, especialmente de venta al por mayor y almacenes, no serían desalojadas tan fácilmente de la Ciudad Libre. Esos intereses comerciales -algunos con importantes conexiones políticas- lanzaron una campaña contra la remoción de la Ciudad Libre: el Movimiento Pro-Fijación y Urbanización del Núcleo Bandeirante. Ese conflicto provocó un prolongado debate en la Cámara de Diputados (...). Varios comicios fueron realizados en la Ciudad Libre y el apoyo era movilizado a través de grupos de estudiantes, el Sindicato de la Construcción Civil... varias asociaciones improvisadas de moradores de varias áreas de la Ciudad Libre, y significativamente, la Asociación Comercial de Brasilia.

El Movimiento Pro-Fijación llegó a contar con varios departamentos como el de Relaciones Públicas, el Cultural e, inclusive, un departamento de Propaganda que realizaba películas sobre las manifestaciones masivas que patrocinaba. Estas películas luego eran proyectadas en plazas públicas para la discusión y persistencia de la movilización. Además de eso, contaban con un diario, El Núcleo Bandeirante, órgano oficial del Movimiento Pro-Fijación, que vehiculizaba las gestiones realizadas por los líderes, así como mantenía a la población informada sobre los principales acontecimientos ligados a los objetivos del Movimiento.

La organización interna del Movimiento era constituida por una dirección, constando de un presidente, tres vicepresidentes, secretaria y tesorería. Hasta donde sabemos, sólo comerciantes tuvieron acceso a la presidencia del Movimiento. La estrategia y la dinámica

de la actuación eran inspiradas, en parte, en las especificidades existentes en el seno de la población (véase la parte sobre regionalismo en el primer capítulo), como nos permite percibir el relato de un líder de la época:

En el Movimiento Pro-Fijación y Urbanización del Núcleo Bandeirante nosotros organizamos una especie de, digamos, de colonia de cada Estado. Todos pertenecían al Movimiento Pro-Fijación: comerciantes de toda clase, operarios que vivían aquí, profesionales. Todos los que vivían acá se unieron en un solo ideal -establecer la ciudad. Un ideal unánime, no había nadie en contra. Todos pensaban de igual manera. Y entonces nosotros partimos hacia el Congreso y organizamos así una especie de colonia de cada Estado. Entonces había un líder de cada Estado e iba atrás de los diputados, de los senadores, del ministro de su Estado. Y con eso nosotros ganamos y vino la fijación. Ahí vino la ley 4020. Vino a fines del 61 y fue publicada en el Diario Oficial del 8 de enero de 1962. Ahí se oficializó como ciudad satélite. De modo que la única ciudad satélite oficializada por ley rubricada, sancionada por el Congreso, y rubricada por el Presidente de la República es el Núcleo Bandeirante. En las otras todo fue creado por decretos. En esa época, nuestra campaña más seria fue a la salida de Juscelino y entrada de Jânio. Porque Jânio cuando hizo la campaña política prometió, para sumar votos, prometió transformar el Núcleo Bandeirante en una verdadera Vila Maria. Pero, cuando subió a la presidencia adhirió al mismo plan que tenía Israel Pinheiro, había salido JK, había salido Israel Pinheiro, y estaba al frente de la administración Paulo de Tarso. Paulo de Tarso también fue electo diputado, también hizo la campaña, hizo la misma promesa y una vez más, siendo designado intendente de Brasilia, también adhirió, digamos así. El Presidente quería, digamos, terminar con el Núcleo Bandeirante. Transferirlo (...). Basta decir lo siguiente: nosotros conseguimos una cosa que es difícil de conseguir en cualquier Congreso: conseguimos la urgencia para que sea votado un proceso. Entonces nosotros conseguimos eso gracias al trabajo en equipo, de liderazgo que hicimos junto a los parlamentarios de nuestra región. Nosotros lo llevamos, fuimos victoriosos y vencimos. Entonces el 14 de diciembre

de aquel año 61, en que fuimos victoriosos en el Congreso, el propio Presidente de la República vino a firmar, vino con sus ministros, con todo el equipo, vino a firmar -nosotros instalamos un tablado muy grande en la Avenida Central, tablado de madera pero muy bien construido, cubierto con un toldo de lona- y el Presidente, que era en esa época Jango, vino a sancionar la ley acá en el Núcleo Bandeirante. Nosotros hicimos una gran fiesta, matamos unas 40 vacas, dimos churrascos a todo el pueblo, hicimos una fiesta terrible. Dimos muchos barriles de cerveza, muchas cajas de guaraná, pan. Distribuimos pan para todos los chicos, para todo el pueblo. Hicimos una fiesta que fue casi igual a la de la inauguración de Brasilia (comerciante, Núcleo Bandeirante).

Una vez más un movimiento político ligado directamente al problema habitacional define la existencia, o, mejor dicho, la permanencia en este caso, de una ciudad satélite. Así, son las fuerzas sociales que se enfrentaron en esos conflictos que determinaron la existencia del Plan Piloto en tanto espacio urbano básicamente destinado a los funcionarios federales y a los comerciantes, a la pequeña burguesía, y la existencia de las ciudades satélites, con la relativa excepción del Núcleo Bandeirante, como los espacios urbanos, sobre todo en sus inicios, *grosso modo* destinado a los trabajadores. El Movimiento Pro-Fijación no desapareció, sin embargo, con el éxito conseguido. Continuó a partir de ahí en la lucha por la urbanización de la ciudad que estaba constituida por casillas que no disponían de los servicios urbanos básicos necesarios. Su final sobrevino en abril de 1964 cuando, con el golpe militar, las reuniones populares de carácter reivindicativo pasaron a ser mal vistas y perseguidas.

Notemos que la coyuntura que ese movimiento atravesó es bastante significativa para la comprensión del mismo. En términos políticos fue un período bastante agitado. En menos de un año el país pasó por tres presidentes: JK, cuyo mandato expiró el 31 de enero de 1961, Jânio Quadros, que renunció el 21 de agosto de 1961 y João Goulart que tomó posesión el 7 de septiembre de 1961.

Hoy nos parece que la fijación del Núcleo Bandeirante terminó por beneficiar el lado más fuerte de la alianza que formaba el

Movimiento Pro-Fijación: los comerciantes. Había un gran número de personas que vivía en asentamientos del lado derecho de la autopista Brasilia/Goiânia y que, debido al tipo de proyecto de urbanización que se efectuó (sólo del lado izquierdo de la autopista), fueron retirados del área. Más allá de eso, como era una ciudad en la cual con frecuencia vivía más de una familia por casa, había un mayor número de familias que lotes a distribuir por propietario. Esta población excedente también fue excluida. Por último, siendo una ciudad que era más un loteo que el producto del planeamiento urbano, cuando este fue implantado definiendo los sectores y sus funciones, muchas residencias fueron destruidas y sus moradores reubicados en general en otras localidades. No es casualidad que el Núcleo Bandeirante continuara siendo una ciudad dedicada al comercio.

Como vimos, los hechos presentados relativos a la cuestión de la vivienda de los trabajadores en el período de la construcción desembocaron en movimientos políticos de mayor o menor eficacia. Fue realmente la vivienda la gran fuente de conflictos, en términos más amplios, de la época. Bahouth, por ejemplo, toma como problema central la falta de viviendas en el período de la construcción y dedica varios capítulos a registrar testimonios de los “pioneros”. Es significativo el número de veces que la policía aparece en los relatos para impedir “invasiones”, enfrentándose con grupos populares que frecuentemente tenían líderes a la cabeza. De hecho, los nombres de varias villas proletarias que surgieron en momentos distintos y como resultado de diferentes historias, como Vila Amauri, Vila Dimas, Vila Tenório y Vila Matias, remiten a los nombres de los individuos que estaban al frente de cada uno de los procesos de fundación. La Vila Tenório, asentamiento ubicado al lado del Núcleo Bandeirante, podría ser el único que se desvía un poco de este patrón, pero acabaría por obedecer la misma lógica ya que su nombre no refiere al de su presumible fundador, sino a quien fuera en ese momento, o había sido, chofer del entonces diputado Tenório Cavalcanti (Epstein, 1973:

79). También hubo ocupaciones de nuevas áreas en la periferia de Taguatinga, la recién creada ciudad satélite, como en el caso de la Vila Matias, creada con sucesos dramáticos de conflicto entre fuerzas populares y la represión:

La única cosa que les falta a todos aquellos apostados día y noche frente a la subprefectura (a la espera de un lote en Taguatinga) ... era alguien que les diera la señal de largada para iniciar la ocupación de un área cualquiera. Y apareció alguien: Raimundo Matias. Del interior de Minas Gerais, había venido con la mujer e hijos a trabajar en Brasilia. Registrado en la Pacheco Fernandes, fue uno de los que escaparon a aquella escaramuza con la policía, la más sangrienta de toda la historia de Brasilia.

Tal vez por ese motivo él haya tomado la decisión de liderar la 'invasión' de las tierras ubicadas después de la pasarela, 'donde podía vivir todo el mundo'.

La idea surgió en la víspera de Navidad de 1959. Y el día 4 de enero se inició la mayor invasión de tierras ocurrida en Brasilia.

'El día 16 yo era capturado por primera vez y llevado por la Guardia Especial de Brasilia para dar explicaciones. Pero ¿explicar qué?', recuerda Matias. '¿Explicar que toda esa gente y yo queríamos vivir allí?'. Después de esa vez, fue capturado otras doce veces.

Se iniciaba la 'invasión'. Las casillas levantadas en un día eran derribadas a la mañana siguiente. Sin embargo, ya no había más fuerza que impidiera aquella avalancha. El número de construcciones nocturnas era superior al poder de derribada diurna, por cuenta de la NOVACAP (Bahouth Jr., 1978: 105-106).

En la invasión que originó la Vila Matias, en tanto se solicitó la intervención de la Policía, Matias colocó a los hombres en primer plano (decía que deberían morir primero), después las mujeres y por último, los chicos ubicados junto a un mástil en que fue izada la Bandera Nacional (sólo que al revés) (idem: 57).

Los partidos políticos que actuaban en el territorio de la construcción percibieron la importancia del problema de la vivienda y se involucraron directa o indirectamente en la organización y la dinámica de esos movimientos. Hay indicadores visibles del vínculo del Partido Trabalhista Brasileiro con la Asociación de Moradores de la Vila Amauri (a través del propio Amauri de Almeida) y del Partido Socialista Brasileiro con el Movimiento Pro-Fijación del Núcleo Bandeirante, a través de la participación de varios partidarios y en especial del diputado federal Breno da Silveira, que era el principal defensor del movimiento en el Congreso Nacional. Hay indicadores dispersos y difícilmente comprobables de la participación del Partido Comunista Brasileiro en ambos movimientos. En cuanto al movimiento de la Vila Sara Kubitschek, fue imposible identificar hasta qué punto había o no algún vínculo político-partidario. De cualquier forma, recordemos el hecho de que el problema de la vivienda era la expresión del conflicto más general, más abarcativo y central de la época de la construcción, y fue lo que realmente permitió, e incluso, *incentivó* el surgimiento de movimientos políticos populares con formas de organización más definidas y de carácter nítidamente reivindicativo. En estos términos, el período está fuertemente marcado por la lucha por mejores condiciones de vivienda.

Resumo ahora los principales puntos de los diversos conflictos que expusimos vinculados a *ocio, alimentación y vivienda* en la época de la construcción de Brasilia.

Los problemas ligados al ocio, a pesar de incidir sobre un gran número de personas, no condujeron a reacciones colectivas espontáneas u organizadas. Más allá de que las actividades de ocio vigentes fueran practicadas diferencialmente por los trabajadores, en la medida en que no todos se veían necesariamente impelidos por las alternativas del alcohol (*cachaça*) y la prostitución, había una cierta indiferencia en términos colectivos hacia la represión. Podemos suponer que esta indiferencia provenía del carácter específico de los

tipos de ocio a que nos referimos, los cuales, al tiempo que se presentaban de manera casi exclusiva entre una población marcada por la ausencia relativa de mujeres, implicaban comportamientos pasibles de ser clasificados como *desviaciones* (lo que también podía ser manipulado por la represión), cuya contrapartida era un control muchas veces no objetado.

Los conflictos ligados a la alimentación afectaron a aquella parte de la población trabajadora ubicada en los campamentos y alcanzaron a un número mayor de trabajadores. Tuvieron lugar en escenarios, como los comedores, no propicios para comportamientos considerados desviaciones. Por otro lado, al estar la alimentación directamente vinculada a la reproducción inmediata de la vida, cuando se convirtió en un problema afectó a un número significativo de trabajadores (justamente aquellos totalmente subordinados a la lógica de la gran obra a través de la residencia en campamentos) en un espacio, el comedor, cuya cotidianidad estaba atravesada por la influencia de la esfera de la producción. Más allá de eso, la alimentación es un aspecto de la reproducción de la fuerza de trabajo y cuando su abastecimiento no se hace de acuerdo a lo socialmente esperado puede ser identificado como despojo del salario. De este modo, la cuestión de la alimentación permitió la movilización de los trabajadores a través de formas políticas no muy bien definidas ni organizadas, como rebeliones y riñas. Recordemos que en este ámbito, además de estas formas de resistencia, protesta y reivindicación, surgió un violento enfrentamiento (cuya radicalización parte del Estado, a través de la policía) que tuvo como desdoblamiento el crecimiento de la organización de los trabajadores por medio del sindicato. Así, en lo referente a la cuestión de la alimentación surgieron reacciones colectivas, espontáneas o escasamente organizadas y que fue posible encaminar políticamente.

A partir de la saturación de la propuesta inicial ideada por el Estado, los problemas ligados a la vivienda alcanzaban a casi toda la población del territorio de la construcción. Esto ocurrió porque la problemática se introdujo inclusive en las diversas casas de la

Ciudad Libre que ocupaban varias familias a la espera de residencias propias. Hay que considerar también la llegada de millares de inmigrantes nordestinos, acompañados en general por sus familias, y el contingente de operarios que residían en alojamientos colectivos dentro de los campamentos de las constructoras, que pretendían traer a sus familias al territorio de la construcción. De esta forma, fue el problema más abarcativo de la época. El conflicto de la vivienda fue capaz de aglutinar, a través del mismo interés, al mayor número de trabajadores llevándolos a organizarse en entidades diversas, con procesos de elección de líderes y estrategias de actuación explícitas de carácter claramente político. Aquí los partidos políticos, a través de su participación o la de sus militantes, formaron parte de los diversos movimientos, muchas veces en forma explícita.

La intención del método expositivo de este capítulo fue aprehender la calidad de los conflictos en que participaron los trabajadores, a través de la reconstrucción de un cuadro donde se relacionaban las condiciones de producción de la vida, ejemplificadas en el ocio, la alimentación y la vivienda, la actuación de la policía y las diversas formas engendradas como contraposición a estos problemas.

Conclusión

Para una sistematización del estudio de grandes proyectos

En Brasil de la década de 1970, cuando la investigación que resultó en este libro fue hecha, surgieron varios grandes proyectos de la construcción civil, especialmente edificaciones de gigantescas hidroeléctricas. Mi investigación condujo a un esfuerzo de sistematización de una serie de especificidades existentes en la construcción de un gran proyecto como Brasilia, que parecen ser recurrentes en casos contemporáneos. En esta conclusión intento -más que sintetizar lo que venía presentando anteriormente- apuntar a probables recurrencias en esta totalidad que llamo *gran proyecto*.

Como vimos, el gran proyecto se realiza a través de un sistema de producción en un territorio semejante a un enclave localizado en una región aislada. La subordinación a que se someten los trabajadores permite la instauración de un ritmo de trabajo extraordinario. Creemos que, en diversos grandes emprendimientos, futuras investigaciones podrán encontrar situaciones donde la experiencia de los trabajadores esté marcada por la presencia de una gran compañía estatal que, en su práctica articulada con empresas privadas, ejerza concretamente el poder de Estado, un poder claramente ajustado a los intereses de la implantación de un ritmo laboral inusual, de cara

al gran volumen de trabajo a realizar. En gran medida, tal súper-explotación está apoyada en formas de remuneración por producción, lo que significa en la experiencia de los trabajadores una gran eficacia del fetichismo del salario. Más allá de esto, los salarios probablemente son mayores que los recibidos por los trabajadores en sus experiencias anteriores, debido al adicional de las horas trabajadas además de la jornada legal.

La necesidad de asentar un gran número de trabajadores implica determinadas *soluciones* en lo relativo a la subsistencia de la población en el área, sobre todo con respecto a la alimentación y la vivienda. Las formas utilizadas por los controladores del emprendimiento para responder a estos problemas (el campamento y el comedor, básicamente) se ajustan, una vez más, a los intereses de las actividades productivas, predominantemente a cargo de un contingente de trabajadores jóvenes alejados de sus familias. Las implicaciones de esta subordinación extrema a la esfera de la producción son varias y se hacen sentir, por ejemplo, con la presencia de una gran zona de prostitución y de conflictos relativos a la alimentación y la vivienda.

Moverse en el contexto de las relaciones que brevemente resumé arriba y que fueron detalladamente expuestas en los capítulos anteriores, ciertamente, llevará a encontrar en el estudio de la construcción de grandes obras como Itaipú y Tucuruí, en Brasil, concurrencias con la totalidad analizada en la construcción de Brasilia. En efecto, una de las líneas que atraviesa la acentuada subordinación existente en el territorio de grandes obras es la represión cotidiana hacia los trabajadores residentes en los campamentos de las compañías constructoras, que son, por lo tanto, sometidos a los guardias de las firmas. Fue un conflicto ocurrido entre estos guardias internos y los trabajadores lo que llamó la atención de la prensa brasileña sobre las condiciones de trabajo y de vida a que estaban sometidos los operarios de la construcción de la hidroeléctrica de Tucuruí. Me refiero a un episodio ocurrido en la construcción de la Represa de Tucuruí, en el estado de Pará, el 4 de abril de 1980, en el cual los trabajadores se enfrentaron con la seguridad de una de las grandes empresas de

la obra, con el resultado de heridos (de bala), palizas, saqueos, etc. Lo que sigue a continuación está basado en noticias publicadas en el *Jornal do Brasil*, Río de Janeiro, del 7 de abril de 1980; en la revista *Veja*, San Pablo, del 16 de abril de 1980; y sobre todo en un extenso reportaje del *Jornal de Brasilia*, del 27 de abril de 1980.

La construcción de Tucuruí se destinó a producir una de las mayores hidroeléctricas brasileras. Su realización fue coordinada por una gran empresa estatal, la ELETORNORTE, que contrató empresas constructoras. Se construyó una *ciudad*, que suponemos que en realidad era un enorme campamento. La gran influencia de la esfera de la producción sobre la organización social del espacio de esta “ciudad” ciertamente era un reflejo de la subordinación del problema de la vivienda en el territorio de la construcción de Tucuruí a los intereses de la edificación de la gran obra.

De hecho, las informaciones provenientes de datos secundarios permiten percibir que el patrón de residencias en esta ciudad obedece exclusivamente a los criterios definidos por la jerarquía de la actividad productiva. Se nota también que se trata de una población trabajadora “en general sin familia”, que parcialmente se involucró en un conflicto serio donde se combinaban reivindicaciones laborales relativas a la falta de ocio, a las condiciones precarias de alimentación y vivienda, y a los abusos cometidos por la guardia de seguridad de la empresa (*Jornal de Brasilia*, 27 de abril de 1980). El contexto de este conflicto fue descrito en la revista *Veja* del 16 de abril de 1980 de la siguiente manera:

El aislamiento en la selva, las precarias condiciones de trabajo y la violencia de los guardias de seguridad estuvieron en el epicentro de la explosión de la revuelta registrada el último día 4, Viernes Santo, en la cantera de las obras de la Hidroeléctrica de Tucuruí, 300 kilómetros al sur de Belém de Pará (resaltado nuestro).

Se registra también la presencia de una gran zona de prostitución en la cual “los días de pago de los operarios de la obra el número sube de 200 a 800. Son oriundas de ciudades vecinas” (*Jornal de Brasilia*, 27 de

abril de 1980). Más allá de estas características, ya conocidas por nosotros de los grandes proyectos, existen otras. Destaco indicadores de que el ritmo de trabajo impuesto implica extensas jornadas para los trabajadores. En primer lugar, la jornada de trabajo está en torno a las doce horas diarias. El *Jornal de Brasilia* publicó un recibo de sueldo del mes de marzo de 1980 de un trabajador de la obra en el cual se ve que los adicionales, además del salario normal (Cr\$ 1.764,35), relativos a salarios extra y adicional nocturno, alcanzaban un total de Cr\$ 1.467,49, o sea, más del 40 % de los vencimientos brutos (Cr\$ 3.484,84). Además del salario normal, el salario extra y el adicional nocturno, aparece acreditada la cantidad de Cr\$ 253,00 bajo el rótulo “valor premios”. Del total de los vencimientos brutos, el operario recibió Cr\$ 1.880,00 por una serie de descuentos en que el débito mayor se refiere a la alimentación y aparece rotulado como “comedor”.

En fin, por lo que todo indica, la recurrencia de la totalidad que designo como gran proyecto es altamente probable. Más aún, tal vez la situación de subordinación a que están sometidos los trabajadores en las grandes obras de la construcción civil pueda ser encontrada en otros contextos no inmediatamente ligados a este ramo de la producción, como en proyectos de la dimensión del Jari o del Trombetas en la Amazonía brasileña (ver Sautchuk, 1980, sobre todo p. 29 y siguientes; ver también la nota “Trombetas será un proyecto viable solamente en 1983”, del *Jornal de Brasilia*, de 29 de octubre de 1980). Aparentemente, grandes emprendimientos agropecuarios que contaron con incentivos fiscales de la Superintendencia de Desarrollo de la Amazonia (SUDAM) tienen similitudes, al menos parcialmente, con particularidades que presentamos a lo largo de este trabajo. Nos referimos a trabajos que son desempeñados por “hombres, solteros principalmente, y si son casados, alejados temporariamente de la familia”, sujetos a la “inmovilización física a través del confinamiento espacial y/o de la fuerza armada manejada por las empresas”. Se trata de trabajos donde buena parte del salario es remunerada según la producción, dando lugar a un gran número de contratistas o “gatos”, conforme se ve en el *Proyecto de investigación-Un estudio sobre la*

peonada en Amazonia (1978), de Neide Sterci. Esta autora denomina al cuerpo de vigilancia de las empresas formado por matones “fuerza armada de las empresas”.

Esperamos que *El capital de la esperanza* haya mostrado que, no sólo por tratarse de obras de construcción, una vez más el mejor método de estudio será comenzar por lo concreto.

Bibliografía

Bahouth Junior, Alberto (1978) *Taguatinga: Pioneiros e Precursores*, Brasília, Copyright del autor.

Benevides, Maria Victoria de Mesquita (1976) *O Governo Kubitschek. Desenvolvimento econômico e Estabilidade Política*, 2a Edición, Río de Janeiro: Editora Paz e Terra.

Bicalho, Nair H (1978) *Operários e Política*. (Estudio sobre los Trabajadores de la Construcción Civil en Brasilia), Disertación de Maestría presentada al Programa de Postgrado en Sociología de la Universidad de Brasilia, noviembre, copia.

Cardoso, Miriam Limoeiro (1977) *Ideologia do Desenvolvimento. Brasil JK-JQ* Río de Janeiro: Editora Paz e Terra.

CODEPLAN (1976) *Diagnóstico do Espaço Natural do Distrito Federal*, Brasilia.

Coutinho, Ronaldo do Livramento (1975) *Operário de Construção*, Tesis de Libre Docencia de Sociología, Universidad Federal Fluminense, R.J.

Durham, Eunice (1980) "Família Operária. Consciência e Ideologia", en *Dados - Revista de Ciencias Sociales*, V. 23, no. 2.

Epstein, David (1973) *Brasilia, Plan and Reality*, Los Angeles: University of California Press.

Esterci, Neide (1971) *O Mito da Democracia no País das Bandeiras*, Dissertação de Maestría presentada al Programa de Posgrado en Antropología del Museo Nacional de Río de Janeiro.

—(1978) “Projeto de Pesquisa, Um Estudo sobre Peonagem na Amazônia”, copia.

Fausto Neto, Ana Maria Quiroga (1977) *A Família Operária e a Reprodução da Força-de-Trabalho*, Dissertação de Maestría presentada al Programa de Posgrado en Antropología Social de la UnB, marzo, copia.

Goffman, Erving (1974) *Manicômios, Prisões e Conventos*, San Pablo: Editora Perspectiva.

Instituto Brasileiro de Geografia E Estatística(1959) *Censo Experimental de Brasília, Población y Vivienda*, Comisión Censitaria Nacional.

Joffily, Geraldo I. (1977) *Brasilia e sua Ideologia*, Brasilia: Thesaurus.

Julião, Francisco (ed.) (1969) *Ligas Camponesas*, Cuernavaca, México, Centro Intercultural de Documentación CIDOC Cuaderno No 27, octubre 1962 - Abril 1964.

Kubitscheck, Juscelino (1975) *Por que Construí Brasília*, Río de Janeiro: Bloch Editores.

Laraia, Roque de Barros (1963) “Arranjos Poliândricos na Sociedade Surui”, en *Revista del Museo Paulista*, Nova Série, Volumen XIV, San Pablo.

Leóbas, Carolino (El poeta del pueblo) s/f - “O meu Encontro com Juscelino e o Pedido que ele me fêz”, *Libreto de Literatura de Cordel*, editado en Ceilândia, D.F.

Leite Lopes, José Sérgio (1976) *O Vapor do Diabo: O Trabalho dos Operários do Açúcar*, Río de Janeiro: Paz e Terra.

—(1979) “Fábrica e Vila Operária: Considerações sobre uma Forma de Servidão Burguesa”, en *Mudança Social no Nordeste: A Reprodução da Subordinação*, Río de Janeiro: Paz e Terra.

Leite Lopes, J.S. e Machado da Silva, L.A. (1979) “Estratégias de Trabalho. Formas de Dominação na Produção e Subordinação Doméstica de

- Trabalhadores Urbanos”, en *Mudança Social no Nordeste: A Reprodução da Subordinação*, Río de Janeiro: Paz e Terra.
- Marx, Karl (1975) *El Capital*, 7a Edición, México: Fondo de Cultura Económica.
- (1977) - *Contribuição à Crítica da Economia Política*, San Pablo: Martins Fontes.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich (1974) *A Ideologia Alemã*, Lisboa: Editorial Presença.
- Moisés, José Álvaro e Martinez-Alier Verena (1977) “A Revolta dos Suburbanos ou ‘Patrão o Trem Atrasou’”, en *Contradições Urbanas e Movimentos Sociais*, Río de Janeiro: Paz e Terra.
- Oliveira, Chico de (1976) “Brasília ou a Utopia Intramuros”, en *Cadernos de Debate* No 3, *O Banquete e o Sonho*, San Pablo: Editora Brasiliense.
- Osório, Antonio Carlos (1978) *Brasília: Diálogo com o Futuro*, Brasília: The-saurus.
- Pastore, José (1969) *Brasília: a Cidade e o Homem*, San Pablo: Editora Nacional y Editora de la USP.
- Pilatti, Orlando (1976) *Representação Urbana: O Caso de Brasília*, Disertación de Maestría presentada al Programa de Posgrado en Antropología Social de la UnB, julio, copia.
- Pimentel, Maria de Lourdes Sá Barreto s/f - *Os Peões da Village: Uma Reflexão sobre Movimentos de Operários da Construção Civil*, Cópia.
- Ribeiro, Gustavo Lins (1980) “Arqueologia de uma Cidade”, en *Brasília Ano 20*, Brasília, ÁGIL.
- Ribeiro, Maria Teresinha (1977) *Natureza de Classe dos Sindicatos no Brasil - Um Estudo de Caso*, Disertación presentada al Programa de Posgrado en Sociología de la Universidad de Brasília, en diciembre.
- Rodrigues, Leôncio (1966) *Conflito Industrial e Sindicalismo no Brasil*, San Pablo: Difusão Européia do Livro.
- Sautchuk, Jaime et al. (1979) *Brasil. Projeto Jari. A Invasão Americana*, San Pablo: Editora Brasil Debates.

Serviço de Documentação da Presidência da República (1960) *Diário de Brasília*, Rio de Janeiro, Rio de Janeiro.

Silva, Ernesto (1971) *A História de Brasília*, Coordenada, Editora de Brasília.

Sindicato de Trabalhadores na Indústria da Construção e do Mobiliário de Brasília s/f - Atas de Assembléias do Sindicato.

Skidmore, Thomas (1975) *Brasil: de Getúlio a Castelo*, 3a Edición, Rio de Janeiro: Editora Paz e Terra.

Toledo, Caio Navarro de (1977) *ISEB: Fábrica de Ideologias*, San Pablo, Ática, (Colección "Ensaíos", No 28).

van Gennep, Arnold (1978) *Os Ritos de Passagem*, Petrópolis, Rio de Janeiro: Vozes.

Vasconcelos, Adirson (1978) *A Mudança da Capital*, Brasília, Copyright del autor.

Diarios y Revistas

- *O Anápolis* - Anápolis, GO.
- *Cidade Livre* - Núcleo Bandeirante, D.F.
- *Correio Braziliense* - Brasília/D.F.
- Diversos (Colección Novacap) - División de Divulgación, Sector de Documentación de la Compañía Urbanizadora de la Nueva Capital).
- *Jornal do Brasil* - Rio de Janeiro/R.J.
- *Jornal de Brasília* - Brasília/D.F.
- *Novos Rumos* - Rio de Janeiro/R.J.
- *A Tribuna* - Núcleo Bandeirante/D.F.
- *A Voz Operária* - Rio de Janeiro/R.J.

- *Cadernos de Debate I* - História do Brasil, San Pablo, Editora Brasiliense, 1976.
- *Revista Brasiliense*.
- *Veja* - Editora Abril, San Pablo.

Sobre el autor

Gustavo Lins Ribeiro forma parte del Departamento de Estudios Culturales de la Universidad Autónoma Metropolitana, Lerma (México). Es investigador nivel 3 del Sistema Nacional de Investigación (CONACYT-México) y profesor emérito de la Universidad de Brasilia. Fue presidente de la Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais (ANPOCS) y de la Associação Brasileira de Antropologia. Fue el primer presidente del World Council of Anthropological Associations y vicepresidente de la International Union of Anthropological and Ethnological Sciences, de la que actualmente es miembro honorario. En 2021 ganó el Premio Franz Boas por Contribuciones Ejemplares a la Antropología, otorgado por la Asociación Americana de Antropología. Escribió y editó 23 libros (incluyendo traducciones) publicados en Argentina, Brasil, Camerún, China, Colombia, España, Estados Unidos, Inglaterra y México. Sus últimos libros son *La globalización desde abajo* (2015, compilado con Carlos Alba Vega y Gordon Mathews) y *Otras globalizaciones* (2018). Publicó más de 170 artículos y capítulos en siete lenguas, en 22 países de todos los continentes, sobre globalización, transnacionalismo, internet, desarrollo y antropologías mundiales.

Gustavo Lins Riberio conjuga y tensiona la teoría con el trabajo de campo para desentrañar los significados que atribuyen los trabajadores a la construcción de Brasilia. Ello le permitirá reconstruir una memoria donde caben las penurias, los enojos, las broncas, las injusticias laborales, las solidaridades, las amistades, la familia, las lealtades, los sabores de las comidas, la música, la organización, el sindicato y los conflictos, en un todo desordenado pero legible a luz de la teoría. En definitiva, la experiencia de clase se puede leer en *El capital de la esperanza* de modo transversal, así como también las contradicciones del capitalismo, las políticas urbanistas, las condiciones de trabajo y demás campos problemáticos que han abordado las ciencias sociales.

Las y los invitamos a leer —por primera vez o una vez más— esta obra magistral que nos permite comprender y complejizar la dinámica de la expansión capitalista y, en particular, develar la precariedad, desigualdad e inestabilidad que azota, desde hace tiempo, a nuestra América Latina.

De la Presentación de Hernán M. Palermo

